

brian aldiss

**EL
TAPIZ
DE
MALACIA**



Lectulandia

Malacia es una enigmática ciudad suspendida en el tiempo, donde todo cambio está prohibido; por sus calles desfila la más excéntrica variedad de personajes: duques, prósperos mercaderes, aristócratas arruinados, sacerdotes, cortesanos, mendigos, soldados y empresarios de teatro venidos a menos. Entre ellos, el alocado, pícaro y galán Perian de Chirolo, un joven actor que, a falta de trabajo, ejerce de vividor. Hasta que aparece el misterioso Otto Bengtsohn y le ofrece colaborar en una revolucionaria y arriesgada obra. Perian solo se decide a participar cuando conoce a la bella Armida Hoytolam, que también intervendría en el proyecto.

Recreando en clave de fantasía la Venecia barroca y decadente, Aldiss ha tejido una novela insólita y absorbente donde los protagonistas son las palabras, el destino, el erotismo, la grandeza, la vitalidad y los sentidos.

Lectulandia

Brian W. Aldiss

El tapiz de Malacia

ePub r1.0

Titivillus 18.03.15

Título original: *The Malacia Tapestry*
Brian W. Aldiss, 1976
Traducción: Manuel Figueroa
Diseño de cubierta: Bryan F. Peterson

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Margaret

*El tiempo bajo un amanecer
de cristal, y nubes de polen
que cruzan el océano verde.*

*Tú eres mi sueño
verde sueño de existencia
frágil pero perdurable.*

*Fácil es cantar a los antiguos dioses
en los días de tu juventud,
cuando amor y confianza no parecen reñidos;
pero yo sé que hay dioses detrás de los dioses,
dioses que es mejor no cantar.*

K. G. St. Chentero
(XVI Mil.)

LIBRO UNO

Saltimbanquis en un paisaje urbano

El humo entraba por mi ventana y oscurecía la luz.

Había algo nuevo en los aromas habituales de La Estrella. Entre los olores de la madera reden cortada, las especias, las cocinas, los desagües y el incienso de Ronco, el brujo de la esquina, flotaba la fragancia del humo de madera. Tal vez el vendedor había quemado otra vez la carga de aserrín.

Fui hasta la ventana y miré la calle, que estaba más atestada que de costumbre a esa hora del día. Los gongofermos y los carros habían desaparecido, pero en la calle de los Tallistas la gente iba y venía empujándose: mozos de cordel, mendigos y holgazanes en general. Hacían lo posible ya hiera por impedir o por favorecer el avance de seis corpulentos orientales, todos tocados con turbantes, todos acompañados de muchachos esbeltos como lagartijas, que los cubrían con baldaquines, tanto con el propósito de darles un toque de distinción como de hacerles sombra, ya que el sol del verano tenía aún poca r fuerza.

El humo se elevaba de los desperdicios de un mercader de cenizas, que estaba quemando las basuras de la calle. Luego de una buena narigada, retiré la cabeza.

Los orientales habían desembarcado sin duda de un trirreme que acababa de llegar. Desde mi ático, por entre los tejados, podían verse las velas plegadas a lo largo del Satsuma, a solo un par de callejones de distancia.

Me puse los botines azules de cuero auténtico de marjasaco; los negros estaban custodiados, y lo más probable era que siguieran así durante un tiempo. Después salí a saludar el día.

Mientras bajaba la chirriante escalera, me encontré con mi amigo De Lambant que subía a verme, con la cabeza baja como si fuera contando los escalones. Nos saludamos.

—¿Has comido, Perian?

—Vaya, si durante horas no he hecho otra cosa —respondí mientras descendíamos—. Me di un verdadero banquete en Truna, y el pastel de pichones no fue el único atractivo.

—¿Has comido, Perian?

—Hoy no, si te niegas a creer lo del pastel de pichones. ¿Y tú?

—Encontré un bollo que estaba ocioso en la bandeja de un panadero, mientras venía hacia aquí.

—Ha entrado un barco. ¿Le echamos un vistazo mientras vamos a casa de Kemperer?

—Si crees que vale la pena. Hoy el horóscopo no me favorece. Anuncia mujeres, aunque al parecer todavía no. Saturno se muestra difícil, y las entrañas están todas contra mí.

—Mis apuros son tantos que ni siquiera le pediré a Ronco que bendiga mi amuleto.

—Es maravilloso no tener problemas de dinero.

Seguimos caminando, de buen humor. Pensé que el jubón de mi amigo no era de un tono de verde demasiado excitante; revelaba demasiado al comicastro. Sin embargo, Guy de Lambant era un mozo bastante apuesto. Tenía ojos vivos y oscuros, y las cejas agudas y sarcásticas, tanto como la lengua. De constitución maciza, caminaba con cierto aire de jactancia, cuando se acordaba. Como actor era bueno, había que admitirlo, aunque le faltara mi dedicación. En cuanto al carácter, tenía todo lo que se puede desear, en un amigo: divertido, perezoso, vano y disoluto, listo para cualquier malandanza. Juntos, estábamos siempre de buen ánimo, como podrían confirmarlo muchas damas de Malacia.

—Quizá Kemperer nos dé algo para el desayuno, aunque no haya trabajo.

—Eso depende de con qué humor esté —señaló De Lambant—. Y eso depende de La Singla y de cómo se haya estado portando.

A esto no respondí. Había un asomo de celos entre nosotros a propósito de la mujer de Kemperer. Pozzi Kemperer era el gran empresario, uno de los mejores en Malacia. Tanto De Lambant como yo habíamos estado en la compañía de Kemperer durante casi dos años; nuestra falta de empleo no era una novedad.

Sobre el muelle se movía un enjambre de hombres; la mayor parte de ellos trabajaba con el pecho y los pies desnudos, tirando de cuerdas, elevando montacargas, levantando cajas. Estaban descargando el trirreme. Unos cuantos espectadores estuvieron encantados de informarnos que una nave del Oeste había venido por el río Toi desde Seis Lagunas. Los optimistas pensaban que quizá trajera estatuas, los pesimistas que podía traer la peste.

Cuando llegamos, unos aduaneros con tricornios salían del barco. Debían de haber estado buscando mercancías prohibidas, en particular cualquier cosa nueva que pudiera alterar la vida apacible de Malacia; aunque yo no pudiera menos que aprobar lo que hacían, pese a aquellos sombreros y uniformes y a que eran una pobre y apolillada colección de viejos, uno cojo, uno medio ciego y el tercero, a juzgar por las apariencias, cojo, ciego y además borracho.

Guy y yo habíamos presenciado escenas así desde que éramos niños. Los barcos que llegaban del Este eran un espectáculo mejor que los del Oeste, ya que con frecuencia transportaban animales exóticos y esclavas negras. Mientras me daba vuelta, urgido en parte por los ruidos de mi estómago, observé la extraña figura de un viejo que brincaba en la cubierta del trirreme.

Las vergas parecían cortarle el cuerpo en segmentos, pero un momento después dio media vuelta y bajó por la planchada, con una caja debajo del brazo. Era un hombre canoso y encorvado, y algo en su atuendo me hizo pensar que era extranjero, aunque no pertenecía a la tripulación; es más, yo creía haberlo visto antes en Malacia. A pesar del calor llevaba una andrajosa chaqueta de piel. Lo que me llamó la atención fue el rostro barbudo que mostraba a la vez deleite y cautela; intenté dar la misma expresión a mi cara. El hombre huyó rápidamente hacia La Estrella y se perdió de

vista. La ciudad rebosaba de personajes raros.

Varios coches se acercaban a lo largo del Satsuma. En el momento en que De Lambant y yo nos íbamos, alguien nos llamo desde uno de los coches. La portezuela se abrió y vimos a mi hermana Katarina que nos saludaba con una sonrisa dulce.

Nos abrazamos con afecto. El carruaje era uno de los más destartados; el escudo de armas de los Mantegan apenas se distinguía. Al casarse, Katarina había ido a parar a una familia arruinada; sin embargo, se la veía tan pulcra como siempre, los largos cabellos oscuros recogidos severamente en la nuca, los delicados contornos de la cara.

—Parecéis ambos muy ociosos —añadió.

—Eso es parte naturaleza, parte artificio —le contestó De Lambant—. Nuestros cerebros están muy activos... el mío, por lo menos. No puedo hablar por tu pobre hermano.

—Mi estómago está activo. ¿Qué te trae por aquí, Katarina?

Katarina sonrió con cierta tristeza y miró el adoquinado.

—La ociosidad también, podríais decir. Vine a ver al capitán, por si había noticias de Volpato, pero no tiene cartas para mí.

Volpato era el marido de mi hermana... con más frecuencia ausente que presente, y si presente, por lo general borracho. Tanto De Lambant como yo ronroneamos nuestra muestra de simpatía.

—Pronto llegará otro barco —le dije.

—Mi adivino me orientó mal, así que me voy a la catedral a rezar. ¿Venís conmigo?

—Nuestro Hacedor esta mañana es Kemperer, mi dulce hermana —le dije—. Y él nos hará o nos destruirá. Ve, y actúa como nuestra Minerva. Pronto iré a visitarte al castillo.

Lo dije con ligereza, para intentar tranquilizarla.

Katarina me miró con aire preocupado.

—No te olvides, entonces. Anoche fui a ver a padre, y jugué con él al ajedrez.

—¡Me asombra que tuviera tiempo para jugar al ajedrez, metido como está en ese antro, entre viejos volúmenes! ¡*Disquisición sobre las convergencias...* ¿o son *congruencias* o *divergencias*? Nunca consigo recordarlo... *entre la Religión Suprema y la Religión Natural y el mitraísmo y las narices del obispo!*

—No te burles de tu padre. Perian —me reprendió dulcemente Katarina, mientras volvía a subir al coche—. El trabajo que hace es muy importante.

Separé elocuentemente las manos e incliné la cabeza a un lado para mostrar piedad y resignación.

—Le tengo amor al viejo, y sé que su trabajo es importante. Pero estoy cansado de que me sermonee.

Mientras caminábamos a lo largo del muelle hacia Bucintoro, De Lambant me dijo:

—Tu hermana, con ese vestido de color gris paloma... realmente es muy atractiva dentro de su sobriedad... Tengo que ir a visitarla en su castillo solitario alguna de estas hermosas veladas, aunque tú no lo apruebes. Lo mismo que su marido, parece.

—Aparta tus inmundos pensamientos de mi hermana.

Hablamos en cambio de la hermana de De Lambant, Smarana, para cuya boda, en una fecha determinada por una conjunción favorable de constelaciones, faltaban poco más de cinco semanas. La idea de que habría tres días de celebración familiar nos alegraba, sobre todo porque las dos familias, los De Lambant y los Orini, hacían contratado a la compañía de Kemperer para que actuara el segundo día. Entonces, por lo menos, tendríamos trabajo.

—Representaremos una comedia que nadie olvidará. Hasta estoy dispuesto a caerme otra vez por las escaleras, para que se rían.

Me hundió un dedo en las costillas.

—Ruega que comamos antes de ese día, porque ya nos veo actuando en el Mundo de las Sombras. Ya estamos en el mercado... ¡vayamos por caminos diferentes!

El mercado de frutas se hallaba al final del distrito de La Estrella. A esa hora de la mañana estaba atestado de dientes y se oía un zumbido de discusiones, chismes y avispa grandes como pulgares. De Lambant y yo pasamos entre los puestos al trote, chocando con los clientes, esquivando los pilares, hasta llegar juntos al otro extremo, riendo, con una buena muestra de melocotones y albaricoques.

—Un buen día de trabajo —comentó De Lambant, mientras masticábamos—. ¿Por qué preocuparse en ir a casa de Kemperer? No tiene nada para nosotros. Vámonos a beber a Truna. Portinari estará allí.

—Oh, visitemos al viejo de todos modos, para mostrarle que estamos vivos y flacos por falta de partes. Me dio un golpe en el pecho.

—A mí no me faltan. Habla por ti mismo.

—Ciertamente, no hablaré de lo que no se puede. Es increíble cómo aguantan las mujeres esas repugnantes partes tuyas.

En el rincón de la escalera de cierto conocido escribano había un anciano mago, llamado Todo el Mundo. Todo el Mundo se instalaba en la escalera siempre que los augurios eran propicios, como en los días en que a mí me llevaban al mercado auestas. Tenía el rostro tan caprino como el del macho cabrío atado a un poste junto a él, los dientes igualmente amarillos y el mentón no menos velludo. Sobre un altar de hierro ardía una serpiente seca, y las sustancias que había esparcido sobre ella despedían ese vaho típico de la Religión Natural, al que Mandaro, mi sacerdote, se refería casi con desdén llamándolo «el hedor de Malacia».

A la sombra del porche del escribano, consultando a Todo el Mundo, había un hombre encorvado con chaqueta de piel. Algo en su porte, o en la manera enfática con que sostenía una caja bajo el brazo, me llamó la atención. Parecía que estuviera a punto de escapar más rápidamente de lo que podían llevarlo las piernas. Siempre en busca de gestos para copiar, lo reconocí en seguida como el hombre que se había ido

como huyendo del trirreme.

Varias personas esperaban para consultar a Todo el Mundo. Mientras pasábamos frente a ellos, el mago arrojó algo a las cenizas ardientes del altar, que echó una llamarada amarilla brillante. Atraído por la llama, caí también en la trampa de la mirada ambarina de Todo el Mundo. El brujo levantó un brazo y me hizo señas con un dedo rojo y retorcido como una víscera.

Di un codazo a De Lambant.

—Te está llamando.

De Lambant me lo devolvió, con más fuerza.

—Es a ti, joven héroe. ¡Ve en busca de tu destino!

Mientras me adelantaba hacia el altar, el perfume acre me irritó la garganta y me hizo toser, de manera que apenas alcancé a oír el único anuncio que me hizo Todo el Mundo:

—Si te quedas, menéate menos y actuarás mejor.

—Gracias, señor —dije y fui detrás de De Lambant, quien ya se alejaba presuroso. Yo no tenía ni un denario para dejar, por más que en Malacia se dé gran valor a un consejo.

—Guy, si es que algo significa, ¿qué habrá querido decir? «Menéate menos y actuarás mejor». Una advertencia típica contra el cambio, supongo. Cómo me enferman ambas religiones.

Guy mordió medio melocotón, dejó que el zumo le chorreara suntuosamente por la barbilla, y dijo con afectada voz de erudito:

—Sumamente típico del misonéismo de nuestra época, amigo De Chirolo; en mi opinión, uno de los peligros de vivir en una gerontocracia... No, bobo, tú sabes bien a qué se refiere el viejo cabrón. Es mejor crítico teatral de lo que imaginas, y espera curarte del hábito de dar saltitos por el escenario, robándote las candilejas.

Estábamos por iniciar una pelea cuando alguien me tomó de la manga. Me di vuelta, pensando en un ratero, y me encontré con el viejo de la caja y la chaqueta de piel. Estaba jadeante, con la boca abierta, mostrando los dientes rotos y las fauces; sin embargo, tenía una cara despierta y vivaz, a lo que contribuían los ojos azules, un color raro en Malacia.

—Perdonen la intrusión, caballeros. Creo que usted es el joven Perian de Chirolo.

Hablaba con una especie de acento. Admití mi identidad y conjeturé en voz alta que quizá había sacado algún placer de mis actuaciones.

—No soy, joven señor, buen juez de actores, aunque casualmente he escrito una pieza que...

—En ese caso, señor, cualquiera sea el nombre de usted, no puedo ayudarlo. Soy actor y no empresario, de modo que...

—Discúlpeme, pero no iba a pedirle un favor, sino a ofrecérselo. —El hombre se envolvió con dignidad en la chaqueta, sin dejar de acunar la caja—. Me llamo Otto Bengtsohn, joven señor. No soy de Malacia, sino de Tolkhorm, al norte, de donde me

fui hace años a causa de las adversidades peculiares que hacen de la vida de los pobres una maldición. Mi creencia es que solo los pobres ayudarán a los pobres. Y por eso mismo quisiera ofrecerle trabajo, si está usted libre.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

La expresión del viejo se volvió muy severa; de pronto era un hombre diferente. Me miraba como si creyera que había cometido un error.

—El tipo de trabajo *de usted*, naturalmente. Actuar. —Unió los labios como si los tuviera cosidos—. Si está usted libre, le ofrezco trabajo con mi zahnoscopio.

Mientras lo miraba tome la resolución, no por primera vez, de no envejecer nunca.

—¿También tiene usted trabajo para este mi buen amigo, Guy de Lambant, casi tan famoso, casi tan joven, casi tan pobre, casi tan hábil como yo, anciano Bengtsohn de Tolkhorm?

—Los pobres —preguntó De Lambant— ¿ayudan solamente a un pobre o a dos?

—Solo un pobre me permiten mis modestos propósitos —respondió el viejo—. Todo el Mundo, al igual que mi astrólogo personal, indicó que ese uno ha de ser el joven Perian de Chirolo, de acuerdo con las predicciones.

Le pregunté entonces qué demonios era el zahnoscopio. ¿Era un teatro?

—Teatro no tengo, señor. —La voz se hizo más confidencial, y agarrándose a uno de mis botones, el viejo se abrió paso entre De Lambant y yo—. No deseo hablar en la calle. Tengo enemigos, y el Estado tiene ojos. Venga a mi miserable casa y verá usted mismo la cosa que le ofrezco. No se trata solo de algo momentáneo y fugaz, se lo aseguro. Vivo no lejos de aquí, al otro lado de San Marco, en una plaza de la calle Exposición, bajo la enseña del Ojo Oscuro. Venga a verme, de acuerdo con las predicciones.

Una berlina dorada que pasó traqueteando y demasiado cerca me permitió apartarme de él sin perder el botón.

—Vuelva usted a ese ojo oscuro y a esa plaza oscura, mi venerable amigo. Nosotros tenemos otros asuntos, y nada que ver con usted o con los astros.

El viejo se quedó allí con la caja firmemente aferrada bajo el brazo, la boca otra vez cosida, el rostro inexpresivo. Sin desilusión ni enfado. Solo con una mirada desconcertante, como si me hubiera sumado en algún pulcro libro mayor que llevara en la cabeza. Parecía indiferente a quienes pasaban junto a él, yendo y viniendo.

—Tendrías que ver qué es eso que te ofrece. Nunca dejes pasar una buena oportunidad, De Chirolo —dijo De Lambant, mientras seguíamos nuestro camino—. Está demasiado sucio para ser un avaro próspero. Tal vez haya venido desde Tolkhorm con el tesoro de la ciudad.

Imité el acento norteño del anciano.

—«Tengo enemigos, y el Estado tiene ojos...». Probablemente sea un progresista o algo igualmente sospechoso. Soy buen juez de caracteres, Guy. Créeme que ese viejo excéntrico nada tiene que ofrecer, como no sea escasez.

—Quizás estés en lo cierto.

—Es algo que jamás me habías concedido.

De Lambant escupió en el arroyo un hueso de melocotón.

—Yo también soy bastante buen juez de caracteres, y mi juicio es que si visitamos ahora a Pozzi Kemperer no nos ofrecerá más que la punta de unas botas de ante. Mantendré mi intención original de ir a Truna. Portinari debe de estar allí, si su padre lo ha compadecido. Y Caylus, si los toros lo han compadecido. Me siento cada vez más amigo de Caylus, bendito sea. Acompáñame.

—Estabas de acuerdo en ir a casa de Kemperer.

Me miró con cara de desfachatez.

—Ahora estoy en *desacuerdo*. Sé que tu único interés es la mujercita de Kemperer. Como es una picaruela miope, te favorece más que a mí. Quizá nos veamos en Truna, esta noche.

—¿Qué tiene que ofrecerte Caylus, tan de repente?

Caylus Nortolini era un joven aristócrata que contaba en su haber con numerosas estocadas y doncellas. Tenía un aire desdeñoso que no era del gusto de todos.

Encogiéndose con aire servil, De Lambant extendió una zarpa de mendigo y respondió:

—Caylus siempre tiene fondos y es generoso con ellos. Le gusta impresionar, y yo soy impresionable... —La zarpa se convirtió en garra y la voz se alteró—. Tengo la impresión de que su hermana, Bedalar, es muy bonita y amable. La conocí con Caylus en el Anfiteatro, donde la aparición de la dama me inflamó el corazón y muchas otras cosas.

De Lambant partió, con un contoneo que quería parecer lascivo, y atravesó los claustros del Palacio de los Visitantes, mientras yo iba hacia el barrio de los Aromas, donde vivía nuestro digno empresario. Allí, durante los siglos de peregrinaciones de Bizancio, habían llegado los barcos de especias, navegando hasta el extremo del canal de Vamonal para descargar la aromática mercancía en los altos almacenes. En la actualidad el comercio era escaso y varios almacenes habían sido convertidos en viviendas. La calle estaba tranquila. Dos hombres alados volaron sobre nosotros tocando la flauta.

Un débil aroma de cardamomo y clavo se demoraba en el aire como un recuerdo cuando me presenté en la puerta del patio de Pozzi Kemperer. Allí había siempre alguna dificultad para entrar. Me hicieron pasar junto a perros que gruñían, carruajes rotos y fragmentos de estatuas. En una jaula, casi permanentemente a la sombra, estaba Albert, un perezoso melancólico, traído hacía mucho tiempo del Nuevo Mundo. En su momento, Albert había sido el animal doméstico favorito, pero fue sentenciado a aquel sombrío destierro, según decían los actores, el día que al sorprender a Pozzi desnudo en brazos de una *prima donna* de majestuosa belleza, había hundido los dientes en las nalgas del amo, en una irreprimible expresión de envidia animal. Ahora comía con los perros. Las sobras de la mesa habían

desapareado para siempre. Kemperer no era hombre que perdonase con facilidad. Tampoco sus nalgas habían sido rápidas en curarse.

Mi sentido de la oportunidad no falló esta vez. El café todavía humeaba sobre la mesa del desayuno. Las sillas habían sido apartadas y Kemperer y su mujer estaban entre los telones, del otro lado de la habitación, dedicados a un rápido ensayo. Durante un momento permanecí en la sombra; las dos figuras se destacaban nítidamente a la luz del sol que entraba por los ventanales, en el otro extremo del apartamento... una luz cuya claridad armonizaba con la hermosa voz de La Singla.

Ninguno de los dos me vio. Ella estaba en otro mundo, y él la miraba. Mientras yo caminaba hacia ellos fui recogiendo delgadas tajadas de queso y jamón ahumado de la mesa donde estaban dispuestas en platos decorados, y las acomodé en un panecillo todavía caliente, que saqué de una cesta de mimbre. Escondí el bocadillo debajo de la camisa.

La voz de La Singla comenzó a subir. Tenía todo el aspecto de una reina; era una reina mientras Kemperer la dirigía, con el libro del apuntador en mano. Él era un hombre delgado, a menudo torpe de movimientos, y sin embargo tan gentil y entrañable en la relación con La Singla que hubiera sido difícil decidir quién inspiraba a quién.

Ahora los labios regios de La Singla vociferaban maldiciones. Todavía estaba vestida con una bata, calzaba unas endebles chinelas, y los cabellos dorados le caían alrededor del cuello, descuidadamente atados con una cinta blanca. Aunque amplia y generosa, la silueta de La Singla conservaba algo de la constitución fornida de las generaciones de campesinos malacios de quienes descendía (al menos en una de las versiones sobre su origen). Sin embargo, también irradiaba majestad mientras clamaba ante el amante muerto mucho tiempo atrás en un campo de batalla.

—¡Oh, seré vengada por la pérdida de tu vida, Padraic, no temas! Mucho peores que los enemigos, fueron los amigos que precipitaron tu caída. No es esto guerra, sino traición, y he de arrancarla de raíces, porque, ¿no vengo acaso de un linaje de guerreros, de generales, almirantes, príncipes fogosos y templados? Mis más remotos antepasados vivieron en las antiguas ciudades de piedra de Sasqui-Halaa, y de allí partieron a vencer a los ejércitos semihumanos de Shain y Thraist, un millón de años atrás...

—No, pardiez. «Un *millón* de años atrás...».

—Eso dije. «Un *millón de años* atrás, derramándose...».

—No, no, querida, maldición, escucha, «un *millón* de años atrás...», porque si no, estropeas el ritmo. —Kemperer le mostró una dentadura amarilla, lobuna y suplicante a la vez.

—Un *millón* de años atrás, derramándose desde la tibia jungla prehistórica. Y así, los ejércitos de mi odio...

De pronto ella advirtió mi presencia junto al telón y volvió a ser La Singla. La transformación fue instantánea. El rostro se le ensanchó con una sonrisa bondadosa.

María, La Singla, era casi de mi edad. Tenía buenos dientes, buenos ojos y buena cara; pero lo que más me encantaba en ella era su buen carácter. Kemperer, furioso ante la interrupción, se volvió a gruñirme.

—¿Cómo te atreves a entrar furtivamente en la casa de un caballero, so imberbe, sin hacerte anunciar? ¿Por qué ha de estar siempre mi intimidad invadida por pícaros, gente conocida y mimos renegados? Bastara que llame a uno de mis hombres...

—Querido Pozzi-uozzi —lo regañó La Singla.

—Tú, descarada, ¡contén la lengua o tendrás también tu tanda de golpes!

Esos bruscos cambios de humor eran causa de que lo temiéramos y lo imitáramos cuando él no nos veía.

—¿Cómo podría no haberme acercado al oír esa divina tragedia de Padraic y Heda? —pregunté, adoptando aires de diplomático.

—No hay trabajo para ti hoy, como bien lo sabes. Irrumpes aquí violentamente...

—Violentamente no. Me confunde con Gersaint.

—Furtivamente, entonces...

—Maestro, permita que siga oyendo la tragedia de Padraic. Jamás me hartó de ella.

—Pues yo me hartó de ti, mi pequeño jilguero, María tiene que dar un recital antes del torneo, en la Fiesta del Clarinala, eso es todo. Yo me limito a halagarla, como el zorro halaga a las gallinas, para suavizar las asperezas de su dicción.

—Yo jamás me atrevería a presentarme en público sin esos halagos tuyos, mi buen esposo —gorjeó la mujer del zorro, acercándose tanto a Kemperer que pudo echarme una mirada por encima del hombro salpicado de caspa.

Kemperer se ablandó y le cosquilleó la barbilla.

—Bueno, bueno, bueno, tengo que empolverarme la peluca y bajar al campo de torneos a ver si nuestro palco está bien construido. Hazlo tú sola, o nunca lo harás... Atención al detalle, que es la marca del genio... Un verdadero artista jamás desdeña lo práctico... La realidad es la arcilla de la fantasía... «Un *millón* de años atrás, derramándose desde la tibia jungla prehistórica...». Osada línea, si no vociferas.

Mientras charlaba de una manera que yo bien conocía, Kemperer se movía rápidamente por la habitación, perseguido por La Singla y un criado, preparándose para salir. Aproveche la oportunidad para sacar mis provisiones de debajo de la camisa y darles un mordisco.

Cuando tuvo la peluca en su lugar y mientras el sirviente lo ayudaba a luchar con el abrigo, Kemperer me echó una mirada de sospecha.

—¿Entiendes lo que digo, De Chirolo? Tú representarás a Albrizzi en las ceremonias de la boda De Lambant-Orini, pero mientras Bizancio esté tan mal y el trabajo escasee, de nada sirve que rondes mis puertas a la espera de favores.

—Entonces me quedaré a halagar a La Singla en su papel de Heda —respondí mientras recogía el libro del apuntador, que yacía abierto sobre un sofá.

Kemperer, colérico, me arrebató el libro.

—Tú no la halagarás en ningún papel. Muéstrale un respeto impecable, que con eso casta. ¡Sois unos jóvenes majaderos que os creéis elegantes y apuestos, y tratáis de arruinar la tranquilidad de ánimo de mi querida esposa! Tú te vienes conmigo. No voy a dejarte suelto en mi casa.

Irguiéndome, le respondí:

—Feliz estaré de acompañarlo, maestro, ya que mejorará sin duda mi reputación... siempre que haya entendido correctamente que no ve usted mancha alguna en mi inmaculado interés por La Singla, la eminente actriz de nuestra época.

Ablandado otra vez, pero sin dejar de mascullar, Kemperer me tomó del brazo antes de que pudiera despedirme debidamente de La Singla, y me condujo a través del patio, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, ni siquiera para atender a Albert, que al verlo pasar prorrumpió en un solitario parloteo.

Cuando el portón se cerró detrás de nosotros y nos encontramos en la calle, le pregunté adónde iba.

—¿Adónde vas tú, De Chirolo?

Siempre había sido de naturaleza desconfiada.

Señalé el norte, hacia San Bragardo, en la esperanza de que él tendría que ir hacia el sur para llegar al Anfiteatro, donde se celebran los torneos en los días del festival.

—Yo voy hacia el otro lado —anunció—, de modo que he de privarme de tu compañía. ¡Qué lástima, vaya! Recuerda, ahora, que nada sucederá hasta lo de Albrizzi, a menos que yo te mande llamar. Deja entonces de rondarme. Y no creas que una temporada de ocio me guste más que a ti, pero las grandes familias se han ido al campo a veranear. Además, hay un condenado ejército otomano marchando en algún sitio cerca de Malacia, y eso siempre es malo para el teatro. *Cualquier cosa es mala para el teatro.*

—Espero que pronto volvamos a vemos —dije, y nos saludamos con una reverencia.

Kemperer se quedó donde estaba, con los pies firmemente plantados en el suelo y los brazos cruzados, viendo cómo yo doblaba al llegar a la esquina. Miré atrás y advertí que continuaba observándome. Me hizo un burlón ademán de despedida, deshaciéndose de mí hasta con el último hueso de la muñeca esquelética. Una vez doblada la esquina, me oculté detrás de los pilares del primer portal que encontré y aguardé allí, atisbando. Tal como lo esperaba, el propio Kemperer apareció en la esquina. Con aire zorruno, escudriñó la calle. Cuando se hubo asegurado de que estaba despejada, volvió a desaparecer mascullando entre dientes.

Esperé a que se alejase, volví sobre mis pasos, y me presenté una vez más ante las puertas de su casa. Hice sonar la campanilla y no tardé en ser admitido a la soleada presencia de La Singla.

Desde que la había dejado, hacía solo algunos minutos, se había echado una bata de seda azul sobre la flotante vestimenta nocturna, pero no se podía decir que estuviese más vestida que antes. Tenía aún el cabello suelto sobre los hombros, como

oro. Cuando se movía, las cintas flotaban alrededor.

Se sentó a la mesa, y se llevó graciosamente una taza de café a los labios.

—Recuerda que he de mostrarte mi respeto impecable —le dije.

—Y muchas cosas más, espero —murmuró y miró el mantel blanco que cubría la mesa, concediéndome el beneficio de sus largas pestañas.

De un salto me arrodillé junto a ella para besarle la mano. Me indicó que me levantase y la apreté contra mi cuerpo hasta que sentí que el cojín de sus pechos generosos estaba aplastando una mezcla de jamón, queso y pan.

—Demonios, ¡mi blusa! —exclamé, mientras sacaba el bocadillo.

María estalló en la risa más espléndida y mejor ensayada que se haya oído jamás.

—Tienes que quitarte la camisa, mi querido Perry. Ven a mi tocador.

Mientras entrábamos en la fragante habitación comenté, riendo y muy animado:

—Ya ves hasta qué punto puede estar muerto de hambre un pobre actor, que escamotea comida de la mesa de una mujer, la más admirada del mundo. Si hay jamón en mi blusa... ¿qué no podrá ocultarse en mis pantalones?

—Sea lo que fuere, no me tomará por sorpresa.

Unió las palabras a la acción, y llevándose las manos a la espalda, comenzó a deshacer los lazos que le sujetaban el vestido.

En un momento, los dos nos habíamos convertido en uno, entregados al deleite, desnudos sobre la cama deshecha. Los besos de La Singla eran cálidos y sedientos, y el cuerpo gloriosamente sólido tenía, como dicen los orientales, un pequeño estanque en forma de media luna, donde boté mi barca hasta que las aguas se pusieron deliciosamente tumultuosas. Y luego, en un naufragio embriagador, tendidos ambos en la cama, me quedé contemplando aquellas costas tiernas y verdeantes.

—«... derramándose desde la tórrida jungla prehistórica...» —citó erróneamente.

La Singla volcó sobre mí una boca jugosa, hasta que mi barca volvió a levantar las velas. Cuando me acerqué a ella, me detuvo con un dedo, en lenta admonición.

—El secreto de toda felicidad es no tener nunca bastante. Ni los ricos ni los revolucionarios reconocen esa verdad profunda. Ambos hemos gozado lo suficiente, siempre que el futuro nos prometa más. No se puede esperar que mi marido se retrase. Es desconfiado hasta la locura, pobrecillo, y me tiene por una perfecta ramera.

—Así que eres perfecta —declaré mientras tendía la mano hacia los montes suntuosos de sus pechos, pero ella se me escapó y se echó encima la camisa.

—Perfecta tal vez, pero no ramera. En realidad, Perian, y aunque esto es algo que jamás comprenderías porque eres una criatura de concupiscencia, soy mucho más afectuosa que promiscua.

—Tal como eres, eres encantadora.

Cuando estuvimos vestidos, me sirvió un vaso de zumo de melón y una deliciosa porción de quítenlo frío. Mientras comía, le pregunté:

—¿Conoces a alguien que se llama Bengtsohn? Es un viejo de ojos azules,

extranjero, que dice tener enemigos en todas partes. Viene de Tolkhorm y ha escrito una obra de teatro.

La Singla se estaba poniendo inquieta.

—Pozzi lo ha usado para pintar decorados. Trabajaba bien, pero creo que es progresista.

—Me ofreció trabajar con su zahnoscopio. ¿Qué es un zahnoscopio?

—¡Cuánto hablas! Haz el favor de terminar de comer y permíteme que te haga salir por la puerta lateral, o Pozzi volverá y tendrá tal ataque de celos que no habrá paz durante semanas.

—Quería hablar contigo...

—Ya sé lo que querías.

Recogí el muslo del ave y me fui obedientemente. La Singla era una muchacha impecable y yo deseaba complacerla. Las cosas que más le interesaban eran la cama y el teatro, y yo suponía que tal era la razón por la que estaba siempre tan bien dispuesta. Parecía justo que Kemperer tuviera que pagar impuestos en especie por una posesión tan preciosa.

En la calle, mi euforia empezó a mermar hasta adelgazarse casi como mi ropa. No sabía qué hacer. No contaba con mi padre ni podía sacarle provecho a mi hermana. Podía ir a una taberna, pero no tenía ni siquiera un denario y mal podía esperar que mis amigos me recibiesen con la bolsa abierta. La mayor parte de ellos se encontraba en dificultades similares, excepto Caylus.

A falta de mejor diversión seguí a diversos ciudadanos, estudiándoles las caras y las maneras de andar, hasta que llegué a la plaza de San Marco. Allí estaban instalados los habituales puestos del mercado mañanero, atendidos por la multitud de campesinos y campesinas de siempre, con caballos y mulas atados a la sombra en la calle del Monte. En los alrededores de la plaza, y agrupándose sobre todo bajo la columnata de la antigua aduana, había barracas para los personajes menos serios y los niños, donde se podían ver temeros de dos cabezas, dioramas de otras épocas, esqueletos humanos animados, malabaristas orientales, animales ancestrales, encantadores de serpientes de Bagdad, adivinos, marionetas, llamativos espectáculos de linterna mágica y las actuaciones de los colmillos-velludos, no mayores que perros.

¡Cuánto había frecuentado yo de niño, con mi hermana Katarina, esas mismas barracas! Los espectáculos de linterna mágica, y las vistas panorámicas de naufragios, vidas nobles y paisajes majestuosos, nos habían deleitado. Y allí seguían estando, como antes.

Lo excepcional de ese día era que se trataba del primer jueves del mes, el día en que desde tiempos inmemoriales se reunía el Consejo Supremo de Malacia. A mí no me preocupaban mucho los asuntos de esos carcamales, aunque sí a la gente más vieja. Mientras yo pasaba entre ellos, oí que murmuraban sobre el Consejo.

El obispo Gondalo IX había bendecido públicamente el Consejo, pero las

deliberaciones eran secretas. Los resultados de tales deliberaciones nunca se daban a conocer; solo se podía deducir lo que había ocurrido observando quiénes desaparecían en las espaciosas mazmorras de la plaza de las Cadenas, para ser allí estrangulados por manos diligentes, o a quiénes se decapitaba a la vista del público entre las grandes estatuas de bronce de los baboseros de Desport, en San Marco, junto a la catedral, o quiénes reaparecían en pedazos por diversos barrios del sector comercial, o a quiénes se encontraba con la boca mordisqueada por los sollos, en los molinos del río Toi. Si al Consejo le había parecido adecuado despacharlos, entonces eran gente alborotadora, y a mí, por mi parte, me alegraba saber que todo funcionaba tan bien para satisfacción de nuestros compatriotas. El deber inmemorial del Consejo Supremo era proteger a Malacia del cambio.

Me encontré un pelo en la boca. Al quitármelo de entre los dientes, vi que era rubio y rizado. Ah, el Consejo Supremo podía ahogar en el canal a todos los ciudadanos, si eso me permitía estar bastante cerca de La Singla como para pastorear en aquel mismo montecillo.

Los comerciantes de los puestos se mostraban circunspectos, como buenos conocedores del sistema de espionaje que ayudaba a mantener la paz en Malacia, pero de lo que me dijeron un par de ellos deduje que era probable que el Consejo estuviera discutiendo acerca del globo hidrogenado de Hoytola para decidir si lo aprobaría o no. Nadie entendía el principio de esa novedosa máquina, pero alguna propiedad mágica de la frase «el globo hidrogenado de Hoytola» le había dado un cierto poder ascendente, al menos en las tabernas. La realidad estaba aún por verse; era el Consejo el que tenía la última palabra sobre tales posibilidades.

Uno de los comerciantes, un hombre alto y macizo, con los carrillos azules y el mismo aspecto inocente de los gansos muertos que llevaba en la cesta, me confesó:

—Considero que tendrían que dejarlo volar. Entonces seríamos como los hombres alados, ¿verdad?

—Todo lo que es interesante se encuentra en el suelo —señalé—. Héros, herejes... dejemos el aire para el sol y los espíritus.

Yo nada sabía de Hoytola. Remontar pequeños globos de aire caliente había sido durante muchísimo tiempo ocupación de los niños de Malacia. Recordé las pesadas explicaciones de mi padre sobre una flotilla de globos de aire caliente, todos atados entre sí, capaces de transportar un ejército y sorprender al enemigo otomano. Hasta había escrito un folleto sobre el tema: pero un capitán de la milicia había ido a visitarlo y lo había convencido de que dejara de interesarse en los asuntos públicos.

Bastaba ya con que hubiera gente voladora, no demasiado distinta de nosotros, excepto por las alas. Hablaban nuestra lengua, se casaban, morían de peste, lo mismo que nosotros. Tres de ellos se elevaron por encima de mí mientras yo cruzaba la plaza de San Marco y fueron a posarse en lo alto del campanil, nido tradicional de esos tradicionales centinelas de Malacia.

Varias veces, mientras andaba, me saludaron los dueños de los puestos. Habían

sido espectadores desde el patio en una u otra de mis actuaciones y todavía me recordaban bien. Lástima mil veces que yo hubiera llegado al nivel supremo de mi arte y no me fuera posible mostrarlo ante verdaderos entendidos.

Mientras así me reñía a mí mismo, alguien me dijo desde cerca:

—Vamos, joven De Chirolo, ¡si parece que cargara usted con todos los cuidados de este mundo viejo e insulso!

La que se me acercaba tímidamente era la magra figura de Pete el Pintado, así llamado a causa de los mechones de pelo negro que le sobrevivían entre las canas. Era el titiritero; detrás de él se veía el marco a rayas del decorado, corridas las cortinillas de felpa roja.

—No tengo ninguna preocupación. Pete. Simplemente estaba representándome un drama dentro de mi cabeza, como lo representan tus marionetas dentro de la caja. Y ¿cómo te trata el mundo?

No hubiera tenido que preguntárselo. Abrió las manos, con desesperación, y alzó las cejas negras y blancas como acusando al cielo.

—Ya ve usted a lo que estoy reducido: ¡a actuar en las calles para los niños, yo, que antaño fui huésped de las mejores casas de la ciudad! Todos querían ver mis figuras bailarinas, y mi pequeño turco, que andaba por la cuerda floja y decapitaba a una princesa. A las señoras les gustaba eso. Y todas las figuras talladas en palo rosa, con los ojos y la boca móviles. Las mejores marionetas del país.

—Me acuerdo del turco. ¿Qué ha cambiado?

—La moda. El gusto. Ese es un cambio que el Consejo Supremo no puede impedir, como no pueden impedir que la noche se convierta en día. Hace apenas un año, tenía un hombre para que me cargara los decorados, y bien bueno que era. Ahora, yo mismo los llevo al hombro a todas partes.

—Eran tiempos más fáciles.

—Ganábamos muchísimo dinero con las veladas nocturnas. Ahora, casi todo eso ha desaparecido. He tenido el honor de presentarme más de una vez en el Palacio Renardo, ante el joven duque y ante los emisarios extranjeros, en el Salón Azul del palacio de los Obispos Electos; todo muy correcto y sin escenas de seducción, por más que aplaudieron la del patíbulo e insistieron en pedir bis. Me han pagado en diez o más monedas diferentes. Pero ahora, realmente, la demanda ha disminuido. Tendré que irme a alguna otra parte, donde todavía aprecien el arte de las marionetas.

—¿A Bizancio?

—No, ahora Bizancio es un montón de polvo, dicen, las calles pavimentadas con los huesos de los viejos titiriteros, y por cierto que los otomanos están a las puertas, como siempre. Me iré a Tuscadia o a la lejana Igara, donde dicen que hay oro, y estilo, y entusiasmo. ¿Por qué no viene conmigo? Podría ser el lugar ideal para actores sin trabajo.

—Estoy demasiado ocupado, Pete. En este momento vengo de casa de Kemperer, y ya sabes cómo te hace sudar, y ahora me corre prisa por ver al señor Bengtsohn,

quien necesita algo de mí.

Pete el Pintado dejó que una de las cejas le descendiera varios centímetros, bajó la voz aproximadamente otro tanto, y dijo:

—Si yo fuera usted, señor Perian, me mantendría apartado de Otto Bengtsohn, que es un alborotador, como quizá usted ya sepa.

La expresión del hombre me hizo reír.

—¡Juro que soy inocente!

—Nadie es inocente si alguien lo considera culpable. Los pobres han de estar agradecidos por lo que obtienen de la gente rica, y no andar insultándolos o proyectando destruirlos.

—Estás diciendo que Bengtsohn...

—Yo no estoy diciendo nada, ¿no ve? —Mientras miraba alrededor, el hombre volvió a levantar la voz como si esperase hacerse oír por la totalidad del bullicioso mercado—. Lo que estoy diciendo es que nosotros, los pobres, estamos muy en deuda con los ricos del Estado. Ellos podrían arreglárselas sin nosotros, pero nosotros sin ellos no, ¿no es así?

Era evidente que el tema incomodaba a Pete y a todos los presentes; seguía andando. Tal vez fuera a visitar a Bengtsohn.

Mientras recorría un callejón lateral, rumbo a la calle de la Exposición, recordé que Pete el Pintado había actuado una vez en la casa de mi padre, mucho tiempo atrás. Mi madre aún vivía por ese entonces, y mi hermana Katarina y yo éramos pequeños.

El espectáculo nos había fascinado. Cuando plegaron y se llevaron la mágica estructura, mi padre había dicho:

—Lo que habéis observado es Tradición viva. El titiritero nunca se apartó de las formas de comedia establecidas desde hace siglos, y por eso os deleitó el espectáculo. Del mismo modo, la felicidad de todos los que viven en nuestro pequeño Estado utópico de Malacia depende de que se preserven las leyes que los fundadores establecieron hace mucho, muchísimo tiempo.

Me escurrí por una barrosa senda lateral, donde había aún unos pocos puestos, cada vez más pobres a medida que se alejaban del imán central de San Marco hacia la enseña del Ojo Oscuro. Unos campesinos rubicundos que bebían con gran diversidad de ruidos, muestras de alegría y expresiones faciales, obstruían las puertas de la Taberna de los Dientes de Cuero, a la entrada de la plaza. Alrededor se apretaban prostitutas, esposas, niños y asnos que escuchaban la serenata de un organillo. La amante del músico recorría la multitud con una gorra, exhibiendo un pollo-víbora de escamas rojas, atraillado, y que bailaba como un perro sobre las patas traseras.

Junto a la taberna había unos puestos de arenques frescos. Me recogí bajo los brazos los faldones de la chaqueta y pasé junto a ellos. Más allá dos patanes vomitaban y orinaban por turno contra una pared. Los pisos sobresalientes de los edificios y los anchos aleros oscurecían la plaza, pero cuando ya casi había llegado al

otro extremo, me tropecé de pronto con Otto Bengtsohn que estaba lavándose las manos en una bomba, todavía vestido con la roñosa chaqueta de piel.

Tenía los brazos pálidos y lampiños, surcados de venas; feos, pero útiles. Se salpicó de agua la cara y se enjugó las manos en la chaqueta, mientras se volvía para examinarme. Por detrás de él, apoyados en el vano de una puerta, había dos hombres jóvenes que también me inspeccionaron.

—¡Así que cambió usted de opinión y se decidió a venir! Y ¡qué descaro mostró usted, vamos! Bueno, solo se es joven una vez.

—Casualmente pasaba por aquí.

Asintió con la cabeza.

—Todo el Mundo tenía razón.

Se quedó inmóvil contemplándome y frotándose las manos en la chaqueta hasta que me sentí incómodo.

—¿Qué es ese zahnoscopio?

—Los negocios para luego, mi joven amigo. Primero necesito algo que comer, si no tiene inconveniente. Voy camino de los Dientes de Cuero, y tal vez quiera usted compartir un bocado.

—Con mucho gusto. —Después de todo, el viejo tenía sus méritos—. Empiezo a sentir hambre.

—Hasta los pobres tienen que comer. Los que vamos a cambiar el mundo tenemos que estar bien alimentados... En Malacia se supone que nadie quiere cambiar nada, ¿no es así? Y, sin embargo, veremos... —Me sonrió con aire de astucia y señaló el ancestro de dientes de cuero pintado en el letrero de la taberna, de alas segmentadas y extendidas—. Hay que tener mandíbulas como las de ese bicho para comer aquí. ¿No tiene inconveniente en visitar nuestros bajos fondos, De Chirolo?

Entramos en la taberna.

Allí Bengtsohn era conocido y respetado. Rápidamente, una sucia muchacha dispuso ante nosotros sopa, pan y albóndigas de carne con chiles, más una jarra de cerveza, que atacamos sin hacer caso de codazos y empujones. Yo comí con voracidad.

Después de un rato, suspirando y resignándome a que me sirviera más cerveza, comenté:

—Como cambio, está bien tener el estómago lleno a mediodía. —Aquí me contuve—. ¿Por qué digo «como cambio»? Parece que hoy todos hablan de cambio... Ha de ser por la reunión del Consejo.

—Bueno, hablan bastante, sí, pero hablar no es nada... como espuma del mar. Malacia nunca cambia, no ha cambiado en miles de años ni nunca cambiará. Ni siquiera cambian las conversaciones sobre el cambio.

—Y con ese zahnoscopio, ¿no está usted introduciendo algún cambio?

Bengtsohn soltó el tenedor, meneó las manos, me impuso silencio, se inclinó hacia delante, sacudió la cabeza, todo a la vez, de modo que me encontré con la cara

salpicada de albóndiga a medio mascar.

—Recuerde que aunque el cambio puede ser tema de conversación, cualquiera que tenga el atrevimiento de llevarlo a la práctica *en esta vieja, estable y querida ciudad nuestra* —dijo en voz alta para mayor efecto, mientras buscaba el tenedor— puede terminar en el Toi con el cuello partido...

Silencio mientras comíamos. Después, en un tono intencionado, como si lo que decía pudiera interesar en especial a cualquiera que estuviese escuchando furtivamente, el hombre dijo:

—Trabajo en el dominio del arte, y eso es todo lo que me interesa. Felizmente el arte interesa de veras en esta querida ciudad, lo mismo que la religión. El arte es cosa segura. No hay sitio mejor en el mundo para dedicarse al arte, aunque el cielo sabe que ni siquiera aquí rinde lo suficiente. Pero, por cierto, no me quejo. Cómo resistiré el invierno próximo con una mujer insaciable... Vamos, pase el pan por el plato y regresemos al taller. Trabajar es la cuestión, si se obtiene una buena paga.

Volvimos a atravesar la plaza y a entrar en el taller, que era un lugar oscuro y sucio, atestado de toda clase de objetos. Bengtsohn señaló con la mano, en un ademán vagamente descriptivo, abarcando a varios aprendices que ocupaban los bancos, algunos de ellos masticando trozos de pan.

—Tiene usted un lugar muy laborioso.

—No lo tengo; no me pertenece. Las botas del patrón pueden sacarme mañana mismo a puntapiés. Es una gran industria, la mayor de Malacia. El fondo de esos talleres y fábricas de vidrio da sobre la gran galería de exposiciones. Me imagino que habrá estado usted allí... en la galería de la familia Hoy tola. Andrus Hoytola.

—El globo hidrogenado de Hoytola.

—Eso es otro asunto. Hace ya algunos años que estoy aquí, desde que vine de Tolkhorm con mi familia. Hay peores amos que Hoytola, se lo aseguro. Aquí esta Bonihatch; él también es extranjero en Malacia, y un buen hombre.

Se refería a uno de los aprendices, que holgazaneaba en mangas de camisa.

Bonihatch era de mi edad, moreno, pequeño y delgado, con patillas desaliñadas. Me saludo con la cabeza, sin hablarme, mientras miraba con desconfianza mi ropa.

—¿Un novato? —preguntó.

—Ya veremos —replicó Bengtsohn.

Tras ese enigmático diálogo, Bengtsohn, con la displicente asistencia de Bonihatch, me mostró parte de lo que allí hacían. En un rincón del taller principal había toda una colección de placas de linterna mágica, clasificadas en estantes. Bengtsohn sacaba una cualquiera y yo la miraba contra la luz vacilante de una lámpara de aceite. Muchas de las escenas eran obra de Bengtsohn. Era un artista de factura tosca, pero eficaz. Algunas de las transparencias pintadas a mano, en especial las que representaban paisajes, me parecieron atractivas. Había un paisaje ártico, con un hombre envuelto en pieles que guiaba un trineo sobre el hielo; un reno tiraba del vehículo, y la escena toda estaba iluminada por un cielo de luces nórdicas que se

reflejaban sobre un glaciar. Mientras yo la sostenía ante la lámpara, él advirtió algo en mi cara y me preguntó:

—¿Le gusta? De joven, he llegado más allá de las Montañas del Norte, hasta las tierras heladas. Así era aquello. Un mundo diferente.

—Es bueno.

—¿Sabe usted cómo pintamos estas placas?

Señalé las pilas de vidrios que nos rodeaban y el largo escritorio donde trabajaban los asistentes, con pinceles y una hilera de botes de pintura.

—Aparte el genio de usted, maestro, la producción no es un misterio.

Sacudió la cabeza.

—Usted cree que ve el proceso, pero no ve el sistema que hay detrás del proceso. Tome nuestra línea topográfica, de perenne popularidad. Viajeros de comarcas lejanas hacen bocetos de los lugares fabulosos que han visto. Regresan a su país, Bizancio o la Kiev sueca o Tolkhorm o Tuscadia o algún otro centro importante, donde se graban y se venden los dibujos, ya sea como libros o por separado. Entonces nuestra fábrica compra los libros y los artistas convierten los cuadros en placas transparentes. Solo las placas tienen vida, pues la luz misma da los últimos retoques al cuadro, si usted me entiende.

—Si, le entiendo. Yo también me enorgullezco de llamarme artista, aunque trabajo con el movimiento antes que con la luz.

—La luz lo es todo.

Bengtsohn me llevó por un pasadizo donde había grandes láminas de hojalata apoyadas contra las paredes, y llegamos a otro taller. Allí, en medio del hedor y del humo, un grupo de hombres en delantal armaba las linternas mágicas que eran parte de la empresa de Hoytola. Algunas, baratas y endebles; otras, obras maestras de manufactura, con altas chimeneas acanaladas y paneles de caoba enmarcados en bronce.

Por fin, Bengtsohn volvió a llevarme al taller de pintura, donde observamos cómo una niña de no más de quince años copiaba sobre un cristal una escena tomada de un libro.

—Está transfiriendo el grabado al cristal —anunció Bengtsohn—. Bonito, quizá, pero no *exacto*. ¿Cómo podríamos transferir con exactitud el grabado al cristal? Pues bien, he encontrado una manera perfectamente eficaz de hacerlo —bajó la voz para que no lo oyera la muchacha, que no levantaba los ojos del trabajo—. El nuevo método se vale del *zahnoscopio*.

—Es revolucionario —dijo Bonihatch, lacónico.

Apretándome con fuerza los músculos del brazo, Bengtsohn me llevó a otra habitación, sofocante y cerrada, con una ventana enmarcada por pesadas cortinas. Un soporte bastante parecido a un atril de música se alzaba en un extremo de la habitación, con una lámpara que ardía encima y un globo de agua a un costado. En el centro del cuarto había algo semejante a un pesado cañón turco. Construido casi

totalmente en caoba con bandas de bronce cincelado, el caño tenía cinco secciones superpuestas, cada una más pequeña que la anterior. Estaba montado sobre una base sólida que terminaba en cuatro ruedas de bronce.

—¿Es un cañón? —pregunté.

—Podría abrir una brecha en las murallas de la complacencia de cualquiera... pero no, es simplemente mi zahnoscopio, llamado así por el nombre del monje alemán que lo diseñó.

Bengtsohn palmeó la boca del zahnoscopio.

—Aquí hay una lente que recoge los rayos de luz. ¡Uno de mis secretos! Una lente especial, grande, que los artesanos de Malacia no producen. Esta misma mañana la recibí por barco, y acaban de colocarla. Usted me vio hoy con ella cuando lo llamó Todo el Mundo.

Otra palmada a la recámara.

—Aquí hay un espejo. ¡Otro secreto! Le enseñaré cómo funciona.

Sacó de un estante una vista topográfica coloreada, la colocó en el atril, levantó la mecha de la lámpara y dispuso el globo de agua entre el atril y la lámpara en modo que los rayos de la lámpara se concentrasen sobre la vista. Luego corrió las cortinas. Solo la lámpara de aceite iluminaba la habitación. Bengtsohn me indicó que me sentara en una silla junto a la recámara.

Era como si me hubiera sentado junto a un escritorio. La parte superior del escritorio era de vidrio y sobre él, perfectamente reproducida, ¡estaba la vista topográfica, con todo el brillo de los colores originales!

—¡Es hermoso, maestro! Un espectáculo de linterna mágica como no se ha visto otro.

—Esto es un instrumento, no un juguete. Colocamos el cristal sobre el visor y adaptamos la longitud del tubo, con lo que se regula la *distancia focal* de las lentes. Así conseguimos una imagen del tamaño exacto de la placa, sean cuales fueren las dimensiones del grabado original. Luego basta que pintemos con exactitud sobre la imagen.

—¡Es usted más que un artista! —exclamé, batiendo palmas—, ¡es un actor! Como yo, toma usted la sustancia pobre e insulsa de la vida real y la amplía y la colorea para deleite del público... Pero, a mí, ¿para qué me quiere? Soy incapaz de manejar un pincel.

Bengtsohn me miró de soslayo, tironeándose el labio inferior.

—Hay dos categorías de gente. O son demasiado despiertos o son demasiado tontos para confiar en ellos. No acabo de descubrir a qué grupo pertenece usted.

—Yo soy hombre de fiar. Todos confían en Perian de Chirolo; pregúnteselo a Kemperer, para quien usted trabajó una vez, y que me conoce a fondo. También su esposa le hablará bien de mí.

Bengtsohn desechó mi discurso con un ademán y se quedó mirando a la distancia, en una pose muy semejante a la que he usado para Kedgoree el Ciego.

—Bueno, es innegable que necesito un hombre joven y de no muy mala presencia... Cuanto más envejece uno, más difícil se vuelve todo...

Al fin se volvió hacia mí:

—Está bien, le concederé mi confianza, joven; pero le advierto que no ha de repetir lo que yo le diga, ni a su amigo más querido, no, ni tampoco a la más dulce de sus novias. Venga, iremos a la galería de exposiciones mientras le explico mi invención y mi intención...

Descorrió las cortinas, bajó la luz de la lámpara y me guió nuevamente al taller. Trepamos unos escalones, atravesamos una puerta y nos encontramos en otro mundo, que no conocía el desorden. Habíamos entrado en la propia galería, elegantemente amueblada, con las paredes cubiertas de millares de placas de cristal, dispuestas en bastidores para que fuese fácil verlas. Se las podía alquilar por distintas sumas, según la calidad y el tema. Había largas series de veinte o treinta placas que narraban en imágenes hechos heroicos de antaño, y había también vividas reproducciones de actos de bandolerismo o desastres, que eran las más populares. Algunas personas bien vestidas recorrían la sala, mirando los cuadros; Bengtsohn siguió hablando en voz baja.

—A pesar de que apesta a privilegios, este lugar, lo mismo que el museo estatal del conde Renardo, preserva una parte del pensamiento cultural de Malacia. Andrus Hoytola explota la mano de obra barata, es inútil negarlo... un enemigo de clase, si los hay, y sin embargo no es solo un comerciante, sino también un artista y un visionario. No obstante, respecto de mi invento...

Parecía como si Bengtsohn siempre estuviese ocultando algo, lo que no se acomodaba con mi naturaleza abierta. Consiguió acorralarme en un rincón, diciendo que quería hablarme de cosas que generalmente no se entienden.

—Quienes han estudiado la alquimia saben desde hace mucho tiempo que hay ciertas sales que tienen simpatía o aversión a la luz, y así se dice que han caído del sol o de la luna. Yo he descubierto que con una mezcla adecuada de yoduro de plata es posible transportar al cristal la imagen de cualquier cosa que se coloque frente al zahnoscopio. Mediante un segundo proceso, en el que intervienen aceites de lavanda y mercurio calentado, la imagen queda fija en el cristal. Eso, mi estimado De Chirolo, es pintar sin las manos...

Me miraba, radiante, y parecía años más joven.

—¿Por qué me cuenta su secreto?

Bengtsohn sacudió la cabeza.

—No es mío, sino de la Naturaleza. Todos podrán compartirlo. Usted no alcanza a darse cuenta del carácter opresivo del Estado en que vivimos...

—Yo amo mi ciudad natal.

—Y yo, como extranjero, no tengo derecho a criticarla. Sin embargo, cualquier proceso científico como el que yo describo se suprime... en seguida, se prohíbe... Se niegan la justicia y la belleza.

De uno de los bastidores de exhibición sacó una placa y me invitó a que la mirase al trasluz. Era una erupción volcánica. Boquiabierto, miré a través de un volcán en plena erupción, con torrentes de lava que bajaban abriendo cauces en la nieve, y vi del otro lado uno de los rostros más hermosos con que me había encontrado jamás, un rostro con nariz de línea griega, ojos de color dorado oscuro, una boca donde resplandecía una brillante sonrisa —aunque no dirigida a mí— y la cabeza, delicada, de cabellos cuidados, pero rebeldes, negros como el azabache y recogidos en la nuca con un lazo de cinta azul.

Durante el momento en que estuvo materializado del otro lado de la erupción volcánica, el rostro se puso de perfil y luego se eclipsó, con lo que solo me dejó ver las trenzas y las cintas que adornaban la nuca. Incluso eso era bastante fascinante; pero yo no había visto jamás un perfil tan encantador ni de diseño tan original, en que toda la fisonomía dependiera de una nariz patricia, sin que esta fuese demasiado grande, ni siquiera en un delicioso milímetro.

Bajé ligeramente el monte Vesubio para observar el cuerpo que tenía como tan exquisito remate esa cabeza fabulosa. Aun cuando solo lo contemplaba desde atrás, vi que la cintura era breve, las caderas generosas, y las nalgas muy superiores a las laderas nevadas de cualquier volcán. La totalidad de la encantadora figura estaba ceñida por un vestido largo y rizado, de seda de color albaricoque, que le llegaba a los pies. Mis sentidos estéticos, exaltados por las proporciones de la cara, cedieron ante los carnales, y resolví aproximarme a aquella belleza, cualquiera que fuese el precio.

Durante todo este tiempo Otto Bengtsohn siguió hablando en su estilo maniático, equivocándose respecto del motivo de mi interés.

—... esa hermosa vista jamás tocada por manos humanas...

—Me alegra oírsele decir.

—El efecto excitante de la conjunción del mego y la nieve...

—Oh, sí, y qué conjunción...

—Y, sin embargo, no es más que la imitación de una imitación...

—No, ¡eso no puedo creerlo! Esto es, al fin, la realidad...

—Me halaga usted, pero es cierto que el zahnoscopio captura la realidad, transmite la vida mejor que el arte...

Dejé la placa. La visión estaba disponiéndose a abandonar la galería. Yo quizá nunca más volviera a verla, y mi felicidad jamás sería completa.

—Tiene que disculparme, maestro, mis preferencias se inclinan más hacia la vida que hacia el arte, como las suyas. Usted ha de atender a sus asuntos y yo a los míos...

Al ver que me preparaba para irme, Bengtsohn me sujetó del brazo.

—Escuche, por favor, joven. Le estoy ofreciendo trabajo y dinero. Todo el Mundo no puede haberse equivocado. Usted no tiene ni trabajo ni dinero. Quiero hacer algo nuevo con el zahnoscopio. Quiero mercurizar... es así como llamo al proceso, quiero mercurizar todo un cuento en placas de vidrio, usando actores de verdad, no simples

cuadros. Será un éxito nuevo y deslumbrante, algo revolucionario, y a usted puede tocarle una parte destacada. Ahora vamos al taller y déjeme que se lo explique bien.

—Acabo de ver a un amigo... ¿quién es esa hermosa criatura, en el otro extremo de la galería?

Bengtsohn me respondió con brusquedad:

—Es Armida Hoytola, la hija del propietario de la galería, una muchacha difícil y tornadiza. Una parásita, una enemiga de clase. No pierda el tiempo...

—Le agradezco mil veces la comida, pero no puedo trabajar para usted. Todo el Mundo se equivocó al mirar las constelaciones. Me espera otro trabajo más adecuado...

Me incliné ante él y me fui. Bengtsohn se enderezó, con los brazos cruzados sobre la vieja chaqueta, con una expresión muy cómica en la cara.

En el otro extremo del recinto, más allá del mostrador, había una puerta que daba a una cafetería. Mi hermosa criatura estaba atravesando el salón junto con otra joven. No vi a ninguna acompañante. La amiga parecía tener la misma edad que... ¿Armida? ¡Armida!... y era atractiva también, a su manera, una muchacha regordeta con rizos de color castaño. Cualquiera otro día seguramente me habría llamado la atención; no tenía otro fallo que estar junto a la divina Armida. Una bonita pareja en verdad, aunque yo solo tenía ojos para una.

Me detuve en la entrada, preguntándome si mostrarme trágico o alegre; la pobreza de mi ropa me decidió por lo segundo.

Las dos jóvenes estaban instalándose en una mesa próxima. En el momento en que Armida se sentaba, nuestros ojos se encontraron. Unas poderosas corrientes de magnetismo animal inundaron el salón. Siguiendo un impulso, le sostuve la mirada, me adelanté, aparté de la mesa una silla vacía y dije:

—Señoras —aunque solo me dirigía a ella—, veo en vuestros rostros una cordialidad tan humana que aun sin invitación me atrevo a imponeros mi compañía. Estoy desesperadamente necesitado de consejo, y siendo como somos completos extraños, podéis dármelo con imparcialidad en un momento en que mi vida está en crisis.

En el mismo momento en que empecé a hablar las jóvenes se miraron, arrogantes. Advertí que la compañera de cabello castaño era también una belleza, con la elegante esbeltez de Armida, pero de formas regordetas que tenían un propio e innegable atractivo. No sé que pasó entonces entre ellas, pero cuando se volvieron a mirarme, el hielo había comenzado a derretirse.

—Quizá vuestra crisis os deje tiempo para beber chocolate con nosotras —dijo Armida.

Agradecido, me senté.

—Solo cinco minutos... Después, asuntos urgentes han de reclamarme en otra parte. ¿Estabais disfrutando de la exposición?

—Para nosotras es totalmente familiar —respondió Armida, apartando con un

ademán el tema—. ¿Qué crisis es esa, señor? Habéis despertado nuestra curiosidad, como me imagino que os proponíais.

—Todos tenemos que enfrentar alguna crisis en la vida... —pero con eso no bastaría—. Mi padre —proseguí, pensando rápidamente— es un hombre severo. Me obliga a decidir mi futura carrera. Para el fin de semana tengo que decirle si he de ingresar en el Ejército o en la Religión Suprema.

—Estoy segura de que vuestro corazón es lo suficientemente puro para la Iglesia —dijo Armida, con una sonrisa tan cálida que hubiera podido cocer un huevo—. ¿No es bastante valiente para el Ejército?

—Mi dilema es que, como hijo devoto, deseo complacer a mi padre, pero también quiero ser algo más satisfactorio que monje o granadero.

Dos bonitas cabezas se volvieron para mirarme. La mía dio un giro completo.

—¿Por qué no os hacéis actor? —me preguntó la de pelo castaño—. Es una carrera sumamente variada y que da placer a muchos.

Las esperanzas crecieron en mi interior hasta el punto de que me incliné para tomar la mano que ella tenía sobre la mesa.

—¡Qué amable de vuestra parte sugerirlo!

—¡Puf, actor no! —exclamó Armida—. Son pobres, y representan cosas muy aburridas... ¡Una forma inferior de vida animal!

El efecto de semejante discurso en esos labios fue suficiente para enfriarme la sangre casi hasta el punto de congelación. Lo único que salvó las cosas fue que Armida se inclinó hacia delante para agregar, en tono confidencial:

—El último capricho de Bedalar es un actor. Un actor apuesto, lo admito, de manera que ella cree que ningún hombre tiene la menor utilidad si todas las tardes a las siete no está asándose en las candilejas.

Bedalar mostró la graciosa punta de una lengua...

—¡Es que estás celosa!

Armida le mostró, a su vez, una lengua aún más graciosa. Yo podría haberme pasado toda la velada observando esa rivalidad, mientras pensaba con qué cordialidad recibiría dentro de mi boca aquella lengua pequeña y rápida. A tal punto me embriagaban mis sentidos que tardé en registrar el nombre de Bedalar: ya lo había oído ese mismo día.

El aire confidencial de Armida me había tranquilizado, pero la conversación se enfrió mientras las dos muchachas se miraban y yo las miraba cavilosamente.

Por fortuna llegó el chocolate en una jarra de plata, y nos dedicamos a beberlo.

Bedalar dejó su taza y anunció que tenía que irse.

—Todos sabemos con quién te vas a encontrar, así que no disimules —le dijo Armida.

Mientras Bedalar se alejaba, Armida se volvió hacia mí y me dijo:

—El recién encontrado actor. Está sin trabajo, de manera que pueden disfrutar de una cita en cualquier momento en que la acompañante de Bedalar no esté presente, yo

en cambio tengo un amigo en las altas esferas, a quien no he de nombrar, y a quien retienen sus obligaciones, hoy y muchos otros días.

Me pareció que eso era una nueva crueldad y respondí:

—Tal vez queráis que me vaya...

—Podéis iros o quedaros, como gustéis. Yo no os invité a sentaros.

Como era evidente, de nada servía enfurruñarse con esa pequeña descarada.

—Vine por mi voluntad, sí; y ahora la voluntad no me obedece. Estoy ya bajo un hechizo tal que haría falta una docena de caballeros de las altas esferas, bebidos o sobrios —pensé que con eso acertaría— para disiparlo.

Armida a medias ponía morros, a medias se reía.

—Qué tonta se me verá en la calle, con vos corriendo detrás de mi coche. Y a vos más tonto aún, siguiendo detrás como un perro.

—Tengo como norma no correr detrás de los coches. Podemos marchar juntos, en cambio. Venid, vamos a caminar por el parque Trundles y a ver quién se ríe de nosotros.

Me levanté y le ofrecí el brazo. Armida se puso de pie... ¡y con qué movimiento! La Singla no podría haberlo hecho mejor.

—¿Y se espera que yo pague el chocolate que todos hemos consumido? —preguntó con exquisita seriedad.

—¿No es acaso el establecimiento de vuestro padre? ¿Los insultáis tratando de ofrecerles dinero?

—Conque sabéis quién soy... Hay muchos estratos de la sociedad de Malacia que no frecuento, de manera que no tengo idea de quién sois vos.

Cuando le dije mi nombre, advertí que no lo conocía, aunque teniendo en cuenta su mala opinión de los actores, posiblemente diese igual.

Volví a ofrecerle el brazo. Apoyó apenas en él cuatro dedos enguantados y dijo:

—Podéis acompañarme a mi carruaje.

—Vamos a caminar por el parque.

—Presuntuoso sois si creéis que haré algo parecido. No podría permitirme que me vieran con vos en el parque.

Permanecemos de pie, mirándonos. Vista de cerca era pasmosa. El suyo era un rostro que la belleza hacía formidable; y sin embargo, alrededor de la boca había una especie de melancolía que parecía contradecir la arrogancia.

—¿Puedo veros mañana, entonces, en las circunstancias que vos preferáis?

Se arregló el pelo y las cintas que lo sujetaban y se puso un sombrero que le trajo un asistente. En sus labios apareció una sonrisa.

—Mañana estaréis consagrado a batallas o a cánticos, ¿no es así?

—Ni las espadas ni los votos significan nada para mí en lo que a vos respecta. Sois tan bella, señorita Hoytola, que nunca en mi vida he visto a nadie como vos.

—Sois ciertamente un joven emprendedor, y no lo entendáis como un reproche. Sin embargo, mañana tengo algo que hacer. Por supuesto, no se trata de ningún tipo

de trabajo, pero no estaré libre.

Nos dirigimos hacia la puerta, que nos abrió un lacayo, haciendo una reverencia y disimulando una mirada de envidia. Salimos en pleno mediodía a la calle, casi desierta mientras la siesta se adueñaba de Malacia.

—¿Y qué tenéis que hacer, señorita Hoytola?

El ceño fruncido apenas ajó la frente exquisita.

—Nada que os interese. Casualmente es algo para satisfacer el capricho de mis padres, que nunca tienen bastantes retratos de su hija, a quien tanto miman. Por eso he de posar un rato para un extranjero chiflado que trabaja con nosotros, un tal Otto Bengtsohn. Una especie de artista, a su manera.

Aunque yo la había demorado todo lo que pude, estábamos ya junto a su coche. El sol y el lustre hacían brillar el carruaje como una corona. Una yegua sumamente cuidada esperaba entre las varas. El cochero, empolvado, abría ya la puerta para Armida, que se levantaba las faldas de color albaricoque, preparándose para subir y desaparecer de repente.

—Aquí debemos separarnos, señor. Fue un placer haberos conocido.

—Volveremos a encontrarnos, estoy seguro.

Armida sonrió.

La puerta se cerró, el cochero se sentó en el pescante. Restalló el látigo, ella saludó con la mano, y partieron. «No te menees y actuarás mejor» no me pareció que tuviese aplicación en este caso.

Cuando al fin me recuperé, la galería se cerraba para la siesta, las cortinas se bajaban. Me fui andando lentamente.

Por supuesto que no podía estar enamorado.

Mientras deambulaba por la calle repasé mentalmente nuestra breve conversación. Yo era demasiado pobre para ella, para Armida Hoytola. Y sin embargo, ella había mostrado cierto interés. Era posible que la amiga fuera Bedalar, la hermana de Caylus Nortolini, a quien De Lambant había mencionado. Si Bedalar se dignaba mirar a un actor, era posible que a su amiga también le pareciese elegante. Sin que me lo propusiera se me presentó la imagen de mi boda con Armida y me vi entrando con pie seguro en una sociedad que yo sabría disfrutar...

La visión pasó y me quedé con la referencia al trabajo de Bengtsohn. ¡Ahí estaba mi oportunidad!

En seguida desanduve lo andado por la amplia calle Exposición y por las estrechas callejas anteriores, hasta que volví a encontrarme en la penumbra de la plaza del Ojo Oscuro.

Un grupo de hombres, todos suciamente vestidos, estaban en el rincón más oscuro de la plaza; entre ellos había mujeres, viejas y jóvenes. Todos se volvieron con aire culpable cuando entré. Uno se adelantó, portando un garrote; era el aprendiz que yo había conocido, Bonihatch.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar con Bengtsohn.

—Estamos ocupados. ¿No ves que hay una reunión? Márchate como hiciste antes. Pero Bengtsohn apareció detrás de él y dijo con voz tranquila:

—Es la hora de la siesta, y estamos hablando de carreras de palomas. De Chirolo. ¿Qué quiere usted de mí? Se fue con cierta brusquedad.

Me incliné ante él.

—Discúlpeme esa descortesía. Tenía una misión.

—Eso parecía.

—Estoy interesado en el trabajo que usted me ofreció, si tuviera la gentileza de decirme en qué consiste.

—Vuelva esta tarde. Ahora estoy ocupado. Entonces hablaré con usted.

Miré a Bonihatch, que estaba alerta con su palo.

—Tal vez esta tarde me haya hecho monje, pero veré qué puedo hacer.

El amor, ¡qué potencia! Nada más que el amor podría haberme inducido a entrar tres veces en un día en esa lúgubre plaza y con la dedicación que mostré, pues la dama había revelado ser de talante incierto, vanidoso, y no sé cuántas otras cosas. Además de irresistible.

¡Qué perspicaces nos creemos cuando el amor nos pone tontos!

—Hasta un tonto puede hacer este trabajo —me dijo Bengtsohn—. Supongo que por eso Todo el Mundo indicó a un actor.

De noche, moviéndose por detrás del humo de unas linternas que arrojaban sombras intermitentes, Bengtsohn parecía casi siniestro; los ojos hundidos se ocultaban a veces, y otras destellaban en las órbitas. Los largos dedos se le encorvaban como garras mientras iba tejiendo su explicación.

—Le conté como descubrí el método para mercurizar objetos reales mediante el zahnoscopio, de modo que queden grabados en placas de cristal. Mi ambición es narrar una historia por tales métodos, y necesito gente, actores. Un relato simple, para empezar. Las grandes bellotas crecen de robles pequeños. Quiero mercurizar a los actores con decorados reales o pintados. El producto será de una originalidad extraordinaria, y tendrá muy importantes consecuencias. Usted será uno de los cuatro personajes de ese simple drama. Las escenas lucirán suntuosas sobre el cristal, mucho más fielmente de lo que podría pintarlas jamás un artista. Una auténtica imagen, pintada por la luz... la luz, esa gran fuerza natural que es gratuita para todos, tanto ricos como pobres.

Le dije entonces, con el propósito de que pareciese un poco menos inspirado:

—No será más que una representación teatral con la acción detenida, como si una parálisis repentina se hubiera adueñado de todos.

—Ustedes los actores son tan efímeros; actitudes que son bosquejadas en el aire y desaparecen, y al fin todo queda olvidado cuando desciende el telón. Pero cuando estén mercurizados mediante el zahnoscopio, vaya, todo lo que hagan será

imperecedero, el drama continuará. No tengo inconveniente en apostar a que el drama que usted represente para mí seguirá interesando a los entendidos después de que usted mismo haya envejecido y muerto, joven Perian.

Al oír eso tuve que reírme. Bengtsohn era una figura absurda, hablando mientras acariciaba una linterna mágica de laca negra y de chimenea acanalada, como si esperase que de ella saliera un genio.

—Y ¿cuál es ese gran drama que desea hacerme representar? ¿Hemos de hacer la puesta en cristal de Séneca o de Sófocles?

Se me acercó. Luego se apartó. Luego regresó, y me tomó ambas manos. Luego las dejó caer y elevó las suyas al cielo.

—Perian, mi vida está erizada de dificultades y rodeada de enemigos. Que haya entre nosotros confianza, además de relación comercial.

—Usted me dijo cuando nos conocimos que tenía enemigos, y que el Estado tenía ojos.

La afirmación era de algún modo más razonable ahora, en la oscuridad sofocante del taller, de lo que me había parecido en la calle soleada.

—Tenemos que confiar el uno en el otro. Estamos ambos en la misma situación... es decir, no tenemos seguridad en el mundo. Yo soy viejo y he de mantener a mi mujer; usted es joven y libre, pero créame que los dioses, y la sociedad, que es lo más importante, están en contra de los dos. Es una situación política. Tengo dos pasiones, el arte y la justicia, y a medida que envejezco, la justicia se hace más importante. Me enferma ver a los pobres triturados por los ricos, me enferma.

—Eso es una ley natural. Yo me propongo ser rico algún día.

Bengtsohn se rascó la cabeza y suspiró.

—Entonces, dejaremos la justicia para después de ese día, y en cambio hablaremos de arte. ¿Es eso más de su gusto?

—Hábleme del drama.

Volvió a suspirar y recorrió con la vista el desaliñado taller, sacudiendo la cabeza.

—A los jóvenes les importa tan poco...

—No tiene derecho a hablar así. ¿Por qué los viejos siempre desdeñan a los jóvenes? Yo soy buen actor, como puede usted saberlo si pregunta, y mi arte es mi vida. Mi vida es mi arte. Hábleme de ese drama suyo, le ruego, si quiere que lo ayude.

—Mi estimado joven... Bueno, ¡atengámonos al arte si así lo desea! Yo siento amor por todas las artes, *todas* las artes, incluyendo el drama, aunque siempre he sido demasiado pobre para cultivarías. Para la primera producción mercurizada he escrito una contribución al drama, titulada *El príncipe Mendicula o La alegre tragedia del Príncipe y Patricia y del general Gerald y Jemima*.

—Un título formidable. ¿Qué es exactamente una alegre tragedia?

—Bueno, una comedia melancólica, si usted quiere... los pequeños detalles no están aún demasiado claros en mi mente... claros sí, pero no demasiado... Tengo

algunos problemas con los *detalles*. En realidad, para no recargar las placas, pienso en un drama *sin detalles*...

—¿Yo seré el príncipe Mendicula?

Me sonrió, mostrando que era escaso de dientes.

—Usted, mi querido muchacho, no tiene la edad suficiente para ser el príncipe Mendicula. Usted representará al arrojado general Gerald.

Y empezó a revelarme las bellezas de una trama que enriquecería la producción dramática mundial si no terminaba con ella. Le presté toda la atención que pude. Mientras hablaba, cada vez con más rapidez, me llevó a un trastero para mostrarme el vestuario y los decorados. Todo era muy pobre, y la ropa casi andrajosa.

Mi interés por los asuntos de Bengtsohn había nacido del conocimiento de que en elfos habría de intervenir la divina Armida Hoytola. Ahora empecé a ver que también podrían ser de provecho para mi carrera; Bengtsohn contaba con el apoyo de un protector poderoso, la familia Hoytola, y si la novedad de sus melodramas mercurizados se ponía de moda, sería una ventaja que mi nombre estuviera asociado con ellos.

Interrumpí el relato del viejo para preguntarle:

—¿No me dejará que represente al príncipe?

Los dedos de la mano izquierda tamborilearon sobre la correosa mejilla.

—Gerald es más adecuado. Usted podría hacer un buen general. No es lo bastante venerable para Mendicula.

—Pero puedo maquillarme, ponerme barba y dientes negros y un parche y lo que usted quiera. ¿A quién se ha elegido para ese papel principesco?

Bengtsohn se mordió el labio y me respondió:

—Comprenda que esta es... ¿cuál es la palabra...?, sí, una empresa aventurada. Todos corremos algún riesgo. No puedo permitirme pagar más que a un verdadero actor, que es usted. Su aspecto y su modesta reputación contribuirán. En cambio, para representar al príncipe confío en uno de los muchachos del taller, el no mal parecido Bonihatch.

—¿Bonihatch? ¿El de las patillas amarillentas? ¿Qué experiencia teatral tiene? ¿Si es solo un aprendiz!

—Para una pieza teatral mercurizada se necesita poca actuación. Bonihatch es buen hombre y le tengo confianza. Tiene que ser él, lo he decidido.

—Bueno. ¿Y los otros? ¿La princesa Patricia?

—Para doña Jemima, por quien está cautivado el príncipe, contrataré a una costurera que vive en esta plaza, llamada Leticia Zlatorog. Estará encantada de trabajar por la pitanza. Tiene una familia de triste historia, auténtico ejemplo de injusticias. El tío es amigo mío, amigo en la pobreza. Y la pequeña Leticia es una bonita muchacha, vaya si lo es, y muy airosa.

—¿Y qué ardiente ramillete de talento y belleza está destinado al papel de la princesa Patricia?

Me dirigió otra sonrisa de esas que entumecen la boca.

—Oh, creí que eso lo había descubierto usted. Lamentablemente, el éxito de nuestra empresa depende en gran parte de mi empleador. Por eso nos vemos explotados. Para satisfacer su capricho, y no por otras razones, el papel de la princesa Patricia estará a cargo de Armida Hoytola. Es un consuelo que no sea fea.

—Armida como Patricia... Pues bien, como usted sabe, el arte es todo para mí. Me sorprende en verdad que Armida, a quien apenas conozco, haya de actuar también. Aun así, trabajaré con usted en aras de esa nueva y maravillosa forma dramática que usted ha perfeccionado.

—Llegue usted puntualmente a las ocho de la mañana, que eso me vendrá bien. Ya habrá entonces ocasión para discursos. Y durante un tiempo, mantengamos en secreto la empresa. Nada de jactancias, si puede soportarlo.

Es una curiosa característica de los viejos el hecho de que, como Bengtsohn, no cedan siempre, aunque se les hable claro. Es casi como si sospecharan que uno no es sincero. Mi padre tiene la misma actitud. En cambio, siempre es posible entenderse con gente de la edad de uno.

Pero Bengtsohn se mostró cortés cuando aparecí a la mañana siguiente, y me sirvió para el desayuno una rebanada de buen pan con morcilla; incluso me pagó medio florín por adelantado de su propio bolsillo. Los ayudé, a él, a su mujer y a Bonihatch, a cargar un carro con las cosas que necesitaba, incluyendo el zahnoscopio, una tienda, varios trastos y algunos trajes, antes de que vinieran los otros. Estábamos trabajando cuando llegó un verdadero señor, el gran Andrus Hoytola en persona, que descendió de un carruaje.

Andrus Hoytola era un hombre digno y de buen porte, letárgico de movimientos, con una cara grande y serena como un mar pálido. Llevaba un baniano de seda floreada sobre pantalones ajustados a media pierna, medias de seda blanca, y zapatillas. Tenía el pelo recogido en una cola corta y nudosa, atada con cintas de terciopelo gris. Miró lentamente a su alrededor.

Le hice una reverencia y Bengtsohn lo saludó con una venia militar.

—Nuestros asuntos adelantan, señor —le dijo.

—Es lo que uno espera.

Hoytola se sirvió una pulgarada de rapé de una tabaquera de plata y se adelantó a observar el zahnoscopio. Yo había esperado que nos presentaran, pero nadie me hizo caso. Mi consuelo fue la aparición de Armida Hoytola, que descendió por el otro lado del coche.

La reserva de Armida había que atribuirle quizás a la presencia del padre. No mostró sorpresa alguna, y muy poco interés, porque yo fuera a actuar con ella en el drama de *El príncipe Mendicula*. Parecía preocupada ante todo por su vestido. Como el padre, estaba ataviada a la moda, y llevaba una sencilla túnica abierta *decolleté* de color azul pálido, con mangas largas y ajustadas que terminaban a tiempo para

exhibir unas delicadas muñecas. Cuando andaba, las faldas revelaban la curva del tobillo esparciendo en torno una fragancia de pachulí. ¡Y qué belleza! Rasgos que tendían a ser porcinos en el padre eran auténticamente arrebatadores en Armida, en especial cuando se iluminaron al decir, sonriendo:

—Advierto que no estáis todavía detrás de las murallas de un monasterio o de un cuartel.

—Una misericordiosa suspensión de la sentencia.

El carro cargado fue enganchado a una pareja de mulas, de cara negra y orejas largas, propensas a echar espumarajos por la boca. Trepamos al vehículo o echamos a andar tras él, mientras los Hoytola regresaban al carruaje. Bonihatch explicó que nos dirigíamos al palacio Chabrizzi, más allá del río Toi, donde se representaría nuestra obra.

El palacio de los Chabrizzi se alzaba en un sitio notable, a no gran distancia de Mantegan, donde transcurría la vida matrimonial de Katarina. Construido bajo un último afloramiento de los tostados montes Prilipit, dominaba altanero la ciudad.

Pasadas las puertas, nos detuvimos en un patio lleno de hierbajos. Dos rapaces jugaban junto a una fuente decorada. Desde todas partes nos enfrentaban ventanas, de caras serias. Hacia un costado, por encima de los techos se elevaban unos riscos.

Todo fue descargado y dispuesto sobre las losas. Armida descendió del coche. Hoytola se limitó a recostarse en el asiento, y de repente, como por capricho, se alejó sin haber vuelto a hablar con nadie.

Bonihatch hizo una mueca a Bengtsohn.

—Parece que el Consejo no decidió nada sobre el globo hidrogenado.

—Probablemente, tampoco sobre el zahnoscopio —respondió Bengtsohn con hosquedad.

—Preferiría que no hablasen de los asuntos de mi padre —dijo Armida—. Prosigamos.

Al cabo de un rato se llevaron el carro con las mulas. Mientras se montaba un primitivo escenario al aire libre, Armida conversaba con una muchacha tímida, vestida con ropa de trabajo. Me acerqué a hablar con ellas y descubrí que era Leticia Zlatorog, la modistilla que representaría a doña Jemima.

Sería difícil imaginarse a alguien menos adecuado para el papel, aunque resultaba bastante bonita en su estilo insípido. Era pálida, tenía las manos enrojecidas y no mostraba la menor afectación. Parecía en exceso impresionada por el honor de conocer a un actor de la compañía del gran Kemperer. Procuré mantenerme en una actitud de algún modo imponente, pero, sin embargo, en un momento en que Armida no nos miraba, le pasé un brazo por la cintura para que se sintiera cómoda.

Más intensamente aún que antes, sentí que como único miembro profesional de ese elenco ridículo, tenía derecho a representar el papel de príncipe, es decir, a estar casado con Armida. Sabía que las simuladas pasiones de la escena se convierten a menudo, por magia simpática, en pasiones auténticas fuera del teatro; pensar que el

engreído aprendiz Bonihatch abrazaría a Armida me resultaba insoportable.

Tras no haber conseguido convencer a Bengtsohn sobre este punto, hice un aparte con el propio Bonihatch, para sugerirle con todo el tacto posible que, como el nombre que atraería al público sería el mío, mío debía ser el derecho a representar el papel que daba título al drama.

—Piensa que esta es una empresa cooperativa —me respondió—, en la que todos trabajamos como uno solo, no por el lucro ni por la fama, sino por el bien común. ¿O un ideal semejante es demasiado para tu imaginación?

—Yo no veo ignominia alguna en la fama como acicate. Por tu modo de hablar pareces más un progresista que un actor.

Me miró de igual a igual.

—Es que soy un progresista. No quiero que nos tratemos como enemigos, De Chirolo. Es más, a todos nos alegraría contar con tu cooperación. Pero no necesitamos aquí tus aires fantasiosos ni tus gracias.

—Cuidado como me hablas. Me imagino que una buena sacudida te impresionaría.

—Dije que no quería que fuéramos enemigos...

—Vamos, vamos caballeros —intervino Bengtsohn, acudiendo presuroso—. Nada de rencillas mientras inscribimos un nuevo capítulo en el gran volumen de la historia de Malacia. Ayudadme a montar estas ruinas.

Bengtsohn alzó unos bastidores que representaban una ciudad destruida. Bonihatch y otros aprendices fueron a ayudarlo. Yo metí los brazos bajo la capa y puse una cara razonablemente taciturna para comentar con Armida:

—Es melancólico este antiguo lugar. ¿Qué ha sido de los Chabrizzi? ¿Se mataron todos en un acceso de despecho, o han ido en busca de las Tribus Perdidas?

—Los pobres Chabrizzi dilapidaron varias fortunas al servicio de los Nemanija y de Constantinopla. Una rama de la familia se convirtió al mitraísmo. Del resto, uno de ellos, que fue mi bisabuelo..., se casó con una Hoytola, aunque generalmente era condenable que un noble se casara con la hija de un comerciante. Al año ambos murieron de peste, dejando un hijo pequeño. De modo que la historia de los Chabrizzi puede considerarse, como vos decís, bastante melancólica. A pesar de todo, tengo amor a este antiguo palacio, donde jugaba con frecuencia de pequeña.

—Esa noticia hace que ya me parezca mucho más simpático.

Una parte del patio interior estaba bañada de sol. Allí fueron instalados los aparatos de Bengtsohn. En las habitaciones próximas nos disfrazamos con aquellos astrosos vestidos, salvo Armida, que prudentemente insistió en conservar el suyo propio.

—¡Estupendo! —exclamaba Bengtsohn, batiendo palmas, cuando cada uno de nosotros emergía a la luz del sol.

Nos quedamos quietos en las poses que Bengtsohn nos indicó, hasta que empezó a movernos como sillas. Bonihatch, absurdo con la corona de oropel del príncipe

Mendicula, quedó de pie a un lado, gesticulando hacia la pared más próxima y el decorado de la ciudad saqueada. Sintíendome apenas menos tonto con el tricornio de papel y la espada de corcho, me encontraba de pie detrás de Bonihatch, en tanto que a Armida, con una coronita de oropel, la colocaron a mi lado.

Cuando nos hubo dispuesto como quería, Bengtsohn nos apuntó con el zahnoscopio, reguló el tubo y cubrió con una tapa de terciopelo el panel de cristal de la parte trasera.

—¡Que nadie se mueva! —Nos gritó—. Ni un movimiento, ni un solo movimiento, durante cinco minutos, o todo se arruinará.

Después corrió a la parte delantera de la máquina y quito la cubierta de la lente. Permanecemos inmóviles hasta que me cansé.

—¿Cuándo empezamos a actuar? —pregunté.

El viejo echó una maldición, volvió a cubrir la lente, y sacudió colérico las manos delante de la cara.

—Les digo que se queden quietos sin hacer el más mínimo movimiento durante cinco minutos, ¡y usted se pone a hablar! —gritó—. Mientras el sol brille, hemos de sacar todas las imágenes que podamos, pero cada una necesita cinco minutos para formarse sobre la placa preparada. Para que la imagen sea nítida, tienen que estarse quietos... silenciosos como ratas. ¿No lo entiende?

—Usted no me lo advirtió cuando me explicó la receta —respondí con enfado. Armida y los otros me miraban con desaprobación—. Estaremos aquí todo el día, inmóviles como estatuas a intervalos de cinco minutos. Eso nada tiene que ver con actuar; el secreto de la actuación está en la movilidad.

—Ustedes no actúan, están de pie como estatuas. Y así será durante varios días. Por eso se les pagará tan bien. Tenemos que hacer cincuenta placas para representar el drama completo del príncipe. Ahora, vuelva a prepararse. Esta vez, ni una palabra ni una mueca, De Chirolo.

—Pero es que usted empieza antes de que hayamos aprendido nuestros papeles, antes de que los hayamos leído siquiera —dije—. ¿Cuál es el argumento? ¿Qué clase de drama es este?

—No seáis tonto, por Dios —terció Armida—. Nosotros no hablamos. No hacemos más que dar las imágenes para una serie de cuadros. Cuando finalmente se muestre al público el drama en placas, Otto recitará lo que sucede, para destacar la belleza de los cuadros. ¿No podéis entender los principios de una obra teatral mercurizada?

Risitas de Bonihatch y Leticia.

Me quedé quieto, y Bengtsohn volvió a sus ritos misteriosos con la máquina. Allí nos quedamos todos como figuras de cera, mientras él contaba el tiempo con un gran reloj de vidrio. No es fácil mantenerse quieto durante cinco minutos, en especial al aire libre, donde basta estar ocioso para tener ganas de estornudar.

Al cabo de los primeros cinco minutos yo ya estaba preparándome para pedir

disculpas y abandonar el ejercicio, a pesar de la proximidad de Armida. Pero Bengtsohn parecía tan complacido cuando ocultó la primera placa en una caja oscura forrada de bayeta, que no tuve valor para decepcionarlo. De todas maneras, me alegraba que mis amigos De Lambant y Portinari no pudieran ver nuestras bufonadas.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo Bengtsohn—. Ahora haremos una escena en interiores, donde el príncipe deja a la encantadora princesa al cuidado del general Gerald.

Cuando me disponía a entrar en el palacio, el viejo me agarró el brazo.

—Tendría que habérselo explicado a usted lo mismo que a los otros, para que todo estuviese claro como el cristal. A causa de las limitaciones actuales del zahnoscopio, que necesita mucha luz para hacer sus milagros, tenemos que mercurizar al aire libre aún las escenas de interiores.

Trajeron un sofá e instalaron detrás de nosotros una cortina, la parodia de un «interior». Esa escena fue más de mi gusto. Bonihatch extendía los brazos en un noble ademán, mientras yo, en mi papel de Gerald, me inclinaba a tomar la mano de Armida. Cinco minutos así eran fáciles de soportar, ya que sentía esa cosa menuda y viva que sudaba levemente mientras yo la apretaba. Acordarme de todos los otros tesoros de ella que yo quizá pudiera apretar un día, bastó para que no me moviera.

Terminados los cinco minutos, Bengtsohn dio una palmada y jugueteó con otra placa.

—La escena siguiente también será en interiores; está situada en una taberna, en el campo. Veremos el encuentro del príncipe Mendicula con Jemima. Leticia, hágame el favor de adelantarse y adoptar un porte un poco altanero. No lo mire, mire más bien por encima o a través de él, sí, a través de él, para indicar que es usted de buena cuna... Espero que el zahnoscopio no se caliente demasiado porque las sales fallarían.

Todo estaba listo. Bonihatch y Leticia se pusieron rígidos, de acuerdo con la idea que tenían del noble príncipe y de doña Jemima. Con algunos trastos de mal gusto detrás de ellos y el sol brillando encima, se haría la historia. Bengtsohn miraba con aire extasiado la cubierta de terciopelo de la placa, como si en ella residiera el secreto del universo. El tiempo se inmovilizó. Armida y yo, que esperábamos a un lado observando el cuadro, también nos quedamos quietos. Los minutos tardaron más en pasar que cuando nosotros mismos estábamos delante del zahnoscopio.

Por fin, la arena se depositó en la mitad inferior del reloj de Bengtsohn, que dio la orden de abandonar la pose. Todos volvimos a la vida.

Mientras palmeaba con hosquedad la caja oscura y guardaba en ella la tercera placa, Bengtsohn anunció:

—Esta noche las mercurizaré en el taller. Si se revelan bien, mañana proseguiremos. Si no tenemos suerte, repetiremos las mismas escenas. Bueno, haremos otra ahora, aprovechando la luz. Entretanto, para que tengan ustedes la mente ocupada mientras trabajan, les recitaré el argumento de nuestro drama, tal

como he de recitarlo ante el público... siempre que se permita mostrar a los públicos de Malacia algo tan novedoso...

La mañana transcurrió en pequeñas hogazas de cinco minutos mientras Otto Bengtsohn contaba la descabellada historia del príncipe Mendicula y los personajes nos enfrentábamos al sol con coronas de oropel y espadas de corcho.

El príncipe Mendicula o La alegre tragedia del Príncipe y Patricia, entretejida con los destinos del general Gerald y de doña Jemima (anunció Bengtsohn, haciendo sonar una fingida trompeta entre los labios fruncidos para transmitir una impresión de adecuada magnificencia). Producción en cooperativa de los Comediantes Bengtsohn, mercurizada por Otto Bengtsohn de Tolkhorm, bajo el munificente patrocinio de Andrus Hoytola, a quien dedicamos nuestros humildes esfuerzos con toda gratitud y exageradas reverencias, etcétera, etcétera, hasta el límite de la capacidad...

El grande y apuesto príncipe Mendicula, a quien veis aquí en toda la gloria de su juventud, poder y privilegio, acaba de conquistar la ciudad de Gorica, que aparece al fondo en ruinas, para que todos la vean y la lloren.

Mendicula ha contado con la ayuda de su general, el noble, poderoso y privilegiado Gerald, no menos bien parecido que el príncipe. Como veis.

El general Gerald se ha convertido en íntimo amigo y consejero del príncipe, lo que en todo sentido a dado alas a Gerald, que ha llegado a ser el favorito, con preferencia a muchos otros estimables cortesanos. Aquí veis a los dos inspeccionando la ciudad en ruinas. La ciudad conquistada, quiero decir; la conquista es hábito principesco. Con ellos está la mujer de Mendicula, la hermosa princesa Patricia. Observad con qué deleite contempla a los vencidos de Gorica, cuyos corazones simpatizan con ella.

Aquí la veis diciéndole al marido, el príncipe, lo encantada que está con la valentía de él en la guerra. Él le sostiene las manos. Tan consumido está el príncipe por el amor de ella que le regala la ciudad, sin consultar el parecer de los habitantes, por supuesto, como presente que señala los tres primeros años de dichosa vida conyugal.

El general se muestra contento con tal disposición. Aquí anuncia que en lo sucesivo se abstendrá de acciones bélicas (tal como gustan hacerlo los generales después de las batallas, pensando que la vez siguiente pueden volarles la cabeza). Declara que colgará las armas para casarse con una encantadora dama de Gorica a quien acaba de conocer. Se instalarán en Gorica, o Patriciagrado, como será rebautizada en breve la desdichada ciudad, una vez que se hayan limpiado las calles de cadáveres.

En medio de un entusiasmo general, el príncipe Mendicula deja a su esposa Patricia al cuidado de Gerald y parte a recorrer su nuevo territorio, que podéis ver al fondo, para conocer tanto a la nobleza como a los campesinos, pero principalmente a

la nobleza, por supuesto. En cierta posada campestre, junto a un lago, Mendicula decide descansar el resto de la noche. Lo vemos entrar (observad los jarros de beber dispuestos junto a la ventana), y aquí conoce a la encantadora y misteriosa mujer, dona Jemima, quien dice ser la hija del propietario, aunque el príncipe no puede creerlo. En realidad, no cree que alguien tan agradable pueda provenir de un estrato social tan bajo. Como veis, la menuda doña Jemima es tan morena de pelo y de cutis como rubia es la princesa Patricia. Bueno, esperemos conseguir el color correcto del cabello de las señoras.

Ella desdeña los avances del príncipe, graciosamente pero colérica, con lo que parece una bofetada. El príncipe pide vino de la comarca y se embriaga lamentablemente en el curso de la noche. Por fortuna guarda el anonimato, de modo que a nadie le parece notable esta falta de templanza.

Como observáis, comienza brillantemente a amanecer. El príncipe Mendicula, que siente la cabeza tan pesada como cualquier siervo, despierta lamentando la insensatez del día anterior, y la conciencia le remuerde cuando recuerda a su esposa Patricia, descuidada allá en Gorica. Somos testigos de la angustia del príncipe, los puños contraídos, la mirada vuelta al cielo. Teme que Patricia pueda haberle sido infiel, cediendo durante la noche a los avances del general Gerald. Arrepentido y celoso, cabalga con furia hacia Gorica.

Llega temprano al palacio de Gorica, y sus espuelas resuenan en los corredores de mármol, bueno, de cartón acanalado, como podéis ver, y el príncipe descubre entonces que tanto la bienamada Patricia como el general Gerald están durmiendo virtuosamente en diferentes aposentos en diferentes partes del edificio. ¡Qué bella se la ve dormida, con esas deliciosas mejillas rosadas... está siempre bien alimentada, nuestra princesa! Mendicula la despierta con un beso y derrama sobre ella su amor.

A esta altura de la historia de Bengtsohn pensé para mis adentros: Bueno, ¡qué espléndido para Bonihatch tener que representar al príncipe! Disfruta de casi toda la emoción, ¡y de las dos mujeres! Eso me pasa por actuar con un grupo de progresistas. Ahora entiendo por qué el Estado los suprime. Tarde o temprano, Bonihatch se detendrá durante cinco petrificados minutos, que en esas circunstancias pesan mucho más que la eternidad, con los labios sobre los labios de Armida, en el papel de la adormilada Patricia. Estará algo más que mercurizado, ¡el muy palurdo! ¡Yo tendría que haber representado al príncipe!

Y qué impresión produciré al público, pensé, haciendo el estúpido general Gerald, cándidamente tendido en una cama, con los ojos cerrados, los bigotes sujetos con un pañuelo blanco y un camisón que no me favorece.

En el mismo instante en que el príncipe Mendicula abraza a Patricia y derrama protestas de afecto (continuó Bengtsohn, mientras nos disponía para el cuadro siguiente, como si fuéramos maniqués), ella alcanza a olfatear que él se ha pasado la

noche bebiendo. La sensible muchacha se retrae un poco.

¡Examinad, si queréis, la psicología que se expresa en el talante del príncipe! Pues, ¿cómo responde a ese leve retraimiento? Vaya, con una minúscula semilla de duda que germina en su mente. Quizá ese retraimiento implique, al fin y al cabo, que ella se ha acostado con el general. En dos horas pueden disfrutarse muchos placeres de, carácter íntimo sin necesidad de disponer de toda la noche, especialmente si se tiene la disposición apasionada que el príncipe conoce en Patricia, porque ella se alimenta con las mejores carnes y frutas, a diferencia de las pobres.

Ah, ¡esta próxima imagen! «¡La confianza que vence a la duda!». Tan pronto como la oscura sospecha aparece en la mente del príncipe, este la suprime despiadadamente. La considera un reflejo de su propio sentimiento de culpabilidad, algo totalmente indigno de él, y también de ella, a quien él ama y respeta. (Aquí moveremos el zahnoscopio para que veamos únicamente el noble rostro de Mendicula en la placa adecuada...).

Tras abolir todas las dudas, innobles como manzanas de un naranjo, el príncipe Mendicula tiene aún en más alta estima a Patricia y al héroe-soldado. Es más, los invita a ser amigos, a compartir confidencias y a disfrutar generalmente de la compañía del otro sin temor a restricciones. Contemplad a los tres, abrazados, gente de noble nacimiento que se comporta noblemente, ¿eh?

Con satisfacción, Mendicula se aparta y se dedica a la administración del reino, mientras permite que el general Gerald acompañe a Patricia a los bailes, a la ópera y a otras ocasiones festivas. Lejos de mostrarse agradecida por la confianza que el príncipe ha depositado en ella, Patricia está un tanto fría, como él nota con pena, la mano sobre la frente. Otra vez, lejos de culpar a su mujer, sigue culpándose a sí mismo por haber perseguido a Jemima.

Se ve así prisionero de una situación en la que no puede escapar al recuerdo de Jemima. Aunque ella lo rechazara. Aquí pondremos algo de música. Un día él vuelve a caballo por el bosque, buscándola. Para deleite del príncipe, Jemima sigue residiendo en la posada; allí la encuentra lustrando un jarro. Hablan con fervor durante horas. Él insiste en pedirle un beso, que ella le concede cariñosamente. Aunque no le permite más libertades, su compañía es tan animada que el príncipe Mendicula se pasa toda la noche en vela hablando con ella. Como observaréis, doña Jemima también toca el laúd y canta.

La noche pasa con demasiada rapidez. Cuando la aurora se filtra a través del lago, que por supuesto está fuera, el príncipe recuerda una vez más las realidades de la vida. Tras abrazar a doña Jemima y darle las gracias, se arranca a sí mismo del lado de ella, ensilla el caballo, y galopa furiosamente de regreso a Gorica. O es posible que tenga que correr él mismo furiosamente, ya que Bonihatch y yo no hemos encontrado un caballo que se quede cinco minutos inmóvil en posición de galope.

De vuelta en la ciudad, irrumpe en la habitación de Patricia. Primero ha desmontado, por cierto, si venía a caballo; si no, no. La cama de ella no ha sido

tocada. El príncipe corre entonces a las habitaciones del general Gerald. También la cama de él está vacía. Angustiado, recorre precipitadamente todo el edificio, hasta encontrarlos a ambos en la rosaleda.

En tono tajante, ordena al general que se retire, por lo que este se va con el aire enfadado que podéis observar, e interroga severamente a Patricia. Ella se muestra tan fría como un muñeco de nieve y explica que tanto ella como Gerald se levantaron temprano y se encontraron en el jardín por accidente. Después de todo, es un día de fiesta, en que muchas personas se levantan temprano. Aquí vemos algunas que se han levantado. Patricia le dice que no tiene derecho a interrogarla.

Dolorido, por su aflicción y por la silla de montar, el príncipe se deja caer en un banco. Débilmente, pregunta a su mujer si ella y Gerald se besan como amantes. Entonces ella se enfada todavía más, elude responder, y le exige que diga dónde ha pasado toda la noche; a sus oídos (ya veis qué bellas orejas) han llegado rumores de que él tiene una mujer fuera de la ciudad. El príncipe replica que no le interesa ninguna mujer, a excepción de aquella con quien está casado. Patricia se burla de tal comentario, diciendo que ha observado cómo él bebe los vientos por las mujeres. Aquí los vemos dándose la espalda, en una imagen de frustración y buena crianza.

Esta difícil situación se resuelve con el regreso del general Gerald, vestido de militar. Ahora tiene buena cara y se ha puesto una chaquetilla nueva para anunciar que por la mañana traerá a su prometida a Gorica, y se la presentará al príncipe. Patricia se aleja con un ramo de rosas. O con una sola rosa quizá, para ahorrar gastos.

Pero Mendicula cuenta con los eficaces recursos de una buena educación y rechaza otra vez cualquier sospecha. Como eterno emblema de amistad estrecha calurosamente la mano de Gerald, proclama lo buen amigo que es y le encomienda que atienda a Patricia, ya que el matrimonio de ambos atraviesa un túnel difícil. Él haría cualquier cosa por hacer feliz a Patricia, Gerald dice que él también. Ambos coinciden.

En un discurso formal y breve, típico de un militar, Gerald agradece al príncipe, ensalzando su actitud esclarecida y su falta de celos. Tal como vemos, ambos se palmean en el hombro, y después el príncipe Mendicula admite, de hombre a hombre, que hay otra dama por la cual se siente atraído, y ruega a Gerald que continúe mostrándose amable con Patricia.

Esta es una conversación bastante larga. Tal vez para la representación tendríamos que animarla con vistas de ninfas y pastoras juguetonas, o algo refinado.

De modo que ahora las buenas relaciones entre el príncipe y la adorable Patricia parecen restablecidas. Amistosamente, parten juntos a una cacería de animales ancestrales en el parque de un noble. Del morral saldrán viandas para las próximas nupcias del general Gerald. Hacia el final de esta tarde dorada, cuando están junto a un lago (ese bastidor servirá dos veces), llega de Gorica un mensajero con un mensaje para Mendicula. Tal como vemos aquí, él lo abre. El mensaje es de doña Jemima, que anuncia su llegada a la ciudad y pide al príncipe una hora para poder despedirse.

En esta escena, nótese el exaltado rubor de los participantes. Mendicula dice a Patricia que asuntos urgentes de Estado le exigen atención, de manera que ha de ausentarse por un tiempo. Ella desconfía, se enoja, y lo acusa de citas ilícitas. Él también se enoja. Le ruega que se muestre tolerante, así como él tolera que ella simpatice con el general Gerald. Patricia replica que esa relación nada tiene que ver con el matrimonio. El príncipe no puede entender la observación, pero guarda un prudente silencio y se va del parque, enojadísimo, montado en un corcel. O quizá se vaya *a pie* del parque. O quizá podamos conseguir un caballo embalsamado que se mantenga quieto.

El príncipe Mendicula va a palacio a vestirse con los regios atavíos y ponerse una corona. Allí se encuentra con una delegación de concejales de la ciudad vencida. Tienen rostros sinceros, pero sombríos. Intentan persuadirlo de que dé a conocer en seguida una proclama por la que se restrinjan las actividades de los soldados. La soldadesca ha estado asolando la campiña, y lo que es más importante, saqueando, rapiñando y violando, y (cuando la violación no viene al caso) seduciendo en las calles de Gorica en un estilo militar completamente tradicional. Mendicula admite que tal tradición es detestable y consiente en que se dé a conocer una proclama por mediación del general Gerald. Este es el mensaje que se envía a Gerald para pedirle que ponga coto a las inclinaciones naturales de los soldados, posiblemente con el fusilamiento de algunos. No mostraremos violaciones reales. Esas cosas es mejor dejarlas libradas a la imaginación.

La importante reunión lleva cierto tiempo, de modo que el príncipe se ha atrasado en varias horas cuando llega a la noble casa donde se aloja Jemima.

Aquí, un sirviente hace pasar a Mendicula a la habitación de Jemima, y se observa al príncipe, de pie, aterrado al verla sola y llorando en un pañuelito de encajes. En respuesta a las angustiadas preguntas de Mendicula, ella le dice que hay alguien a quien ama y que por él rechazó los avances del príncipe, no porque quisiera mostrarse irrespetuosa con el regio linaje. Ahora ha sabido que su enamorado le ha sido infiel, pues se ha unido con otra mujer aún mientras preparaba la ceremonia nupcial de ambos, una fiesta espléndida que duraría tres días sin ahorrar gasto alguno, y que por fortuna no tendremos que mostrar. Las lágrimas de Jemima manan como agua de una fuente, hasta mojar el laúd.

El príncipe está tan conmovido que apoya una rodilla en tierra. O tal vez las dos. La abraza e intenta consolarla. Una cosa va llevando a otra; en particular, la condolencia lleva a la sensualidad. Juntos se van a la cama y allí se tienden en extasiado abrazo, como si tuvieran el hábito de este recíproco consuelo y diversión. Aquí las placas serán optativas, según la compañía. No forzaremos demasiado el pudor de Leticia, puesto que ella en realidad no es actriz.

Más imágenes. El amanecer, o quizá también el agotamiento, trae un cambio anímico. Jemima se despierta de un sueñecito y se sienta con una expresión de arrepentida. Ya llega el día de su boda y se enfrenta a él como una mujer

mancillada... aunque admite de buena gana que no está tan mancillada como si se hubiera acostado con un plebeyo. Sin embargo, la realeza no es sustituto de la castidad, y declara que debe matarse.

Enfundándose los regios pantalones, Mendicula intenta disuadirla. Él defiende también un código de honor riguroso, pero ella se excede.

Con aspereza, Jemima clama que él la ha puesto en una situación tal que preferiría morir. Ella no es hija del propietario; también tiene sangre noble. Los pobres tienen que vivir entre desgracias e ignominias; ella no. Mendicula la ha arrumado completamente, en tanto que el hombre que ha de desposarla sin duda ha pasado toda la noche con otra mujer.

A Mendicula le sorprende la coincidencia de que ese haya de ser el día de la boda de Jemima y también el de un íntimo amigo, el general. Cuando pronuncia el nombre de Gerald, Jemima exhala un grito y revela que él es su prometido.

Ambos se abrazan y ella vuelve a llorar. El príncipe lamenta hondamente haber faltado a Jemima y a la amistad del general, pero puede liberarla al menos de la mitad de esta doble ignominia.

Sonoramente, proclama que puede acallar las indignas sospechas que ella tiene respecto del general Gerald. Pues la supuesta amante de Gerald no es otra que su propia e inmaculada esposa, la princesa Patricia. Y explica cómo ha oído de los bellos labios de la propia Patricia que nada impropio sucede entre ella y Gerald. Ambos cuentan con la segura confianza de él y apenas hace unas horas que la princesa le aseguró que el afecto de ella por Gerald no puede dañar en modo alguno el matrimonio.

Jemima se alegra tanto que se viste detrás de un biombo. Pero la noche de felicidad que acaba de pasar en compañía del príncipe no se puede borrar tan fácilmente. Estalla en llanto, clamando en tono dramático, mientras se mesa un poco los cabellos, ya que se siente doblemente culpable si Gerald es el hombre de honor sin tacha que Mendicula acaba de describir. Este la acusa de demasiado escrupulosa. Los dos han de separarse sin tardanza, pese al afecto que mutuamente los acerca; él nunca volverá a buscarla. Cualquier cosa que haya entre ellos ha terminado ahora, y todo será como si esa única noche de placer jamás hubiera existido.

Además, él otorgará título nobiliario al general, y también otra ciudad que han de conquistar, donde Gerald pueda vivir contento con Jemima, de modo que ninguna de las partes vuelva a verse expuesta a la tentación. Con un fondo musical, los vemos reír y llorar y abrazarse por última vez, esa doliente frase del libro del amor.

Al regresar al palacio de Gorica, el príncipe Mendicula se encamina a los aposentos de la princesa, colmado todavía de buena voluntad. Allí está Patricia, arreglándose. Él declara apasionadamente que nunca más la vejará mirando a otras mujeres; se ha encontrado a sí mismo e implora que ella lo perdone.

Grande es su consternación cuando Patricia recibe con frialdad este anuncio y se aparta como si poco le interesara lo que él dice. Conmovido, Mendicula repite que

bien se da cuenta de lo mucho que la ha descuidado, pero que ese descuido ha de terminar, que ya ha terminado. Ella es su verdadero amor.

Con voz fría, quizá mientras se aleja hacia la ventana, Patricia declara que con todo lo que él le dice no hace más que confesar que tiene una amante secreta, tal como ella sospechaba y él ha negado. Ella supone que Mendicula ha reñido ahora con la muy zorra y necesita volver arrastrándose a ella. Él protesta animosamente. Enfadado ante la manera en que es recibida su magnanimidad, como si fuera ropa vieja, admite con sinceridad inoportuna que ha estado interesado en otra dama, pero que ahora se ha apartado para siempre de ella.

Al oír esto, Patricia se muestra aún más remota y altanera. Le pregunta si está armando tanto escándalo por lo de ella con Gerald.

El príncipe no entiende a qué se refiere. Le repite que ha renunciado a la otra dama y a su amistad, simplemente porque estaba causándoles dolor, tanto a ella como a Patricia, a quien no puede tolerar herir. Atribuye la invariable frialdad de Patricia a las sospechas que la hacen desdichada; ahora ya no necesita mostrarse fría ni ser desdichada.

Una vez más de rodillas, el príncipe admite espontáneamente el derecho de ella a desaprobarlo, y le pide perdón por las heridas causadas; el problema es enteramente entre ellos dos y nada tiene que ver con Gerald, que durante todo ese tiempo ha apoyado noblemente a ambos. ¿Por qué ella trae a colación el nombre de él en ese momento?

Aquí necesitaremos polvo para usted, señorita Armida. Las mejillas de Patricia palidecen. Se aparta de su marido, las manos le tiemblan mientras se aterra a la cortina. Con una voz distante dice que él puede arrepentirse todo lo que quiera, pero que ha llegado demasiado tarde. Ella no tiene la intención de interrumpir su relación con Gerald; le está dando demasiado placer.

Al oír estas palabras, el príncipe se lleva las manos al corazón. Con la garganta seca, se obliga a preguntar: entonces, ¿ella y Gerald son amantes?

—¡Por cierto que sí! ¿Qué otra cosa crees que hemos estado haciendo?

Mendicula retrocede, con el rostro de color ceniza, incapaz de hablar, con aspecto de tonto.

Ella se encarniza con él.

—Tú tienes tus asuntos y yo los míos.

Él solo puede sacudir la cabeza.

—Y tú ya sabías que Gerald y yo éramos amantes —grita ella, altanera.

—No, no, yo confiaba en vosotros.

—Tú lo sabías y lo estimulabas. El otro día, sin ir más lejos, hablaste con él en privado y lo elogiaste, lo elogiaste por lo que estaba haciendo. Le dijiste en la cara que él me convenía. ¡Y casualmente es cierto! Él te entendió y alabó tu actitud civilizada. Vaya, si hasta le dijiste que tenías una mujer... ¡oh, sí, él me contó lo que dijiste! Y a mí me dijiste que tolerabas nuestro afecto. Sabías lo que estaba pasando.

—Sí realmente creías que no me estabais engañando, entonces ¿por qué ahora dudaste en revelarme la verdad?

Ella se limita a enfurecerse con él y le arroja un cepillo para el pelo o algo así.

Todos los ideales del príncipe caen como andrajos ante él. Ni siquiera entonces la golpea ni la regaña. En cambio, intenta explicarle que cuando los encontró a ambos inocentes de vicio después de aquella noche que él estuviera en Gorica, aceptó la virtud de ambos y los creyó personas honorables que podían dominar todos los apetitos en interés de la amistad y la sensatez. A partir de entonces, había sofocado de raíz las dudas indignas, y confiado en que ellos mantenían una decorosa amistad. Eso era lo que había estimulado, y no lo negaba. Patricia necesitaba un buen amigo en una ciudad extraña, y puesto que Gerald le había jurado amistad a él y le debía muchos favores, Mendicula había desterrado por completo cualquier sospecha de deshonor, porque los deshonoraba también a ellos. ¿Era tan poco terrenal este código de conducta? ¿Qué clase de hombre sería él si en verdad hubiera actuado como alcahuete de su propia mujer y tomado como *gigoló* a un amigo?

Para esas preguntas ella no tiene respuesta. Sigue el camino del escarnio.

—Pensé que tu actitud era generosa y prudente, lo mismo que Gerald. Entonces te honramos.

—¿Me honrasteis en la cama?

—Ahora solo te desprecio, y lo mismo hará él.

Lejos de mostrarse arrepentida, a ella no la conmueven ni la cólera de él ni su sufrimiento. Dice que ella y Gerald simplemente se divirtieron, y no tiene intención de renunciar ahora a Gerald, cuando los dos están disfrutando del asunto.

—Yo intenté serlo todo para ti. ¿Por qué eres ahora tan fría y dura?

—Jamás fuiste bastante frívolo para mi gusto.

—Pero él... él... tiene a alguien más...

—Por mí, puede tener muchas mujeres, siempre que yo sea una de ellas.

—Patricia, amor mío, ¡no te degrades! Ese hombre te ha rebajado...

Algo en ese estilo. El príncipe es delicado en su desesperación, pero en ese momento el propio general Gerald entra en el cuarto, alegre y suelto de cuerpo... como lo hace usted tan bien. De Chirolo.

Colérico, el príncipe lo acusa de vil engaño por haber seducido a la mujer de un hombre a quien llamaba íntimo amigo y traicionar totalmente la confianza en él depositada. Gerald se ríe, incómodo. Adopta una actitud superior y dice que el príncipe también se ha conducido con frivolidad. De los dos males resulta un bien: tal es al fin y al cabo la usanza del mundo, y Mendicula haría mejor en no protestar. Gerald sospecha que si Patricia se molesta en investigar el asunto, descubrirá que el príncipe ha seducido a varias de las doncellas del palacio.

—Villano lisonjero, ¡mientes para salvar la cara!

Gerald toma a Patricia por un brazo y ella se agarra a él.

—Admite, además, mi vicioso príncipe, que tú me animabas. Al hacer feliz a

Patricia, yo no hacia otra cosa que intentar mejorar el matrimonio de vuestra alteza.

Eso es más de lo que el príncipe puede tolerar.

—¡No seguirás burlándote de mí! —clama, mientras saca la espada. Gerald hace lo mismo. Pelean. Patricia los mira, pálida e impasible. Bueno, por supuesto, impasible en la placa.

Luego de muchos quites desesperados, Gerald retrocede, herido en el brazo que sostiene la espada. Tropieza con una alfombra y cae contra la cama de la princesa, por completo indefenso ante una posible estocada mortal.

Mientras Mendicula titubea, entra presuroso un mensajero del ejército y anuncia que una doncella ha encontrado muerta a doña Jemima en su propia alcoba, ataviada con todas sus galas nupciales. Junto a su cabeza, una nota declara que se sentía demasiado deshonrada para casarse con un hombre de honor como el general Gerald.

Ante semejante noticia es al príncipe a quien el dolor hace retroceder. Gerald aprovecha la oportunidad, se apodera de la espada y con ella atraviesa a Mendicula. Echando una última mirada a Patricia, el príncipe muere sobre el lecho.

Tristes fanfarrias anuncian el final de nuestro drama y la historia del príncipe Mendicula.

Puntualmente, a la hora de la siesta, el coche de los Hoytola llegó al palacio Chabrizzi, con Yolaria, la acompañante de Armida, sentada rígidamente en el interior, Armida se despidió y se la llevaron.

Al día siguiente se repitió el mismo procedimiento. Parecía que yo no la vería tanto como había esperado. Bengtsohn se mantenía reservado acerca de la mercurización y no mostraba a nadie los resultados. Pero quizá todo iba bien, porque seguíamos trabajando lentamente con las escenas. En cuanto a Armida, parecía como si la mercurización no se hubiera producido entre nosotros. Yo me preguntaba cómo podría cambiar las cosas. Por eso, en medio del denso calor de la tarde, me encaminé a hablar con Todo el Mundo. De Lambant vino conmigo, como apoyo.

Todo el Mundo estaba encorvado en el rincón de las escobas, al pie de la escalera del escribano. Viejo, frágil, parecía que solo la rígida indumentaria lo mantuviera en pie. La cabra estaba atada allí cerca; moscardones azules le investigaban la barba. Ni el hombre ni el animal se movieron. Un humo lento subía desde el altar de hierro y daba la vuelta a la esquina para ir a ocuparse de sus cosas. Debido a la hora, no había nadie esperando para consultarlo.

Puse sobre el altar unas pocas paras, lo único que podía permitirme gastar del dinero que me había pagado Bengtsohn.

—Lo que dijiste era correcto, Todo el Mundo.

—Veo que la verdad vale poco.

—Lo mismo que yo, lamentablemente. Tú dijiste: «Si no te meneas, actuarás mejor». Te referías al zahnoscopio del viejo Otto Bengtsohn, ¿no es verdad? ¿Por qué fui yo el elegido?

Todo el Mundo arrojó una pulgarada de polvo sobre las cenizas, que resplandecieron sombríamente. El hedor de Malacia me penetró las narices.

—La Tierra yace en una eterna penumbra que algunos confunden con la luz. Los Poderes de la Oscuridad lo han creado todo. Una sombra se mezcla con la otra.

—Hay una muchacha. Todo el Mundo, que interviene también en los asuntos de Bengtsohn. ¿Cómo puedo asegurarme de que la sombra de ella se cruce con la mía?

—No soy yo quien bendice tu amuleto. Ve a preguntárselo a él.

—Ciertamente, consultaré a Noble Zaraza. Pero tú ya has metido mano en mis asuntos. Soy ambicioso y espero que puedas animarme más.

Cerró los ojos; los párpados cayeron como labios arrugados, quizá dando término a la sesión.

—El Señor de la Oscuridad ha puesto su marca sobre cada uno de nosotros. Para agradarle, tienes que gratificar tus sentidos hasta que el carruaje se haga trizas.

Me quedé mirándolo, pero el largo rostro amarillo se había cerrado a mis ojos. Moví un poco los pies, la cabra sacudió la cabeza, nada más sucedió.

Me volví hacia De Lambant, quien me esperaba a respetuosa distancia, según lo acostumbrado, ya que escuchar lo que se predecía a otro le enredaba a uno fatalmente las líneas de la propia vida, y le pregunté:

—¿Por qué la Religión Natural trae siempre miedo y confusión? ¿Por qué jamás entiendo lo que me dicen los magos?

—Porque son tonterías pasadas de moda. Hace semanas que no hago bendecir mi amuleto; ¿acaso estoy peor por eso? Te estás tomando demasiado en serio a esa chica. Vamos a buscar a Portinari y a beber un trago.

—Todo el Mundo dijo algo de que mi cuerpo se haría trizas. Mi carruaje, un carruaje. A veces se me ocurre que la vida no es tan simple como uno cree. Iré a ver a Mandaro.

Guy sacudió la cabeza.

—Mi querido De Chirolo, los sacerdotes son peores que los brujos. Mantente alejado de ellos. Ven, que hace calor. Vamos a sacar de la cama a Portinari para beber algo y charlar con él.

—Ve tú, que yo iré más tarde.

Nos separamos. Yo me decía que era absurdo tener un peso en el corazón cuando tan liviano tenía el bolsillo. El sacerdote de nada me serviría. La compañía de mis amigos sería mucho más alegre. Volví sobre mis pasos. De Lambant aún no se había perdido de vista. Lo llamé, corrí para alcanzarlo, y juntos nos dirigimos a casa de Portinari.

Al tercer día de nuestro trabajo en la tragedia de *El príncipe Mendicula*, el poderoso zahnoscopio estaba enfocado sobre nosotros cuando se oyó un gran estrépito en el patio y Bengtsohn nos pidió que esperásemos.

Los Chabrizzi partían para sus vacaciones de verano en los montes Vukoban. En

años anteriores, me contó Armida, habían estado en un fértil valle en los Prilipit, al sur de Malacia, donde tenían propiedades, pero este año se hablaba de movimientos de ejércitos turcos en esa zona. Como de costumbre, Malacia estaba rodeada de enemigos.

Pronto estuvimos encerrados en un cerco de coches, carruajes y carros cargados de maletas y de instrumentos de música, y además caballos, perros, triploderos domesticados, ganado y aves de corral, y esto sin mencionar a los Chabrizzi, adultos y niños, ni a los amigos y sirvientes. Era demasiado para nuestro cuadro vivo. Flora, la mujer de Bengtsohn, intentó dispersar a la multitud, pero esta no se dispersaría hasta que estuviera preparada para partir. Nuestro empresario nos despidió y se alejó gruñendo, con la caja oscura debajo del brazo.

Nos interrumpieron en la escena en que yo, el indecoroso general Gerald, llevaba a la princesa Patricia a grandes bailes (representados por una sola pareja más, que bailaba) y otras ocasiones de similar esplendor (representadas por un cuadro de una escalinata de mármol). Esa obligada intimidad sirvió para que la relación entre Armida y yo madurase, no solo porque éramos los únicos excluidos de la camaradería Bengtsohn-Bonihatch, que se extendía a casi todo el resto del taller, sino porque ella había cobrado antipatía a Mendicula, cuyas patillas bonihatchianas le hacían insoportables cosquillas durante minutos sin fin; y además —decía Armida— olían a flan rancio.

Me llevó a un lado y me dijo:

—Los Chabrizzi dejarán el palacio casi vacío, con solo unos pocos sirvientes para desanimar a los ladrones. En cinco minutos más, ya se habrán ido todos. Imagínate, hace años que no entro en este lugar, porque había cierta frialdad entre nuestras familias. Ahora es mi ocasión de explorar esos escondites y rendijas que tan bien recuerdo, antes de que llegue Yolaria con el coche.

—No vayas a perderte... ¡o a encontrarte!

Deslizó la mano en la mía.

—Oh, no me atrevo a ir sola. Ya ves lo grotesco que es el palacio, al pie de esa pared de roca. Además, lo frecuenta un viejo brujo de ojos llameantes.

—Pues yo también iré. ¿Llevaremos un cubo de agua, por si acaso nos encontramos con los ojos llameantes?

—Da la vuelta por el costado de manera que nadie nos descubra. ¡Vamos, que será divertido!

Levantó la cara con una sonrisa de entusiasmo.

La seguí hacia una puerta lateral y juntos nos sumergimos en la penumbra del palacio. El estrépito del paño se apagó. En cierto modo, era como estar atrapados dentro del zahnoscopio, con largas imágenes de luz y sombra: ventanas y colgaduras, paredes y pasillos. ¡Qué lugar para un encuentro furtivo! Dependía de mí ahora que yo volviera a representar con acierto el papel del general Gerald, y me apresuré a seguir el vestido azul claro de Armida.

Dije ya que el palacio estaba construido bajo un saliente de roca. En ese lugar, los montes Prilipit habían depositado sobre el paisaje un último afloramiento de piedra caliza de algunos centenares de metros de altura. Por motivos de defensa, los ingeniosos Chabrizzi habían construido la casa debajo y dentro de la pared de roca, con lo que desbarataron la composición simétrica propuesta por el arquitecto.

El interior del edificio me confundió. La topografía había azorado de tal manera a los constructores que en algunos casos habían dejado incompleta la curva de una escalera, o habían torcido un pasadizo doblándolo desesperadamente sobre sí mismo, o dejaron sin terminar el salón potencialmente magnífico, con la pared del fondo de roca desnuda.

Armida, convertida otra vez en una niña aventurera, me condujo a través del laberinto, entrando en compartimientos y volviendo a salir, subiendo y bajando tramos más o menos largos de escaleras, a través de puertas pequeñas que revelaban perspectivas enormes, y de una sala de banquetes que daba a un armario. Asomados a unas aftas ventanas, vimos cómo el grupo que partía de vacaciones salía lentamente por las puertas principales y descendía por la colina.

Cuando estábamos explorando uno de los pisos superiores, Armida me llevó afuera, a un saliente de roca de otra manera inaccesible, a varios metros del suelo. El saliente se usaba como un pequeño parque, en el que los Chabrizzi mantenían tradicionalmente algunos animales ancestrales. Ahora no quedaban más que tres sideroles ya viejos. En otros tiempos, esas rechonchas bestias habían sido utilizadas en la guerra, encadenándolas en una fila con mechas encendidas en las colas, para provocar el desorden entre las filas del enemigo.

Los tres viejos sideroles estaban dormitando, malhumorados; les habían limado el afilado caparazón lateral para que no se hicieran daño entre ellos ni lastimaran a los cuidadores. Armida corrió a acariciar a uno de los sideroles, y el animal comió las hojas que ella le daba. En los segmentos del caparazón la gente había grabado iniciales; encontramos una inicial con una fecha de más de doscientos años. No había muchos otros sideroles en Malacia; todos los animales ancestrales se estaban extinguiendo.

De nuevo en el interior del palacio, terminamos por trepar hasta una capillita, donde los bancos tallados de los Chabrizzi miraban hacia un altar instalado en una pared de piedra caliza. Las rocas rezumaban humedad; por ellas corría un hilo de agua, con un tintineo permanente que ahondaba el misterio de la capilla. En la roca crecían helechos y muy cerca ardían las velas del sacrificio. Había un cuadro imponente y solemne de los Dioses de la Oscuridad y la Luz, uno con cuernos, el otro con una barba benévola, y entre ellos se veía a Minerva y el búho.

Fuimos hacia la ventana de la capilla, abierta contra la roca. El agua que goteaba de la piedra caliza descendía como una lluvia por los cristales. A través de la estrecha abertura, se alcanzaba a ver Mantegan, donde vivían mi hermana y su negligente marido. Atisbamos abajo un patio de servicio. Un delgado rayo de sol horadaba las

sombras de ese húmedo lugar, dibujando dos figuras. Tomé a Armida por el brazo, enfundado en ajustada manga, y volví su mirada hacia la pareja.

Un hombre y una mujer estaban de pie en el patio, muy próximos. Los dos eran jóvenes, aunque el hombre parecía un chico, y la mujer bastante rolliza, con delantal y cofia. Llegamos a verle la cara mientras le sonreía al compañero, entornando los ojos bajo el sol. La cara de él no era visible desde donde estábamos. Se inclinó hacia la mujer para besarla, sin que ella se resistiera, y le apoyó una mano sobre el pecho generoso, en tanto que deslizaba la otra furtivamente bajo la falda y el delantal. Los rayos de sol embalsamaban estas familiaridades.

—¡Sirvientes ociosos y pícaros! —exclamó Armida, echándome una mirada entre desafiante y traviesa—. ¿Por qué los sirvientes serán siempre tan lascivos?

Entonces la besé y empecé a jugar con las cintas de su pelo, dejando que mi otra mano se deslizara bajo las faldas, tal como lo había hecho el sirviente.

Armida se apartó con brusquedad, dándome un golpe en la mano. Vi que estaba riéndose y fui detrás de ella. Siguió alejándose y la perseguí. Cada vez que yo me acercaba demasiado, me daba una palmada en la muñeca, salvo una vez que la atrapé y empezamos a besarnos con afecto. Ella entreabrió los labios poco a poco, y mi lengua se le escurrió entre los dientes; pero entonces, cuando las cosas ya empezaban a caldearse en otras partes, escapó otra vez corriendo por la capilla.

Primero me pareció divertido, después infantil.

Cansado del juego, me senté en uno de los sitios tapizados del coro y dejé que ella se divirtiese. Por encima del altar había dos pliegues curvos en la roca, relucientes de humedad, y que se reunían en una V de donde el agua goteaba, rutilante, y donde un helecho se abría en multitud de hojas.

Ahora, algún diablillo se había adueñado de mi dama, ya nada tenía de su compostura habitual. Se quitó la ropa mientras saltaba, tarareando una melodía. Con una expresión remota en el rostro, arrojó lejos las medias blancas, moviendo brazos y piernas como si actuara para un público selecto; quiero decir, más selecto que yo. Muy pronto emergió de su vestido. Yo era todo atención, sin poder creer más que a medias que todo eso fuera en mi beneficio. Una por una desaparecieron las prendas interiores, la última el corpiño, y ahí quedó Armida, la hija de los Hoytola, danzando desnuda para un pobre cómico, pero más allá del alcance del tal cómico.

Aunque el cuerpo de Armida tendía a ser delgado, nada había en ella que no fuera de una forma perfecta. Tenía unos pechos hermosamente elásticos, y lo mismo que las tensas nalgas, se le movían con un ritmo propio. El pelo, en la base del menudo vientre, era tan oscuro y vibrante como el de la cabeza. ¡Qué hermosura de muchacha! ¿Y qué se proponía? Rogué que fuera lo mismo que yo.

Por fin se detuvo ante mí, todavía fuera de mi alcance, ocultando con las manos sus partes íntimas, con tardío pudor. La ropa seguía desparramada por el suelo.

—Hace mucho, mucho tiempo, dancé aquí una vez de esta manera —dijo con voz ausente—, y siempre he anhelado volver a hacerlo... libre de mi familia, libre de mí

misma. ¡Cómo quisiera ser una criatura salvaje!

—Estamos en un santuario dedicado a la belleza femenina. Si te das la vuelta, verás en la pared a qué me refiero.

Se lo dije solemnemente, señalando la V en la pared de piedra caliza y levantándome con lentitud de mi asiento mientras ella se volvía a mirar.

—La roca ha dibujado las partes más bellas de una hembra espectral. Por pudor, el helecho crece donde crece, ¿ves a qué me refiero, Armida?

En ese momento, le pasé el brazo por el cuello, desde atrás, señalando con la mano libre hasta que, mientras le mordisqueaba la oreja, esa mano encontró permiso para descender y circunnavegar la cadera amplia, donde se abrió paso a lo largo de una curva de la V y luego se abrigó entre el follaje que allí crecía. En ese entonces ella se dio media vuelta entre mis brazos y nuestras bocas se unieron. Relevada ahora la otra mano de sus obligaciones con el cuello de Armida, me despojé de la ropa.

No tardé en deshacerme de Dotas y pantalones y nos tendimos ya sin molestias sobre el amplio banco de oraciones de los Chabrizzi, que por cierto no habrían tenido un altar tan espléndido como este que yo agarraba ahora.

Junto con la ropa, Armida se había despojado de los últimos frenos, o por lo menos eso pareció al principio, ya que se apoderó con deleite de lo que tenía yo para ofrecerle y lo oprimió entre los labios, balbuceándole como si fuera una muñeca, hasta que yo temí que también la muñeca se pusiera a balbucear. Y sin embargo... ni siquiera entonces accedió a lo que yo deseaba. Dijo que eso estaba reservado para el hombre con quien se casase, porque si no, no tendría valor en el mercado matrimonial; tal era la ley de la familia Hoytola.

Con eso tuve que contentarme, y me contenté bastante, porque la prohibición misma propiciaba el uso de esos placenteros subterfugios a los que muchos amantes se han acostumbrado en nuestro país. El mundo se transmutó, se perdió en deliciosos abrazos. Nos encantamos recíprocamente hasta que el sol desapareció de las rocas de fuera y los sideroles se pusieron a bramar exigiendo los cereales nocturnos. Dormitamos un rato y bajamos lánguidamente las escaleras, tomados de la mano a través de los enigmáticos pasadizos, en medio de un conflicto de sombras. No había fantasmas, solo cambios en el aire mientras nos movíamos, vapores o trechos de frío, de calor o de humedad, a los cuales nuestra piel estaba excepcionalmente sensible.

Fuera, en el patio del frente, aguardaba el coche de Armida. Tras echarme una última mirada amorosa, pardo a la carrera y me dejó esperando a la sombra del porche hasta que oí cómo el traqueteo de las ruedas del carruaje se extinguía en el empedrado.

A esa hora, mis amigos se encontrarían bebiendo en alguna de las tabernas de La Estrella. Yo estaba de buen ánimo y no sentía inclinación alguna a compartir mi felicidad. En cambio, atravesé la ciudad mientras el crepúsculo avanzaba, decidido a visitar a mi sacerdote de la Religión Suprema, el cabeza rapada Mandaro.

Mandaro compartía una habitación con otro sacerdote, en el palacio de los fundadores de Malacia. Este edificio era la Malacia original. Tiempo atrás había sido —y, aun decrepito, continuaba siéndolo— grande y macizo, casi una ciudad por derecho propio. Estaba casi todo desmantelado: las piedras, las gárgolas, las vigas y techos habían sido saqueados para construir edificios posteriores, entre ellos las cisternas que había debajo de la ciudad y los cimientos de la propia plaza de San Marco. En lo que sobrevivía del palacio, no quedaba una sola de las habitaciones originales que sirviera para la función original en la forma original. Las camisas de los pobres colgaban de los balcones donde antaño se habían regodeado al sol las no demasiado humanas damas de Desport, el fundador de Malacia.

Los habitantes actuales, que se ganaban la vida a duras penas, atronaban con voces y ruidos la conejera por donde yo pasaba. La atmósfera susurraba aún que estaba unida al pasado ciego.

Me abrí paso por el escuálido barrio, trepé al tercer piso y empuje la puerta de Mandaro. Jamás tenía la llave echada. Mandaro estaba allí, como todas las noches, hablando con un hombre que se levantó y se fue con los ojos bajos cuando yo entraba. Un tabique dividía en dos la habitación, tanto para respetar la intimidad de los visitantes como la de los sacerdotes; yo jamás había visto al que ocupaba la otra mitad del cuarto, aunque sí había oído una voz profunda y melancólica que entonaba una salmodia.

Mandaro estaba en el balcón. Me llamó con un ademán y me acerqué. De un armario diminuto sacó una cucharada diminuta de mermelada que dispuso sobre un plato diminuto, junto con un vaso de agua: la bienvenida tradicional de los sacerdotes de la Religión Suprema. Lentamente me comí la mermelada y me bebí el agua amarillenta, sin quejarme.

—Algo te perturba. Si no, no habrías venido.

—No me reprochéis, padre.

—No te reproché. Expresé un hecho con el cual tú mismo te reprochabas. Puedo ver que es una perturbación agradable.

Sonrió. Mandaro era un hombre apenas entrado en la edad madura, de buen porte, aunque delgado. Parecía duro, como si estuviera hecho de madera; algo en los planos ásperos de su cara hacía pensar en una talla tosca. Se había dejado la barba para compensar la cabeza afeitada. Las patillas castañas tenían algún rizo gris, y tranquilizador: de alguna manera, eso lo hacía parecer menos santo. Los ojos eran vivaces, de un castaño impenetrable bastante parecido al de los ojos de De Lambant, y lo observaban a uno continuamente.

Aparté la vista para mirar por encima del ruinoso balcón, hacia donde iba cerrándose la noche. Por debajo de nosotros, iluminado irregularmente, estaba el Satsuma, con muelles y barcos. Después venía el Toi; un barco restaurante flotaba aguas abajo acompañado por sonidos de música y cierto olor de aceite de cocina. En la ribera opuesta había bosquecillos de fresnos apretados contra una hilera de

antiguos edificios. Más allá, oscuramente, se veían viñedos, y más lejos todavía, los Vukoban, visibles apenas como una línea irregular que se recortaba contra el pálido cielo nocturno. Brillaba el lucero de la tarde. Un pollo-víbora ladraba hacia el Bucintoro. Vagamente, se elevaban canciones, punteadas por risas y voces que venían de las habitaciones cercanas.

—Algo me perturba, y en parte es agradable —admití—, pero me siento, como nunca, atrapado en los hilos de una red de circunstancias. Son circunstancias que me prometen prosperidad y una muchacha hermosa; que también me vinculan... bueno, con gente en la que no confío como en mis amigos. De acuerdo con Todo el Mundo, hay cosas sombrías en el futuro. Gratificaré mis sentidos hasta que mi carruaje se haga trizas.

—Los brujos y los magos siempre te ofrecen cosas sombrías. Ya lo sabes.

No creí lo que me dijo. Los sacerdotes amenazan con cosas sombrías. ¿Qué diferencia hay?

—No querrás una conferencia sobre lo que distingue a la Religión Natural de la Suprema. Son opuestas, pero aliadas, así como el anochecer se combina con la aurora en nuestra sangre. Están de acuerdo en que el mundo fue creado por Satán, o los Poderes de la Oscuridad; están de acuerdo en que Dios, o el Poder de la Luz, es un intruso en este universo; la diferencia fundamental es que los seguidores de la Religión Natural creen que la humanidad ha de tomar partido por Satán, ya que Dios jamás puede ganar, en tanto que nosotros, los de la Religión Suprema, creemos que Dios puede triunfar en la gran batalla, siempre que los seres humanos combatan en su bando y no en el de Satán.

»Esta noche parece llena de paz, pero los fuegos arden bajo la tierra...

Mandaro cayó en trance, la imaginación atizada por el drama que él veía representar alrededor, subrepticamente. Yo ya le había oído hablar de ese tema, y lo había admirado. Y aunque disfrutara de la actuación, esperaba un consejo más personal. Aun sin deseo de ser descortés, no podía imitar a uno de aquellos fieles estúpidos y dejarme arrastrar por la elocuencia como si yo no tuviera ninguna. Me quedé mirando la corriente oscura del Toi. Como todos los sacerdotes, Mandaro era capaz de extraer un mensaje de un pedrusco, e incorporó mi inactividad a la charla.

—Ya ves qué pacífica parece la noche, qué calmo el río. La belleza misma es la ilusión más poderosa de Satán. Qué hermosa Malacia... con qué frecuencia lo pienso mientras recorro a pie sus calles... y sin embargo, padece bajo nuestra ancestral maldición. Todo está en conflicto; por eso hemos de soportar dos religiones que se complementan, pero que se combaten.

—Pero esa muchacha, padre...

—Cuídate de todas las cosas bellas, hijo mío, sean amigos o muchachas. Lo que parece hermoso puede ser inmundo bajo la superficie. El Diablo necesita sus trampas. Y también has de cuidar tu propio comportamiento. Que no te parezca a ti sincero y sea realmente una excusa para la maldad.

Y en ese tono siguió.

Al separarme de él pensé que en vez de aconsejarme como me había aconsejado, lo mismo hubiera sido que quemara una serpiente sobre un altar. Busqué mi camino por los intestinos del antiguo palacio, hasta que ya no oí el susurro de las aguas. Me llegaron los olores del río y regresó el recuerdo de Armida. Volví andando lentamente a la calle de los Tallistas; era agradable creer que Mandaro decía la verdad, y que el Destino me miraba con ojos codiciosos.

Los días pasaron. Yo descuidaba a mis amigos y fui conociendo mejor las circunstancias de Armida.

Como a todas las jóvenes de su rango, la guardaban bien, y jamás se le permitía oficialmente estar en presencia de hombres sin la compañía de Yolaria, la de cara estólida. Por fortuna, esta regla no era rígida en el caso del palacio Chabrizzi, ya que los Chabrizzi eran parientes de los Hoytola.

Había también una simple dificultad administrativa que resultó ventajosa para nosotros. A Armida le habían prometido un cochecillo como regalo para sus dieciocho años, que acababa de cumplir; debido a un incendio en el taller del constructor de coches, no se lo habían entregado todavía. Entretanto, a Yolaria le gustaba pasearse por la ciudad en el coche de la familia, y en más de una ocasión llegaba tarde al palacio, de lo que sacábamos grato partido.

Armida vivía rodeada de reglamentaciones. No le permitían leer autores lascivos como Du Close, Bysshe Byron o Les Amis. Antes de que pudiera actuar frente al zahnoscopio, tuvo que oír una larga disertación paterna sobre los contactos con los estamentos inferiores. Tenía poco talento para actuar, incluso para la limitada actuación que exigía el zahnoscopio, pero escapar de las restricciones domésticas ya era bastante estimulante.

En esas ocasiones, se suponía que Otto Bengtsohn y su mujer eran los acompañantes de la preciosa hija de los Hoytola. La indiferencia con que llevaban a cabo esta tarea permitía que con frecuencia nos perdiéramos por los sombreados pasillos del palacio. Allí fue donde conocí a Armida Hoytola, sus deseos y sus frustraciones. Tuve suerte al recibir lo que recibía, y pese a los arrebatos altaneros de Armida, me dominaba un deseo que era nuevo para mí. Anhelaba casarme con ella.

Armida me hablaba de Jurada, la gran finca campestre de los Hoytola, donde vagaban todavía algunos grandes animales ancestrales, ya viejos, cuando me di cuenta de que yo estaba dispuesto a vencer todos los obstáculos que me impidieran casarme con ella... si ella quería.

En todo el mundo civilizado se reconocía a Malacia como una casi-utopía. Sin embargo, tenía leyes, cada una de ellas pensada para preservar las perfecciones de Malacia. Una de tales leyes establecía que nadie podía casarse con una persona de diferente posición social a *menos que se demostrara que era necesario*. Los obstinados y anónimos ancianos del Consejo no admitirían, ciertamente, el amor

como una necesidad, aunque se sabía que en ocasiones habían admitido el embarazo. Yo, un pobre comediante, no podía, a pesar de contar con buenas relaciones, esperar casarme con Armida Hoytola, la única hija de un comerciante rico y con mejores relaciones.

O bien tenía que emprender un trabajo más digno o... convertirme en un éxito por completo deslumbrante en la línea que ya había elegido, de modo que ni siquiera el Consejo pudiese negar el mérito individual que me había llevado a las alturas.

Mi arte era mi vida; yo tenía que brillar en las tablas. Y eso era difícil en una época de depresión para las artes en general, cuando incluso un empresario como Kemperer se veía obligado a cerrar su teatro.

La pieza mercurizada del *príncipe Mendicula* comenzó a importarme tanto como a Bengtsohn. En ella tenía puestas muchas esperanzas. Cuando me di cuenta, ya me encontraba secretamente comprometido con Armida.

La cosa sucedió un día en que el zahnoscopio estaba ocupado en capturar escenas entre el príncipe y doña Jemima. Mientras Bonihatch y Leticia se dedicaban a petrificar el tiempo, Armida y yo nos escapamos. La acompañé, envuelta en un velo, a Sary Most y a la calle de los Tallistas. Por primera vez prestó su fragancia a mi habitáculo sobre los tejados. Allí hizo comentarios sobre todo lo que veía, con una mezcla de admiración y escarnio característica de ella.

—¡Eres tan pobre, Perian! Tanto un cuartel como un monasterio habrían parecido suntuosos comparados con esta buhardilla.

No había podido resistirse a recordar mi decisión de incorporarme al Ejército o a la Iglesia.

—Si yo ingresara en cualquiera de esos cuerpos tan aburridos, sería por necesidad. Aquí estoy por elección. Me encanta mi ático. Es romántico... el lugar adecuado para iniciar una brillante carrera. Echa un vistazo y olfatea un poco desde la ventana de atrás.

El ventanuco del fondo, hundido profundamente en la ruinoso pared, se abría sobre una de las ebanisterías, de la que subían oleadas de un olor denso de madera de alcanfor, traída desde Catay por navíos de cuatro palos. Al inclinarse para mirar, Armida me dejó ver los hermosos tobillos. En seguida estuve sobre ella. Devolvió mis besos, me dejó que le quitara la ropa y no tardamos en estar celebrando nuestra versión privada del amor. Fue entonces cuando coincidió en que debíamos comprometernos en secreto, mientras yacíamos en la cama estrecha, cuerpo húmedo contra cuerpo húmedo.

—Oh, ¡qué feliz me haces, Armida! Por lo menos he de hablar a De Lambant de mi buena suerte. La hermana de él se casará pronto. Es necesario que lo conozcas... un verdadero amigo, y casi tan ingenioso y apuesto como yo.

—Eso es imposible, estoy segura. Imagínate que me enamorase de él.

—¡La sola idea me tortura! Pero tú eres demasiado sensata para preferirlo. Yo voy a ser famoso.

—Perry, ¿eres tan presumido como el propio príncipe Mendicula!

—No traigamos a nuestra conversación ese fárrago. Por supuesto que espero que Bengtsohn tenga éxito, y que la obra salga bien, pero después de todo, como argumento es una basura, y además, una basura trivial.

—¿Trivial? —Me miró burlescamente, levantando la bonita nariz—. A mí me encantan los argumentos con príncipes y princesas. ¿Cómo puede ser trivial una cosa así? Y la princesa Patricia se muestra tan maravillosamente orgullosa cuando la descubren... Yo tengo buena opinión de la pieza, y también mi padre.

—El mío la desdeñaría. La situación es tan vieja como el mundo. Un hombre y su mejor amigo, el mejor amigo seduce a la esposa del amigo; el engaño se descubre, se distancian y se enemistan. Hay derramamiento de sangre. Vamos, si una cosa así se podría haber escrito hace un millón de años.

—Y, sin embargo, Otto ha presentado el viejo argumento de un modo nuevo, y saca de él una sólida moraleja. Además, a mí me gusta que el marco sea la ciudad capturada.

La abracé riendo.

—Tonterías, Armida, no hay ninguna moraleja en toda la obra. Mendicula es un incauto, Patricia despiadada, Gerald un falso amigo y Jemima un simple peón. Quizá eso represente la opinión que tiene Bengtsohn de la nobleza, pero como tema es muy tonto. Mi gran esperanza es que esa sorprendente técnica de la mercurización tenga éxito... con la ayuda, por cierto, de la poco común belleza del cincuenta por ciento del reparto.

Me sonrió.

—¿Te refieres a ese cincuenta por ciento acostado ahora en esta cama?

—¡Al glorioso ciento por ciento del mismo!

—Mientras tú te entretienes con esas cifras... y espero que mientras tanto no me descuides, ¿puedo refrescarte la memoria sobre un detalle? La empresa de Otto quedará en la nada si el litigio con el Consejo Supremo no se resuelve a favor de mi padre. Mi padre es muy ambicioso, y por eso le tienen miedo. Si él cae, caerán también todos los que de él dependen, incluida su hija.

—¿Te refieres a ese asunto del globo de hidrógeno? Ya otras veces se han soltado globos en Malacia, como deporte y para asustar a los turcos. No entiendo a qué viene tanto bullicio. Nada habrá cambiado si el globo se eleva.

—El Consejo piensa de otra manera. Pero quizá cedan, si la opinión popular estuviera demasiado en contra. La alternativa es que decidan atacar a mi padre, que por eso está ahora buscando amigos poderosos.

Me volví de espaldas y me quede mirando las manchas del techo.

—Me parece que lo mejor sería que tu padre se olvidara del globo.

—Mi padre tiene la intención de que el globo ascienda, lo que sería una hazaña. Lamentablemente, el Consejo tiene otras intenciones. La situación es grave. Así como las costumbres se interponen entre nosotros, se pueden interponer también

entre mi padre y su vida. Tú sabes qué les pasa a quienes insisten en desafiar al Consejo.

Lo que veía yo mentalmente no era un cadáver en el arroyo, sino a la hija del muerto compartiendo mi pequeña y desnuda buhardilla.

—Por ti desafiaría cualquier cosa, Armida, la oposición de todos los hados. Cásate conmigo, te lo ruego, y contempla cómo me supero.

Antes de poder consentir, Armida tendría que someterse a una docena de horóscopos, pero accedió a un compromiso privado, y a la misma especie de vínculo que había entre el general Gerald y la hermosa princesa Patricia, nuestros absurdos *alter egos*.

Los aromas del sándalo, el alcanfor y el pino se mezclaron con el pachulí y las preciosas esencias del cuerpo de Armida mientras continuábamos celebrando nuestras buenas intenciones.

Un globo sobre el Bucintoro

Cuando uno da un paseo por nuestra ciudad, a lo largo de las márgenes del río Toi, y en especial por el elegante Bucintoro —de aceras doradas—, se puede mirar hacia el norte y contemplar las verdeantes extensiones que llegan hasta los montes Vukoban, que son a su vez, por lo menos en las faldas que dan hacia el sur, verdes y agradables.

Cuando desde cualquier otro punto elevado de Malacia se mira hacia el campo, no hay otra vista tan seductora. Ahí está, por cierto, el largo y polvoriento camino a Bizancio, en tanto que hacia el sudeste se ve el canal Vamonal, casi todo flanqueado de árboles, pero, en general, los paisajes son solo llanuras onduladas, ocre, hoscas, primitivas; todas las cosas a las que más se opone la idea de Malacia. Hacia el oeste se alzan los no menos hostiles montes Prilipit, donde el terreno es tosco y deforme.

Entre los valles de los Prilipit, mientras Armida y yo nos anticipábamos a celebrar nuestra próxima boda, se fue reuniendo un ejército otomano empeñado en asolar Malacia.

Hubo alarma general y revista de armas. Ni un ciudadano dejó de temer por su bienestar, por su mujer o por algo que le fuese caro. Pero ejércitos como ese se habían congregado antes más allá de nuestras fortificaciones, habían sido derrotados, y se habían retirado en desorden.

El Consejo y los generales hicieron lo que consideraban necesario. Hicieron desfilar a nuestras propias fuerzas, pulieron nuestras balas de cañón, pusieron a ondear en todas las murallas almenadas la bandera azul y negra de Malacia, levantaron defensas a lo largo de los ríos, aumentaron el precio de la harina y del pescado en los mercados.

Mientras se ponían en práctica estas altas estrategias, grupos de ciudadanos treparon a los puntos elevados de la ciudad, subieron por desvencijadas escaleras a los altos campanarios, para espiar las coloridas tiendas del enemigo; pero la mayoría de nosotros consideró que nuestro deber era seguir viviendo como de costumbre, aunque pagáramos más por el pan y las sardinas.

Hubo algunos, por cierto, que huyeron de la ciudad, yéndose en barca a Vamonal, o bien a pie o en litera a Bizancio. Otros se encerraron en casas o sótanos. Por mi parte, yo nada temía; Armida me había echado un sortilegio.

Todos saben lo que es estar enamorado. Cuando abría mi ventana para que entrase la brisa, desde los prados que hay fuera de la ciudad, esa brisa podría haber tocado, al venir hacia mí, las mejillas de *ella*; si andaba por la calle, el suelo que sentía bajo los pies me conducía hacia *ella*, era hollado por los pies de *ella*; cuando al levantar la vista acertaba a ver un pájaro en el cielo, podía ser que *ella* lo viese al mismo tiempo y que nuestras miradas se cruzaran. Cada vez que tocaba un objeto, me recordaba el acto de *tocarla*; cuando comía, se me ocurría pensar que *ella* también comía; cuando hablaba con alguien, pensaba en cómo me sentía al hablar con *ella*; guardar silencio me traía el recuerdo de los labios de *ella*, silenciosos. El mundo todo era una

conspiración de *ella*.

Dadas las circunstancias, los otomanos no podían abatir mi corazón ni afectar mis consideraciones en el valor de un denario.

Una noche en que habían atrapado a un espía turco en la plaza principal y le habían extendido el cuello en un buen medio metro, delante de la plaza de los Grillos, fui con De Lambant a visitar a Otto Bengtsohn para preguntarle cómo iba el proceso de mercurización. A tal punto llegaba su reserva que todavía no había mostrado a nadie los resultados.

—Qué adecuado, que quedes inmortalizado en cristal —comentó De Lambant—. Eres un carácter tan transparente, amigo mío.

Esa noche, yo había pagado el vino.

—Entonces, cuidemos de que tú pases a la posteridad sobre pergamino y pedernal —respondí.

Pasamos por la plaza junto a la enseña del Ojo Oscuro y entramos en el taller, donde Bonihatch y otros ayudantes aún estaban trabajando, o por lo menos inclinados sobre sus pupitres, fingiendo que trabajaban. Tras dar una palmada en la espalda al que fue una vez el príncipe Mendicula, me encaminé a la galería, que a esa hora estaba cerrada al público.

Había en el aire una fragancia de pachulí, y distinguí a lo lejos a la bella Armida; tenía en la mano una lámpara de aceite que le iluminaba las facciones desde abajo y le bañaba el rostro con una luminosidad mágica, como si no estuviera compuesto de nada más sustancial que una nube. Fue una agradable sorpresa verla; me la había imaginado prisionera en casa, como de costumbre. Ahora se daba la ocasión de presentársela a Guy.

Con ella estaban su padre, severamente envuelto en una levita cruzada, Otto Bengtsohn, en actitud de encogimiento y con su vieja piel, Bedalar —la amiga de Armida y de Guy— envuelta en una pelliza dorada, que armonizaba con sus rizos, y un hombre muy diferente al resto del grupo, cuyo aspecto era tan singular que fue sobre él, y no sobre las damas, donde se detuvo mi mirada al acercarme a ellos, que no advirtieron mi presencia.

—... conducta circumspecta, que sin embargo puede ser útil al reino, aunque solo durante un corto período —estaba diciendo el tal individuo, de una manera que hacía que Armida se mostrara seria y que su padre tomase rapé. Era un hombre alto y delgado, y sin embargo no solamente delgado, sino decididamente barrigón, en tanto que la cara, en armonía con ese efecto paradójico, se veía flaca y morena, pero de una abotagada palidez. La levita era negra, muy amplia, y amenazante, como si guardara rollos de cuerda en los bolsillos. El cráneo terminaba en una peluca gris sobre la que llevaba un bicornio negro adornado con la escarapela azul y negra del Consejo Supremo. Era un hombre acostumbrado a ver que la gente temblara ante él, e incluso tenía a alguien que temblaba detrás de él, un deformado lacayo con labios como bistecs crudos y que se mantenía en la penumbra de la galería.

El miembro del Consejo Supremo volvió hacia mí la mirada, con un efecto tal que no solo me detuve, sino que me encontré caminando lentamente hacia atrás.

—Hemos de ir al despacho de usted sin más interrupciones, Hoytola —dijo con una voz que salía de algún lugar fuera del alcance de las lámparas de aceite.

Todo el grupo me dio la espalda y se alejó. No intenté ir más lejos. Aquella voz saturnina me recordó que, en general, yo prefería la gente agradable a la desagradable. Armida, bendita sea, encontró la manera de volver atrás y me tocó la muñeca. La luz y las sombras de la lámpara le transformaban el rostro en un mundo de sol y nubes.

—Estamos en una reunión —me dijo—; te veré mañana. Cuida a Bedalar.

Con estas palabras desapareció, siguiendo al grupo a través de una puerta forrada en bayeta verde y subiendo la mal iluminada escalera que conducía a los apartamentos y despachos del señor Hoytola. Solo Bedalar se quedó en el taller, sosteniendo una vela y con aspecto avergonzado por verse excluida del grupo.

Nos miramos un rato desde lejos.

—Bueno, pues así es —dijo ella, finalmente.

—Sí. ¿Ocurre algo?

Bedalar miró un momento la vela y después dijo:

—Yo no sé lo que pasa, ¿no?

—¿Qué hace aquí ese hombre?

—Algún negocio con el padre de Armida. Acaba de llegar.

—Yo preferiría no tener ningún negocio con él —declaro firmemente Guy.

Volvimos a entrar en el taller, que estaba mejor iluminado y no daba tanta impresión de rollos de cuerda en bolsillos negros.

Bonihatch y los otros aprendices brincaban con más animación de la que mostraban cuando estaba allí Bengtsohn, procurando entretener a una rapaza pálida, de unos nueve años. La rapaza, que sonreía débilmente, agarraba la mano de nuestra modistilla, Leticia Zlatorog, alias doña Jemima. Leticia se parecía mucho menos a doña Jemima esa noche, con un severo vestido gris amarillento y zapatillas viejas, aunque sonreía con una sonrisa que, a juzgar por el resplandor que iluminaba la cara de Bonihatch, había encendido algún fuego en el corazón del aprendiz. El rostro delgado de la rapaza era como la llama de una vela comparado con el de Leticia.

Las saludé e hice cosquillas a la rapaza bajo el mentón, a pesar de que no me parecía muy limpio.

—Leticia acaba de traerme una hermosa camisa —dijo Bonihatch, y se me acercó con aire amistoso—. ¡Ahora puedo actuar contigo, Perian! Aunque Otto me proveyó parte del vestuario, yo tuve que poner la camisa, y hasta ahora no he conseguido algo más adecuado para un príncipe. Ahora podría ser un rey, a tal punto me sentiré privilegiado con esta hechura de Leticia.

—Incluso una reina, mejor que un rey; esto es delicadísimo —señalé, tocando la nueva prenda.

—Vamos, di que la admiras, Perian —me instó Leticia, acercándose—. Es el mejor patrón que tiene mi tío y la cosí yo, hasta la última puntada.

—Es mejor que cualquier cosa que tengas tú para ponerte, estoy seguro, con todos tus aires —bromeó Solly, otro de los aprendices, y me hizo una mueca.

Era en verdad una camisa admirable, hecha de delgado algodón, con pliegues en la cintura, y un primoroso cuello de volantes, de un estilo que en la calle podría parecer exagerado, pero que sin duda luciría adecuadamente en cualquier representación teatral. Las puntadas eran perfectas, y un ramillete de flores bordado adornaba el puño derecho.

Me reí mientras rodeaba a Leticia con un brazo.

—Es una noble camisa, los patrones de tu tío no tienen rival, y es mucho mejor que cualquiera de mis prendas... lo confieso de buena gana. Eres una muchacha despierta. Leticia, y os llevaré a todos a celebrarlo a la Taberna de los Dientes de Cuero.

—Los aprendices no podemos salir de la tienda mientras no vuelva Otto —se apresuró a decir Bonihatch.

—Entonces llevaré a Leticia sola. Y por cierto, a De Lambant y Bedalar, cuando hayan terminado de cuchichear juntos en el rincón.

—Yo no puedo ir, tengo que volver a la costura —dijo Leticia, mirando con angustia a Bonihatch—. Ya hace demasiado tiempo que mi hermana y yo hemos salido. Los otros nos echarán de menos.

Al oír esto, la rapaza se puso a gemir pidiendo comida. Leticia se inclinó, la tomó en brazos y le prometió un buen vaso de té tan pronto como regresaran a casa. La rapaza era Rosa, la hermanita de Leticia. Mientras se desarrollaba esa escena doméstica, me volví hacia Bonihatch, que estaba doblando la camisa con movimientos parcos, y le pregunté cuánto costaba la prenda, o si (puesto que yo no conocía la relación entre ambos). Leticia se la había regalado.

—Nada de eso —respondió en voz baja, echándome una mirada extraña—. Los Zlatorog, la familia de Leticia, son pobres entre los pobres. Pagué el precio del mercado, aunque me enorgullezco de decir que mis amigos y camaradas aprendices, todos de buen corazón, me ayudaron a juntar el dinero.

Me dijo lo que había pagado. Silbé para mostrar que la extravagancia de Bonihatch me impresionaba e veras, aunque a ese precio la camisa era barata; aun así, era más de lo que yo podía disponer por el momento.

Leticia y Rosa estaban ya despidiéndose. Recogieron la hoja de papel en que había venido envuelta la camisa y sonrieron a todos los presentes. La costurera recibió un beso y un abrazo de Bonihatch, en tanto que los otros aprendices le besaban galantemente los dedos. De Lambant se las había arreglado para desaparecer con Bedalar, y me imaginé que no volvería a verlos. Cuando Leticia y la niña fueron hacia la puerta del patio, me acerqué a ellas.

En ese momento apareció Bengtsohn, que venía desde la galería de exposiciones.

Parecía alterado y fue a sentarse en una silla. Cuando los aprendices se reunieron alrededor de él, llegó mi ocasión de hablar con Leticia.

—Tu hermanita tiene hambre. Leticia; parece que no hubiera comido desde el Día de los Cabezas de Alabardas. Déjame que te invite con un vaso de vino y a ella con una pasta en los Dientes de Cuero, y después podréis iros.

Mientras hablaba fui guiándola hacia la plaza. Leticia protestaba y la niña empezó a hacer pucheros. En la plaza no había luz, excepto la que se filtraba a través de alguna ventana, en especial la ventana lateral de la taberna; por encima de la porción empañada del cristal se veían hombres dedicados al antiguo y respetable pasatiempo de echarse licores al gaznate. Tomé de la mano a la rapaza y le dije:

—Vamos, chiquilla, que te compraré ahora mismo una pasta.

Entré con ella en la taberna, pero Leticia no quiso seguirnos. Esperó junto a la puerta, con aire irritado. Irritado a mi vez, compré para Rosa un bollo relleno de ciruelas y especias, le dije que se quedara junto a la barra, y volví al lado de Leticia.

Era una muchacha delgada, como siempre bastante desabrida, pero de ninguna manera sin formas, ni siquiera con el raído vestido gris. A pesar del rostro descolorido, tenía una cierta belleza. Había vivido recluida demasiado tiempo para que hubiese podido desarrollar algo más valioso, y sin embargo tenía ojos grandes, en tanto que la boca y los pómulos sugerían una tentadora sangre extranjera.

—Leticia, se te ve tan bonita aquí de pie. Nunca hay que esperar en la puerta. Entra a beber algo y a conversar un poco a cambio de una copa de vino. Nunca hemos hablado los dos.

—Tú tienes más tiempo que yo para hablar. Mi tío me necesita y estamos siempre ocupados, de día y de noche.

—Que yo en este momento no esté ocupado no afecta a mi talento, algo sobre lo cual el acuerdo es casi universal.

—No tenía la intención de insultarte... simplemente quiero decir que trabajo mucho, y que ahora he de volver a casa. Te ruego que no me detengas.

—¡Quédate solo el tiempo de comer un panecillo con especias! ¿No? Muy bien, entonces, tal vez me permitas que te acompañe hasta tu puerta.

Rosa, aferrada al bollo, había abandonado la barra y estaba con nosotros otra vez. Como tenía las manos ocupadas. Leticia la tomó por el hombro y la guio hacia la oscuridad de la plaza. La seguí y me acerqué.

—No es necesario que solo estemos juntos cuando nos apuntan con el zahnoscopio, Leticia. No tiene poderes mágicos. Encontrémonos una de estas noches cuando estés libre para divertirme.

—Y cuando tú estés libre de Armida Hoytola. Con toda razón, ni siquiera me miras cuando ella está presente.

—No tienes derecho a estar celosa, pues poco me conoces.

—Los celos... son un lujo muy caro, excesivo para mi condición.

Llegamos a una puerta en los rincones más malolientes de la plaza, donde estaba

tan oscuro, que me prendí del brazo de Leticia para seguirla. Ella sacó una llave y abrió la puerta, que dejó ver una escalera muy gastada y sin alfombra, iluminada por un trozo de veta que goteaba lentamente en el candelero.

—Aquí tenemos que separarnos, Perian. Rosa y yo te agradecemos que le hayas comprado el bollo, y esperamos que no le quite el apetito para la cena.

—Permíteme que suba contigo. Me gusta oírte hablar, y creo que tienes más que decir.

—Lo siento, pero mi tío necesitará que lo ayude con el trabajo. Tenemos que dobladillar dos docenas de manteles de damasco antes de mañana.

—Entonces hablaré también con tu tío, ya que seguramente necesitaréis compañía. No te muestres tan asustada, muchacha, que no tengo la intención de escaparme con tus manteles... las camisas están mucho más en mi línea.

—Oh, ya sabía yo que algo querías...

Pero, a fuerza de empujar a Rosa delante de mí como si fuera una especie de ariete, yo iba subiendo las escaleras; a Leticia no le quedó otra opción que echar llave a la puerta por dentro, arrebatarse el cabo de vela y darse prisa en seguirme.

—Por favor, entiende, Perian, que somos personas muy pobres...

—No te avergüences, no te avergüences, que yo tampoco tengo con qué comprar un penacho nuevo.

—A mí no me avergüenza ser pobre, Perian. Quien tendría que estar avergonzada es la gente que nos empobrece. Mi familia trabaja empeñosamente para poder ir tirando, y eso es menos oprobioso que la ociosidad. Simplemente, me temo que no tengas estómago para nuestra humilde manera de vivir.

—La verdad es que la pobreza ajena me resulta más fácil de soportar que la propia.

La humildad era, ciertamente, la nota dominante en el cuarto donde entrábamos. Cuando nuestras cabezas estuvieron por encima del nivel de la escalera, se hizo visible un espacio desnudo y casi por completo en penumbra. Lo primero que me llamó la atención fue un techo de vigas, que dejaba ver la parte inferior de las tejas, entre las que asomaba la argamasa como un crecimiento fungoso. Sobre esa superficie desapareja, como formas de peces arrojadas encima del banco de arena de una laguna, había enormes sombras móviles, proyectadas por algunas personas reunidas alrededor de una mesa. Esa mesa y los cajones que hacían las veces de asientos eran casi el único moblaje de la habitación.

Sentadas a la mesa había cuatro personas. Los rostros, vueltos hacia la lámpara que ocupaba el centro de la mesa; las espaldas, permanentemente eclipsadas. Todos se inclinaban sobre la mesa como si rezasen.

Un olor rancio y enfermizo que impregnaba la habitación hizo que me detuviese. Leticia, llevando de la mano a Rosa, se adelantó a dar explicaciones a un hombre de pelo gris que se había levantado a medias de la mesa, con expresión interrogante. Los otros apenas me dedicaron una presurosa mirada por encima del hombro, antes de

volver al trabajo.

Al seguir avanzando hacia el interior de la habitación, vi una ventana redonda en uno de los extremos y advertí, por la disposición general del espacio, que era un antiguo pajar. Ahora contenía al robusto viejo de pelo gris con quien estaba conversando Leticia, a una mujer frágil vestida de negro, una muchacha más o menos del mismo aspecto y edad que Leticia y un chico de unos quince años, con una opaca mirada bovina de deficiente mental. Cerca de la escalera había algunos toscos colchones dispuestos en el suelo, y también una cuerda de donde colgaban unas prendas puestas allí a secar. Lo único hermoso en la habitación era el damasco desplegado sobre la mesa y centro de la actividad de la familia.

El anciano, que se mantenía erguido con un bastón, me hizo una especie de discurso de bienvenida. Pesé a su edad, tenía un agradable semblante rubicundo de campesino, en contraste con los pálidos rostros que lo rodeaban, y en contraste con los escasos rizos que tenía en la cabeza, dos de los cuales se elevaban como cuernecillos blancos a los lados de la frente.

—Es usted muy bienvenido aquí, señor, aunque no es este el lugar donde quisiera dar la bienvenida a un caballero de su condición.

—No, no, por favor, no diga eso. Me alegro de saber dónde vive mi amiga Leticia. Ya veo que realmente trabajáis muchísimo, Leticia.

—Es una excelente artesana, señor —aseguró el anciano—. Tiene usted que disculparme, pero una afección en las piernas me impide estar de pie. Sin embargo, en esta casa, si no es exagerado llamar así a este desván, somos todos tan alegres como pobres, y tratamos de estar agradecidos por los dones que se nos han concedido.

—La habilidad de ustedes es ciertamente un don, señor; he visto la hermosa camisa que han hecho para Bonihatch.

—Aunque sobrevolemos con buen ánimo nuestros problemas, es verdad que nos explotan. Si los otomanos no nos matan a todos, seguramente haré muchas camisas como esta antes de quedar fuera de combate; le agradezco lo que ha dicho. Pero nosotros los Zlatorog somos demasiado pobres, me imagino, para servir de objetivo a los turcos.

Mientras lo decía echó una rápida mirada a Leticia, como si se diera cuenta de que había otras cualidades, además de la riqueza, capaces de atraer a los merodeadores otomanos.

Después me presentó al resto de los presentes: el muchacho tonto y la chica eran hermanos de Leticia, y la mujer de negro era madre de ellos. Aunque no tenía dientes, hablaba con una gracia que evidentemente había influido en la educación de Leticia.

—Éramos granjeros montañeses, señor, de la zona de Triglav —me dijo—. Mi marido se ahogó durante las inundaciones de primavera, mientras yo daba a luz a este pobre hijo —señaló al muchacho—. Mi hermano Joze, que es muy bueno y nunca se queja de los dolores que tiene en las piernas, se ha hecho cargo de nosotros desde

entonces. Por lo menos nos ganamos la vida, y las cosas están mejor en Malacia que en nuestro país.

Mientras hablaba seguía trabajando en el damasco blanco, incansables los dedos pálidos sobre la tela, cada puntada tan correcta como un hilo de araña.

—Por cierto que yo preferiría estar en los campos, con las vacas y las colmenas y el heno —agregó el tío de Leticia, siguiendo el relato—. Pero desde mi desgracia he aprendido a coser tan primorosamente como una dama, y ahora que tenemos relaciones en la corte, nos las arreglamos bastante bien.

—Y esas relaciones en la corte nos roban y nos estafan cada vez que pueden, con todo lo religiosos que se supone que son —señaló Leticia.

—Así es la vida, querida niña —respondió el tío. Se volvió hacia mí y agregó—: Ya lo ve usted, es rebelde como todos los jóvenes.

—El señor De Chirolo no es un rebelde —dijo ferozmente Leticia.

—Tal como le digo, nos las arreglamos bastante bien —continuó el tío—. Para el invierno próximo podremos permitirnos un brasero que arda bajo la mesa, y eso nos mantendrá abrigados todo el día y todos los días, si podemos comprar el combustible.

Tenía las manos grandes y anchas, con cicatrices; parecían oscuras contra el blanco immaculado de los manteles. Como las de la hermana viuda, las manos de Joze se movían con seguridad mientras él hablaba, tejiendo la red que mantenía unida la vida de la familia. Al observar la dirección de mi mirada, prosiguió:

—No lo considero impropio de un hombre... Si nos da de comer, entonces es trabajo de hombre, ¿no es cierto? Ahora puedo hacer casi cualquier prenda. Lo único que se necesita es que le enseñen a uno una vez... y Leticia es lo mismo, ¿verdad, hija mía? Vestidos o levitas, paletos, chaquetas marineras, abrigos de pescadores, ropa para niños, chisteras, chaquetas de caza, uniformes de gala... todo lo aceptamos sin discutir si nos aporta dinero. Nuestras prendas están a la altura de las mejores.

Me echó una sonrisa insinuante.

—Es usted un artista, señor, a su manera —respondí, ya que un cumplido parecía ahora necesario.

Leticia se había sentado y se había puesto a trabajar, instalando junto a ella a la pequeña Rosa. Mientras la niña se chupaba el dedo. Leticia no dejaba de observarse las manos, que volaban sobre la tela. Ahora levantó la cabeza para mirarme de frente.

—No, nosotros no somos artistas tal como tú lo entiendes. Perian. Somos mano de obra explotada. Solo por la pitanza estamos aquí sentados desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, todos los días de la semana, si hay trabajo.

—Salvo cuando estás representando a Jemima en la obra de Bengtsohn.

—Ese magnífico drama me permite ganar en un día más de lo que obtendría con una recia chaqueta de caza, que a un noble podría durarle diez años.

—Tenemos la ilusión de ver las placas con la actuación de Leticia, joven señor, cuando Otto haya terminado su trabajo —intervino la madre, desviando las quejas de la hija—. Estoy segura de que actúa muy bien y no da nunca un paso en falso.

—Muy cierto —asentí—, puesto que solo tiene que estarse quieta. Y ninguno de nosotros se equivoca jamás con el texto, porque no hay texto que permita equivocaciones.

—Así y todo, es un hermoso argumento romántico —dijo Leticia—. Solo recordarlo me hace feliz.

—Nos lo ha contado todo varias veces, mientras trabajamos —dijo la madre.

—Aquí todos nos mantenemos muy alegres —dijo el tío, rompiendo un pequeño silencio—, y cuando hayamos ganado el dinero suficiente nos volveremos a Triglav, y recuperaremos la salud y la felicidad, y de nuevo viviremos en las montañas como seres libres. Incluso con mi dolencia puedo conseguir trabajo con un hermano mío que tiene una fragua.

Tras decir esto comenzó a tararear una canción de una conocida ópera de Cosin:

*En el monte hay laderas donde puedo perderme,
donde el arroyo corre en vericuetos,
donde te invitan todos los senderos:
«Ven aquí lejos, ven aquí lejos».*

Todos empezaron a entonar el estribillo, hasta Rosa, que se había engullido los restos del bollo, y estaba ahora, como los demás, dedicada a la tela, sobre la que sus manos corrían como cangrejitos.

Me deslicé alrededor de la mesa para decir al oído de Leticia:

—Ya veo que no te interesa mucho conversar conmigo, de modo que me iré. Te ruego que me sigas viendo, al menos hasta la puerta de abajo.

Leticia miró a su madre, quien asintió con un movimiento de cabeza, sin interrumpir la canción. Leticia se levantó, recogió el trocito de vela y me esperó en lo alto de la escalera. Tras haberme despedido de los otros, la tomé del brazo y bajamos juntos.

—Ese trabajo no es bueno para ti, Leti —le dije en voz baja—. Tendrías que dejar a tu familia y encontrar algo más interesante y mejor pagado.

—¿Cómo voy a dejar a mi familia? ¡Segura estaba yo de que me dirías algo así! Eres un monstruo de egoísmo, como dijo Boni.

—¿Acaso no compré un bollo para Rosa? No estés todo el tiempo a la defensiva, porque así no llegarás a ninguna parte; es evidente que tu tío Joze entiende ese sencillo principio.

—No me salgas con él. Yo no voy a adularte, si es eso lo que esperas. Permíteme que te diga que soy progresista, lo mismo qué Otto y que su mujer, y que me enorgullezco de serlo.

La sujeté por el brazo.

—No seas tonta. Eso no te traerá más que problemas, como si no tuvieras ya demasiados. Ayudarías más a tu familia si consiguieras un trabajo mejor.

—Ellos cuentan conmigo y yo con ellos. Y estoy orgullosa de esa solidaridad. La verdad es que me sentiría avergonzada de dejarlos.

—¿Dormís todos juntos en el suelo?

Leticia vaciló y miró hacia otro lado, para esconder el rostro en las sombras.

—Ya has visto que no hay otro lugar donde dormir... Un amigo nos prometió traernos una cama.

—Déjame que yo te ofrezca una cama —le dije, pasándole un brazo por la cintura—. No, vamos, lo digo en serio. Leticia. No soy el cerdo egoísta que tú piensas. Eres una muchacha bonita y animosa y te mereces algo mejor. Tú dormirás en mi cama, y yo estaré feliz envuelto en la alfombra. ¡No protestes! Da las buenas noches a tu tío y vente conmigo.

Ella se defendía, pero yo seguía abrazándola hasta que la cera de la veta me goteó sobre la chaqueta.

—¡Tú también quieres explotar mi situación! Ya sé qué es lo que persigues. He visto las miradas que le echas a Armida... sí, y el modo en que te escabulles con la muy zorra, ¡lo sé muy bien, señor De Chirolo!

—No te permitiré que hables en contra de Armida. Lo dices por celos, nada más. No la mezcles en esto. Te estoy haciendo una invitación formal.

—Bueno, entonces, no tendrás de mí lo que tan fácilmente consigues de ella, ¡y ahí tienes mi respuesta formal!

Mientras me frotaba la nariz en el pelo de ella —pelo que en verdad no tenía un aroma muy grato—, le dije:

—Bueno, basta. Lo único que hice fue ofrecerte una cama cómoda. Y algún placer también te vendría bien; cualquiera puede ver que aquí no te aprecian como es debido, a no ser como mano de obra. Juntos podríamos pasarlo mucho mejor, sin hacer daño a nadie. Vamos, no seas tímida, que realmente no te haré daño. Además, querida Leti, no eres virgen, ¿verdad?

Volvió a apartar de mí la cabeza, mirando otra vez hacia las sombras.

—Suéltame.

—Ven conmigo, esta noche y nada más. Te prometo que dormirás tú sola en la cama. ¿No eres virgen, verdad?

Sin dejar de mirar hacia otro lado, y ruborizándose, respondió:

—Solo las jóvenes ricas como Armida pueden darse el lujo de ser virtuosas, ¿no es así?

—¿Conque para ti es un lujo? Bueno, evidentemente no estas acostumbrada a los lujos. La mayoría de las chicas que conozco lo consideran una penitencia.

De un tirón se apartó de mí.

—Vete, Perian. Búscate a alguna otra... estoy segura de que para ti es fácil. Yo todavía tengo que trabajar unas cuantas horas.

—Lo único que intentaba era hacerte un favor. No creo que disfrutes mucho durmiendo en el mismo colchón que tu madre y tu tío lisiado, por más alegres que

sean. Por no hablar de los niños. Pero hay un favor que quiero pedirte; quizá entonces te sientas mejor.

Mientras hablaba, iba acercándome otra vez a ella, pensando si deslizarle una mano bajo las faldas no sería más eficaz que cualquier razonamiento.

—¿Qué quieres?

—Leticia, he visto la destreza que tienen tus dedos. Hazme una camisa espléndida para el general Gerald, como la que hiciste para Bonihatch, pero un poco más suntuosa...

Me apartó la mano.

—Boni te dijo el precio de esas camisas. Si nos pagas, estaremos encantados de hacerte una.

—¡Pagaros! ¡Por los santos huesos, Leticia! ¿Acaso no soy amigo tuyo? ¿Intenté cobrarte por mi cama? ¿No eres capaz de dar una camisa a un amigo? Tú sabes que soy casi tan pobre como vosotros, así que no seas mercenaria.

—No es posible...

—Parece que nada es posible contigo. Ahórrate la miserable vela. Me voy.

Irritado, le hice abrir la puerta y escapé hacia el patio oscuro.

Había más gente que de costumbre en las calles, a causa de la amenaza turca. Me crucé con varias hileras de piqueros y con un destacamento de caballería, pero no hablé con nadie y pronto estuve subiendo las escaleras que llevan a mi solitario alojamiento en la calle de los Tallistas.

El día siguiente era viernes y yo tenía que hacer mi visita semanal a Noble Zaraza, el astrólogo de la familia. Antes de que me vistiera, mientras pulía mi amuleto como todos los días, los otomanos apostados fuera de la ciudad empezaron a bombardearnos.

Oí que una bala de cañón se estrellaba en alguna parte, no muy lejos; más tarde, cuando estuve en la calle, la gente con quien hablé decía que los daños eran insignificantes y el fuego cesó pronto.

Era posible que estuvieran apuntando a un barco recién llegado por el río, que traía un destacamento de caballería pesada en ayuda de Malacia. Era un gesto del duque de Tuscadia, aliado del obispo Gondalo IX. Fui hasta el Satsuma a ver cómo descargaban los caballos, y a los hombres que hablaban con ellos como si todos fueran viejos amigos.

Era innegable que la noche anterior yo había tenido poco éxito. Apenas había hablado con Armida, De Lambant y Bedalar habían desaparecido, Leticia me había resultado inesperadamente difícil —aunque en realidad no me importaba— y no había conseguido echar ni un vistazo a las placas de Bengtsohn. Había razones de sobra para desear que Noble Zaraza me mostrase perspectivas más interesantes.

El viejo estaba sentado como de costumbre en la mitad de la Escalinata Maltesa, mientras un niño jugaba entre los pergaminos y los globos de bronce. Lo saludé

cortésmente, pensando que a la luz del sol se lo veía de color ceniza, como si lo hubieran puesto allí después de haber pasado un siglo bajo tierra.

Mientras se tironeaba el largo y animal labio superior, el astrólogo inclinó la cabeza, asintiendo; el búho lo imitó, sin abrir los ojos.

—¿Hay noticias alegres para mí esta semana, señor? —pregunté mientras dejaba mi óbolo, destinado a los cofres del viejo.

—Las constelaciones y signaturas están en conjunción desfavorable. Contra el calor de Saturno se han de endurecer los campos helados de la ociosidad. Incluso los que corren en libertad entre los campos verdes van también por una callejuela lenta y estrecha. Para ti, los coturnos tienen ahora la suela tan espesa que has dejado de pisar el suelo cotidiano, y lo que llamas tu territorio puede ser rápidamente ocupado por otro.

—¿Habláis de mi trabajo, señor, de mi actividad teatral o de mi amor?

—Hablo en universales, de modo que lo que no se especifica es específico para cada uno. Nada tienes bien asido y te caes cuando crees volar. Tampoco puedes llevar la camisa de un general si no eres además un príncipe.

—Yo quería representar al príncipe, si es a la obra de Bengtsohn a lo que os referís.

—Representarás pues al príncipe, pero las ocasiones que ruedan en lo alto sugieren un giro saludable, no tan regio como legal. A menos que te esfuerces por entender mejor a Satán, lo que recibas por tu actuación podrá parecerse una amarga cosecha.

En ese tono siguió durante un tiempo, quemando de vez en cuando rollitos de papel aromático. Noble Zaraza estaba elocuente esta semana; pero lo que ahora iba soltando no me daba mucho placer. Tras haberlo escuchado un rato, me aventuré a hacerle otra pregunta directa.

—Señor, me he comprometido en secreto para casarme. Ahora estoy hablando de mi vida, no de algo que esté representando. ¿Podéis decirme si la dama y yo haremos una feliz pareja?

—Aunque puedas considerarte el más flexible de los hombres, estás sin embargo inmovilizado en una actitud que ha de traerte pesadumbre. Tú crees que entiendes lo que entiendes; crees que tocas lo que tocas; pero el humo se eleva de un fuego extinguido. La fruta huele a fresca aun cuando los pepinos estén pudriéndose junto al camino; el polvo que ves juntándose en las encrucijadas no te dirá cuántos hombres han pasado por allí, y entre tus amigos se encuentra la más cruel de las falacias, aunque se presente como si no lo fuera.

—¿He de desconfiar de Armida, entonces?

—Tiéndete sobre un lecho de cardos si necesitas vigilar celosamente durante toda la noche, pero te digo que recibirás graves pinchazos después de que en el cielo de Malacia aparezca el siguiente augurio: un caballo negro con los cascos de plata.

Mientras cavilaba en estos enigmas, le pregunté:

—Señor Noble, solo cenizas tenéis hoy para mi espíritu. ¿Me esperan realmente problemas si veo un caballo en el cielo? ¿Un caballo negro con los cascos de plata?

El viejo se rascó la gran verruga que tiene en la mejilla izquierda, de la que florece una catarata de pelos amarillos que se rizan en todas direcciones como serpientes sobre una diminuta cabeza de Medusa.

—Primero viene el caballo negro, inclinado entre las nubes; después tus problemas, a ras del suelo.

—Procuraré no mirar hacia arriba, entonces.

—Ese es tu problema, diría yo —concluyó el viejo con sequedad.

Durante toda su vida había aconsejado a mi madre, y antes a mi abuela; los misterios en que se especializaba habían ligado entre sí las vidas cotidianas de Malacia durante milenios. Pensé que ojalá me hubiera ahorrado los peniques para un poco de comida. Lo saludé y me fui, aunque un penetrante olor a cabra me envolvió durante un rato.

La presencia de centenares de turcos a las puertas de la ciudad no fue suficiente para interrumpir el drama del príncipe Mendicula y la princesa infiel. Todavía arrastrando una vaharada de cabra, entré por las magníficas puertas del palacio Chabrizzi y me preparé para instalarme una vez más ante el zahnoscopio.

Armida ya había llegado y estaba tan fresca como siempre con una túnica que yo no le había visto antes, y un ancho cinturón. Bedalar se encontraba junto a ella, y conversando amablemente con las dos estaba De Lambant. Nos saludamos efusivamente.

—Esta vez el éxito es seguro —dijo Guy, cuando las muchachas empezaron a dedicarse al tema de la ropa.

—E inmerecido. Yo había tenido la esperanza de presentarte a Armida.

—Me pareció que yo ya había esperado bastante. ¿Estás un poco pensativo esta mañana?

—¿No has visto algún caballo negro que galopara sobre los tejados?

Leticia se unió pronto al grupo, mirándome de reojo.

Me alejé de ellos en busca de menos encantadora compañía, compuesta por Bonihatch, que practicaba estocadas incorrectas con una espada de madera, la encorvada figura de Otto Bengtsohn, Solly, y otro ayudante, un mozo de andar pesado que se llamaba Rhino. Teníamos que representar la escena en que el general Gerald está encerrado con Jemima y se la lleva a un bosque; Bengtsohn estaba supervisando la disposición de los decorados.

Al verme, el anciano dijo a los otros que siguieran trabajando, mientras él hacía un aparte conmigo.

—¿Veré por fin las placas terminadas?

—Le ruego que no insista en eso, podría molestar a algunos.

—¿Qué, entonces?

—¿Se siente valiente hoy, Perian?

—Como el general, yo soy siempre valiente.

—Bueno. Aunque la valentía no es siempre cuestión de impresionar bien, usted me entiende, ni siquiera de representar un papel. Es algo que uno tiene que *ser*. Hay peligros por todas partes, todo el tiempo. Es posible que acabemos degollados en el Toi, aunque no por obra de los otomanos.

—Usted me hizo una pregunta y yo la contesté sin rodeos. ¿Por qué, entonces, un sermón sin rodeos?

—No es un sermón, no piense eso. Pensar es peligroso en Malacia. Dentro de tres días será la Fiesta del Clarinala... entonces el populacho dejará de pensar y se emborrachará. Pero la gente que tiene el poder en Malacia, esos nunca dejan de pensar como máquinas, ya sea día o noche, de fiesta o de ayuno.

—¿Quién era el hombre siniestro que había anoche en la galería, el de levita negra?

Levanto los ojos y me echó una mirada que se filtró por entre el desorden de las cejas.

—Sería mejor para usted no saberlo. Olvídelo.

—Sé que es del Consejo Supremo. El aspecto del hombre no me interesó. ¿Es por eso que usted no quiere mostrarnos la mercurización?

—Mejor que usted no lo sepa. Hablemos de otras cosas. —Se aclaró la garganta—. Escuche y no se ofenda, que no es mi propósito. Los Zlatorog son amigos míos. Sé mil cosas de ellos por cada una de las que usted sabe, así que tenga cuidado. No haga el tonto con Leticia, o su tío Joze y yo veremos cómo lo lamenta.

—¿Hacer el tonto con ella? ¿Qué quiere decir con eso de hacer el tonto? ¿Es incorrecto darle de comer a la hermana y tratar de encargarse una camisa? ¿O es asunto suyo, o de su tío? Que yo trabaje en esa condenada obra de usted no significa que vaya a ordenar mi vida.

—Las vidas son para ordenarlas. Le digo que sé mil cosas de los Zlatorog y usted una. Sobre eso ya he hablado y ya es suficiente.

—Ya es demasiado.

Bengtsohn hizo un gesto de asentimiento y continuó:

—El otro mensaje que tengo para usted es de mayor importancia. Viene de mi poderoso y alto señor. Andrus Hoytola necesita que usted se presente ante él en la mansión, a la hora de la siesta. Es allí, y no aquí ante mi zahnoscopio donde quizá pongan a prueba el coraje de usted.

—Si él me requiere, allí estaré. ¿No le habrá ido usted con cuentos?

La actitud de Bengtsohn cambió y se hizo confidencial, lo mismo que la primera vez que me enseñara el zahnoscopio.

—Escuche, yo también fui joven antes de que me echasen a patadas de Tolkhorm por mis ideas revolucionarias. No soy tan tonto como para andar con cuentos de esa especie, quédese tranquilo. En Malacia miro donde pongo los pies.

—Ese consejero de levita negra de anoche me convenció de que en este mundo andan sueltas muchas cosas, descuide. ¿Qué hacía ese hombre en la galería de Hoytola?

—Le he dicho que eso a usted no le concierne —me respondió el viejo, de prisa—. Ese hombre es el Diablo. Solo diré que tener a los turcos en la puerta del fondo ha mejorado la situación de mi señor en más de un sentido, ya que los turcos alarman al Consejo. Por eso lo llaman a usted. Se necesita un poco de acción.

»La inercia ha sido siempre la más importante de las armas de Malacia, tanto en la paz como en la guerra. La inercia la ha ayudado de algún modo a sobrevivir dos mil milenios de historia.

Bonihatch había llegado, arremangándose y sonriendo. Nos interrumpió, con su modalidad impulsiva, para decir:

—Sí, y el Consejo volverá a confiar en la inercia en esta nueva crisis turca, si pueden, Otto. La peste está de parte de ellos, no por primera vez en la historia. Ahora que Sirio se acuesta con el sol, la peste vuelve por sus fueros.

—En San Bragardo ya ha habido diez entierros esta semana, todos de la peste —dije—. Pero eso no va a protegernos de los otomanos.

Bonihatch parecía enterado.

—Ah, pero piensa con cuánta mayor rapidez avanzará el castigo del cielo entre las filas de los hijos de Solimán, acampados ahí fuera en las colinas junto a aguas contaminadas.

—Tiene razón —coincidió Otto—. Eso de que los turcos no se contagian la peste no son más que cuentos de viejas. Se pudren con ella lo mismo que nosotros. Además, se dice que nuestros enemigos no son realmente otomanos, sino los secuaces de Stefan Tvrtko, el rey de Bosnia. Sostienen la fe del bogumilismo. Presas fáciles de la peste.

Bonihatch restó importancia a eso con una sacudida de patillas.

—Nuestro hediondo Consejo tiene la esperanza de sentarse a aguardar que la muerte haga lo que ellos no hacen... y en ese tiempo ya pueden invadirnos tanto la peste como Tvrtko. Se ha pedido a Avalón, a Saville y a Vamonal que envíen ejércitos de refuerzo, pero en ningún caso han mandado más que excusas escritas a pluma sobre ricos pergaminos. ¡Eso pinta al corrupto y podrido sistema!

—Solo Tuscadia nos ha enviado algunas tropas... los demás saben bien lo agotado que está nuestro erario —dije.

—Si dejásemos que los turcos entraran y asolaran Malacia, entonces podríamos volver a empezar desde cero —dijo ferozmente Bonihatch.

—No, no, Boni. Esa medicina es peor que la enfermedad. Los turcos han de ser derrotados; luego la revolución vendrá desde dentro.

—Entonces, ¿qué hay que hacer? Sospecho que usted tiene algunas ideas —le dije.

De nuevo, el ojo penetrante me atisbo por debajo del acanalado de las cejas.

—Ideas lo bastante perversas como para complacer al Consejo. El joven duque Renardo las apoya especialmente. Ya verá usted, ya verá. Vaya hoy a casa de Hoytola a la hora de la siesta. —En seguida dijo en otro tono—: Cambio. Eso es lo que se necesita en Malacia, cambio desde dentro. —La voz se le hizo aún más grave—. Progreso.

Yo conocía estudiantes en la universidad que se proclamaban progresistas porque vestían determinadas ropas, pero la palabra sonaba extraña en boca de ese maduro hombre del Norte, como había sonado en boca de Leticia, la noche anterior.

—Bueno, Otto, dispongamos el sofá e instalemos el zahnoscopio.

Cuando el zahnoscopio hubo registrado el trabajo del día, Armida se ofreció a llevarme en coche a ver a su padre. Bedalar y Guy se fueron a admirar el séquito de Caylus para la corrida de toros, de manera que Armida y yo nos quedamos solos; orgullosamente, ella me acompañó hasta uno de los establos de los Chabrizzi, donde estaba su regalo de cumpleaños: un pequeño coche de posta, con una yegua, Betsy, que esperaba cortésmente entre las varas.

Una vez que lo hube admirado y envidiado lo suficiente, Armida tomó las riendas. El carruaje arrancó y traqueteó sobre dos ruedas frágiles. Tenía la caja elegantemente torneada, los paneles brillantes como seda, la ebanistería dorada, reluciente bajo el sol. Yo lo envidiaba muchísimo; habría querido para mí una versión masculina para poder conducirla a peligrosa velocidad y asombrar a mis amigos. En ese vehículo encantador partimos con rapidez, Armida y yo.

—¿Qué quiere tu padre de mí?

—Él te lo explicará. Es algo que tiene que ver con los turcos.

Me quedé en silencio. Sabía lo que me había contado Otto, que las fuerzas turcas estaban al mando del bosnio Stefan Tvrtko; su nombre circulaba ya por la ciudad. Se decía que era enorme, atezado, feroz, que no era más que un bandolero que se había unido a los otomanos por lucro. Se decía que su reino no era mayor que un valle en los Balcanes, y que había estrangulado a su hijo Sebastián. Qué relación podía tener semejante villano con un hombre de la calidad de Andrus Hoytola era algo que aún estaba por verse.

La mansión de los Hoytola estaba más allá del barrio de los Aromas y la avenida, de los Armeros, en una calle solitaria no lejos del canal Vamonal. Pasamos ante ella y seguimos con el coche hasta el hipódromo, donde encontramos al jefe de la familia Hoytola en los establos, supervisando el cuidado de unos caballos árabes. Un muchacho tomó de las riendas a Betsy, y Armida y yo nos acercamos.

La primera información que Hoytola se dignó transmitirme fue que era propietario de unos ochenta caballos, muchos de ellos sementales árabes, y que casi todos estaban en Juracia, la finca campestre e los Hoytola.

Andrus Hoytola lucía una mirada arrogante, bastante parecida a la mirada que me echaban los equinos. Esa mañana estaba de talante agreste, con una chaqueta

deportiva de color mostaza, pantalones de montar y polainas, según la moda del Norte. Interrumpió una conversación con los palafreneros a propósito de la doma de caballos para volverse hacia mí y hablarme formalmente.

—Dentro de tres días se inicia la Fiesta anual del Clarinala. Se necesita preparar con cierta antelación los pura sangre de uno, para que la exhibición sea óptima.

A eso no se me ocurrió qué decir, ni parecía que Hoytola esperase respuesta. Después de una pausa, volvió a hablarme.

—Se sabe que usted está progresando favorablemente en la obra del príncipe Mendicula, De Chirolo. Excelente. Se anticipa que será algo interesante. En un principio, Bengtsohn deseaba aplicar el argumento a la vida actual de las clases bajas, pero eso no tendría sentido ni siquiera en su Tolkhorm natal, donde las costumbres son más bárbaras que aquí. En un escenario de hace algunos milenios y entre personas de la condición adecuada, el argumento adquiere dignidad, estima uno.

El tono de Hoytola era seco, como si su boca tuviera algún prejuicio contra la saliva.

—Iría en contra de mi carrera actuar en un argumento sobre las clases bajas — dije—. Aunque la confianza tonta e inocente que Mendicula le tiene a su esposa. Patricia, podría ser más creíble en un tendero que en un príncipe.

Hoytola se metió los pulgares en el bolsillo del chaleco.

—¡Qué gracioso es usted! A nadie le interesan las obras sobre *tenderos*. Sería darles demasiada importancia, para empezar. Y a ningún público le interesaría si la mujer de un *tendero* le es fiel o no.

La conversación parecía a punto de expirar de dificultad. Le eché una mirada a Armida, pero de nada me sirvió, porque estaba mirando los caballos y frotándoles las narices.

Dije entonces, con toda la soltura que me fue posible:

—Tengo que admitir que la tragicomedia de Mendicula me parece absurda. Estoy seguro de que Pozzi Kemperer estaría de acuerdo.

—¿En qué sentido absurda?

—A Perian el argumento le parece trivial, papá —dijo Armida, y me lanzó una mirada que no pude interpretar—. Dice que podrían haberla escrito hace un millón de años.

—Una observación interesante. Con toda seguridad la obra le atrae a uno precisamente porque podría haber sido escrita hace un millón de años. Algunas cosas son eternas y hay que decirlas una y otra vez, eternamente. Esos desesperados apuros de amor, que Bengtsohn transmite con tanta eficacia, nos conmueven porque son tan válidos hoy como ayer.

—Eso lo veo —dije, débilmente—. Pero no hay moraleja en la obra. Los personajes son estúpidos. Mendicula es un tonto por ser tan confiado, el general un pícaro que engaña a un amigo, Patricia no mucho mejor que... eh... una mujer fácil, con toda su sangre real, y Jemima una indecisa. Me gustaría que hubiera por lo menos

un personaje de moralidad resonante.

—Uno podría considerar que la moralidad está en el todo, más bien que en las partes —dijo Hoytola.

—En mi parte ciertamente no está.

Hubo un pequeño silencio. Luego Hoytola volvió a hablar, con más animación.

—A uno le complace ver que es usted un joven de criterio independiente. Mi hija le ha sugerido a uno que a usted podría interesarle emprender una aventurilla. Uno advierte que el juicio de ella no era equivocado.

Tanto los caballos como los humanos estaban ahora observándome. En los establos había un fuerte olor a paja que me cosquilleaba la nariz; mi instinto me advirtió que sería indignante estornudar en presencia del padre de Armida.

—¿En qué clase de pequeña aventura piensa usted?

—En una pequeña aventura que ayudaría a los Hoytola, que beneficiaría a Malacia, y que lo llevaría a usted a la gloria.

Parecía una gran pequeña aventura. Cuando me dijo qué era, me pareció más grande aún. Pero los ojos de Armida estaban fijos en mí, lo mismo que los ojos reflexivos de los caballos árabes. Con una voz tan desenfadada como me lo permitió la ocasión, dije que haría lo que él me pedía.

La mañana fijada para mi pequeña aventura me encontró ajetreado desde temprano, imitando el ajeteo de las calles. Era el primer día de uno de los festivales más antiguos de Malacia, la Fiesta del Clarinala, consagrada tanto a victorias inmemoriales como a la relación mística entre la humanidad y las criaturas aéreas.

Esa relación ocupaba mi pensamiento; estaba a punto de convertirme en una criatura aérea, y de continuo recordaba la advertencia del viejo Noble Zaraza sobre un caballo negro con herraduras de plata que aparecería en el cielo. Empecé a moverme vigorosamente, para disipar mi melancolía.

Sentado en el borde de la silla, escribí sendas notas a mi padre y a mi hermana Katarina. Expresándome con grandes floreos, les rogaba que salieran de sus respectivos retiros para venir a presenciar mi hora de gloria, y quizá también mi última hora. Llamé a un muchacho de la calle y le pagué dos denarios para que entregase sin demora los mensajes.

Intenté tocar un aire en la guitarra, esboqué un poema y una carta de despedida al mundo. Después me precipité a la calle para pedir a Mandaro que me echara la bendición.

En la plaza de la Estrella se estaban reuniendo ya los elementos del gran desfile. Gritos de hombres, niños y animales resonaban en las viejas paredes grises y terrosas. Había allí dos velludas catapultas, esperando pacientemente como todos los elefantes, con las caras pintadas de blanco y los largos colmillos curvos adornados. Pero el gran espectáculo de crueldad se daba en el extremo este de la ciudad, bajo la torre de la Estrella, pues allí estaba reunido el rebaño municipal de tiragrebas. Esas bestias

furiosas, los reyes de todos los animales ancestrales, estaban al cuidado de sus pastores tradicionales, los sátiros, que habían traído a los carnívoros desde los campos y de las Seis Lagunas.

Oh, ¡qué espectáculo el de esas bestias primitivas, medio hombres medio cabras, llevando al trote unas cargas enormes! Seguí el impulso de meterme entre la chusma de chiquillos y comerciantes que se habían reunido para ver cómo los encornados pastores obligaban a los tiragrebas a mantenerse en fila. Había cuatro de tales monstruos, de seis metros de altura, con las escamas salpicadas de amarillo y verde, o mejor dicho, de amarillo y gris, porque ya eran viejos. Tenían las colas atadas en grandes lazos sobre el lomo, con cadenas que les pasaban alrededor del cuello. Cada uno llevaba, a modo de bozal, una jaula de hierro sobre la boca depredadora. Eran bastante dóciles —solo los sátiros podían manejarlos—, pero frotaban las enormes patas de pájaros sobre los adoquines como si quisieran precipitarse en medio de la multitud y provocar un desastre. Es muy difícil intimidar a los tiragrebas y a los dientes-de-diablo, e imposible domarlos. En los días de fiestas sagradas son parte esencial de las ceremonias.

Mandaro me dio la absolución.

—Hay unidad en todas las cosas, y dualidad —dijo—. Físicamente vivimos en una ciudad hermosa; también vivimos en una selva de creencias oscuras. Hoy tendrás la ocasión de elevarte por encima de ambas.

—¿Estará usted observándome, padre?

—Por cierto. Y ahora voy a mirar a los sátiros y a los tiragrebas. Como a ti, el espectáculo de la crueldad me conmueve. Los admitimos en la ciudad solo en las ocasiones ceremoniales. Es lo adecuado.

Apenas había regresado a mi habitación cuando oí que llamaban a la puerta. Allí estaba Armida, y tras ella el viejo rostro seroso de la acompañante. Interpuse la puerta entre ambas y derramé besos sobre los labios de Armida, pero ella se me escurrió y se apartó.

—Un coche nos espera fuera, Perian. Veo que ya estás listo.

La actitud de Armida era bastante severa, o por lo menos no lo suficientemente amable como para saludar a un héroe.

—No he visto carruaje alguno abajo.

—No está en el paseo, sino más allá, en la plaza de la Estrella.

—Me siento mucho mejor al verte. Confieso que tenía un ligero ataque de nervios. ¿No podemos dejar fuera a esa mujer y atizar un poco nuestros fuegos respectivos?

—Tenemos que ir a toda prisa al Bucintoro.

Todo esto dicho en susurros.

—Por ti estoy haciendo todo esto, Armida, bien lo sabes.

—No intentes chantajearme.

Volví a abrazarla y le deslicé una mano en el escote hasta abarcar la mayor parte

de un elegante seno.

—Armida, ¿cómo es que, de todos los jóvenes de esta atestada ciudad, desde palafreneros hasta príncipes, tu ilustre padre me eligió a mí para este singular y peligroso honor?

—Tú quieres una oportunidad de ascender en el mundo. Si alguna vez hemos de casarnos... pero está también la cuestión de tu comportamiento... por tanto, has de distinguirte, como hemos dicho.

—Ya veo. Tú le sugeriste mi nombre. Eso era lo que quería saber.

Me miró con aire desafiante mientras salíamos, y saludé con una inclinación de cabeza a Yolaria, que esperaba en el rellano.

—Pensé que había que poner a prueba tu seriedad, Perian —dijo Armida—. Tú sabes que en general me prohíben salir de casa después de que ha oscurecido, a menos que haya alguna razón, de manera que me paso las veladas tocando el virginal o leyendo a Plutarco o Martin Tupper en voz alta a mi hermanita. Últimamente he tenido noticias de cómo pasas tú las veladas, perdiendo el tiempo en tabernas ínfimas e intentando sin éxito la seducción de costureras...

Era ella la que iba delante descendiendo la escalera de caracol, seguida por Yolaria y por mí.

—¿Quién ha estado contándote esos cuentos? —grité, furioso.

Sin volver la cabeza, Armida replicó:

—Leticia Zlatorog. Un testigo de fiar dadas las circunstancias, se diría...

Me enfurecí, pensando que el ataque era la única retirada segura.

—¡Pequeño engendro! ¡Qué celosa tiene que estar si es que intenta separarnos! Lo único que hice fue tratar de comprarle una camisa, lo mismo que Bonihatch, y ¡sale cocinando una historia de seducción! Pero ¡si es tan fea! ¿Acaso yo me pongo celoso cuando tú en el papel de Patricia te demoras en los sórdidos brazos mendiculanos de Bonihatch, por más que yo tenga que mirarte durante minutos enteros mientras tú disfrutas?

—Ya te dije que Bonihatch me enferma. Me enferman las patillas que tiene, y ese olor a aceite, ácidos y flan. Y lo considero feo. Pero tú a Leticia la encuentras tan fea que tienes que meterle la mano bajo las faldas e invitarla a tu cama; ¡tu cama, que yo consideraba sagrada para nosotros! ¿Cómo te atreves?

Todo eso pasó por encima y a través de la saltarina cabeza de la acompañante de Armida, con lo que mi enojo y mi sensación de injusticia se incrementaron.

—¡Está bien! Y por despecho, tú te montas esta prueba que me haría parecer cobarde si no la aceptara, de modo que tu padre podría mandarme a paseo... Tienes una mentalidad horriblemente retorcida, Armida. Sabes que la costurera nada significa para mí. Simplemente, intenta sembrar cizaña entre nosotros.

—Eres tú quien ha sembrado la cizaña.

De ejemplar mal humor nos dirigimos al carruaje, que no era el coche personal de Armida, sino una pequeña berlina de ciudad, con un asiento trasero para el conductor.

Mordiéndonos la lengua, ya que no podíamos mordernos el uno al otro, esperamos a que se cerraran las puertas y que el caballo echase a andar. Yolaria se sentó entre nosotros dos, impasible, ofreciendo a cada uno una mejilla vieja y amarillenta.

A medida que nos alejábamos de la antigua plaza, entramos en una confluencia de tránsito que llegaba a la vez de la Puerta del Norte y de San Marco. Nuestro avance era lento, y nuestro silencio lo hacía aún más lento. Me enojaba tanto que ella creyese que Leticia me interesaba.

Fuera de la berlina, en los rostros, tanto de los jóvenes como de los viejos, predominaba la alegría. El Clarinala señalaba la legendaria batalla de nuestros antecesores, incontables millones de años atrás, cuando las fuerzas de no sé quién derrotaron a las fuerzas de no sé qué otro en una batalla de extensión continental; por consiguiente, era un momento para estar alegre.

Incluso con los otomanos casi a tiro de piedra, las festividades se celebraron como siempre. Los gremios llegaban en rica procesión desde el Ayuntamiento, cada uno con los estandartes y emblemas de su cofradía. Y también las órdenes religiosas estaban presentes, con muchas representaciones de Satán, Dios y Minerva entre los estandartes; se movían en solemnes hileras, precedidas por trompetistas, llevando antorchas, relicarios enojados e incensarios que al columpiarse perfumaban el aire.

En medio de esos santos varones de hábitos grises, negros y castaños, había un despliegue de color, blanco, carmesí y oro, donde el Obispo Electo de Malacia, Gondalo IX, pasaba en andas sobre un trono con palio, instalado en una plataforma que un grupo de monjes portaba a hombros. Gondalo era delgado y tan plateado por la edad que parecía casi transparente; iba vestido de blanco como símbolo de pureza y escondía el blanco bajo una magnífica túnica carmesí que desde el trono se derramaba sobre la plataforma y desde la plataforma casi hasta el suelo. Mientras avanzaba, el santo anciano distribuía monedas de plata a la muchedumbre con una mano traslúcida. Las monedas tenían de un lado la imagen de la Oscuridad y del otro la de la Luz.

Detrás de la procesión del Obispo venían los animales ancestrales. Al verlos, la multitud rugió de placer, como si ella también fuese un animal. Primero venía el ave que daba nombre a la fiesta, encadenada al guantelete del Cuidador del Clarinala. Iba como dormida, posada en el puño del hombre, impecable el brillante plumaje, con el pico dentado apoyado en el pecho. A un lado, un flautista tocaba la sedante música del Clarinala.

Muy cerca del pájaro venían otros ancestros, que daban nombre a distintos festivales del año. Primero, un alabardero grande y viejo, popularmente llamado cornarroto, con tres cuernos dispuestos en hilera sobre el cráneo enorme. Avanzaba majestuosamente, y su jinete lo sujetaba con riendas de oro aseguradas al cuerno nasal.

Esa viviente máquina de guerra iba seguida por otros dos gigantes de batallas de antaño, las velludas catapultas que yo había visto mientras las preparaban, con los

jinetes sentados detrás de las orejas, y los tazabarbas, que avanzaban con dignidad sobre las enormes patas traseras mientras escudriñaban con ojos astutos a la turba.

Después venían los más pequeños, llevados de las riendas: ancestros tan comunes como los bobatropos amarillos que andaban a saltos, graznando; los yaterhobos, y una cuadrilla de triploderos arbóreos o cazamosquitos, como se los llama vulgarmente, con pellejos abigarrados que relucían al sol.

El último era un afable cuer pocasco, el Viejo Argollas para la multitud. Le habían quitado de la cola los dos mortíferos pernos, pero tenía intactas las placas dorsales. Era un macho, y realmente espléndido, con la cabeza levantada por una cadena sujeta a una pértiga.

Esas majestuosas criaturas agradaron a todos.

Después venían estupendos cuadros vivos, adecuados al día. Recorrían ruidosamente las calles en pesadas plataformas rodantes, transportando las más bellas escenas mitológicas y bucólicas que los artistas pudiesen idear. En San Marco se soltaron los sueños ardientes del mundo, y las clases bajas corrían junto a las carrozas, dando voces y sacudiendo las manos, hombres y mujeres, como si en sus vidas no hubiera otra cosa que sueños ardientes. Junto a ellos, en una corriente más lenta, iban los vendedores callejeros, que sacaban partido de las naturales apetencias festivas, ofreciendo toda clase de bebidas y gaseosas y zumos y frutas y carnes con especias y broquetas, frías o calientes; y también pasteles, tartas, dulces, halva, pita, helados y otras preparaciones dulces. El aire se llenó de aromas gratos. Las cosas santas y las mundanas se combinaban en nuestras narices al mezclarse el incienso con la fragancia del pan y las pastas reden horneadas.

Durante la noche nos las veríamos con olores más desagradables, cuando quemaran en la pira a los herejes, hombres que solo creían en un dios o que se decían descendientes de unos simios frenéticos.

Nuestro carruaje avanzaba con dificultad por entre esa *mêlée*. Armida dio instrucciones al cochero y doblamos por una calle lateral; así evitamos las multitudes y llegamos sanos y salvos detrás del Bucintoro, hasta donde fuimos a pie.

¡Qué hermoso espectáculo es el Bucintoro! Los palacios de los grandes comerciantes lo flanquean por el lado sur, y unos jardines y un río lento por el lado norte. Los palacios son de mármol blanco, o dorados, de nuestra piedra local.

En esta ocasión, como en otras similares, se habían levantado vallas al lado norte, para contener a las multitudes de plebeyos. El desfile se haría entre el elegante puente Nuevo del parque y el curioso y arcaico puente de la Estrella, con su destartalada carga de casas, y aún más lejos, ya que la extensión oficial del desfile estaba señalada en un extremo por el monumento al Fundador, Desport, que miraba de frente al Primer Mago, y en el otro por la antigua obra de sillería de la iglesia de los Comerciantes. Entre el monumento y la iglesia ondeaban, a cada paso, banderas azules y negras. Sobre las torres de los palacios estaban posadas las criaturas aladas, que disfrutaban de las mejores vistas de la ceremonia.

Por allí desfilaban los caballeros de armadura, montados en magníficos corceles engualdrapados, y junto a ellos las compañías de alabarderos y piqueros del Ayuntamiento. La pompa militar se veía realizada por la franja de plata de la guardia nacional, resplandeciente en sus vistosas pieles ancestrales. En medio de ese bélico esplendor estaban también los cuatro tiragrebas cautivos, que entraron tímidamente en el Bucintoro, asustados por la multitud y el estruendo de las trompetas, de modo que a los sátiros se les hacía difícil mantenerlos en línea. Cada monstruo tenía un sátiro sobre los hombros, montado en una silla. Los tiragrebas llevaban la cola dispuesta en una amplia curva que les pasaba por encima del cuerpo y se elevaba sobre las cabezas de los jinetes. La punta de la cola quedaba atada con una cadena de oro al collar que llevaban alrededor del cuello. Eran colas demasiado poderosas para dejarlas sueltas en medio de la multitud. Desde el momento en que yo viera ese imponente y pintoresco grupo, por la mañana temprano, los sátiros habían ornamentado la cabeza y los cuernos de los tiragrebas con coronas de laurel y el lomo con madreSelva.

El ruido era mayor en los muelles, donde una banda de gaitas tocaba canciones marineras. Muchos barcos, tanto extranjeros como malacios, estaban en los amarraderos. Una goleta crismasiana, un hermoso velero de tres mástiles, alto de proa, se alzaba junto a nuestras galeras y trirremes autóctonos, bien preparados para los riesgos de la navegación en el mar Intermedio. Esas embarcaciones estaban empavesadas y transportaban una considerable carga de marineros en los penoles de las vergas.

Toda esa gran muchedumbre tendría más tarde los ojos, si no las plegarias, puestas en mí. La idea hizo que el estómago se me revolviere como una barca de puente demasiado alto. Después habría torneos, mascaradas, bodas (la Fiesta del Clarinala era época propicia para las bodas), hogueras, un circo y fuegos artificiales, hasta bien entrada la noche. De la fuente de la Estrella brotaría vino tinto, como un gesto del Consejo hacia los pobres. Todo eso ocurriría; todo eso y más, porque difícilmente en la multitud que iba reuniéndose habría un alma que no se hubiera propuesto algo especial, como contribución privada a las celebraciones públicas. Más tarde, más tarde. ¡Primero venía yo, Perian de Chirolo, en uno de mis papeles más tontos y menos ambicionados!

Unos alabarderos nos guiaron, a Armida y a mí, hasta uno de los palacios que tenían allí los mercaderes. Frente al edificio, sobre una plataforma improvisada, estaban de pie varios dignatarios cuyos rostros eran tan poco atractivos como imponentes sus vestimentas. (Pero no aquel hombre terrible del Consejo Supremo de aspecto tan formidable; deduje que *ese* prefería no mostrarse en público; la noche y el ocultamiento eran parte de sus accesorios). Entre tales dignatarios se encontraba Andrus Hoytola, quien se adelantó displicentemente, me indicó que subiera a la plataforma y me dijo, impasible, algunas palabras tranquilizadoras. Miré a mi alrededor y vi que Armida se había ido.

—Se tiene que esperar una hora más —dijo Hoytola mientras tomaba rapé. Se volvió a hablar otra vez con un hombre cuyo rostro reconocí. Era el duque de Renardo, un joven rubio y fornido, de rostro encarnado. Parecía noble hasta la última pulgada, con su cota de malla de oro, medias largas y zapatos con plataformas, de punta cuadrada y lengüetas con hebillas. Yo habría dado el mundo —o por lo menos la próxima hora del mundo— por aquel conjunto de calzones cortos de satén y chaqueta suelta sobre la cota de malla. La chaqueta tenía bolsillos verticales y las costuras estaban adornadas con un primoroso bordado de oro que incluía el motivo de la Casa de Renardo. Probablemente los Zlatorog habrían cosido esta chaqueta en su mísero taller.

El joven duque me echó una mirada y volvió a conversar con Hoytola. La charla, deduje, debía de valer un ducado por sílaba, a juzgar por la favorable respuesta de Hoytola a cada sílaba del duque. Era el mismo duque que había sido mencionado como partidario de Hoytola; se lo consideraba generalmente informado de los intereses del pueblo y hasta se decía que los respaldaba en contra de los deseos del Consejo. Por lo menos eso se decía; cuando el Consejo era anónimo, se hacía más difícil adivinar qué deseos eran esos, por más que, según un antiguo y respetable principio, el supuesto de que los deseos eran para peor resultaba por lo general bien fundado cuando estaba implicado el anonimato.

Desde mi expuesta posición en la plataforma, yo podía observarlo todo.

La multitud crecía. La Guardia Nacional tocaba música en el extremo este, delante de la iglesia de los Mercaderes. Como de costumbre, las clases bajas se habían reunido antes que los ricos. Los buhoneros se paseaban, vendiendo comida a la vez que juguetes y folletos. Intenté descubrir entre la multitud el rostro de mi padre, pero fue inútil. Tampoco pude ver el estandarte de los Mantegan, así que no sabía si mi hermana estaba presente, o si Volpato, su marido, había regresado de algún último viaje.

Unas manos que se agitaban me llamaron la atención. Allí, detrás de la barricada, estaban mis amigos De Lambant y Portinari, con dos muchachas. Bedalar estaba con De Lambant, en tanto que la hermana de De Lambant, Smarana, iba acompañada de Portinari. Cuando los saludé con una inclinación, algunas personas aplaudieron y sentí que se me enrojecían las orejas.

Yo estaba de pie en un extremo de la plataforma, que no tardaría en ser el blanco de todos los ojos, un poco apartado de los dignatarios de expresión pétrea. El resto del lugar estaba ocupado por toda una colección de objetos extraños; que yo supiera, nada semejante se había visto jamás en la larga historia de Malacia.

Sobre la plataforma se habían construido siete armazones o torres de madera. Allí unos gigantescos sacos de seda se bamboleaban y susurraban dentro de las jaulas, como si estuvieran vivos. Eran objetos inflamables, y sobre la plataforma había también dos hombres con una manguera y una bomba, que de cuando en cuando empapaban de agua las jaulas, salpicando a casi todos los que se encontraban cerca.

Debajo de esos siete enormes sacos había siete barriles, uno grande y seis más pequeños, que en su momento habían contenido vino. Los barriles estaban en posición vertical y de ellos se encargaba un equipo de hombres supervisados por Bengtsohn y su ayudante, Rhino. Los hombres vertían regularmente líquido en los barriles, por medio de unas espitas en las duelas. También traían, en unas angarillas rodantes, una sustancia arenosa con la que acabaron de llenar los barriles.

Más allá de toda esa actividad, en el otro extremo de la plataforma, había un palafrenero que tranquilizaba a un brioso semental negro, procedente de las caballerizas de Hoytola; el animal llevaba los colores de Hoytola, lo mismo que la bandera de Malacia, dispuestos sobre los cuartos traseros. Para la ocasión, lo habían herrado especialmente con herraduras de plata. Yo miré dudosamente al caballo, que apartó dudosamente los ojos.

Sobre el empedrado, debajo de la plataforma, había un largo carruaje negro cubierto con colgaduras negras y guardado por dos señores vestidos de negro y con máscaras negras sobre el rostro. Como si se dieran cuenta de que daban una nota sombría en ese día de regocijo, llevaban por encima de ellos una pértiga con una guirnalda de flores blancas.

Fue ese lúgubre cortejo, no menos que otras cosas, lo que me hizo sentir que yo estaba esperando mi ejecución. Cuando, un mensajero se acercó a la plataforma y pasó un palo, a través de la verja, con un mensaje en la punta, le eche mano como si fuera un indulto. Era una nota de mi venerado padre.

A pesar de mis cólicos nunca vienes a verme. O tal vez sean piedras en la vesícula. No como. Trabajo en mi investigación, de modo que la comida ha dejado de preocuparme. Es todo muy interesante. Jamás confíes en los médicos.

Fue grato recibir tu carta, aunque tu escritura no ha mejorado. Te aconsejo que no montes a caballo. De niño no tuviste éxito en esa línea, al igual que en ninguna otra. Entretanto, estoy aclarando los puntos oscuros de la dieta de Filipo de Macedonia, o Makedonia. No tengo florines que pueda dilapidar en camisas de lujo y otras fruslerías. Haz el favor de cuidarte. ¿Por qué no vienes a visitarme? Nunca salgo desde que se me murió el loro.

No esperes que apruebe tu ridícula bufonada. Lo único que conseguirás será caerte. Hoy estoy mejor, pero mañana estaré peor, de manera que te envío mis mejores deseos.

Afectuosamente,
tu padre

Bueno, pues, pensé mientras me guardaba el papel en el bolsillo de la camisa. Tengo que ir a ver al viejo cerdo. Suponiendo que no me caiga.

Para dominar ciertos temblores en las rodillas me fui a hablar con Bengtsohn, que

estaba trabajando con los barriles. Se había quitado la vieja chaqueta de piel, y una áspera camisa de cañamazo se le adhería a las costillas; sus esbirros, que se afanaban junto a él, iban desnudos hasta la cintura. Se lo veía ansioso y excitado cuando ordenó que vertieran más líquido en el mayor de los siete barriles.

—Conque practicando la destilación de ginebra en público, Otto. ¿O es esto un ejemplo de progreso?

Bengtsohn me respondió mirando a los lados, con aires de conspirador.

—No pronuncie en voz alta esa palabra. Lo es, sin duda, en esta ocasión excepcional nunca vista en la ciudad. El mismísimo gran Fatember tendría que estar aquí para pintar esta escena histórica. Tenemos una nueva arma de guerra, que cambiará las cosas, y todos los pobres están por el cambio.

Se enjugó el sudor de la frente y miró alrededor, buscando a quien gritarle, pero aparentemente todo marchaba de acuerdo con lo planeado.

—¿Por qué es usted tan contradictorio, Otto? Pretende cambiar las cosas, trabaja por el progreso, y sin embargo escribe un drama viejo y rancio que podría haber sido representado hace un millón de años.

Yo también hablaba ahora en voz baja.

Otra vez una de aquellas miradas inquisitivas.

—Intente aprender, intente entender cómo es realmente el mundo, que a usted le parece tan bueno... rebotante de crueles injusticias. Si es usted de mentalidad ordinaria y de buena posición social, estará a salvo, y contento, por lo menos mientras la juventud lo apoye. Pero si es pobre, si la mente de usted no es ordinaria... ¡si *prensa!*... entonces necesita cambiar las cosas, entonces el mundo, con todos sus poderosos, gira como una rueda contra usted.

—Para usted, los clarinalas vuelan en vano.

Hizo un gesto desdeñoso.

—Ahí están, todavía sobre esa plataforma, los que continúan explotándonos, aun los días de fiesta.

—Si eso lo hace tan desgraciado, entonces deje de criticar.

Otto se enjugó las manos en la camisa y me respondió en un tono casi lastimero.

—Cuando un hombre deja de ser ciego, ¿se ciega entonces deliberadamente? Tiene usted una mente demasiado cómoda... despierte. Perian, ¡vea la realidad! Sí, yo trabajo para el cambio y escribo la obra en un estilo anticuado, pero para que me la acepten. Tenía la intención de montar mi obra sobre Mendicula en el momento actual entre gente pobre como los Zlatorog, no entre príncipes. Usted sabe que a mí no me gustan los príncipes —me echó una sonrisa astuta—. Entonces, con el éxito de esta obra yo iba a hacer otro drama de los pobres, para descubrir más la verdad. Pero los que son patrones de las artes nada quieren saber del sufrimiento de morirse de hambre o de ver morir a hijos de uno, como se murieron los míos hace mucho tiempo. Toda esa charla acerca de religión y ciencia y arte... son los juguetes de los mandatarios. Jamás ayudan a la gente común.

—Yo lo veo de otra manera. No afecta a todos del mismo modo.

Mi comentario apaciguador volvió a exaltarlo.

—Sí, claro que sí. Seguro que sí. Una mentira en la vida afecta a todas las vidas. Nadamos en mentiras, desde los más ricos a los más pobres. Solo los ricos se benefician con las mentiras, son pródigos en ellas, así como el salmón es pródigo en huevos. Las mentiras afectan incluso la vida de usted, aunque no haya abierto todavía los ojos para ver cómo funciona.

—Usted sabe que vivo en una buhardilla, que tengo poco trabajo, que hace apenas una semana estaba tratando de agenciarme una camisa con que cubrirme los lomos. No tenga tantos prejuicios contra mí.

—No, usted quiere ser un perro faldero... ¡tengo ojos! No conocerá privaciones mientras no esté casado y se le mueran los hijos con los gusanos saliéndoles por el culo. Y en cuanto a esa camisa que menciona... déjeme que le diga algo que usted no alcanza a ver. Los Zlatorog y Leticia se gastan los dedos hasta el hueso para poder sobrevivir; no pueden permitirse el lujo de regalar camisas... es regalar parte de su sangre. ¿No lo vio usted?

—Vi lo pobres que eran. Pero Leticia es una mujerzuela tan mezquina. A mí no me quiere. Vaya, si intenté jugar un poco con ella y fue directamente a contárselo todo a Armida.

Me miró con tristeza.

—No es mezquina. Ni le disgusta usted. Pero es pobre, y de familia también pobre. No busque otra explicación. Es un alma generosa, mejor en todo sentido que la joven Armida, y aunque con el corazón muy perturbado, pues lo ama a usted. Pero las miserias familiares deforman todos los factores de su vida.

Solté una breve risa.

—¡Porque me ama, va a contarle a Armida lo que hice!

Otto se fue presurosamente hacia Rhino y le encargó una tarea que exigía izar otras angarillas desde el empedrado. En las angarillas había algo que yo tomé por ceniza. Cuando todo estuvo a salvo sobre la plataforma, Otto se volvió hacia mí.

—Son limaduras de hierro. Tenemos que andar con cuidado... el peligro de incendio está siempre presente, pero hemos sobrevivido bastante bien hasta ahora. ¿Dónde estábamos? Sí, hablábamos de la pequeña Leti. ¿No puede tratar de entenderla? Leticia lo ama a usted pero sabe que nunca podrá tenerlo; tal vez se lo dijo a Armida, a quien tiene envidia, naturalmente, para sembrar la discordia entre ustedes.

—No le estoy agradecido por eso. Cambiemos de tema.

—Le diré una cosa —volvió a acercarseme furtivamente, otra vez con aire de conspirador, asomando un ojo por debajo de un matorral de ceja—. No lo repita, porque lo sabré y los amigos que tengo en la ciudad se lo harían pagar.

»Vuelva a observar las obras de la pobreza, más fuerte que la moralidad. Usted conoce a Leticia. Ha conocido al tío Joze... un hombre excelente, aunque lisiado. Es

él, con sus energías contenidas, el que mantiene en marcha esa familia. Es valiente. La madre es como una cosa rota desde la muerte del marido. Pues bueno, Perian, a causa de la pobreza, esa pequeña familia, los cinco, duermen todos juntos en el suelo sobre algunos colchones, apretados unos contra otros. El tío, un hombre de inclinaciones normales, pero que no sale de ese desván, se acuesta junto a Leticia. ¿Qué diría usted que sucede?

—Ella no... la madre...

—La madre, por la paz, por la supervivencia general, *insiste* en que la chica se someta a los deseos de su hermano. Y no solamente Leticia... su hermana Rosa también, indiscriminadamente. Sí. Yo lo supe por Joze, el propio tío, una noche que lo invité con un trago. ¿Qué otra cosa cree usted que puede suceder en esas lamentables circunstancias forzadas por la explotación?

Yo podía sentir mi propia palidez, cómo me iba invadiendo.

—¡Es monstruoso, antinatural! —Sacudí la cabeza—. Y es ilegal.

—Lejos de ser antinatural, como usted dice, es lo más común cuando se vive en malas condiciones. La pobreza es más fuerte que la moralidad. Esa es otra razón por la que conviene que el mundo se someta al progreso. Hay que acabar con la miseria antes de que los mate a todos.

Sentí que la sangre me volvía a la cara hasta hacerme ruborizar.

—¡Ese viejo carcamal tullido! ¿Pretende usted que no lo culpe por lo que le está haciendo a Leticia? ¿Cómo cree que se siente *ella*?

Otto se había apartado, como para dar por terminada nuestra conversación, pero ahora se volvió.

—Lo único que digo es que la desigualdad de riqueza engendra desigualdad de sufrimientos, y el sufrimiento engendra pecado. Entre nosotros, los pobres, todos somos víctimas. Tendría usted que crecer y ver las cosas tal como son realmente.

—¡Sigue usted insultándome! Hasta los ricos saben que la miseria y el vicio van juntos, y se esfuerzan en remediar la situación. Pero los individuos siguen siendo individuos, y son responsables de lo que hacen, por más desdichados que se sientan.

—El individuo no es importante en la pugna —insistió Otto. Esta vez se dio vuelta y me dejó mirándole la vieja espalda encorvada mientras él daba indicaciones a Rhino.

No era solo la pobreza lo que traía sufrimiento; la riqueza traía a Armida muchas infelicidades. El sufrimiento era una condición que había que combatir con energía, cada vez que se presentaba.

Luego de esta arrogante escena recuperé la paz. Los gremios habían desfilado por la ciudad y estaban ahora alineados a lo largo del Bucintoro, agregando al colorido entorno el brillo de los estandartes y de las ropas. En los palacios de los mercaderes iban apareciendo diversos personajes que se asomaban a balcones; muchas de las mujeres lucían sus vestidos más vistosos. Apoyaban las manilas sobre las balaustradas de piedra, sostenían ramilletes de flores para defenderse del aroma de la

multitud, y miraban hacia abajo... y en algún momento, los ojos de ellas se posaban en mí.

Mis temores se desvanecieron. Tenía un papel, el más dramático de mi carrera, y lo representaría hasta sus últimas consecuencias. En cuanto a Bengtsohn, por cierto que era lamentable ser pobre, pero a mí el mundo no me parecía tan malo. Cualquiera que realmente tuviera corazón, ¿cómo podría recorrer con la mirada el Bucintoro sin sentir que el corazón se le aceleraba de deleite?

En cuanto a Leticia, con pobreza o sin pobreza, me parecía una puerca. Yo le demostraría que era digno de la bella Armida, tan buena y tan hermosa; nuestro reciente disgusto era exclusivamente culpa de Leticia, y ya lo remediaría yo la próxima vez que tuviera a Armida al alcance de la mano. Ante esa idea, el pecho se me hinchó exactamente como las siete bolsas de seda que se expandían por encima de mi cabeza.

Hoytola y el joven duque de Renardo se acercaron. Este último me saludó con una formal inclinación de la cabeza y yo me incliné. Era más alto que yo y mostraba la arrogancia propia de su clase. Me habló cortésmente.

—Parece usted confiado, De Chirolo. Felicidades. Ha despertado usted verdadera envidia entre mi compañía; son muchos los que aspiran al honor de que usted disfruta, pero yo les digo que el asunto no está en mis manos.

Con un gesto, señaló a Hoytola.

—Uno está un poco viejo para elevarse y volar solo —dijo este, a la defensiva. Después me preguntó si Bengtsohn me había explicado de qué modo funcionaba todo.

—El principio es nuevo en esta escala —dijo, mientras daba golpecitos al barril más grande con un bastón de contera de oro—. En estos barriles tenemos una mezcla de limaduras de hierro y agua, que se puede remover haciendo girar este manubrio. Entonces Bengtsohn y sus hombres vierten dentro el ácido sulfúrico mediante los embudos. La mezcla química resultante provoca la expulsión de aire hidrogenado, que es más liviano que el aire común. El aire hidrogenado se extiende hacia arriba a través de esta manguera de goma y llena el globo, desplazando el aire común y más pesado, así como lo malo expulsa a lo bueno.

Se dio unos golpecitos en la barbilla con el puño del bastón, mientras todos mirábamos hacia arriba el saco grande, que ahora estaba bien expandido y se apretaba contra la armazón de madera que lo mantenía encerrado.

—La bolsa está hecha de seda, y por fuera y por dentro se le ha aplicado una solución de goma para que el aire no escape —dijo Hoytola—. El aparejo que cuelga debajo le permitirá tener cierto dominio sobre el globo cuando este flote libremente. Quedará en libertad cuando uno tire de esta cuerda, que corre los pasadores del marco y hace que se desprenda toda una sección. Así es en este globo mayor y lo mismo en los seis más pequeños.

—Muy ingenioso —dije. En ese momento traían el semental desde el extremo

opuesto de la plataforma para instalarlo en el aparejo debajo del globo mayor, en tanto que por el otro lado se aproximaba un sacerdote, con ese aire que solo los sacerdotes pueden conseguir... ensayado, no me cabe duda, a partir de sus observaciones de los muertos.

Hoytola se arriesgó a darme una única palmada en el hombro.

—Todo es absolutamente seguro, muchacho —me dijo—. Los globos han estado hinchándose lentamente durante cuatro días. Por si algo anduviera mal, el sacerdote te administrará ahora los últimos ritos. Se te desea bien.

Después de los últimos ritos, un coro rompió a cantar y la multitud enmudeció. El caballo negro de herraduras de plata fue ensillado y luego lo hicieron trepar a una pequeña plataforma antes de que yo me subiera a la silla. Vino Bengtsohn, me dio una palmada en el bajo de la espalda y luego tiró de la cuerda que Hoytola había mencionado. Los pasadores retrocedieron con un chasquido y todo el mundo miró en silencio. La sección superior de la jaula de madera se abrió. El globo empezó a elevarse. Rhino y un ayudante destaparon presurosamente el barril y retrocedieron. Rhino hizo la venia. Las riendas y el correa que me rodeaban se estiraron con un crujido. La cara monstruosa de Rhino se alejaba. ¡Yo estaba en el aire!

Mi caballo se movió, inquieto, pero lo habían asegurado con tanta firmeza que no podía respingar ni encabritarse; en realidad, yo estaba más seguro sobre la silla en el aire que montado en tierra firme.

Miré a mi alrededor, extasiado. Mis ojos se encontraron con los de una rubia encantadora en uno de los balcones. Me arrojó un ramillete de flores rosadas, que erró por un buen margen; para estas cosas, las mujeres raras veces son exactas. Levanté mi sombrero como respuesta, y un viva se elevó de entre la multitud. Volví a mirar hacia abajo, en busca de un atisbo de mis amigos y de mi hermana. Me sentí mareado, y miré hacia arriba.

El globo hidrogenado de Hoytola estaba hinchado como la panza de un borracho. El azul y el negro, los colores de Malacia, se alternaban en los paneles de seda. Unas recias alas de papel *mâché*, se abrían a los lados de una feroz cabeza de clarinala del mismo material, con el pico abierto y relucientes dientes plateados. La medida de la impresión que causaba el artefacto me la dio el gran «¡Oooh!» que se elevó de las gargantas de la muchedumbre mientras nos alejábamos flotando entre los edificios.

El globo se elevaba sin cesar. La brisa que soplaba venía del este. Me acomodé mejor en mi asiento y tuve tiempo para contemplar el resplandor del sol a lo largo del Toi y los barcos allí refugiados, con las cubiertas sembradas de rostros vueltos hacia arriba. Al otro lado de la ribera comenzaban los viñedos, que en interminables hileras se iban desvaneciendo en la distancia. Todo el Bucintoro se extendía a mis pies.

Alcanzamos el nivel de las torres más altas. De ellas se desprendieron graciosas figuras que se acercaron a mí, meciéndose con fuertes pulsaciones de alas. Las saludé con el sombrero, y ellas también me saludaron.

Esos guardianes de Malacia, las gentes aladas, estuvieron pronto revoloteando a

mi alrededor, seis en total, tres hombres y tres mujeres, vestidos simplemente con una especie de taparrabos. Respecto de la ropa no hacían distinción de sexos, de manera que las mujeres iban con el pecho desnudo. Las observé un rato. Estaban bellamente formadas y eran jóvenes. (Estas gentes pierden el don de volar una vez pasada la juventud, y luego tienen que andar sobre la tierra como el resto de nosotros). Sonreían y saludaban, jugueteando en el aire con la naturalidad de unas nutrias en un estanque.

El alborozo del hidrógeno ya me estaba invadiendo. ¡Qué suerte, qué buena suerte la mía! ¡Cómo ansiaba que Armida estuviera conmigo, para que mi felicidad se adornara con gallardetes!

Mientras mis bonitas amigas revoloteaban alrededor, abanicándome con las alas poderosas, atravesé flotando la ciudad, en dirección oeste.

Allí, a mi derecha, estaba el barrio de la Estrella, oscurecido por el humo de las chimeneas, con el Satsuma y el río más allá. Por debajo se veía San Marco. El globo pasó flotando entre las torres gemelas, sobre las que había más gentes aladas, que saludaban, se reían y se elevaban como dardos en el aire. A mi izquierda estaba la prisión, y detrás la universidad con la Colina del Fundador, coronada por el ruinoso palacio de los Obispos Electos. En todas partes, pináculos, torrecillas y centenares de estatuas que brotaban de los balcones, frontones y techos.

Aún seguíamos subiendo y los seres alados tironeaban con impaciencia de las cuerdas de la red que envolvía el globo. Hacia delante, más allá de una salpicadura de barrios bajos, yo alcanzaba a ver los palacios y castillos que señalaban la antigua línea de defensa de Malacia; el Chabrizzi, el antiguo Mantegan, el Dio y el magnífico Renardo. Más lejos estaban las primeras estribaciones de los Prilipit, donde se ocultaban las líneas de nuestro enemigo turco. Y hacia el enemigo se desplazaba el globo, con la ayuda de mi escolta alada.

Si deseaba estar con Armida, no podía dejar de desear que Bengtsohn estuviera también conmigo, para que viera por sí mismo lo maravilloso que era nuestro pequeño mundo. Todo me parecía delicioso desde aquel punto de vista elevadísimo, hasta los barrios bajos, hasta la curtiduría y el matadero que delimitaban la curva del río. Montado en mi caballo de cascos de plata, veía a nuestra ciudad-Estado como una totalidad, con el mecanismo a la vista como un reloj abierto. Veía cómo cada parte dependía de cada una de las otras, registrando los milenios como si fueran minutos, de manera perfectamente organizada.

Al darme vuelta sobre la montura para echarle una última mirada, me sentí de buen humor. Di un viva a la ciudad, y las hermosas criaturas que me acompañaban se unieron a mis gritos.

Uno de los hombres alados me advirtió que mirase hacia delante. Al elevarnos por encima de los palacios y fortificaciones que circundaban Malacia, alcanzamos a distinguir las tiendas extranjeras. El campamento de Stefan Tvrtko no tardó en aparecer ante mí.

Las fuerzas enemigas estaban alineadas sobre las márgenes de un río que los calores del verano habían reducido a un hilillo de agua.

En las líneas orientales de Tvrtko estaba el cañón con que proseguían el caprichoso bombardeo de Malacia. Detrás del cañón se extendía algo que más parecía una ciudad pequeña que una base militar.

Las tiendas habían sido dispuestas en calles y cuadrados. Las más importantes estaban en el medio, y la más magnífica pertenecía al propio Tvrtko; el amor turco por la simetría lo había llevado a ponerla en el centro mismo del campamento. Alrededor habían plantado árboles, ahora moribundos por falta de agua. Posadas en las ramas había aves de rapiña, que levantaron vuelo cuando nos acercábamos.

Detrás del campamento había un villorrio de chozas y pieles, donde se alojaba la chusma que siempre acompaña a los ejércitos: árabes, circasianos y otros nómadas atraídos por el botín, serbios, griegos, armenios y judíos, todos empeñados en sacar algún partido de la guerra. Se podía ver también gran cantidad de caballos y camellos, cuyas líneas de piquete se rezagaban a lo largo del río.

De las tiendas salían más figuras pequeñas que se protegían los ojos de la luz para observarnos. Yo miraba hacia abajo, hacia la tienda del rey. No había signos de él, aunque un grupo de tres figuras ricamente vestidas safio a mirar hacia arriba, como los demás. Nos acercamos lo suficiente como para ver que dos de los miembros del trío tenían grandes barbas y bigotes negros.

Sentir odio por ellos me resultaba imposible, aunque me esforzase. En miniatura, me encantaban.

Una de las mujeres aladas me llamó la atención sobre una parcela de terreno al otro lado del río. Allí habían instalado varios postes de madera coronados por turbantes, además de unas lápidas más comunes. El cementerio del campamento tenía ya habitantes permanentes. Los visitantes del cementerio nos miraron, sorprendidos, y buscaron refugio bajo los árboles.

Desde el campamento nos hicieron algunos disparos, pero era bien evidente que el abotagado clarinala que veían allá arriba, llevando debajo un hombre vivo a caballo, les encogía el corazón. Eso recordaba a las fuerzas de Tvrtko qué antiguas eran las fuerzas a que se oponían; aquellas mentes supersticiosas captarían lo ominoso del signo.

Pasamos flotando por encima de las tiendas y tuvimos la satisfacción de ver que numerosos enemigos caían de rodillas o corrían a buscar refugio.

Cuando dimos la vuelta al campamento, mis compañeros tiraron del globo hacia la dirección más segura, de modo que empezara a volver a la ciudad. Las cosas estaban dispuestas para hacerme descender en el Bucintoro, sobre la misma plataforma de donde había salido.

Y entonces vimos la segunda parte del plan malacio; la parte, creo yo, que había nacido en la cabeza sombría e insana de aquel terrible consejero de la levita negra con grandes bolsillos y que se había apareado durante la noche en la galería de

exposiciones. Los seis globos más pequeños venían en nuestra dirección, hacia las líneas turcas, y de cada uno de ellos iba suspendido un hombre.

Esos hombres suspendidos estaban desnudos. Eran de un color extraño. Tenían la cara deformada y las cabezas les caían sobre el pecho en posiciones antinaturales. Ahí estaba la explicación del largo carro negro que había estado junto a la plataforma, guardado por dos señores enmascarados, vestidos de negro. Ese carro había traído seis cuerpos del depósito de cadáveres.

La peste se extiende con rapidez al sol del verano; como un reptil, necesita calor para tener más energía. Y se difunde con mayor eficacia en las condiciones poco higiénicas de un ejército sitiador. Las huestes de Tvrtko habían disfrutado ya de esa grata visita, pero en Malacia, a alguien se le había ocurrido una manera de que la disfrutaran mejor. Esos cadáveres aterrizarían entre las tiendas negras y repartirían imparcialmente su propia corrupción.

Mi globo pasó lentamente entre los muertos que se soltaban de los aparejos. Con las cabezas desgredadas y los ojos inmóviles, los cadáveres fueron a hacer una última visita al enemigo, y si era posible a acompañarlo al oscuro país interior donde moraban los fantasmas. Mientras regresábamos hacia las cúpulas de bronce de San Marco, supe que el jubiloso griterío de los muelles ahogaría los alaridos distantes que llegaban de las colinas.

No sé cómo sucedió exactamente, pero de alguna manera fue el nombre de Andrus Hoytola el que se pronunció en los brindis, saludándolo como héroe, con ocasión de la Fiesta del Clarinala. También fue él quien pronunció el discurso desde la plataforma, mientras a mí me sacaban a empujones, junto con el caballo.

Sin embargo, él no tenía idea de hasta qué punto yo me había convertido en héroe para el corazón de Armida. Hasta Bedalar me miraba, alentándome. Esa noche, mientras de la fuente de la Estrella manaba el vino del Obispo, Armida y yo nos escapamos un rato. Los dos, junto con De Lambant, Caylus y otros amigos, brindamos comprometiéndonos con la juventud y el amor y la amistad, dando vivas a Malacia y muera a todos los que interfiriesen en el orden feliz y natural de las cosas.

LIBRO DOS

Un festín inmerecido

De Lambant y yo íbamos tambaleantes y bastante borrachos por las oscuras calles de Malaria; cada uno llevaba su guitarra e intentaba ocasionalmente una balada. La noche se extinguía en los bordes del rielo. El segundo día de la Fiesta del Clarinala estaba terminando; el pájaro iba camino del tercero, y no quedaba nada más que la aurora.

Cuando Armida y Bedalar desaparecieron confinadas en los respectivos círculos familiares, De Lambant, Portinari y yo seguimos fanfarroneando con los amigos de la ciudad hasta que se nos acabó el dinero. El zahnoscopio de Otto había quedado guardado durante las festividades, pero Pozzi Kemperer, por mediación de uno de sus más feos servidores, nos había dado su palabra, y un adelanto, de que habría trabajo para nosotros tan pronto como se acercara el otoño. Nuestro crédito se había restablecido. Otra vez éramos bienvenidos en Truna.

En algún momento durante el transcurso de la velada, que se había eternizado, fuimos a dar serenatas a Armida y Bedalar, bajo las ventanas de cada una. En la mansión de los Hoytola nos habían arrojado agua sucia, y en la de los Nortolini nos echaron los perros. Volvimos, pues, a recorrer las callejuelas de la Estrella. Se nos había perdido el majestuoso Portinari. Se nos habían acabado el dinero y las travesuras, y no nos apetecía ir a dormir. Quisimos cantar, y también la voz se nos había acabado.

Estábamos atravesando un puente para peatones sobre el Agua de Rosas, una zanja hedionda pese a la fragancia del nombre, cuando Guy dejó escapar una exclamación y miró por encima del parapeto hacia el agua remolineante.

—De Chirolo, ¿te apetece nadar? Hay un cuerpo ahí abajo, ¡date prisa!

Miré el agua y no vi nada.

—Tu reflejo.

—¡Por todos los huesos! Sin duda ha vuelto a sumergirse. Se metió debajo del parapeto. Un hombre sin cabeza.

—Tu reflejo.

—Lo vi. Era un hombre sin cabeza.

—O es un augurio, o estás bebido. Nada hay ahí.

Guy tenía un aspecto espantoso. Una débil lámpara iluminaba el puente. Mientras estábamos mirándonos, asegurándonos de que teníamos las cabezas en su sitio, cantó el gallo.

Las arcadas de unos antiguos almacenes se encontraban allí en ruinosas esquinas, apoyándose unas en otras. Olvidadas aberraciones arquitectónicas descansaban juntando unos antiguos pómulos. En una destartada tienda de alfarería, los contornos de los cántaros de barro miraban hacia el mundo como rostros inexpresivos, mientras furtivas vidas animales ensuciaban los portales muertos con desperdicios y huesos. Era un lugar adecuado para encontrar cadáveres.

Al mirar alrededor vi por encima del hombro, no un cadáver, sino la figura de una hermosa mujer. Di un codazo a De Lambant. La mujer estaba erguida y en actitud imponente; clara de mirada, amplia de pecho, el pelo dorado recogido en dos trenzas que le colgaban sobre los pezones. Llevaba una túnica blanca y suelta, sostenida en un hombro, que le dejaba un pecho desnudo y le cubría el resto del cuerpo hasta los pies. Tenía un yelmo en la cabeza y mostraba un escudo bruñido.

—¡De Lambant!

Mi propio susurro me irritó la garganta.

La asombrosa criatura parecía rielar. Cuando di un paso hacia ella, se deshizo como un reflejo en el agua y desapareció. Donde ella había estado había ahora un anciano, un viejo odre rígido y esquelético, sin un mechón de pelo en la cabeza. Llevaba un báculo y miraba con ojos llameantes más allá de nosotros.

—Demonios —dije—. Podría haber jurado que...

—No jures —advirtió la venerable figura—. El que jura termina por valer menos que antes de jurar. Solo estarás aquí un minuto.

—Ni siquiera tanto nos quedaremos. Nos vamos ahora —dijo De Lambant, pero el viejo volvió a hablar, inmóvil en la profunda penumbra de la arcada.

—Vengo del Norte lejano y voy hacia el Sur profundo. Paso frente a las nebulosas ventanas de vuestras vidas como una grulla en vuelo, en busca de las marismas del Sahara, y mañana habré abandonado vuestra ciudad.

—No tenemos dinero, lo lamento —dije, sintiéndome más audaz ahora, porque decir las trivialidades que él decía era hábito común entre los ciudadanos de Malacia—. Teníamos la esperanza de que nos invitara usted a beber. O de que nos presentara a su encantadora hija.

—Has sido testigo de una ilusión, joven amigo. Y tampoco era mi hija la que se te apareció, sino Minerva, madre de todos nosotros. Tiene un significado especial para ti.

—¿Qué significado especial?

—Es la sabiduría. Tú has de recibir la grada de la sabiduría...

—Vamos, De Lambant —dije, pues Guy parecía estar convirtiéndose en un oyente absorto y solitario—. Últimamente ya me han dado bastantes consejos y ahora quisiera decidir yo mismo mi propia vida, sin que me importe a dónde vayan las grullas.

Por más que lo tomé del brazo y procuré moverlo, Guy se resistió y se acercó al anciano.

—¿Qué puede usted decirme sobre mi vida, señor? ¿Cree usted que podré conseguir un buen papel en el próximo drama?

El anciano, siempre inflexible, dijo:

—Para los dos habrá papeles y odio si no prestáis oídos a mis palabras y no atendéis a Minerva.

—Guy, ¡remedarás al viejo si te quedas aquí! Vamos a despertar a Caylus y tratar

de exprimirle una copa. Este anciano piojoso te convertiría la vida en andrajos, si le das la ocasión.

Me lo llevé casi a rastras. El viejo esquelético no se movió, y ni siquiera desvió la mirada mientras nos íbamos.

—El buen viejo tenía una terrible advertencia para nosotros —protestó Guy.

—Los viejos siempre tienen advertencias terribles para todos, lo mismo que Noble Zaraza. No los escuches; la especialidad de los viejos es hablar. No escuchar es la mía.

La serpiente en el báculo

solo me da risa.

Y los monos que chillan

extraños y cercanos,

solamente

me dan risa.

—¿Cómo te las arreglas para estar tan virulentamente alegre a esta hora de la mañana? Yo me siento medio muerto...

Íbamos juntos haciendo esos. Me detuve tan de repente que casi nos caímos, también juntos. Extendido sobre una balaustrada, con un brazo colgando hasta la acera, estaba la figura de un hombre. Parecía sólido, pero con la flojedad de la muerte.

—¡Una segunda manifestación!

Esta vez sí creía, y estaba preparando una actitud de reverencia, cuando advertí que no era otro que Gustavus Portinari, que se movió al oír que nos acercábamos. Se sentó y nos miró, bostezó y echó mano de la guitarra que tenía junto a él.

—La aurora os da una palidez extraterrena, amigos. Tened cuidado de que no os tomen por espectros. Estaba descansando, camino de casa. ¿Adónde ibais? Otra vez persiguiéndome.

Seguimos andando con él, silbando. El padre de Portinari tenía una lechería, con una habitación en la que se podían comer platos sencillos, en el extremo oeste de La Estrella, donde las sombras vespertinas de la Vieja Puerta del Oeste atravesaban la calle. Detrás del establecimiento había un corral pequeño, con vacas y cabras, y una senda que bajaba serpenteante hasta el río.

Cuando llegamos a la lechería los padres de Portinari ya estaban levantados. Fiesta o no fiesta, tenían animales para ordeñar. Con muchos refunfuños, el viejo puso delante de cada uno de nosotros un plato de carnes frías y un jarro de leche, en tanto que Portinari, cuando su padre le daba la espalda, se las arreglaba para escamotear un poco de alcohol. La madre y la hermana encendieron el fuego y en un abrir y cerrar de ojos estábamos completamente despiertos y cantando, para gran fastidio de todos los demás. Era bueno tomar un desayuno adecuado; y no cantar una

o dos canciones habría sido una lástima. Nos limitamos a canciones corteses, teniendo en cuenta la hora. Después nos pusimos a hablar de la aparición de Minerva.

—Todas esas tonterías que aprendimos en la escuela sirven de tan poco como los libros herméticos —dije, y Portinari se mostró de acuerdo conmigo. De Lambant pensaba al contrario que algo había en las antiguas verdades.

—No, mi piadoso amigo, las antiguas verdades, como tú las llamas, tienen que estar muertas, como lo están las civilizaciones que las sostenían. El mundo helénico se hundió bajo el horizonte hace diez milenios, si no has olvidado la historia.

—¿Y qué? Minerva estaba ya antes, y seguirá estando después. Algunas cosas son permanentes, ¿sabes? Como tus granos.

Al oír lo que decíamos mientras entraba tambaleándose con un cubo de agua, el padre de Portinari se unió al debate.

—Sí, los dioses y las cualidades que ellos administran viven hace tanto tiempo como edades hay en la tierra, joven De Chirolo. Permítame que le diga que los Portinari no vinieron de esos lugares. Vinimos de Tulusia, en el reino franco, que está a más de diez días de viaje a caballo, al norte de aquí, al otro lado de las planicies de Habsburgia. Mis abuelos hicieron el viaje en un carro y les llevó casi dos meses. Lo recuerdo bien, aunque entonces yo era apenas un chiquillo de cuatro años. Cuatro o cinco. Y...

—Oh, vamos a casa a dormir —dije a De Lambant—. Con algo en el estómago, tendré buenos sueños.

—Podremos soñar con Minerva sin vestido alguno, si tenemos suerte —dijo mi amigo, levantándose conmigo. Dimos la mano a Portinari y le prometimos que volveríamos a verlo en pocas horas. Nos miró con su sonrisa ancha y amistosa.

—Despedíos de mi padre —dijo. Guy fingió que le daba un puñetazo en el estómago. Portinari se dobló en dos.

Cuando llegábamos a la puerta, el viejo dijo:

—Ya recuerdo lo que iba a deciros. El que mencionarais a Minerva me lo recordó. Tal como os digo, nosotros los Portinari vinimos desde muy lejos, virtualmente desde otra cultura, se podría decir; y de una zona rural, además, no de una ciudad. Y jamás habíamos oído hablar de las deidades griegas. De todos modos, conocíamos las cosas que ellas representan. Teníamos nuestras propias versiones de Minervas y sátiros, lo intelectual y espiritual y lo exuberante y...

—Estoy seguro de que debe de haber sido así, señor. Ahora nos vamos a ejercitar nuestro aspecto exuberante en una cama que está llamándonos, y mucho le agradecemos la amable comida.

Y con una inclinación. De Lambant y yo nos retiramos.

Fuera el día estaba hermoso, con el aire rosado de la aurora. Una única capa de bruma, que se filtraba desde el Toi, flotaba casi a la altura de los ojos. Algunas luces borrosas ardían en las casas a lo largo del camino, menos brillantes que el naranja

llameante del cielo. Con un rumor de alas, las grullas pasaban volando a la altura de las chimeneas.

Pensé en Tvrtko, que estaría moviéndose en su asquerosa tienda, preguntándome si me recordaría supersticiosamente en el cielo. En el mercado, la gente decía que la peste estaba diezmando las filas de los otomanos.

—¡Qué mañana! Es bueno estar vivo. No nos vayamos a dormir ahora. Perian. Dejémoslo para luego. Además habrá problemas si llego a casa a esta hora.

—Vayamos al puerto a ver descargar la pesca... No veo eso desde hace años. Quizá con la red hayan cobrado algunas ballezuelas.

En fila, echamos a andar por el medio de la calle, marcando el paso. Nadie habría pensado que hubiera un turco en un radio de mil millas.

—Y ahora te diré qué haremos. Está próximo el día de la boda de Smarana. Iremos a buscar un regalo adecuado para ella. Mi padre ha prometido que lo pagará. No sin quejarse, pero lo ha prometido.

—Está hecho de dinero.

—En mayor proporción, de vino.

—¿Qué quieres regalar a tu hermana?

—Después de los deleites de la feria de pescado, iremos a ver al viejo Bledlore.

El desván donde vivían Leticia Zlatorog y su familia ya era bastante malo. El estudio del maestro Bledlore, absolutamente extraño y más sucio, parecía un escondrijo más apropiado para un ermitaño que para un solicitado artífice, ya que solo era un hueco bajo el tejado de un viejo almacén oriental. El almacén, que había albergado las mercancías del Obispo, había sido reducido ahora a depósito de maderas olorosas. La mayor parte de esa madera, tal como pude ver mientras subíamos las desvencijadas escaleras, estaba guardada desde hacía mucho tiempo, y a tal punto había atraído todas las carcomas del vecindario que hasta la última pulgada del edificio estaba tan repleta de larvas como de madera. Tanta era la actividad generada por las larvas que había polvo suspendido en todas partes, y la luz del sol que entraba por los cristales se transformaba en columnas doradas.

Jadeantes, llegamos a lo alto de las escaleras y nos encontramos en un estrecho descanso que terminaba en una puerta estrecha. La pintura de color naranja estaba descascarada y caía como hojas a nuestros pies. La única palabra toscamente escrita sobre una tarjeta asegurada con un alfiler a la puerta era bledlore; hacía tanto tiempo que la tarjeta estaba allí, que las larvas la habían perforado yendo y viniendo por la madera que había abajo.

Cuando De Lambant lo golpeó, del panel salió un ruido como si fuera a desmoronarse.

—Ojalá hubiera traído a Bedalar —dúo.

—Ojalá.

—Tiene buen gusto.

—Estoy seguro de que tiene un gusto delicioso.

—Oye, descarado garratiro, ¡aparta tus pensamientos lascivos de Bedalar! Ella podría ejercitar su gusto eligiendo algo para Smarana... si es que el viejo tiene *algo* para elegir. Se supone que es el mejor tallador de cristal de Malacia. Apostaría a que cobra una fortuna. Tendríamos que haber traído a Armida y a Bedalar.

—Yo no expondría a Armida a tu influencia corruptora. Golpea otra vez. Es probable que el viejo tonto esté todavía en cama.

—O muerto. Veremos a las chicas en la feria esta mañana, si consiguen escapar. Entonces Armida tendrá que soportar mi influencia corruptora.

—Quizá esté dentro con una mujer. Espero que el efecto tóxico de tu personalidad no sea tan potente al aire libre. De todas maneras, Armida no piensa en otra cosa que en mí. Vuelve a golpear, si la puerta resiste.

—Me intriga saber exactamente hasta dónde llegáis. Me encantaría saberlo. Por su aspecto, Armida debe de ser una verdadera estufilla cuando se pone en marcha.

Le di un ligero puntapié. Guy se rio e hizo que el panel apolillado emitiera más ruidos de desmoronamiento.

La puerta se abrió por fin y apareció el maestro Giovanni Bledlore, con un chaleco y unos pantalones lamentables, y un chal prendido con alfileres sobre los hombros. Tenía el rostro gris, sin afeitar, y la mirada brillante y orgullosa.

Arrastrando los pies avanzó por el rellano, con su figura torturada por la malaria, cerró la puerta detrás de él y carraspeó.

—Vosotros los jóvenes sois un fastidio para un honrado artesano. Removéis el polvo, y el polvo me arruina los colores. ¿Qué queréis, por qué habéis venido? Ahora tendré que esperar sentado un cuarto de hora hasta que el polvo se asiente y pueda volver a sacar las paletas. En ese tiempo se me agarrotarán los huesos.

—Entonces tendría que tener la casa limpia, maestro Giovanni —dije—. Abra algunas ventanas... ¡mire cómo tratan de escapar los moscardones azules!

De Lambant lo calmo al anunciarle que tenía un encargo para él.

—Necesito que me haga usted una docena de copas con escenas locales pintadas, como las que diseñó hace un año para Thiepol de Saville. Una escena diferente en cada una, todas alegres, para una boda.

El viejo levantó las manos al cielo y sacudió la barba en la cara de De Lambant.

—No me hables de tus necesidades. Cada uno de aquellos diseños me envejeció una vida entera. Y con los aires que se da, Thiepol tampoco me ha pagado aún, al diablo con él. Tengo la vista demasiado mala para ese tipo de trabajo. La mano me tiembla demasiado. La espalda me duele demasiado. Además, mi mujer está enferma y tengo que atenderla, pobre vieja. Mi capataz se ha ido a trabajar a Ragusa. No, no, no podría ni intentarlo... Además, ¿para cuándo las querías?

Hubo que engatusarlo un poco. Antes de que De Lambant firmara el compromiso y le hubiera dejado una prenda como pago simbólico, el viejo artesano tuvo que enseñarnos los tesoros del taller. Levantamos los vasos a contraluz para admirar las

hermosas miniaturas que hacía ese resto de hombre, con figuras diminutas talladas en el cristal, resplandecientes de color, inspiradas por el arte.

En una ocasión apareció la mujer de Bledlore, cerrándose en la garganta una bata manchada. Hacía un extraño contraste con los seres sublimes, los dioses eternamente jóvenes que Bledlore conjuraba en traslúcido material.

—Ah, ¡qué ejecución! —comentó después De Lambant. Habíamos salido del almacén e íbamos andando por el puente de los Obispos hacia los prados de las afueras donde los gitanos y el mundo del espectáculo celebraban su propio festival—. ¿Viste ese último jarrón azul con la viñeta? Nada de dioses, nada más que dos niños jugando junto a un viejo cobertizo, con un gaitero tocando un instrumento en el fondo. ¿Qué podría ser más hermoso dentro de su pequeñez? ¿Por qué nadie se lo habrá comprado?

—Era hermoso. ¿Y no es la perfección mayor por ser tan pequeña?

—¿Por qué no? La pequeñez es mayor por ser perfecta.

—Otto Bengtsohn aprobaría esa precisa escena de la vida común más que todos los dioses y diosas... Bledlore me confirmó los rumores que yo había oído, que todo lo toma de la vida. El palo de escoba está copiado de un palo de escoba verdadero, la gaita pertenece a un viejo músico que vive junto al mercado de las pulgas, y sin duda los dos rapaces andan en este mismo momento corriendo con sus harapos por las puertas de la ciudad.

Nos detuvimos junto a un bosquecillo de fresnos, donde trabajaba un viejo corpocasco sacando agua del río. Le habían serruchado las placas óseas que tienen a lo largo de la columna. Iba montado por un oriental que le daba indicaciones en voz baja. Seguimos andando.

—¡En qué edad decadente vivimos! Giovanni Bledlore es el último de los grandes maestros, y escasamente reconocido, a no ser por unos pocos expertos.

—¡Como nosotros, De Lambant!

—¡Como nosotros, De Chirolo! Y ese singular entendido de Saville, que no paga. La gente aprecia el mérito solo en una escala grandiosa. Si escribes una historia del universo te la aclamarán por burda que sea, aun plagada de errores, de hecho, gramaticales; pero si pintas un paisaje perfecto y diminuto en un dedal, nadie te aplaudirá.

—De la misma manera que aún no se deciden a aplaudir nuestro pequeño talento. Ambos nos reímos mientras nos aplaudíamos mutuamente.

Un gorjeo placentero llenaba el aire. Un flautista avanzaba hacia nosotros; traía consigo una bandeja de flautas al mismo tiempo que tocaba una de ellas. Nos acercamos a él y me apoderé de un instrumento para interpretar un rápido eco a la encantadora melodía del flautista, «Cuando el aire quieto haya despertado».

—Las flautas no serían mejores si se las pudiera oír a media docena de valles de distancia; ¿no estarás sugiriendo que el repertorio de Bledlore tendría que incluir unos frescos monstruosos para hacerse conocer? —pregunté.

—Estoy condenando el gusto general, no el de Bledlore. Él ha encontrado la perfección porque ha empezado por encontrar una escala correcta. ¡Veinte cequíes por copa! ¡Tendría que pedir diez más! Y eso que mi padre refunfuñará por los veinte, aunque sea para Smarana.

Nos detuvimos junto al teatrillo de marionetas a mirar los títeres y el infantil auditorio.

—La verdadera recompensa de un artista está en su capacidad, no en los aplausos que esta le vale.

Dejamos de hacernos los filósofos para ver la obra y la naturalidad de los pequeños espectadores. El Ladrón apareció con los ojos cubiertos por un antifaz rojo e intentó violar la gran caja fuerte del Banquero. El Banquero, gordo y astuto, lo sorprendió con las manos en la masa. El Ladrón le asestó un golpe con un saco. El Banquero, con afabilidad fingida, se interesó por ver cuánto dinero podía meter el Ladrón en el saco. El Ladrón, pese a los gritos de advertencia de los niños, se metió cortésmente en la caja fuerte. El Banquero la cerró de un golpe, riéndose, y fue en busca de un guardia. En cambio, se encontró con un Dientes-de-Diablo. Los niños estallaron en bulliciosa alegría, abierta y sincera, cuando el Dientes-de-Diablo cerró su muy poblada dentadura sobre la nariz del Banquero. Apareció el Mago y atrapó al Dientes-de-Diablo con un lazo de oro. Durante la riña, la Esposa del Banquero, vestida para matar, vino a sacar dinero de la caja fuerte. El Ladrón, liberado, le dio una zurra. Y así todo; entretenimiento continuo.

Junto a nosotros, dos muchachas de aire indiferente y vestidos que vacilaban entre la inocencia y la indecencia intercambiaban comentarios. Ella a ella:

—¡Qué desastre, esa tonta payasada! No entiendo que el año pasado nos diera risa.

Ella a ella:

—Tal vez sea una tonta payasada, Armida, pero como teatro, ¡brillante!

De Lambant y yo nos habíamos recostado contra las piedras caídas de una arcada para ver el espectáculo. En ese momento él me dijo en voz alta:

—¡Oye la advertencia de ese dulce dialogo femenino, De Chirolo! El placer de la juventud cede el paso a la cavilosa crítica de la vejez.

Al oír esto las chicas dejaron de fingir que no nos habían visto y nosotros que no las habíamos reconocido. Nos dimos prisa en tomar las manos de Armida y de Bedalar, y ellas corrieron a tomar las nuestras y contarnos cómo habían despistado a sus acompañantes en el mercado y qué furiosas se sentían por haber tenido que esperamos tanto tiempo. Era casi un lujo que estuvieran regañándonos, tan bonito era el contraste que hacían.

Bedalar era la más regordeta, con una figura generosa y el rostro más lleno. Tenía los ojos de un gris misterioso, y en general era más coqueta que su amiga; incluso en una conversación ordinaria incluía algunos parpadeos. El efecto era placentero; sin lugar a dudas agradaba a De Lambant. Por contraste, mi Armida era de modalidad

más tranquila y me cautivaba con la mirada calma de unos ojos dorados, que casi parecían arder bajo la luz del sol. Tenía su rostro esa misma disposición maravillosa que jamás se borraba de mi mente, en que los rasgos parecían centrarse en torno a la nariz, sin que esta mera en modo alguno prominente. En el pelo oscuro llevaba una espiral de metal dorado que atrás dejaba los rizos sueltos.

—Qué divertido oír a un par de galanes sin seso como vosotros hablando de las justas recompensas al mérito —dijo.

—Somos artistas y tenemos seso. Y vosotras dos sois nuestras justas recompensas al mérito.

—Fue instructivo para vosotras que oyeráis nuestros prudentes comentarios —agrego De Lambant.

—Pues yo preferiría que me instruyese mi doncella —dijo Bedalar, con picardía.

—A mí, tu doncella podría instruirme en cualquier arte que deseara, si fuera la mitad de bonita que tú, querida mía —dijo De Lambant.

—A mí en nada podría instruirme, si vosotras dos estuvierais presentes para la lección. Encontraríais en mí un alumno ardoroso —dije.

Hubo un estallido de aplausos, no para mi ingenio, por cierto, sino para las marionetas, alegremente saludadas por el pequeño auditorio.

La obra había terminado. La Esposa del Banquero se había escapado con el Mago, que había resultado ser un príncipe disfrazado; el Banquero había recompensado al Guardia, el Bufón se había entendido con Bettina, la hija del Banquero, y Dientes-de-Diablo había devorado al Ladrón. El titiritero salió de la caja; era, tal como yo lo había sospechado, mi amigo Pete el Pintado. Yo había oído aquellas voces chillonas hacía mucho tiempo. Me saludó con la cabeza antes de pasar el plato de peltre para recoger tantas monedas como le fuera posible entre el auditorio, que se dispersaba rápidamente. Pedí prestada una moneda a Armida y la dejé caer en el plato.

—Tú no crees que tu recompensa tenga que ser solo la capacidad o el aplauso, Pete.

Pete se tocó la frente.

—Gracias, señores. Por mi actuación necesito un poco de combustible, no solamente halagos. Volved aquí esta noche, cuando haré mi verdadero espectáculo con el turquito que anda por la cuerda floja y decapita a la princesa. Entonces veréis lo que es una *verdadera* habilidad artística.

—Y Perian se esforzará por tener dinero de verdad, no prestado —se burló De Lambant.

Seguimos andando; De Lambant tomó del brazo a Bedalar y yo me las arreglé para ponerme entre las dos chicas y poder dar el brazo a ambas, una maniobra que nadie se arriesgó a objetar. Los puestos nos retuvieron durante largo rato. Fue típico de mi suerte privilegiada que ganara en un juego de lotería y volviese a contar con fondos.

Cuando la tarde fue pasando, las chicas hablaron de regresar a sus casas. De Lambant y yo les dijimos que en los días del festival no era probable que alguien las echara de menos, ya que la mayor parte de la población estaba dedicada a compensar, durmiendo, los excesos de la noche anterior.

—Además, todavía hay muchas cosas de qué hablar —dijo De Lambant—. Decíamos que esta es una época decadente, cuando he aquí que se nos aparecen dos bellezas. Pura coincidencia, sin duda.

—¿Acaso no son decadentes todas las épocas? —preguntó Bedalar.

Pero Armida dijo:

—Esta es una época creativa. Hay algunos adelantos en el dominio del arte, tal como lo demuestra el sorprendente proceso de mercurización de Bengtsohn. Pero las artes florecen en tiempos de decadencia. Nadie llamaría a los turcos decadentes porque sean tan belicosos. ¿No es común que la gente diga «decadente» cuando en realidad quiere decir «pacífico»?

No pude resistirme a decir:

—Pero ahora los turcos *son* decadentes. Los grandes días del Imperio otomano terminaron con la muerte de Solimán. Desde entonces lo ha sucedido una dinastía de sultanes débiles y viciosos. Los ejércitos se han corrompido; el propio Tvrtko, apostado más allá de nuestras puertas, no ataca, como hace un siglo o más lo habría hecho infaliblemente cualquier comandante en esa misma situación.

—¡Cuánto sabes de estrategia militar! —exclamó Bedalar, con más sinceridad que ironía, ya que al decirlo me oprimió el brazo.

—Desde que representa al general Gerald, no hay quien lo contenga en esa dirección —dijo Armida.

—Ni en cualquier otra —dijo De Lambant.

Las chicas se rieron con tal abandono —estábamos dispuestos a reírnos de cualquier tontería— que los pechos se les sacudieron como *crepes* recién hechos.

—Espero al menos que no estés tratando de acusarme de inconstancia —dije.

—Mucho se puede decir en favor de la inconstancia, o por lo menos en contra de la constancia, que, como un portero insolente, rechaza en la puerta lo que es inteligente y útil —replicó De Lambant.

Estuvo bien dicho; y, sin embargo, advertí que Armida no sonreía demasiado, como si recordase que yo había intentado que mi inteligencia cruzara las puertas de Leticia.

Íbamos andando junto al río Vukoban, cerca de un viejo y arruinado molino de viento que señalaba los límites de la feria. Una mujer alada se acercó volando, desde el lado de la ciudad. Como muchas de su especie, llevaba largas cintas en el pelo, que flotaban detrás de ella. Era joven e iba desnuda. Verla pasar a la luz del sol era un espectáculo placentero. Mientras descendía aleteando para posarse detrás del molino, oímos el batir de las alas.

—Son tan libres —comentó Bedalar—. ¿No podríamos volar hacia las montañas?

Dicho y hecho. La gente alada tenía una torre de cestería en el perímetro de la feria, desde donde una o dos personas podían ser transportadas por el aire aunque no mucho tiempo, en sillas de manos. Trepamos todos a la torre, que crujía a cada paso como el corsé de una vieja cortesana. Al salir por la parte alta, Armida y yo nos acomodamos en una de las sillas. De Lambant y Bedalar en otra. Cuatro fornidos hombres alados nos elevaron por los aires, en tanto que otros cuatro se ocupaban de nuestros amigos.

—Oh, Perian, ¡parece tan inseguro! ¿No nos dejarán caer?

—Es más seguro que mi globo hidrogenado.

Los hombres voladores tenían alrededor de los hombros un arnés que iba atado al carruaje, y además una expresión seria y bondadosa en los rostros rubicundos. De todos modos, tuve que admitir que había otras razones, además del afecto, para la fuerza con que me abrazaba Armida. El apretón me impedía temblar.

Nuestra silla de manos pasaba aleteando por encima de las cabezas de la multitud. La tarde se iba consumiendo. La muchedumbre se hizo más densa, el escenario de los puestos se tornó más animado, el olor de la carne asada aumentó. Después del crepúsculo vendría la hora más alegre, cuando llegaban las multitudes, cuando se encendían las bengalas y las máscaras salían a la calle, y los danzarines orientales giraban sobre escenarios perfumados.

La feria quedó muy por detrás de nosotros, aletazo tras aletazo. Abajo estaban los viñedos, apretados los racimos en el denso follaje. Nos abrimos paso por un bosquecillo de esbeltos abedules. Adelante, otro tramo del río gorgoteaba golpeando contra la roca. Más allá había unos últimos viñedos, y las primeras ondulaciones de los Vukoban.

—Mejor que nos dejen aquí —gritó Armida, pero De Lambant respondió con entusiasmo desde el otro vehículo:

—No, no, ¡sigamos! Más adelante conozco un nidito, libre de interrupciones.

De modo que entre un gran batir de alas nos elevamos sobre pendientes de manzanilla florecida, hasta llegar a una plataforma amplia, cubierta de musgo y resguardada por un acantilado. Allí nos dejaron los hombres alados. Soltaron las sillas de manos y cayeron sobre la hierba, jadeantes y sudorosos, abanicándose con las rizadas puntas de las alas. Pronto se levantaron, recogieron la paga, y se alejaron volando lentamente hacia la feria.

Nos quedamos mirando cómo se iban. Guy y yo abrazamos a las muchachas, y los cuatro retozamos agradablemente en nuestra recién ganada soledad.

Sentí el deseo de derramar mi amor sobre Armida, pero la ocasión se prestaba más a la alegría que a las palabras solemnes. La tomé de la mano y corrimos riendo a examinar nuestra fortaleza, oculta a los ojos del mundo.

Trepamos por enormes fragmentos de roca, donde había rostros y miembros de toda clase tallados en la piedra, hasta que vimos la campiña sobre la que habíamos volado.

La existencia de Malacia dependía del comercio y la agricultura. De esto último, la prueba estaba ante nosotros, en los viñedos, con sus hileras geométricas que giraban hacia el río. Todo lo que alcanzábamos a ver estaba bañado por la sensata luz de la tarde. De manera instintiva, Armida y yo nos abrazamos, sintiéndonos parte de fructíferos procesos.

Desde nuestra ventajosa posición se veían también, a la distancia, las casillas de la feria, el Toi, franqueado por sus puentes, y la ciudad. Las fortificaciones de Malacia, las torres y los magníficos edificios se perdían en la bruma como si fueran más un sueño que una realidad. Desde el Bucintoro venía un resplandor dorado.

Más allá de la ciudad, hacia la derecha, donde el terreno volvía a elevarse, alcanzábamos a ver las colinas que ocultaban el campamento de Tvrtko. Una vez por día, el cañón otomano bombardeaba la ciudad, pero era un bombardeo sin el menor entusiasmo; estaban escasos de munición. A esta hora, el enemigo no daba señales de vida.

Por encima de nosotros y hacia un lado se veían las pizarras grises de un poblado montañoso. Apenas lo distinguíamos a causa de los olivos y de una muralla baja de piedra que corría subiendo y bajando hondonadas. Era Heyst, una aldea de gente morena y extraña. Desde donde estábamos podíamos ver a uno o dos individuos que trabajaban descalzos entre las viñas, con hombres lagarto al lado. En Heyst hablaban su propia lengua y eran hostiles.

Armida y yo nos reunimos con nuestros compañeros. Mientras nos acomodábamos, ella dijo:

—Me han comentado que algunos de estos montañeses, que vinieron antaño del norte desértico, descienden de los mandriles. Son un pueblo más joven que nosotros. Por consiguiente... bueno, eso es lo que me contó la anciana nodriza de mi madre, de manera que quizá no sea más que un cuento... pero parece que ya había tantos dioses en el mundo que los de los montañeses no pudieron nacer, y todavía están encerrados en la piedra, aquí en los montes Vukoban.

—Un típico cuento de nodriza, Armida —dijo bondadosamente De Lambant—. Si los dioses del norte no han podido nacer, entonces estarán encerrados en las rocas del norte.

—Es una alegoría —dije—. Si hay dioses que aún están por nacer, estarán encerrados dentro de nosotros, no en simples rocas.

Armida mostró su talante al atacarnos a ambos.

—Oh, ¡qué arrogantes sois los hombres! Siempre creéis que lo sabéis todo. Si un dios está encerrado en la roca, lo lógico es que la mueva desde abajo de la tierra, mil kilómetros si es necesario. Y en cuanto a las «simples rocas», profesor De Chirolo, ¿qué le hace pensar que la gente vale más que las rocas? De las simples rocas salen cosas más extrañas que las cosas de los hombres, puesto que los propios hombres salieron de las rocas cuando el mundo empezó.

—¿Qué? ¿Qué es eso? —le pregunté, riendo—. Nosotros descendemos de

animales ancestrales, la familia de los bípedos.

Armida no me hizo caso y prosiguió:

—Todavía el año pasado, y esto es algo que oí de un amigo de mi padre, erudito y digno de confianza, en las costas de Lystra una especie de cangrejo nació de las rocas. Ahora existen centenares, todos pueden verlos. Trepan a los árboles y hacen señales a sus amigos con una pinza especialmente adaptada a ese propósito.

De Lambant se reía.

—Eso no es algo nuevo en cuanto a los cangrejos. Son bichos que han estado haciendo señales a sus amigos y enemigos desde que el mundo es mundo. Sin duda ya han transmitido mucha información poco convincente.

»No, mi querida Armida, necesitamos una especie de cangrejo auténticamente nueva, una especie que cante como un gallo, que dé leche todos los lunes del mes y levante el caparazón cuando se le pida que muestre las perlas y joyas que guarda debajo. O mejor un cangrejo terrestre, manso y grande, del tamaño de aquella piedra, pero con más velocidad, para que se le pueda enseñar a galopar como un caballo. ¡Pienso lo que podría hacer una formación de animales así contra los otomanos! Llevarían los caparazones pintados de colores bélicos.

Era vergonzoso ver cómo chispeaban los ojos de las chicas cuando De Lambant alardeaba así. Me vi obligado a interrumpir el monólogo.

—Eso no es suficiente. Nuestro nuevo cangrejo tendría que ser anfibio. Entonces podría atravesar los ríos a nado, y llevamos a través de los mares hasta tierras nuevas y aún no descubiertas, tierras de leyenda, Leopandis, Lemuria, Mu, Hassh, Tashmana, Atlantis, Dis y Samarinda.

»Y no solo a través de los mares, sino por debajo de ellos, surcando fondos profundos y fangosos donde el tiempo se solidifica entre ciudades de coral y bosques de algas. Podríamos meternos dentro del caparazón, y estar protegidos de las aguas de afuera.

»Y debajo del agua, el caparazón se volvería transparente como el cristal, de modo que podríamos ver las madrigueras de los antiguos monstruos marinos, donde pasan lo que les resta de vida, entorpecidos por la edad y las lapas, mientras se vuelven tan civilizados como los hombres.

Las chicas, dejándose llevar por fantasías no menos tontas que nuestros cangrejos, se incorporaron al desatino.

—Yo cultivaría hiedra y vistosas enredaderas sobre mi cangrejo, hasta que pareciese un fantástico jardín móvil, y entonces sería famoso y todo el mundo lo conocería por su nombre, que sería... eh...

Esa era Bedalar.

—Mi cangrejo tendría pinzas musicales, que sonarían al moverse ¡con melodías irresistibles! Y todos los otros cangrejos, incluso el tuyo, Bedalar, se verían obligados a dejar lo que estuviesen haciendo para correr tras él.

Esa era mi Armida.

—Chicas, chicas —las riñó De Lambant, con una risita afectada—. ¡Os tomáis este tonto juego con tanta violencia que os romperéis los sesos contra la imaginación!

Entonces todos nos reímos y nos sentamos juntos debajo de un amplio frontón de piedra tallado en la roca, sobre el cual había algo escrito en la «Lengua antigua». Las chicas me pidieron que lo leyese, y con algún esfuerzo, lo hice; de niño, mi padre me había enseñado esa lengua.

—Esta piedra tiene una voz burlona —dije—. Muestra un verso dedicado a un amigo que se ha marchado al país de las sombras. La fecha muestra que fue escrito para un tal Phalander, hace unos once milenios, pero el tema es eterno. Dice más o menos...

Vacilé, antes de leer:

*Phalander, nunca fueron legión tus virtudes:
tu amistad era fingida, tu amor mero desatino,
tus mentiras perennes como la hoja del acebo.
¿Por qué te recordamos, ahora que la muerte te ha llevado
como alguien que nos hizo creer en la alegría de la vida?*

Armida se reía, llevándose una mano a la bonita boca.

—Es tan ingenioso que habrá sido escrito por alguien de noble cuna.

—A mí me conmueve —dijo Bedalar.

—No tiene mucho sentido. Por fortuna, la impresión que hace un verso no depende solo del sentido, no más que el amor —dijo De Lambant.

Riéndose de manera exagerada, se levantó de un salto y se volvió hacia el frontón, que abrió para sacar de detrás de él un plato caliente y muy condimentado, ideal para un refrigerio, que puso en medio de nosotros. A veces, dioses y hombres ven con ojos parecidos; entonces el estómago y el corazón están de acuerdo. Granos de arroz con azafrán servido con sultanas, dátiles, ajo y pescaditos, que tenían un relleno de chiles en la boca, esperaban en una tentadora pila. Con un grito entusiasta hundí la mano en la roca caliente hasta sacar un plato de verduras y una botella verde de arcilla, llena de vino tinto.

—Lo único que necesitamos ahora es un cuarteto de las copas del maestro Bledlore —dije, mientras dejaba las botellas—. Tenemos una comida digna de un rey, o por lo menos del príncipe Mendicula. Bueno, digamos un tentempié, ya que no una comida. En efecto, esto me hace creer que la vida es alegría.

Metí los dedos en el arroz.

Nos recostamos unos contra otros para comer el oportuno refrigerio. Por debajo de nosotros apareció un cazador que marchaba en silencio entre los pequeños robles. En cierto momento llegamos a divisar el camisote amarillo, o pollo-víbora, al que venía acechando. Como no oímos forcejeos ni gritos, supusimos que el animal ancestral había escapado de su destino.

—Esto es, por cierto, decadente —dijo De Lambant, retomando a la vez la botella y nuestro tema anterior de conversación—. Una fiesta innecesaria. Me hace sentir magníficamente corrupto. Una fiesta selvática innecesaria. Todo lo que necesitamos es música. ¿No tuviste la previsión de robar una flauta al vendedor de flautas, verdad, De Chirolo?

—No soy tan decadente.

—Ni tan clarividente.

—Ya basta de chanzas desagradables.

Fue Bedalar quien habló después, con voz ensoñadora.

—Alguien me dijo que Satán ha decidido cerrar el mundo y que los magos están de acuerdo. Lo que sucederá no será desagradable, pero la vida ordinaria empezará a andar cada vez más lentamente, hasta que se detenga del todo.

—Como se detiene un reloj —sugirió Armida.

—Más bien como un tapiz —dijo Bedalar—. Quiero decir que un día como hoy, es posible que las cosas se agoten, se detengan y jamás vuelvan a moverse, de modo que nosotros, y todo, quedemos ahí colgados como un tapiz en el aire, para siempre jamás.

—Hasta que nos liquiden las polillas celestes —dijo De Lambant, con una risita.

—Esa es una idea decadente —dijo—. La sola noción del final de todas las cosas es decadente.

Sin embargo, me había impresionado que Bedalar nos hubiera visto convertidos en un tapiz... era de suponer que para edificación de los dioses, que entonces podrían examinarnos sin interferencias. Al mirar la ciudad bajo el sol de la tarde, a través de los campos, tuve la impresión de que el aire se había detenido Junto con todas las cosas. Nubecillas de humo, redondas y blancas, se dispersaban lentamente sobre los Prilipit, lo cual significaba otro bombardeo de Malacia; pero a nosotros, en nuestro refugio, no nos llegaba ruido alguno; nosotros mismos podríamos haber estado deleitándonos en la contemplación de un tapiz mientras comíamos.

—Las cosas no pueden ser decadentes —dijo Armida—. La decadencia es una cualidad humana. ¿Acaso no significa algo así como menoscabo físico o moral?

—No estoy seguro de lo que significa, pero eso no nos impide seguir hablando del tema, mi amor. Hemos llamado decadente a esta época, aunque tú no estabas de acuerdo, pero en cualquier época hay menoscabo físico o moral, ¿no es así? Mira a nuestros amigos, la princesa Patricia y el general Gerald. Vivieron en una edad heroica, de grandes hazañas militares. Y sin embargo el comportamiento de ella era decadente; no solo por ser infiel, cosa que, hemos de admitirlo, sucede con bastante frecuencia, sino por no arrepentirse después, y convertir en virtud lo que había hecho, e insistir en el engaño fingiendo que no había tal engaño.

—Tú la has entendido mal. Perian. Patricia no finge. Tu general la engaña tanto como a Mendicula. Es Gerald el engañoso, ya que engaña incluso a Jemima, a quien aparenta amar.

—Bueno, entonces el comportamiento de él es decadente. ¿Estamos de acuerdo?

—Pongámonos de acuerdo sobre el delicioso sabor del pescado —dijo Bedalar—. Me cansa un poco oírte hablar tanto de Mendicula.

—Totalmente de acuerdo, sobre el pescado y sobre la obra —dijo De Lambant mientras se sacudía un poco de arroz de las calzas—. Y estemos también de acuerdo en que esta es una época *cómoda*, ¿no creéis? No hay cuestiones importantes pendientes de respuesta, ni vientos fríos que lleguen aullando desde el Norte sombrío y religioso, ni tampoco demasiados cadáveres decapitados en las cloacas. Yo estoy hecho para esta época, y ella para mí.

—Hablas con ligereza, pero no tienes razón —dijo Armida—. De eso hablábamos indirectamente Bedalar y yo antes de detenernos a mirar las marionetas.

»Siempre hay alguna clase de guerra, aun cuando las cabezas no vuelen literalmente por el aire. Y aun cuando no las haya entre razas y naciones, las hay entre familias, entre clases, y entre generaciones... santo cielo, Guy, entre los sexos, y entre uno y otro aspecto de la naturaleza de un individuo. Casi podría decirse que tales guerras constituyen la vida.

»Y en cuanto a que no haya cuestiones importantes pendientes de respuesta, ese jamás puede ser el caso mientras unas criaturas vivientes se paseen por el escenario de la tierra. Incluso las marionetas de la feria despertaron en mí preguntas que no pude responder.

—Tales como por qué y cómo Pete el Pintado es tan mal actor —dijo riendo De Lambant.

—Tales como por qué me conmovieron los muñecos de relumbrón de Pete. No son ni imitación ni parodia de personas reales; solo figuras de madera, manipuladas para divertirnos. Y, sin embargo, me interesaron. Primero di vivas al Banquero, y después al Ladrón. Había en ello una especie de magia. En ese caso, ¿la habilidad artística era del titiritero? ¿O era mía, en cuanto mi imaginación se movilizó pese a mí misma y parte de mí se convirtió en el Ladrón y el Banquero?

»¿Por qué me hacen llorar los personajes de una obra de teatro o de un libro, que no tienen más carne ni más sangre que los treinta caracteres de la lengua escrita?

—Basta, basta —gritó De Lambant—. Hablé como un tonto, y tú hablas sin parar —y se arrodilló junto a Armida, apoyando las manos en la falda de ella.

Armida se rio de la payasada y le puso una mano —con desdén, me pareció— sobre la cabeza, mientras seguía demoliendo lo último que él había dicho.

—En cuanto a tu absurda idea de que no soplan vientos religiosos, ¿no estamos metidos en una tormenta de creencias? ¿De qué hemos estado hablando, si no de creencias y escepticismos contrastantes?

—No era más que una broma, señora, ¡solo una broma! Os ruego que tengáis misericordia.

—Es frecuente que las bromas oculten profundas creencias subyacentes. Mi padre me lo enseñó.

Bedalar me tomó la mano y dijo:

—Aunque fuimos a la misma escuela, Armida es mucho más inteligente que yo. Vaya, si yo no creo tener creencia alguna en la cabeza.

—A mí me gustó tu fantasía sobre el tapiz. Sin duda tienes otras cosas lindas ahí dentro —dije.

—Oh, pero la idea del tapiz me la puso ahí algún otro.

A lo lejos oíamos música, un aire fogoso, arrebatador, que descendía por las laderas de las montañas como una fragancia de hierbas. Todos volvimos la cabeza, excepto De Lambant, que estaba ocupado en halagar a Armida.

—Incluso yo, un bufón del amor, reconozco que hay cuestiones importantes sin responder y que probablemente no tengan respuesta. La naturaleza del Tiempo, por ejemplo. Antes de encontramos con vosotras dos, ángeles, este mi apuesto amigo. Perian de Chirolo, nada menos, me acompañó a visitar a Giovanni Bledlore, el miniaturista del vidrio.

»Bledlore trabaja de manera obsesiva por la comida, para mantenerse a duras penas, él y su andana mujer. ¿Por qué lo hace? Mi teoría es que siente que el Tiempo, y el Polvo, que es la patrulla de reconocimiento del Tiempo, y también su retaguardia, están contra él. Por eso construye diminutos monumentos a sí mismo de la única manera que él conoce, imitando a los insectos del coral, que con una vida anónima crean islas. El arte secreto del maestro Bledlore es obra del Tiempo. ¿Qué algebrista descubrió jamás una fórmula más difícil que esa?

»Ahora... supongamos que Bledlore tuviera todo el tiempo del mundo. Supongamos que un mago le diera una podón mágica y que pudiera vivir eternamente. ¡Apostaría a que entonces no vuelve a tallar ni una sola copa! Nadie conocería las capacidades que hay en él. El Tiempo es una de esas grandes incógnitas, colgada en la puerta como una cuenta sin pagar.

La música estaba más próxima, se acercaba y se alejaba por la ladera de la montaña, en un movimiento tan intrincado como ella misma. El efecto que tenía sobre mí era inconmensurable. Me levanté e un salto y tomé la mano de Armida.

—Sea quien fuere el villano que toca, maneja bien el Tiempo —dije—. Hemos comido y hablado. Armida, tal vez sea el propio Dientes-de-Diablo quien pulsa las cuerdas, pero yo tengo que bailar contigo.

Se levantó y vino a mis brazos, flexible como un sauce, volviendo hacia el mío su rostro dorado, y empezamos una especie de gavota improvisada. Los movimientos de Armida eran tan ligeros, tan delicados y airosos, que una especial elasticidad emborrachó mis pasos, movidos por algo más que la música. Mi entusiasmo subía como un humo.

Bedalar tomó el plato que estaba a nuestros pies y lo sacudió para hacer que una lluvia de arroz, todo lo que no nos habíamos molestado en comer, volara por encima del parapeto y rodara por la montaña. Después tomó de la mano a De Lambant y también ellos se pusieron a bailar.

Pasó un momento más hasta que apareció el músico. Apenas le prestamos atención cuando dio la vuelta a la roca. Era como si ya formara parte de nuestro grupo. Advertí que era viejo, pequeño de estatura y de constitución robusta, y que venía acompañado de un hombre-lagarto. Tocaba un organillo, pero eso ya lo sabíamos.

Mientras duró la música, seguimos bailando. Parecía que no pudiéramos detenernos, o que no tuviéramos necesidad de detenernos, hasta que la tarde se nubló. Era más que una danza; era un galanteo como nos lo decía la música, como nos lo decían la proximidad de nuestros cuerpos, nuestras miradas, nuestros pasos. Por fin nos hicimos una reverencia, agitados y sonrientes, y la música se extinguió.

Recogimos las botellas de vino y pasamos una de ellas al músico y a su compañero. El organillero, de cuerpo menudo y macizo, vestía ropas de pana y parecía tan compacto como las murallas de la ciudad. Era de cutis moreno y realmente viejo, con los ojos hundidos y la boca sumida, aunque entre los mechones de la cabeza blanca se le veían aún algunos rizos negros. Guy y yo lo reconocimos. Casualmente, ese mismo día habíamos visto su retrato.

—¿No vives acaso junto al mercadillo de anticuallas, oh melodioso? —preguntó De Lambant.

El músico no respondió. Tenía la garganta demasiado ocupada en tragar la mayor cantidad de vino posible antes que De Lambant le reclamara la botella.

—Es innegable, señor. —La voz tenue y gastada nada tenía del brillo de la música... o del vino.

—Tengo una choza junto al mercado, si no tiene usted inconveniente, señor. Aunque en mis tiempos he tocado para los cortesanos y hecho que los osos bailaran con la levedad de las mariposas.

—Hemos visto su retrato en una de las copas del maestro Bledlore.

El anciano músico asintió con la cabeza y una sonrisa se le extendió por entre las ruinas del semblante. Tras él, el hombre-lagarto daba saltos, derramando el vino en el polvo, donde formaba bolitas rojas.

—Ah, Giovanni Bledlore, el artista más grande de nuestra ciudad. Se interesa por los oprimidos. Haced el favor de mirar esto, cabañeros.

El viejo se adelantó y nos mostró su instrumento musical, de forma acorazonada y color amarillo pálido. Debajo de las teclas había una figura pintada, una miniatura en la que se veía a dos niños.

La pose de los chiquillos era muy natural. El niño corría detrás de la niña, ambos con los brazos extendidos, riéndose. Encima brillaba un sol de imitación. De Lambant y yo reconocimos inmediatamente el estilo... y a los niños.

—¡Es el arte del maestro Bledlore! ¿Quién más podría poner tanto en tan reducido espacio? Y estos picaruelos... ¡son los mismos que vimos en el jarrón azul, en el taller!

—Dicen ustedes bien, señores —asintió el músico, mientras recuperaba su

instrumento y se lo ponía afectuosamente bajo el brazo—. Los mismísimos bribonzuelos, que Dios bendiga. Giovanni los usó más de una vez como modelos. Como no podía pagarme, debido a la negligencia de sus clientes ricos, me hizo esta miniatura, para que yo la disfrutase mientras tocaba. Estos dos tesoros son mis propios nietos... o *eran*, me veo en la necesidad de decir, *eran* mis propios nietos, y las niñas de mis ojos además, hasta que los malditos vientos del este del invierno pasado se los llevaron a ambos al país de las sombras. Sí, fue un mal día, aquel...

Suspiró, antes de proseguir:

—Todo el día, si los dejaban, solían bailar al son de mi música, los bonitos duendecillos. Tenían pocos juguetes. Jamás reñían. Pero los magos del puente de los Obispos les echaron un maleficio para que se secaran y se murieran cuando soprase el viento de Bizancio. Y ahora ya no están. Ya no están —comenzó a llorar y el hombre-lagarto le apoyó en el hombro una mano cubierta de escamas—. Nada queda de ellos, solo este pequeño retrato que les hizo Giovanni.

Mientras el viejo se apoyaba afectuosamente el organillo contra una mejilla cadavérica, Armida dijo con petulancia:

—Qué buena suerte la suya, tener ese consuelo. Ahora que hemos oído su triste historia, ha de tocarnos otra melodía. Las lágrimas no nos hacen bailar con tanta agilidad como la música.

El hombre sacudió la cabeza.

—Tengo que seguir viaje a Heyst, noble señora, y ganar algún dinero tocando en una boda. Pocas semanas más y estaremos en invierno, por mucho que bailéis vosotros los jóvenes.

Saludó y se fue, arrastrando los pies. El hombre-lagarto lo seguía, muy erguido; nos miró al pasar con la sonrisa estirada de esas criaturas. En cuanto a nosotros, De Lambant y yo empezamos a besar y acariciar a nuestras bonitas compañeras antes de que los dos viajeros se hubieran perdido de vista.

—Pobre viejo, alegre con música a los demás, y a él no le da ningún ánimo —dijeron los hermosos labios de Armida, próximos a los míos.

Me reí.

—¡El objeto del arte no siempre es consolar! Dispuse el pelo oscuro de Armida contra mi cara, de manera que nuestros ojos quedaron como bajo una tienda.

—No sé cuál es el objeto del arte... pero además, no sé cuál es el objeto de la vida. A veces me da miedo. Imagínate, Perian, esos niños han muerto, y sin embargo sus imágenes les sobreviven, pintadas sobre madera o grabadas en cristal —suspiró—. Que la sombra eclipse así a la sustancia...

—Bueno, el arte ha de ser perdurable, ¿no crees?

—Lo mismo se podría decir de la vida.

—Te atreves a estar triste cuando lo único que estás soportando es mi mano furtiva bajo tu ropa interior de seda... ¡Ah, deliciosa criatura! Oh, Armida, no hay otra persona como tú...

—Oh, mi queridísimo Perian, cuando me haces eso... Si mi familia... Ningún arte puede jamás...

—Ah, mi pajarillo, si ahora tú... si...

—Oh, amor mío, es tan...

Poco mérito hay en relatar una conversación tan incoherente como llegó a ser la nuestra. De todas las artes, ninguna más difícil de traducir en palabras que la que entonces practicábamos. Baste decir que con palabras de un poeta favorito, «entre solemnidades y bromas, gocé de la dama».

Los labios, las piernas de Armida, abrieron un paraíso al que me precipité rápidamente. A pocos metros de distancia, ocultos tras los arbustos, De Lambant y Bedalar nos imitaban.

Eso en cuanto a nuestros cuerpos temblorosos. En lo que tocaba a los fenómenos meteorológicos, la tarde serena concluyó en una puesta de sol de antiguo oro heráldico. El paisaje todo resplandecía como un escudo, antes de ser devorado por la noche. Sopló una leve brisa, que dejó la atmósfera tan intacta como nuestro gozo.

Con la noche nos quedamos tendidos, como viejas alfombras voladoras cuya magia se ha agotado, laxas e incapaces de nuevos transportes. De Lambant y yo yacíamos desplomados sobre el pecho de nuestras amorosas compañeras.

Dormimos en montón, sin otras luces que los lejanos faroles de la feria, y besos a modo de oraciones.

El frío que precede al amanecer nos despertó. La penumbra era todavía densa. Uno a uno nos enderezamos y nos abrazamos, casi sin hablar. Las chicas se arreglaron el cabello. En un rincón del cielo, la cubierta de nubes se abrió como una boca y dejó ver la luz; pero era una luz tan helada como la brisa que nos envolvía los hombros. Nos levantamos y miramos alrededor y comenzamos a saltar, para que la sangre se nos moviera otra vez.

Tomados de las manos empezamos a bajar por la ladera de la montaña. Encontramos una senda entre las patas de ganso, los amarantos y las coloridas retamas, y la seguimos. En la ciudad, dormida entre la bruma, todo estaba quieto y a oscuras. Pero en las grises murallas de Heyst se veía el brillo opaco de unas linternas; los campesinos ya estaban en movimiento, dirigiéndose al pozo o a trabajar los campos, con el pan del desayuno en la mano. Los pájaros empezaron a llamarse sin romper el silencio de la montaña, mientras atravesábamos un bosquecillo de robles. Allí nos encontramos con el cazador que habíamos visto el día anterior, de pie en el sendero, en silencio, vestido de ante. Había matado un bobatropos lo llevaba echado sobre los hombros. La cabeza del ave le colgaba sobre el pecho y un primer moscardón azul chupaba ya la humedad del ojo.

Llegamos a los primeros viñedos y nos encaminamos a un puente de madera que atravesaba el arroyo. Un sátiro de madera de roble guardaba el lugar, tan pulido por el tiempo como un antiguo colmillo velludo. Ya a esa hora del día le habían puesto

flores frescas en la mano retorcida. El murmullo del arroyo era claro y refrescante.

Mi pecho albergaba aún una grave felicidad.

Tomé a Armida por la cintura y dije:

—Por más temprano que te despiertes, alguien ha despertado antes que tú. Por más ligero que sea tu sueño, alguien lo tiene más ligero. Cualquiera que sea tu misión, alguien ha salido más temprano con la suya.

De Lambant continuó el ejemplo y después las chicas, improvisando, empezaron a canturrear y cantar sus palabras mientras atravesábamos las chirriantes tablillas del puente.

—Por más leve que sea tu sueño, una pluma es más leve. Por más que brille tu sonrisa, el sol brilla más. —De Lambant.

—Por más que tarde la aurora, no es por las deudas que tarda... La deuda de la mañana, en rocío se la paga.

¡Esa era mi despierta gatita! Así quedaron establecidas las reglas tácitas del juego: se requerían rimas.

—Por más frágiles que sean tus capullos de flores, siempre florecerán en galas y colores. —Bedalar, con los párpados aún pesados de sueño.

—Cambiante corre el agua a nuestros pies, la alondra canta en los álamos otra vez. —Yo, de nuevo.

—Aunque toda la noche el viento haya soplado, el día lo vencerá, por más que esté nublado. —De Lambant, un tanto retorcido.

—Y qué mundo de interminables negaciones en esas palabritas: «Por más que...». —Otra vez Armida.

Bordeamos los puestos cerrados de la feria, abigarrados a la luz flameante, y fuimos hacia el puente de los Obispos. Había allí unos centinelas, pero dejaron que atravesásemos el Toi sin decimos una palabra.

Un acuoso rayo de sol golpeaba en la corriente plomiza, iluminaba los edificios alineados a lo largo del muelle, y rebotaba en una ventana de vidrios rotos. Advertí que era la casa del maestro Bledlore, herméticamente cerrada. Él debía de estar todavía dormitando, obsesionado y abotagado, con los pulmones casi inmóviles por miedo de remover el polvo del taller. La vieja mujer de Bledlore contenía la tos, los moscardones azules comenzaban a zumbar.

Mientras inspirábamos profundamente el aire, un olor rancio nos llegó a las narices, el hedor de algo que se chamusca. Armida me apretó con más fuerza el brazo y Bedalar se acercó más a De Lambant. Nos aproximábamos a dos magos y tendríamos que pasar frente a ellos para entrar en el antiguo portal que llamaban la Puerta del Obispo.

El día les envolvía en luz las capas y sombreros, de tal modo que parecían personajes de un cuadro, surgidos dramáticamente del betún del sueño. Sobre dos bloques de piedra, caídos de alguna antigua y olvidada variante de la geometría de la ciudad, los magos habían encendido un fuego que ardía sin llama. Allí llevaban a

cabo sus ritos arcanos, mirando de soslayo como los gatos, con rostros serios y malignos. Volví la cabeza para ver las serpientes que se quemaban sobre el altar y que simbolizaban, entre otras cosas, el viril poder generativo necesario para el nuevo día.

Despedían un humo azul que flotaba a la altura del corazón. Ninguno de nosotros dijo una palabra. La ceremonia era más antigua que todas las palabras.

Los magos movían rígidamente los cuerpos arcaicos, levantaban en encantos y conjuros los brazos marchitos. Más allá de la antigua torre y de las primeras arcadas, la luz del día escaseaba aún. Pero ya podíamos ver a los comerciantes que se movían en la penumbra. Los cuatro pasamos por debajo de los portales, donde ardían las antorchas.

Mujer con mandolina a la luz del sol

Las mujeres tienen que tolerar muchas cosas que un hombre de temple jamás aguantaría. Cuando Armida regresó luego de pasar la noche conmigo en la montaña, se vio envuelta inmediatamente en problemas familiares. La acompañante había descubierto que Armida no estaba: el padre la esperaba en el vestíbulo.

De acuerdo con lo que todos imaginaban, Volaría tendría que haber pasado la noche solazándose con un ambicioso mozo jardinero llamado Hautebouy, pero los Poderes de la Oscuridad continuaban urdiendo la intrincada red.

Nuestros planes se habían visto trastornados por un viento favorable que soplaba de Oriente. El muy entremetido trajo consigo un barco mercante que pertenecía a los Renardo. La carraca venía cargada con árboles y plantas exóticas destinadas a los jardines del duque, melocotoneros, cerezos y espárragos entre ellos. Sucedió que el anciano duque había perdido un excelente jardinero por causa de la peste, y Hoytola, ansioso de fortalecer su amistad con la nobleza, le había enviado dos jardineros — uno de ellos Hautebouy— para que lo ayudasen a disponer esas especies singulares. El muchacho no había acudido al encuentro amoroso.

Fue, pues, un viento de Catay el causante de que la acompañante de Armida apareciese inesperadamente, y de que Armida cayese en desgracia y fuese recluida en la finca campestre de su padre durante el resto de los días de fiesta. Consiguí escribirme una nota, que Bedalar me trajo de contrabando, y en la que me decía que la enviaban a Juracia.

Tuve buen cuidado de agradecer calurosamente a Bedalar su amabilidad. Para mi sorpresa, al irse me besó y dijo:

—Ya sé que esperas de mí otras amabilidades, ahora que durante unos días no verás a Armida. Encuentro que eres un muchacho muy presentable, Perian, no lo dudes. Cuando te vi en el cielo, montado en aquel caballo negro, me trastornaste la cabeza.

—¿De verdad?

Mi ingenio me abandonó. Los besos de Bedalar eran de los que pueden destruir por completo cualquier ingenio.

—No puedo imaginarme una cabeza más bonita para trastornar. Pero he de advertirte que mi oráculo, Noble Zaraza, sostiene que haber montado el caballo negro es un presagio desfavorable, de modo que ahora me estoy comportando lo mejor posible, y no olvido lustrar mi amuleto.

Bedalar me abrazó con fuerza y me miró con pestañas aleteantes.

—Guy dice que tienes una reputación terrible. He de advertirte que lo que tú principalmente buscas es de mi propiedad, y que no se lo doy a cualquier hombre que quiera tenerlo.

—Yo nada busco, estimada señora.

Pero aquella referencia específica a la encantadora propiedad, como ella decía,

me provocó un ataque de deseo, aunque hasta ese momento no lo hubiera pensado. Además, Bedalar se encontraba a mi puerta, a punto de irse. Le dije lo que yo podría hacer con semejante propiedad... algo más de lo que seguramente había hecho De Lambant. La reacción de Bedalar fue un rubor que le inundó tanto los ojos y la boca como las mejillas. No lo pude olvidar hasta mucho después de que ella hubiera cerrado la puerta y descendido las escaleras.

Me quedé solo en mi habitación, en el centro mismo. Cuando recogí las líneas de explicación que me había escrito Armida, nada me dijeron, tan formales eran. Dejé caer la carta.

A las narices me llegaban olores de cocina; a los oídos, el ruido de cascos de caballos sobre el empedrado. Fui hasta la ventana y vi la caballería pesada de Tuscadia, que desfilaba dándose aires de enorme importancia. Por entre el amontonamiento de tejados alcancé a distinguir las cofas militares y las gavias recogidas de una nave atracada en los muelles del Satsuma... probablemente la misma que al llegar prematuramente había dejado a Yolaria en libertad de descubrir que Armida no estaba en su cama.

Todo tenía su fugaz. Pero mi lugar, ¿cuál era? Si un viento favorable de Oriente podía afectarme en Malacia, ¿qué otros vientos estañan influyendo sobre mi suerte, sin que yo lo supiese? Si iniciaba algo con Bedalar, seguramente estallaría una tormenta en algún oscuro e ignoto rincón del cielo.

Tomé mi guitarra, y apoyando el pie sobre la silla, comencé a tocar. Quería una canción que conectase todas las cosas, lo grande con lo pequeño, lo real con lo ideal. Lo único que se me ocurrió fue algo de Cosin:

*Entre las tumbas, en los días de invierno
se oyen los ecos del hacha del leñador.
Tú estás lejos:
los pájaros no cantan,
la primavera se ha retrasado.*

No, se necesitaba algo más. Me hacía falta compañía. Pozzi se había llevado a La Singla a Vamonal hasta que las fuerzas de Stefan Tvrtko fueran vencidas; si no, yo habría ido a hablar con ella. En cambio, me eché a andar por las calles y empecé de nuevo a pensar en Bedalar y sus ojos ociosos.

Por una natural asociación de ideas volví a recordar los jardines de los Renardo. Si no podía visitar a Bedalar, podría ir a ver al hermano de ella, Caylus, una idea que ahora me parecía más tolerable que antes.

Nada había en Malacia más agradable que los jardines del palacio Renardo. Los distintos parques eran una peculiar combinación de naturaleza y fantasía. Cerca de la gran casa se extendían los jardines clásicos, con laberintos y rincones de hierbas medicinales y aromáticas. Después seguían los viveros, los jardines zoológicos donde

se alojaban animales ancestrales y salvajes, y muchas hectáreas de yermo escrupulosamente cuidado. Por todas partes abundaban las flores, y todo estaba decorado con plantas traídas por agentes del duque de distintos rincones de la tierra conocida. Parques y jardines estaban adornados, además, con arroyos y agradables pabellones de los más diversos estilos arquitectónicos.

Hacia uno de estos pabellones nos encaminamos Caylus Nortolini y yo. Seguimos una senda que atravesaba bosquecillos de ginkgo y helecho y antiguas cicadáceas; esos bosquecillos eran frecuentados por los baboseros (o abequituns, para darles su verdadero nombre), una variedad de perezosos grandes y velludos que eran comunes antes en Malacia.

Como los Nortolini decían tener un lejano parentesco de sangre con los duques de Renardo, Caylus y yo fuimos bien recibidos en los jardines.

Cuando se lo proponía, Caylus podía ser divertido. Tenía una cara distinguida, aunque bien equipada para el desdén, ya que el mentón era pequeño y la punta de la elegante nariz le colgaba ligeramente sobre la boca. Llevaba el mentón camuflado por una pequeña barba. Los ojos eran inesperadamente grises, y podían tener sobre la gente efectos destructivos; al mirarlo, advertí que no dejaban de parecerse a los de Bedalar. Caylus hablaba por lo general de deportes, sobre todo de corridas de toros, o de sus amoríos.

Alrededor, estatuas de diosas y de animales extinguidos o imaginarios atisbaban entre las hojas. O bien tropezábamos con alguna criatura viviente encadenada y tendida al sol. No pudimos ver los baboseros, pero pasamos junto a un mandril importado de África, que frunció el entrecejo para echarnos una mirada por encima de las mejillas de rayas brillantes.

—Puesto que insiste en llevar continuamente esa fantástica máscara —dijo Caylus—, no podemos decir qué cara hay debajo de ella, si la de un salvaje o la de un sabio.

—Con una máscara así, si uno visitara África lo bombardearían los periquitos.

Una pareja de guacamayos militares en celo pasó volando mientras yo hablaba, como un relámpago azul, verde mar y anaranjado que fue a posarse en una palmera.

—Es posible que haya sabios salvajes. A veces creo que nuestros toros de lidia son enormemente prudentes, a veces simplemente feroces... Dicen que los cazadores que han matado ancestros realmente formidables, como el tiragrebas o el dientes-de-diablo, sienten en el momento de matarlos que son seres de una sabiduría infinita.

—Será mejor que me vaya a ver a mi anciano y sabio padre. No está lejos de aquí. Es tanto lo que sabe y sin embargo jamás se ha movido de Malacia.

El mandril sacudió la cadena de plata mientras nos alejábamos.

—Matar a un dientes-de-diablo... eso ha de ser la emoción suprema, bañarse en la sangre ancestral. Cuando los dientes-de-diablo se aparean, como el macho tiene los antebrazos tan débiles, rodea la garganta de la hembra con el enorme rabo escamoso, para someterla. A veces, llega a estrangularla durante el acto.

—Es posible que morir por amor sea tenido en muy alta estima en el reino animal, al igual que en el humano. El deber me obliga a ir a verlo. Cuando subí en el globo, me envió una epístola quejosa. Está bastante enfermo.

—Los padres casi siempre están enfermos, según mi experiencia. No pienses en el viejo tonto. ¿Nunca tuviste deseos de matar un dientes-de-diablo, De Chirolo?

—Lo que deseo es abarcar de algún modo todas las cosas posibles en el mundo. Y eso no incluye matar un dientes-de-diablo. Santos huesos, tal vez me parezca a mi padre más de lo que creía. Él también intenta abarcar...

—Ahorra cualquier referencia a tus padres. Me basta con los míos. Mira, vayamos a almorzar con Gersaint, seguramente nos emborracharemos como un par de cubas, a menos que se nos presente un pasatiempo mejor.

—Será mejor que primero vaya a ver a mi padre. Se molesta mucho si estoy borracho.

—Por supuesto. Es lo que hacen los viejos, y es una buena razón para emborracharse.

—Estás en lo cierto, pero de todas maneras será mejor que vaya. Ya hace bastante que no lo veo.

—Piensa en las comidas de Gersaint, y en la bodega de Gersaint, y posterga tu decisión... una o dos semanas. Si tienes suerte, es posible que para entonces tu viejo haya abandonado la mortal envoltura. Mira este pabellón; vamos a ver algunos cuadros. Está atestado de mamarrachos. Y también hay cuadros de deportes.

En ningún momento nos alejamos de la música del agua. El padre del anciano duque había contratado a Argenteuil, el gran ingeniero de Malacia, para que le diseñara fuentes, canales y cascadas que amenizaran los arroyos de los parques y jardines. A esos tenues ruidos se sumó el sonido de unas cuerdas a medida que nos aproximábamos a las escaleras de mármol de un pabellón de arte, construido en el estilo jmer, con los aleros rizados.

Al pie de las escaleras, cuatro jardineros con una carretilla estaban trabajando en el suelo, plantando una hilera de árboles exóticos. Uno de los cuatro era un muchacho esbelto y flexible; sospeché que se trataba del Hautebouy que había desempeñado accidentalmente un papel en mis asuntos.

En lo alto de las escaleras, entre monstruos de bronce traídos del Este, había dos mujeres que tocaban instrumentos musicales, una muchacha con una mandolina y una mujer mayor con una viola. Ejecutaban una vivaz forlana, una reliquia de otros tiempos, cuya melodía se arrojaban alegremente una a otra.

Un hombre con chaqueta de terciopelo y calzas de color azafrán se hallaba recostado contra una columna, escuchando ociosamente. Tenía una silueta torpe y pesada. Llevaba un sombrero empenachado y una máscara animal, y con el pie seguía el ritmo de la música. No nos prestó atención mientras nos aproximábamos.

Una de las mujeres había entrado ya en las fatigas del tiempo, con el pelo blanco y la piel con manchas de color herrumbre. Aunque sus manos eran ágiles sobre las

cuerdas, el doble mentón le colgaba como el de una lagartija, y las líneas de la boca habían empezado a desmoronársele.

Su compañera era apenas más que una muchacha, pero sin embargo de buena figura, con el pelo dorado recogido en lo alto de la cabeza... aunque el color tenía algo de artificio. En la cara se había puesto carmín y polvo, y a la brillante luz del sol eso era lo menos agradable en ella: hacía que la piel pareciera sin vida. Debía de ser una de las cortesanas del duque, a juzgar por el porte y el vestido. Nos miró con altanería, sin dejar de tocar, al ver que nos adelantábamos. Los ojos eran desdeñosos y fríos. Estaba tocando para el hombre de la máscara de animal.

La sorprendente cortesana llevaba una túnica de seda blanca iridiscente, levemente sucia en el ruedo, por donde asomaba un pie calzado con escaquin. Un cuello de encaje le ceñía la garganta y una chaqueta bermeja de abotonadura baja le adornaba el pecho elegante. No era el suyo un traje de diario, ni siquiera en la corte de un duque. Pese a toda su belleza, no le hice caso, y me volví en cambio a contemplar los cuadros dispuestos bajo la columnata. Caylus se detuvo a mirarla y a escuchar la melodía, de modo que yo me adelanté, y entré en la fresca sombra.

Durante todo el tiempo, el hombre con la máscara de animal siguió sin prestarnos atención.

Los duques de Renardo habían reunido muchos objetos exóticos en guerras y viajes. Los objetos más preciosos adornaban el palacio, los demás adornaban los pabellones.

Como nuestra compañía tenía que representar la comedia de *Fabio y Albrizzi* en la boda de Smarana, yo necesitaba un traje para mi papel, y esperaba encontrar inspiración entre los cuadros del duque.

El contraste había sido la característica principal en la mente del genio que construyera el pabellón falso jmer sobre una colina artificial. Había dispuesto las perspectivas de las columnas y patios de manera tal que se tenía una vista de la escalinata donde tocaban las mujeres y de las escenas pastorales que estaban en el fondo; y por el lado opuesto, la perspectiva abarcaba a la vez las ruinas de un antiguo palacio, de cuyos desmoronados frontones brotaban helechos, y los esplendores barrocos de la residencia ducal. Con esos dos exponentes contrastantes de la naturaleza y el arte, uno estaba bien dispuesto a contemplar las telas evocativas que ornamentaban las paredes.

—¡Pero mira esta belleza! —exclamé—. Hay que ver la *construcción* que hay en cualquiera de estos cuadros... ¡Qué amor siento por el arte y el teatro y la ópera y la música, y todas esas grandes cosas que son como amalgamas de nuestro mundo viviente y del mundo privado del creador! Realmente maravilloso, aunque sea esta una época de decadencia...

Yo tenía aún la cabeza llena de los hermosos momentos pasados en la montaña, en las inmediaciones de Heyst, de las conversaciones que allí habíamos mantenido, del amor. También, he de confesarlo, intentaba impresionar un poco a Caylus, un

verdadero truhán, hablando siempre de toros y del apareamiento de los dientes-de-diablo.

—Vivimos en un universo dualista, pero el mundo del creador es una versión especial y privilegiada...

—Oh, no sigas, por favor. De Chirolo —dijo Caylus—. Ahora solo te falta alardear de que lees libros.

—Eso lo dejo para mi padre, que los escribe. La música y la pintura y por cierto el drama, todos los *edificios* del arte...

—¡Calla! ¡Pronto no sabrás lo que dices! Me apoyó una mano en el hombro, mientras tarareaba el aire que entonaba abajo la mandolina. Miró sin entusiasmo las pinturas, mientras pensaba evidentemente en otra cosa.

—Una bonita criatura pintada que toca la mandolina, y no me equivoco. Ella haría una música más dulce que la de esos instrumentos de madera. —Y me miró con descaro. Era imposible no advertirlo.

—¿Quién es el tipo que se oculta tras la máscara de lobo? Un favorito de Renardo, me imagino.

—Y ella, ¿qué es para él? Que el diablo se la lleve, una bonita criatura pintada, y no me equivoco.

Yo estaba mirando las telas.

—¿Qué te parece este *Paisaje de Arcadia*, Caylus? Mira ese fondo, pequeño y perfecto, detrás de las cazadoras...

Le señalé la escena mítica que tenía ante mí, pero apenas le echó una mirada.

—¡Demasiado nebuloso para mi gusto! Por los huesos del fundador, si pudiera llevármela aparte... mis habitaciones están cerca. Seguramente ni haría falta persuadirla, una vez que desapareciera ese petimetre. Un hombre ha de pagar todos los días su tributo a Venus.

—Y yo he de pagar a mi padre...

—Vamos, Perian, vayamos arriba, donde están los cuadros más antiguos. Y no vuelvas a hablarme de tu precioso padre.

—El otro día estuve diciéndole a tu hermana...

—Dejemos también a mi preciosa hermana fuera del asunto, si no te molesta.

El guardián del pabellón, que estaba echado en las escaleras, dando bocaditos a un perrito manchado, se puso en pie de un salto y se inclinó profundamente cuando pasamos. En el piso alto, había menos cuadros y vistas más hermosas que en el de abajo. Se estaba muy bien allí, y el aire de danza todavía llegaba hasta nosotros. Pero Caylus seguía descontento. Se acercó a una ventana y miró hacia abajo.

—Ven a ver este boceto de un concierto al aire libre —lo llamé—. Por un artista olvidado. ¡Qué conmovedoras las posturas de los músicos para ganarse una hora de atención de la corte! Y con qué palabras describir ese color tierno... aunque está desteñido... y esa bruma difusa que expresa a la perfección un sueño de juventud y de felicidad... y la frescura de esas nubes en el fondo, la claridad del primer plano,

con las figuras agrupadas...

—Hum... Tal vez tendría que bajar a darle un puntapié en las nalgas al sujeto ese de la máscara de lobo.

—Naturalista, y sin embargo mucho más auténtico... El cuadro vive aún, y el creador ha vuelto hace tiempo al polvo... «Alguien que nos hizo creer que la vida es alegre...». Relegado a este pabellón solo por una mancha de humedad en un ángulo. ¿Quién ejecutó un boceto tan grato? ¿Cuánto tiempo hará, y en qué país? La moda no es de Malacia... Fíjate, Caylus, en ese galán de la magnífica chaqueta verde...

Me interrumpí. Había encontrado el traje que necesitaba. El corte de la magnífica chaqueta verde era raro, sin estar pasado de moda, elegante, pero no demasiado suntuoso, ni tampoco falto de humorística exageración, como correspondía al personaje de Albrizzi.

El galán de la tela —joven de rostro— llevaba una peluca blanca. La chaqueta estaba hecha de damasco, con botones de plata. Era larga, entallada en la cintura y después amplia, con grandes bolsillos, y terminaba justamente debajo de la rodilla, dejando ver un calzón corto y unas elegantes calzas adornadas con cintas. Tenía puños anchos y estaba profusamente adornada con alamares de plata. Por debajo de la chaqueta se alcanzaba a ver un chaleco de brocado decorado con paisajes, bordados en *petit point*, me imaginé. Una corbata blanca le engolaba la garganta, completando el atuendo. ¡Eso era! ¡Albrizzi, exactamente! Tendría que enviar al sastre de Kemperer a copiarlo.

—Caylus, ¡mi mañana de esfuerzo fructifica! —dije—. No hay manera de devolver a la vida a este gentil caballero y averiguar quién era, pero el traje será reconstruido a tiempo para los festejos de Smarana.

Caylus sacó medio cuerpo por encima del alféizar, sin prestarme atención. Fui a mirar con él. Las dos mujeres seguían allí, tocando la forlana sobre las soleadas escaleras; la cortesana de los cabellos dorados estaba cantando.

Algo en todo eso me turbó. Al preguntarme por el motivo, caí en la cuenta de que el perfume de la muchacha me había alcanzado cuando pasábamos junto a ella. Era la misma fragancia característica del pachulí de Armida.

El petimetre de la máscara de lobo iba bajando las escaleras, y de pronto lo reconocí, por el andar principalmente, pero también por la figura. Aunque las vestimentas y las circunstancias habían sido muy otras, este era sin duda el hombre del Consejo Supremo, la siniestra figura de negro que había estado en la galería de Hoytola.

Lo observé mientras desaparecía en el bosquecillo. No podía estar seguro de que fuese él, y sin embargo, me bastaba recordar aquella figura siniestra para que me sintiese incómodo.

—Ahora está sola —señaló Caylus—. ¡Mira qué manos adorables!

Eran realmente unas hermosas manos, tan flexibles que los dedos se convertían en parte integrante de la música, al tañer las notas con un ligero plectro de carey. Desde

donde estábamos mirando yo alcanzaba a ver el excepcional diseño del plectro; tenía a un lado dos cuernecillos, como si imitara la figura de un sátiro. La manera de tocar parecía característica de la joven, que me disgustaba, sin saber por qué.

—Perian, bajaré ahora mismo, antes de que aparezca otro rival —dijo Caylus. Se apoyó descuidadamente contra el alféizar mientras me miraba y se mesaba la corta barba—. Declaro que esa mujer me tiene sorbido el seso. —Al decirlo, se palmeó el bulto de la entrepierna, para indicar a qué se refería.

—Caylus...

Yo habría querido decirle que la muchacha me parecía algo peligrosa; sin embargo, ¿por qué habría de importarle a él mi desconfianza? ¿Y qué tenía yo contra ella, aparte de que se dejase ver a la luz del sol con la cara pintada, y de que oliese como Armida? Caylus interpretó mal mi vacilación.

—¡No digas más! ¡Permite que te deje aquí, a solas con tu arte! En todo caso, ibas a visitar a tu padre...

Sin dejar de sonreír, se volvió y comenzó a descender las escaleras, con los pulgares en los bolsillos. Mientras se iba, me llamó por encima del hombro.

—Esta tarde haré la siesta en mi habitación. Ven, si quieres, y jugaremos a las cartas... ¡a menos que yo tenga buena suerte en esta otra partida!

Durante un rato, permanecí en lo alto de las escaleras, mordiéndome el labio.

Al mirar por la ventana vi que la mujer de la mandolina se volvía para observar cómo se acercaba Caylus, que estaba ahora fuera de mi vista. Volví a notar la mirada descarada de ella, y los dedos que sostenían el plectro. Luego también yo bajé y salí por la puerta contraria, sin mirar hacia atrás.

Había cosas peores que visitar a mi padre.

Más allá de los parques del palacio Renardo, la espléndida avenida de acacias se perdía en un laberinto de sendas, entre las que fui buscando mi camino. A esa hora de la mañana había poca gente, aunque se podían ver mujeres que trabajaban en las habitaciones, a ambos lados. De la margen del canal próximo me llegó el sonido de un organillo; la melodía era *Esa grata perspectiva*, que yo conocía desde mis primeros años.

Llegué a una avenida más amplia. Más allá estaba la calle de los orfebres, y al final se erguía la casa de mi padre, tras altas murallas coronadas de tejas.

Beppolo, nuestro viejo sirviente, terminó por dejarme pasar y cerró los chirriantes portones. Las palomas levantaron vuelo y se alejaron ruidosamente hacia las calles. Atravesé el patio lateral, sombreado y fresco, de aromas familiares, fijándome en lo crecidas que estaban las plantas, y qué descuidados los laureles antes tan pulcramente recortados. En el establo desierto no retozaba ningún sabueso. Nuestro carruaje había sido vendido tiempo atrás. Las pocas ventanas de la casa que no estaban cerradas con postigos miraban inexpresivamente hacia abajo.

En el otro extremo del patio, la puerta verde estaba abierta. Entré en el silencio de la casa. Miré al pasar el interior de lo que habíamos llamado la Habitación del Jardín;

la luz que se filtraba por las celosías le daba un tono monocromo; el moblaje informal había sido empujado a un lado, descuidado.

Mi padre tenía que encontrarse en el estudio a esa hora... o a cualquier otra hora, para el caso. Vacilé ante la puerta, observando los signos cabalísticos pintados sobre los paneles, escuchando los ruidos de dentro, mientras jugueteaba con mi amuleto. Después llamé y entré.

Tan recientemente había salido del mundo exterior bañado de sol que no llegué a distinguir la figura que estaba de pie en la penumbra de un rincón, estudiando un manuscrito. El hombre se volvió lentamente, absorto, y vi el rostro de mi padre. Me abrí paso por la atestada habitación y le tomé una mano entre las mías.

—Hace mucho tiempo que no venías a verme, hijo mío. ¡Está tan oscuro aquí! ¿No sabías que he estado enfermo con cólicos?

—Recibí tu nota, padre, y vine tan pronto como pude. ¿No te ha visitado Katarina? ¿Te encuentras mejor ahora?

—Si no son los cólicos, son las piedras. Si no son las piedras, es el bazo o el paludismo. Tú sabes que nunca estoy mejor. Tu hermana rara vez se molesta en venir por aquí. Nada puedo comer. Por lo menos no me ha afectado la peste, que según dicen cobra fuerza en los mercados. ¿Por qué no se van los otomanos? Malacia ya tiene su cuota de penurias terrenas, sin duda.

—¿Por qué quejarse? Siempre hay alguna peste... es parte de la vida, tal como la oscuridad parece parte de la tuya. Caylus me ha dicho que se habla de la partida de los turcos. ¡Déjame que abra un postigo! ¿Cómo puedes leer en esta penumbra?

Se me puso delante, con las manos extendidas a los lados para impedirme el paso.

—Si la carne de caballo trae o no la peste, que lo averigüen los sabios. ¿Cómo puedo pensar si la luz me lastima los oídos? ¿Qué sabe ese inútil de Caylus de cuestiones militares? Y, ¿qué es todo eso de los turcos? ¿Por qué no estás trabajando? La ociosidad es siempre dañina.

—He trabajado toda la mañana, padre. Y Caylus está bien relacionado.

—Y tú, ¿de qué tienes que jactarte? Conque viniste tan pronto como pudiste, ¿no...? En realidad, Katie asomó la nariz por aquí una vez... sin el inútil del marido, naturalmente. ¿Sabes lo que he descubierto esta misma mañana?

Extendió un brazo en un ademán magnífico y vacilante señalando la mesa y los folios de Pitágoras, Salomón y Hermes que allí tenía abiertos, junto a muchas historias antiguas en un antiguo montón.

—Por fin, he descubierto de qué se compone una *maati*, manjar que encantaba a Filipo de Macedonia.

—Padre, ¡deja tus libros! Vayamos a comer a Truna, como en otro tiempo... pareces muerto de hambre. Pediré que te envíen una litera desde la plaza.

Mientras se apoyaba en la mesa junto a la ventana, advertí con pena cómo había adelgazado. Necesitaba comer carne.

—¿Me oyes? Un *maati* no es simplemente cualquier exquisitez, sino un plato

específico, que se introdujo por primera vez en Atenas en la época del Imperio macedónico. Además, tú no puedes pagar una litera. Filipo fue asesinado durante un banquete de bodas, como ya sabes. Según leí en un tratado parece que el *maati* era un plato preferido de los tesalienses. Como bien sabrás, los tesalienses tienen la reputación de ser los más opulentos de todos los pueblos griegos.

—Supongo que vendrías conmigo a Truna, si allí pudiéramos comer un *maati*.

—¿Has oído lo que dije? ¡En lo único que piensas es en comer! Hoy he hecho mi aporte a la erudición, y tú quieres ir a comer a Truna. Caylus es tan malo como tú. No siempre seréis jóvenes, ¿sabes? No siempre podréis ir a comer a Truna.

Parecía enojado. Le temblaban las manos y se enjugó la frente con el ruedo de la capa. Durante un momento cerró con fuerza los ojos, como si algo le doliera.

—A menudo no puedo permitirme ir a comer a Truna.

Advertí qué pálida y brillante tenía la piel. Esquivé los libros para ir a apoyarle una mano en el hombro y le dije:

—Necesitas una copa de vino, padre. Siéntate. Permíteme llamar al ama de llaves. Más tarde iré a buscar a Katie.

—No, no, no quiero molestar a la mujer... tal vez esté ocupada. Y no molestes a Katie. Conque has trabajado toda la mañana, ¿no? ¿Y qué has hecho? —Con mano temblorosa, se apartó el pelo de la frente—. Katie también estará ocupada, no lo dudes.

—Eso intentaba decirte. Smarana, la hermana de De Lambant, se casa antes de un mes, y tenemos que representar una comedia en la fiesta de la boda. Interpretaré el papel principal de *Albrizzi*, y esta mañana, después de pasar muchos días buscando, descubrí una camisa...

—¿Truna? ¿Por qué lo has mencionado de pronto? El viejo Truna murió el año pasado, y la taberna se ha vendido. Eso demuestra con qué frecuencia vienes a visitar a tu padre. ¡Hablas continuamente de representar comedias y Truna misma es una comedia, con personajes históricos!

—Padre, a Filipo de Macedonia lo asesinaron, pero la gente sigue casándose. Baja conmigo a la calle, a gozar otra vez del bullicio de la humanidad... tal vez eso te incline a pensar en cosas más alegres.

—Aún siguen representando *Albrizzi*, ¿no es así? Por los huesos de Desport, ¡si esa farsa ya era vieja hace cuarenta años, cuando la vi por primera vez! ¿Hay una cosa más alegre que el *maati*? Tenían buenos actores en aquellos tiempos. ¿Por qué piensas que me gustaría ser atropellado en las calles, con ese cálculo que tanto me molesta?

Fui hacia la ventana y por entre los postigos atisbo nuestro parió interior, donde un tritón ornamental ya no hacía brotar un chorro de la caracola. Los tiempos habían cambiado verdaderamente, desde la muerte de mi madre. En algún momento unos pavos reales se habían paseado allí entre los macizos de lavanda.

—Introduciremos lugares comunes en la obra, padre, como sin duda lo hacían en

tu juventud. Si taberna no, y calle no, entonces al menos una vuelta por el jardín. Aquí el aire está muy cargado.

—No, no, aquí el aire es puro, garantizado. Fuera acechan enfermedades de todo tipo. Ahora ni siquiera permito entrar a Beppolo, por miedo de que me contamine el lugar. Cuando uno envejece, tiene que cuidarse; si no, nadie lo hará.

—¿Supiste que la hermana de De Lambant va a casarse con un caballero de Vamonal, padre? Viene de la casa militar de los Orini.

—Beppolo dice que el pozo se ha secado. Jamás he oído hablar de los Orini. Si no está mintiendo, entonces es la primera vez que sucede... cuando estaba tu madre, teníamos agua en abundancia. Parece que todo anduviera mal. ¡Quiénes son los Orini, me gustaría saber! Banqueros o algo parecido.

—Es frecuente que el pozo se seque en esta época del año, pero lo miraré cuando salga.

—Ya te marchas, ¿no? Y ni siquiera me has dicho en qué has andado. Bueno, me imagino que nada hay aquí que te retenga.

Fue a sentarse en el gastado sillón de cuero, profusamente labrado con imágenes de bestias mitológicas y lagartijas.

—Sí, vi representar *Albrizzi* cuando era estudiante... no gran cosa, por lo que recuerdo. ¿Y tú querías una camisa para eso? Esta mañana has estado trabajando, ¿eh? En qué estuviste trabajando, me gustaría saber. ¿Por qué no tratas de ser un buen actor trágico, eh?

Fui hacia la puerta, diciendo:

—En esta época no hay gusto por la tragedia, padre. Una época de decadencia, seguro que estarás de acuerdo.

—Tendrías que ser un actor trágico. Mientras haya tragedia en la vida, es necesario que la haya en escena. Fíjate, el ama de llaves no viene siempre que se la llama... así son ahora las amas de llaves. Los actores han de ser espejo de la naturaleza, y no entretenerse solo con trivialidades. No sé a qué está llegando el mundo...

—Vamos, el mundo es siempre el mismo, padre. Para asegurarlo tenemos en Malacia un Consejo Supremo.

—No creo eso de que es siempre el mismo. Tenemos razones para pensar que ha habido cambios en el mundo, cambios dramáticos, antes de ahora, y que volverá a haberlos. ¿Qué quieres decir con eso de que no hay gusto por la tragedia? Vamos, si en mi juventud... Escucha, en mi gran *Disquisición sobre las disquisiciones* estoy llegando ahora a la Disquisición sobre los Orígenes del Mundo Moderno.

Mi dignísimo padre había traído a colación —o tal vez fuera mejor decir que había tropezado con— el tema de la labor de su vida, un serio estudio de absolutamente todo. Creo que la manera en que él cuestionaba el más simple de los hechos, hasta desintegrarlo en polvo, me había decidido ya desde muy pequeño a considerar la escena como la única realidad. Volví a soltar el pomo de la puerta,

satisfecho de poder demostrar resignación sin afectación.

—Si has llegado al comienzo del mundo, tu libro debe de estar casi por el final.

—Pero ¿qué dices? Como has de saber, ya que después de todo, era algo obvio para Alejandro, la doctrina mágica sostiene que en el mundo prehistórico hubo varios linajes humanos antagónicos. Conocemos tres, por lo menos: el *Homo simius*, el hombre antropeide y el *Homo saurus*, es decir, nosotros. Además de otros linajes esparcidos por el globo, pero de menor importancia. Ahora bien, el *Homo saurus* es inconmensurablemente el linaje más antiguo, que data de comienzos de la Era Secundaria, en tanto que los *simii* y los antropoides son varios centenares e millones de años más jóvenes. Además, nuestra especie era al principio de sangre fría, a imagen y semejanza del Príncipe de la Oscuridad...

—Padre, esas tonterías pedantes no son...

—A imagen del Príncipe de la Oscuridad... ¡A vosotros, jóvenes mequetrefes, no os interesa aprender! En mi juventud era diferente... Pero dejemos eso... Tonterías pedantes, ¡habráse visto! Los eruditos han adivinado bien que nuestro mundo no es más que uno entre muchos alquímicamente concebibles. En algunos otros mundos de la posibilidad, por tomar un caso extremo, es probable que el *Homo saurus* se haya extinguido por completo... en la gran batalla de Itssobeshiquetzilaha, digamos, hace más de tres millones mil setecientos años. El resultado sería un mundo de pesadilla en el que alguna otra raza humana tendría la supremacía y Malacia jamás habría existido...

¡Supremacía!, pensé. Aquí, en mi hogar, jamás nos habíamos aproximado ni siquiera a la igualdad.

Me despedí de mi padre, salí del cuarto y me alejé por el corredor. El aroma resinoso de los paneles me llevó de nuevo a aquellos años en que yo dependía totalmente de los buenos humores ajenos. Apreté el paso.

Mientras atravesaba el patio, Beppolo salió de un establo vacío y vino, presuroso y encorvado, a acompañarme hasta la puerta, con la mano derecha extendida ya hacia adelante, en actitud de recibir.

—Vuestro ilustre padre está alegre esta mañana, señor Perry. Y bien puede estarlo, de acuerdo con su próspera situación. Según dice, ha descubierto quién es Filipo de Macedonia, ¡para gran beneficio de él!

—¿Dónde está el ama de llaves?

—Vamos, señor, ¿no está en la casa? ¿No? Entonces tal vez haya salido. No tiene mucho que hacer. Si no está en la casa, es seguro que ha salido.

—Y supongo que si no ha salido, entonces está en la casa.

—Es muy probable que tengáis razón, señor Perry.

—No te olvides de decirle que volveré mañana, y que espero ver la casa limpia y a mi padre ante una buena comida. Si no, habrá problemas. ¿Entendido?

—Hasta la última palabra, señor, tan seguro como que estoy aquí vestido con mis viejos pantalones remendados.

Me hizo una profunda reverenda y abrió la puerta. Le arrojé un cequí. La puerta chirrió al volver a cerrarse, y oí el *clic* del cerrojo mientras me alejaba por la calle. Las investigaciones de mi padre estaban a salvo.

Las campanas de San Marco repicaron la una de la tarde. Un grupo de chiquillos harapientos estaba acorralando contra una pared a un pollo-víbora. El animalillo amarillo y rojo se defendía levantando las manos y ladrando como un perro, un hábito que había aprendido de los perros callejeros. Varios animales ancestrales de las especies más pequeñas, llegadas del desierto, se habían aliado con los habitantes caninos de Malacia. Los pollos-víboras y los garratiros, buenos trepadores, eran especialmente comunes. Ahuyenté a los chiquillos y pasé, sin detenerme, frente a Truna, buscando una taberna más barata.

El Sótano de los Pequeños Orfebres estaba construido en un viejo y ruinoso arco de triunfo. Me senté fuera y me sirvieron vino y carne; no hablé con persona alguna, aunque en la mesa próxima había una alegre reunión. Cuando me iba, uno de los que estaban cantando y vociferando, se estiró para tomarme de la manga.

—¡Una solemne filosofía ha de tener usted, caballero, para estar tan serio a pesar del vino!

Lo miré con desdén y respondí:

—En eso tiene usted razón, señor. En lo sucesivo, me propongo ser serio en el placer.

—¿No ha oído que el ejército de Tvrtko se marcha de Malacia? La peste ha hecho demasiados estragos entre ellos. ¿No vale la pena celebrarlo?

Me di un puñetazo en la mano, encantado.

—Entonces, ¡el plan de Bengtsohn tuvo éxito!

Encantado, les conté quién era yo. Todos habían visto cómo me elevaba sobre el Bucintoro. Todos insistieron en invitarme a beber, pero yo interrumpí la jarana, acosado por el recuerdo de Armida, Bedalar y mi padre. Por una vez, preferí excluirme del jolgorio.

Mientras me alejaba por la calle, las voces rientes se extinguieron, aunque había otras tabernas, otras voces. A la puerta de una taberna una mujer cantaba tan dulcemente como un pájaro, con los labios de color rojo oscuro y la piel negra. Me encaminé de prisa a las habitaciones de Caylus. Si Bedalar estuviese allí...

Bajo la sombra de la arcada, una vieja bruja vestida de negro vendía papelitos con sortilegios, pajarillos, escudos, flores, clarinalas, botes, animales. Los tejidos aleteaban bajo la brisa que soplaba en la arcada. Detrás de ella había encendido un fuego de brasas de carbón; jirones de humo se elevaban de una tibia y un puñado de huesos de pollo. Seguí el impulso de comprarle un escudo de papel antes de subir la amplia escalinata.

No obtuve respuesta alguna de Caylus.

De un empujón abrí la puerta, irritado porque no estaba en casa después de lo que me había dicho. Yo necesitaba compañía.

En las habitaciones todo estaba en calma. Algo me dijo que el cuarto donde me encontraba había albergado muy recientemente una presencia: alguna vibración en el aire, una alteración en las notas doradas que flotaban entre la ventana y la alfombra. La luz del sol trazaba dibujos en el suelo, junto al diván de Caylus. En el aire había una fragancia débil, pero espesa; me quedé como en un estado de ensoñación, tan inmóvil como la habitación misma.

En una ocasión, llamé en voz alta a Caylus. Me quedé en medio del cuarto salpicado de oro, con la puerta aún abierta, mientras oía, distantes, los gritos que me llegaban de la calle. Miré a mi alrededor, cautivado por las flores y la pasión reciente de ese cuarto. Bedalar...

Allí estaban los pocos libros de Caylus, los muchos grabados deportivos, el altar, la mesa con una botella y dos vasos vacíos, el helecho, los floretes, el reloj de agua, el diván, cubierto por una arrugada colcha de seda. Sobre la colcha había un objeto de ámbar, no mayor que el ala de una mariposa.

Por una triquiñuela de la mente, la visión de esa minucia me ayudó a descubrir que además de la lujuria un débil aroma de pachulí flotaba en el aire.

Antes de recogerlo reconocí el objeto. El carey brillaba bajo la luz entrecortada y los dos cuernecillos se erguían como los ojos retráctiles de un caracol. Era un plectro de diseño poco común. Lo mantuve un momento en la mano.

¡Caylus había ocupado el tiempo mucho mejor que yo! Acerqué una silla, dejé el plectro encima de la mesa y me senté. Allí despatarrado, tomé la pluma y la tinta de Caylus y compuse un cuarteto irónico para saludar su regreso, ya fuera solo o en compañía. Después, lo puse debajo del plectro.

¡Caylus amigo!

*Aquellos que han entrado en años discordantes
no conocen de ella los juegos armoniosos,
cuando con una música más salvaje se anima,
y en la sombra descansa la muda mandolina.*

Desde la puerta me volví a contemplar la habitación vacía, con la luz del sol prisionera entre las sombras. Mientras descendía lentamente las escaleras, encontré a la vieja bruja, todavía bajo la arcada junto a los rescoldos, y le devolví el escudo de papel.

Desconsolado, me encaminé a ver al sastre de Pozzi Kemperer.

En una mercería, una desalmada mujerona estaba de pie en la puerta, sosteniendo en alto un encaje para verlo a la luz. Una figura que había tras ella me llamó por mi nombre.

Mientras yo miraba más allá del obstáculo femenino un jinete pasó por la calle gritando que el ejército otomano se batía en retirada, alejándose por los fangales del sudoeste. La caballería de Tuscadia estaba precipitando esa retirada. Los Poderes de

la Luz y de la Oscuridad habían vuelto a salvar a Malacia para sus propios fines.

Al impulso de esa jubilosa noticia, entré en la tienda. Y allí estaba Bedalar, vestida con una elegante túnica de ciudad, y un peinado adecuado. A pesar de que se la veía encantadora, el placer que demostró al verme me la hizo aún más tentadora. Me presentó a una persona desaliñada diciéndome que era su acompañante, Jethone, y en ese caso la inversa fue válida: el desagrado con que Jethone me miró hizo que me pareciera aún menos seductora.

—Estábamos por ir a visitar a mi hermano Caylus, pero nos hemos detenido para buscar un encaje muy especial.

—Tiene que ser de Flandes —dijo la acompañante.

—Tiene que estar en Flandes, a juzgar por el tiempo que llevamos buscándolo —dijo Bedalar.

—Está usted impertinente, señorita.

Con secretas señales de desesperación, dijo Bedalar:

—Y hay más tiendas en esta calle.

—El encaje tiene encantos que calman los pechos atribulados —dije, acariciándome el mentón—. Casualmente, señorita Bedalar, vengo de casa del hermano de usted. Lamenté tener que irme, ya que está en tan respetable compañía, pero un asunto urgente me requiere junto a mi padre. Sin embargo, de buen grado la acompañaría a casa de él, para ayudar así a su compañera, si usted quiere. Claro que tendré que dejarla inmediatamente, pero el hermano de usted se hará cargo hasta que llegue Jethone.

Bedalar parpadeó un poco y respondió con toda seriedad:

—Quizá no les moleste. ¿Quiénes forman la respetable compañía de mi hermano?

—Oh, un sacerdote de la Religión y un par de eruditos de aspecto bastante severo.

—Entonces, me quedaré aquí y aconsejaré a Jethone, gracias.

La vieja bruja dijo:

—Puedo arreglármelas cómodamente sin los comentarios de usted, señorita; gracias lo mismo. Si quiere ir directamente a casa de su hermano con este caballero, yo me reuniré con usted en cinco minutos.

A mí, me dijo:

—Y no deje de entregársela en seguida a su hermano. ¿Cuántos sacerdotes?

—Uno solo... pero está en los huesos.

Con sinceras protestas sobre mis intenciones de no perder de vista a Bedalar, la tomé del brazo y salí con ella de la tienda. Jethone, encaje en mano, nos observó hasta que doblamos la esquina. Un minuto más y estuvimos bajo la arcada, subiendo las escaleras y de pie en medio de la habitación aromática y silenciosa, cada uno abrazando al otro. Todo se cumplió en un instante.

—Creí que iba a morirme de aburrimiento —dijo Bedalar—. Esa vieja ruina convierte el encaje en una religión.

—Se te ve débil, querida Bedalar. Déjame que te tienda en este sofá y te tome el

pulso.

—¿El pulso?

—Y no solo el pulso, ya que en este caso sería aconsejable un examen más completo.

—Perian, tu compromiso secreto con Armida...

—¡Calla, que es un secreto!

Le sellé la boca con la mía. Los brazos de ella me cautivaron rodeándome el cuello. Mientras me acomodaba con ella en el diván, por la forma en que dispuso piernas y brazos pude comprobar que estaba bien dispuesta.

Y así fue. Entre nuestros besos, mi mano exploradora encontró en ella la más cálida de las bienvenidas. Pronto habíamos perdido la pista del mundo, en persecución de nuestra propia presa. La ductilidad con que me aceptaba me llevó al éxtasis. Sin pensarlo, Bedalar me concedía más que Armida.

Al fin nos aquietamos, la cabeza rubia de Bedalar en el cojín de mi brazo, sonriéndonos el uno al otro.

—Perian, ¿qué clase de persona eres en realidad? Haces el papel de hombre mundano y atrevido, pero yo sé que en ti hay algo más.

—Represento todos los papeles. Todos son yo.

—Quiero decir, por debajo de los papeles. Lo que eres en verdad. Qué divertido esto, un poco de gozosa travesura... Yo no fui más capaz que tú de resistirme a la ocasión; en eso, los hombres y las mujeres se parecen mucho. Pero claro, tú me gustas... aunque pensando en Armida, me pregunto si hicimos bien, mi amiga, y siento que la traiciono.

—No necesitamos decírselo. Si no lo sabe, no se sentirá herida. Amarte a ti no cambia mis sentimientos hacia ella.

Me senté en la cama; catequizar no es mi entretenimiento favorito.

Bedalar persistía, sentada junto a mí.

—Nos sentiremos incómodos cuando nos encontremos con ella. Soy una estúpida, no entiendo. ¿Y qué me dices de Guy, que dice amarme? Por él no tendría que haber subido aquí contigo. ¡Soy una cualquiera!

—No es más que una media hora de placer, Bedalar. No hagas de eso una tragedia. Tampoco Guy lo sabrá, a menos que tú se lo cuentes.

—Toma, ya volviste a decirlo... no hay que contarlo. Eso significa que está mal, ¿no es cierto? A mí me encanta hacer el amor así. Perian, no me entiendas mal, pero me enferma tener secretos, me enferma sentirme culpable. ¿Tú no te sientes culpable?

—Termina con eso, mi opulenta cualquiera... ¡vivimos en una época decadente!

Cuando intentó mirarme a los ojos, apliqué mi lengua a uno de sus generosos pezones.

—Ya ves, Perian, tú te acuestas conmigo, pero me escondes tus pensamientos. Eso no es verdadero amor... O tal vez aún no has aprendido a abrirte mentalmente a los otros, ni siquiera a Guy, de manera que nadie sabe quién eres... Oh, qué delicia...

házmelo en el otro... Perry, mi amor... ¿Sabes tú mismo quién eres?

—Por los santos huesos, mujer, ¡cállate y goza!

Los pliegues del cuerpo de Bedalar florecían hacia mí; ella estaba dejándose caer hacia atrás con los ojos entornados.

—Es que... después de la noche en la montaña... la idea de tenerte tan cerca... oía lo que hacías con Armida... quería verte desnudo... Y estaba ansiosa por descubrir cómo eras realmente... Desnudo bajo la chispa de tu conversación.

Estallé en una carcajada, me levanté de un salto e improvisé una giga por toda la habitación de Caylus. Después volví a ponerme a horcajadas sobre el mullido vientre de Bedalar y le di un azote en la cadera.

—Pues ahora ya me has visto desnudo y no tengo nada de qué avergonzarme. Termina con esa charla tonta, movilizame y ponme otra vez en acción. Los turcos ya pueden estar retirándose, pero yo estoy listo para un nuevo avance.

Con súbita energía, Bedalar besó mi estandarte de ataque.

—Pensar que hoy eres realmente un héroe, que ayudó a ahuyentar a los otomanos...

—Yo soy siempre un héroe, y pronto lo seré por partida doble, al representar a Albrizzi.

—No, Perian, tú sabes a qué me refiero. No a una simple ficción, sino a que te hayas elevado en los aires en ese corcel de guerra, como lo hiciste, para derrotar a los turcos. Eso fue muy valiente. A veces, como suelo decir, los dioses y los hombres ven con los mismos ojos.

Mientras Bedalar hablaba, se oyó un tañido de trompetas en la plaza, algo mucho más viril que el punteado de una mandolina. La ocasión triunfal quedaría, sin duda, adecuadamente señalada.

—Dices la verdad, Bedalar, belleza mía. Te ha tocado la fortuna de tenerme, así que no la cuestiones, Esta es una gran ocasión, yo soy un héroe, y hemos de celebrarlo.

—Lo estamos celebrando —dijo ella, mientras me sujetaba con más firmeza.

Más tarde escribí otro cuarteto, compañero del que había dejado para el hermano, y se lo arrojé a Bedalar con negligencia, como si me pasara el día entero desparramando poesía.

Querida Bedalar:

*De todas las muchachas que he montado,
tuya es la música de más fogoso movimiento,
y mientras la discordia no atrase la alegría,
permite que yo toque tu instrumento.*

No estaba tan logrado como el primero, pero era sin duda más sentido.

El horóscopo de un joven soldado

¡Embrujada Malacia! En el desierto, más allá de las murallas de la fortaleza, en lúgubres abismos, en la selva enmarañada o en la ladera interminable de la montaña, las fuerzas del mal, en muchas variedades, luchaban por la supremacía. Dentro de nuestras calles serpenteantes parecía prevalecer la serenidad.

La conclusión de la semana del festival fue señalada por una improvisada procesión que celebraba la retirada del atezado Tvrtko y sus tropas, y en la cual me ensalzaron casi hasta el agotamiento. La partida del clarinala de nuestro calendario coincidió también con el regreso de Armida de su exilio en Juracia. Al anochecer del día anterior, Bengtsohn nos hizo llamar para reiniciar el trabajo con el zahnoscopio, y yo recibí una inesperada invitación para visitar a Armida en la mansión de los Hoytola; tal vez mi creciente celebridad había ablandado el corazón de su padre.

Me presenté allí temprano de mañana. Por más cortés que me mostré, el bruto que guardaba las puertas, feo como sus dos perros guardianes juntos, me examinó con tanto favor como el que habría recibido el propio Stefan Tvrtko, en el supuesto de que se hubiera manifestado allí en persona, con cañón y dromedario, dispuesto a que le azotaran las plantas de los pies. Mientras el bruto me demoraba, intenté recordar algo ingenioso que había dicho De Lambant sobre los porteros rudos que alejan de la puerta a la inconstancia.

Por fin me permitieron entrar y me llevaron a un fresco vestíbulo. Como sabía que era costumbre de los Hoytola desayunar tan suntuosamente como en Constantinopla, esperaba que podría unirme a la comida, pero café fue lo único que me sirvieron mientras aguardaba a mi dama.

Una hilera de bustos de mármol dispuestos sobre pilares enfrentaba al visitante. Los caballeros retratados eran universalmente severos, como si encontraran que la inmortalidad les provocaba jaqueca. Procuré imitar la expresión de esos rostros. Me alegraba de que me hubieran llamado al *palazzo* de Armida, aunque mi estómago emitía unos gemidos bastante sonoros como para que los paseantes pensasen que yo llevaba un perrillo faldero bajo la camisa.

Mientras me bebía el café, una doncella se acercó por el corredor, cerrando las celosías y echándome de cuando en cuando una mirada. No pude dejar de mirarla a mi vez; era una chica de aspecto muy tierno. Después, me recordé a mí mismo donde estaba y mi intención de hacer un matrimonio honorable. En mi condición de hombre casado estarían fuera de lugar los retozos con las muchachas de servicio. Y con Bedalar.

Me hundí entonces en una feliz ensoñación. Armida y yo estábamos casados, y su afectuoso padre nos instalaba en una espléndida casita de la ciudad, con vista sobre el río Toi. Tomábamos chocolate para el desayuno e invitábamos libremente a nuestros amigos. Y contratábamos a una deliciosa doncellita de servicio, diligente y mimosa.

Mis fantasías cesaron de pronto con la aparición de la propia Armida, que se veía

tan encantadora como en mi visión; llevaba una sobretúnica con un vestido debajo, cuyas ajustadas mangas asomaban bajo las mangas flotantes de la túnica. Sobre la oscura cabeza lucía un casquete o sombrero de encaje. Las rayas ondulaban a lo largo de la túnica de los pies a la cabeza mientras ella se acercaba bajo los entrecortados rayos del sol.

Me condujo a su propia salita, que estaba en el primer piso y tenía un balcón que daba sobre un patio privado. Era un patio tranquilo, con limoneros y naranjos cargados de fruta y alguna que otra gallina que escarbaba. Un trasudado disfrutaba del sol en un rincón, según pude observar.

—No es el único animal ancestral que hay aquí. A mi padre le gustan. En la parte del fondo hay varios triplómeros arbóreos, para ahuyentar a las ratas. En Juracia es donde hay variedades mayores, como los tiragrebas y todo eso.

Armida tuvo un delicado estremecimiento y me indicó que tomara asiento en el balcón. Descubrí aliviado que mi estómago dejaba de quejarse.

—Me han perdonado mis infracciones —explicó ella, no sin echar una mirada divertida a la habitación que había detrás de nosotros y donde su marchita acompañante estaba hablando con un sirviente—. Tanto Yolaria como yo estamos muy contentas de haber vuelto de Juracia. Mi padre habló bien de los deportes. ¿Disfrutaste tú de ellos?

—Estuve toda la tarde en el ruedo.

—¿Te quedaste a ver los toros?

—¿Los toros? Oh, no, ya para entonces había tenido bastante.

—Caylus intervenía como toreador. Me sorprende que no te quedaras.

—Pensé que sería mejor irme a ensayar mi parte. Voy a estar muy ocupado... Kemperer quiere que trabajemos en dos obras para la próxima temporada, y la comedia de luces de Otto está por terminar. Yo espero de todo corazón que no la terminen, ¿tú no, Armida?

—¿Has visto últimamente a Bedalar? —me preguntó ella.

Sobre una mesa pequeña, junto a Armida, había una campanilla de plata. Contra el pasamanos se veía una percha para aves a la que estaban encadenados dos reptospines, brillantes, rojos y azules los cuerpos escamosos. Me volví para acariciar a uno de ellos, y el reptospín abrió lentamente las púas emplumadas que le flanqueaban la espina dorsal hasta que se le pusieron tiesas y temblorosas. Armida me había hecho sentir que yo también estaba acorralado en una rama.

—¿A Bedalar? ¿Acaso Guy no ha estado ocupándose de ella? Está loco por ella, y nunca habla de otra cosa. Ella lo llama su apuesto muchacho y no sé qué más... eso dicen.

—Guy es bastante apuesto, ¿no te parece?

Me volví para saber si se estaba burlando de mí, pero no pude llegar a una conclusión definida; Armida miraba la campanilla de plata y la hacía girar.

—Dentro de su desalmo es apuesto, me imagino. Además, con el tiempo uno

llega a acostumbrarse a esa cara que tiene... Tú eres tan hermosa, Armida, que los peces saltan fuera del Toi para verte pasar.

Ella me miró con aire pensativo.

—¿Tú crees que Guy y Bedalar hacen buena pareja? Por lo que se refiere al mercado matrimonial, quiero decir.

—Los mercados matrimoniales son algo que jamás he estudiado. Nadie como tú y Yolaria para responder a una pregunta así.

Pareció que se cansaba del tema en el momento en que empezaba a repetirse. Un aspecto agradable de las muchachas cultivadas: se cansan de los temas.

—Ya ves cómo me han perdonado, puesto que te recibo aquí. El padre de Bedalar todavía no la deja hablar con Guy. Pero tú te has convertido en una especie de héroe, y mi padre desea reconocerlo así. ¿No es bonito?

—Armida... ¡por cierto que lo es! ¡Bonito, excelente, fantástico!

Por ninguna parte se veía a Yolaria. De un salto me acerqué a Armida, la abracé y la besé en los labios.

—Querida mía, soy un héroe y tú serás mi esposa. Solo a ti te seré fiel y te amaré.

Me rechazó mientras miraba ansiosamente alrededor. Los reptospines correteaban a lo largo de sus perchas.

—¡Reportaos, señor! Hay muchos impedimentos a nuestro matrimonio. ¿Cómo podrías mantenerme? Por lo que tú dices, tu padre es pobre, y además un viejo cicatero, de modo que...

—Viejo sí, y cicatero, pero no tan pobre...

—Marido y mujer solo podríamos serlo si mi familia te aprueba al punto de mantenernos a ambos, y vale más que te diga que mi padre tiene ambiciones. No he de nombrar al joven de alta alcurnia con quien proyecta casarme, porque tú te pondrías celoso y probablemente...

—¿Qué joven de alta alcurnia? Ya soy presa de un absoluto ataque de celos. Dime quién es.

Armida se puso de pie, mirándome con aire helado mientras sostenía la campanilla como si estuviera a punto de hacerla sonar.

—Te ruego que no hagas una escena. Ten la seguridad de mi determinación. Deseo casarme con el hombre que yo elija, no con el que elija mi padre. Lo que te conviene es seguir siendo un héroe, y discreto para el caso. Mi padre me ha indicado que te dijera que está organizando una cacería de ancestros en nuestra finca campestre para dentro de una semana, en el momento de la luna llena. Tú estás invitado.

—¡Una cacería de ancestros! Tu padre...

—Una vez al año hay que eliminar a algunos de los ancestros más grandes. El hecho de que te invite, aunque en parte coaccionado por mi hermana y por mí, es signo de una limitada aprobación de mi padre, que observará cómo te conduces...

—¡Una cacería de ancestros! ¡Qué magnífico! Yo siempre he deseado cazar

tazabarbas y picopatos, por no hablar de rodadores. Alquilaré un caballo, el mejor...

—Mi querido Perian, los mejores caballos no son nunca alquilados. Esto hay que hacerlo a lo grande. Hazte aconsejar bien. Si se emprende algo, hay que ajustarse a un estilo.

—Tú sabes que yo lo hago todo con estilo.

—Entonces, no hables de jamelgos alquilados, por favor. En la cacería, a la que estarán invitados muchos nobles, la presa es bastante más feroz que los picopatos. Vamos, si en Jurada los picopatos y los tazabarbas se usan como cabalgaduras.

Era bastante fastidioso el modo en que ella me protegía. Se instaló en su silla como para que la retratasen, en el marco de los dos reptospines, que extendieron sobre los lomos los abanicos de doce varillas, exhibiéndolos para exclusivo deleite.

—Bueno, Armida, como yo jamás he visitado Juracia, tendrás el placer de decirme cuáles son las piezas que caza allí la gente, tanto los nobles como el pueblo. ¿Cornarrotos, tal vez?

Ni tuvo en cuenta la idea.

—Marchando a rastras con esos grandes cráneos barbados, los cornarrotos son reptiles aburridos, que ofrecen muy poca diversión. No, cuando uno va a Juracia, caza los reyes de los carnívoros, los dos grandes ancestros, los tiragrebas y los dientes-de-diablo. Los dientes-de-diablo son de la variedad selvática, no los mansos de las llanuras. La cacería se prolonga durante tres días. Hay festejos, pero es una gran prueba de virilidad.

Cierto placer malicioso le brillaba en los ojos.

—¿Cuál es la prueba de femineidad en Juracia?

—Las mujeres no cazan los grandes ancestros.

Yolaria apareció en el balcón. Traía una cesta de albaricoques y se dignó sonreírme.

—La fruta está madurando, De Chirolo. Discúlpeme, señorita Armida, pero el coche está listo. Es la hora de nuestro paseo matutino.

Me dispuse a irme, y Armida me estrechó la mano. Abajo, en el patio, el trasudas irguió la gran aleta y se tendió en un rincón soleado.

De nuevo en la calle, me encaminé sin pensarlo hacia donde vivía Kemperer.

Ella me amaba, ella estaba planeando casarse conmigo. ¿Era realmente así? Lo único que yo necesitaba era exterminar un dientes-de-diablo, o algo parecido, de veinte pies de altura. ¿Era realmente así?

El corazón se me encogió. Me pregunté si algún hombre sería capaz de atreverse a tanto por amor a una mujer. Me preguntaba francamente si yo sería digno de Armida y los Hoytola. Tal vez en algún lugar de Malacia, un joven de alta alcurnia estuviera planteándose la misma cuestión. ¿Quién era? Una cosa me parecía obvia: que si yo fuera una bestia carnívora, lo elegiría a él para mi próxima comida.

Tenía que comportarme mejor. Tenía que interrumpir los flirteos con Bedalar. Si

quería ser fuerte, tenía que ser puro. O más puro. Me sentía un poco culpable por haber hecho el amor con la chica de De Lambant. Era algo que había sucedido de manera accidental, las circunstancias habían escapado a mi dominio. Había que admitir que la lujuria había sido una de esas circunstancias. Yo no quería representar en la vida real el papel de un traidor general Gerald; yo tenía que ser noble, como el propio príncipe Mendicula, para conquistar a mi princesa. De ahora en adelante tendría una vida distinta.

Tal vez no quisiera ser actor durante toda la vida.

Consejo, eso necesitaba. Y finanzas para la cacería. Bueno, para eso faltaba todavía una semana. Un horóscopo de Noble Zaraza podría ayudarme.

Los animales ancestrales se movían ya entre las junglas de mi fantasía.

Mis pasos me llevaron a través de la plaza Rupp, más allá de un ruinoso arco de triunfo, reliquia de alguna victoria olvidada, a cuya sombra estaba sentado un astrólogo. Siempre lo veía allí cuando iba al teatro tomando una ruta que evitase a mis acreedores.

En las rendijas de Malacia se ocultaban tantos magos y astrólogos como arañas. Este se distinguía de los demás, pues era un hombre joven, regordete y alegre, todas cualidades raras en la profesión. Estaba sentado en una silla encima de una rústica plataforma, sobre la que había dispuesto una alfombra de diseño oriental. A un lado estaban sus libros de magia, uno de los cuales yo sabía que había sido escrito por él. Con el título de *El origen del hombre*, demostraba que nuestra especie descendía de las cabras y de los precursores de las cabras. El nombre del astrólogo era Phillibus Parterre.

En ese momento estaba sentado con una cliente delante, y miraba por encima de la cabeza de ella con una expresión amable, como si se encontrara en buenos términos con cualquier dios caprino que reinase en los tejados.

En el cenit de la vieja arcada, la mampostería ornamentada de helechos dejaba pasar un rayo de sol que bañaba la escena de abajo y parecía poner fuego a los cabellos de la muchacha que estaba de pie ante Parterre; tal vez ella se había instalado deliberadamente a la luz. El reflejo dorado adicional que así se creaba bañaba tanto el rostro del astrólogo como el ramillete de flores que coronaba el moño del peinado de ella. Reconocí las trenzas y la robusta figura femenina al mismo tiempo. El sol iluminaba ala principal luminaria de la escena malacia: la encantadora La Singla estaba consultando a Parterre.

La audiencia con el astrólogo concluyó al fin. La Singla le dio las gracias con gestos elegantes y bien ensayados. Mientras se volvía, me acerqué furtivamente a ceñirle la cintura y besarle una aterciopelada mejilla.

—Oh, Perian, qué desalmado, pensé... Por los cielos, suéltame, ¡no me beses en público!

—Así que has regresado de Vamonal. Demasiado tiempo hemos estado separados...

—¡Te ruego que nos separemos otra vez! —Me apartó de un empujón, a medias en serio—. Haz el favor de no tocarme. Mi marido ya se retuerce de celos.

—Celos, celos... todo el mundo se pone tan celoso, y sin embargo todos andan detrás de lo mismo. ¿Por qué no vivir y dejar vivir? Supongamos que yo te hago el amor, pura y exclusivamente como tributo a tu exuberante belleza, y que media hora más tarde, tu marido te hace lo mismo. ¿Acaso yo le habría arruinado algo?

La Singla me echó una mirada colérica.

—El amor no es solo cuestión de cuerpos. ¿No tienes conciencia? ¡No tienes sentimientos! ¿Nunca has sufrido envidia, humillación, derrota? Permíteme que te lo diga: aunque pienses que Pozzi es viejo, cada vez que le pone la mano encima a otra mujer, o incluso cuando la mira con afecto, me pongo celosa. Y entiendo perfectamente que esté celoso de mí, aunque yo no pueda soportarlo y sienta que me ahogo.

Le tomé la mano, pero ella volvió a retirarla mientras caminábamos.

—No estás prestando atención a lo que digo. Tú necesitas madurar, Perian.

—Vamos, pichona. Tú sabes que tu marido confía en mí.

—La pena es que no confía en mí. Pozzi es un zorro viejo que olfatea maldades hasta donde no las hay. Dice que soy demasiado bonita para mi propio bien, cosa que tal vez sea cierta.

—Es la carga que tienes que llevar, mi dulce Singla —le dije, y estallé en risa.

—Poco sabes tú de lo complicada que puede ser la vida.

—Vamonal te ha vuelto caprichosa. Yo soy afable, pero tengo una vida enredada.

Para mis adentros, pensaba que en todo eso había algún misterio. Tanto La Singla como Kemperer consultaban normalmente a un astrólogo que vivía casi frente a la casa de ellos, un hombre de aspecto extraviado y cara de sapo. ¿Por qué estaría ella hablando con otro astrólogo, a no ser para guardar algún secreto? La respuesta se ocultaba en lo que ella acababa de decir; el marido desconfiaba, y no sin motivo; su bonita mujercita estaba dándole más motivos. Tenía un nuevo amante. ¿Cuál de los actores sería? De Lambant no, porque ya se habría jactado en público. Tampoco Portinari. Chasseur, tal vez, siempre silencioso y ceñudo bajo las oscuras cejas.

La Singla me echó una mirada dolida y coqueta, y la acompañó con un leve meneo de caderas.

—Eres demasiado disoluto y atrevido.

—Pues ahora, mi bonita Singla, estoy de veras decidido a reformar mi carácter... claro que no exactamente en la próxima media hora. En Malacia nadie discutiría que eres una belleza sin rival, muy especialmente después de caída la noche y realzada por la luz de las candilejas, y no es raro que tu marido necesite tranquilizarse. Ven conmigo por este lado, dame un beso amistoso y daré testimonio ante Pozzi de tu fidelidad y así conseguiré pacificarlo. ¿Trato hecho?

—Perian, a mí no me va mucho tu manera de divertirme. Las mujeres sufren, entérate. Y los hombres como tú, que se imaginan amar a las mujeres, aumentan ese

sufrimiento.

—Estás aguda esta mañana. Déjame que te ayude a sufrir. Ven por este lado, y nos haremos un favor recíproco.

La tomé del brazo, de modo que tuvo que detenerse. Cuando volvió la cabeza, observé, como en otras ocasiones, que tenía las cejas un poquitín demasiado gruesas, y una pelusa de finísimo vello dorado sobre el labio superior. Ella, lejos de escudriñarme, miraba a través de mí, inexpresivamente, mientras consideraba mi proposición.

—La vida es muy difícil. Perian. Por favor, no te aproveches. Sé mi amigo. Sería una ayuda si tranquilizaras al maestro Kemperer. Escucha, a la hora de la siesta hemos de ir a inspeccionar las Sombras Chinescas de Harino. Tú podrías venir con nosotros.

—Ah, había oído decir que el gran Harino estaba en la ciudad. Es mejor que Tvrtko.

—Pozzi teme que Harino nos arruine el negocio, y hemos de ir a ver qué clase de espectáculo monta. Ven tú también, y di una palabra bondadosa por mí, te lo ruego.

—Defenderé tu caso a cambio de los favores habituales.

La tomé por la cintura y procuré llevármela por un callejón lateral. La Singla me asestó un violento golpe en la sien.

—Maldito seas, ¡como si no me hubiera ganado más de cien veces el derecho a contar con tu apoyo, sin tener que hacerte una nueva concesión!

—¡Esa sí que es una bonita manera de ganarte mi apoyo! —La cabeza me retumbaba—. Tú eres juguetona, lo tengo comprobado.

—Por una vez, he jugado bastante.

—¿Quién es ese afortunado a quien concedes tu atención indivisible y tus piernas divididas?

—Tengo que regresar. Cómo se va el tiempo. Marcha más de prisa, monstruo.

Atravesamos el puente y parecía que los pies de La Singla centelleaban bajo la falda, que se recogía para no ensuciarla con el polvo de la calle. Ella callaba y yo miraba el mundo, pensando lo bueno que parecía, y con qué sensatez cumplía sus ocupaciones la gente a la que no le retumbaba la cabeza; no importaba que estuvieran caminando, trabajando, o simplemente escupiendo desde el parapeto del puente, como dos negros africanos que divertían así a un bebé que tenían con ellos. Un viajero que cobraba unos denarios por hacer sonar un pequeño fonógrafo estaba recostado contra el marco de una puerta y se quitó irónicamente el sombrero para saludar a La Singla mientras pasábamos.

—Tienes amigos extraños —le dije.

—Ese caballero va siempre a ver mis actuaciones. Ahora lo ves simplemente como un holgazán sin un centavo, pero en una ocasión me declaró su amor en un discurso tan hermoso y de sentimiento tan profundo como jamás he oído otro.

—¿Y tú también lo amaste?

—El dinero y las emociones eran cosas que el pobre hombre no sabía manejar. Había recibido una herencia considerable y ya no le queda ni un céntimo. Como ves, se limita a tocar el fonógrafo en la calle, y dicen que comercia con muchachos... en tanto que sus ilustres padres descansan en una tumba de mármol y malaquita azul en los bancos del canal Savoirdi.

—Si yo tuviera que decidir entre tocar el fonógrafo o estar en una tumba de mármol, elegiría como él. Los ilustres padres tienen un trabajo mohoso.

La Singla me miró con aire fatigado.

—Recuerda que me sé de memoria las comedias de donde sacas tus chistes.

—¿Cómo puedo creerte, cuando tantas veces he visto cómo olvidabas tu propio parlamento?

—Querido Perian, somos de la misma edad e incluso del mismo signo y, sin embargo, mi experiencia de la vida es menos superficial y me permite aconsejarte. Tómate las cosas con más seriedad. Sufre, y date cuenta de que los demás también sufren.

Casi habíamos llegado a su casa. Aminoré el paso y aceleré mi discurso para decir:

—¿He de llorar para que creas que sufro? Tengo una muchacha que es todo para mí, y me propongo serle fiel, aunque las tentadoras como tú no son una gran ayuda. Tú confundes cordialidad con superficialidad. Aquí dentro hay angustia suficiente como para hacer reír a un búho.

Y yo mismo me reí mientras me golpeaba el pecho, pues mientras lo hacía pensaba que muy probablemente yo había dicho la verdad.

En medio de los olores y emanaciones del barrio de los Aromas, la casa de Kemperer se alzaba a la luz de ese resplandor peculiar y mórbido que caracteriza las calles prósperas. En el patio, entre carruajes rotos y perros encadenados que gruñían, y la melancolía de Albert dentro de la jaula, había hombres que esperaban para ver a Kemperer. Era raro no encontrar a esos buscadores de favores. Junto con los que esperaban había mendigos y empobrecidos profesionales del espectáculo, que a su vez les solicitaban favores. A su manera, Kemperer era un hombre de influencia.

Ese día, algunos de los holgazanes tenían fachas decididamente repugnantes. La Singla les echó una mirada de temor mientras pasábamos lo más rápido posible entre ellos.

En el salón principal habían empujado la mesa a un lado para dejar lugar a los que se amontonaban. Se podía decir cuándo estaba en marcha una producción nueva porque la casa se convertía en una especie de almacén desordenado. Apenas había habitación o pasillo que no estuviera atestado con algunos accesorios que Kemperer acababa de adquirir, o con trajes que estaba pensando comprar. De corazón bondadoso, aunque irascible, permitía que varias de las habitaciones rebosaran de parientes o actores indigentes. Como anfitrión, era tan insoportable que los huéspedes cambiaban de continuo; llegaban entre halagos o se marchaban entre amenazas.

Había un perpetuo ir y venir, y constantemente maltratados, los sombreros se levantaban o volvían a encasquetarse en valetudinarias cabezas.

En el centro de toda esa actividad estaba su fuente, Pozzi Kemperer, remilgado, de andar liviano, parlanchín, gruñón como sus perros, saltando de un lado a otro con chinelas y chaleco de satén, el peluquín torcido y una espumante mezcla de palabras y saliva en los labios. Una figura divertida, y para el caso bastante peligrosa.

Cuando La Singla y yo entramos, Kemperer estaba realizando un espectáculo de sí mismo. Al ver a La Singla, hizo una pausa para dirigirle una única mirada malévola que habría congelado la sangre a un dientes-de-diablo, y después continuó travesando alrededor de un extranjero, un hombre envuelto en una capa que le llegaba a los tobillos. Acompañando a ese magro extranjero había un hombre-lagarto que sujetaba con una trailla dos hermosas panteras negras.

El reseco extranjero las señalaba repitiendo una y otra vez, en tonos profundos:

—Le garantizo que estas bestias vienen del Lejano Oriente.

—¡Váyase, le digo... y llévese de nuevo esos bichos al Lejano Oriente! — vociferó Kemperer.

—Señor, han nacido entre las selvas de orquídeas de Bambula.

—Lléveselas de vuelta allí, bambularícelas, lléveselas adonde quiera, ¡pero sáquelas de aquí! Diríjase al zoológico de la Puerta Oeste, que allí le aceptarán cualquier cosa que tenga piel en el cuerpo, por sarnosa que esté. Pero lléveselas antes de que me apesten toda la casa o me coman a todos los actores. Se están muriendo de hambre... ¡fíjese cómo les brillan los ojos y cómo se relamen las mandíbulas! ¡Fuera! ¡Fuera!

Las bestias bostezaban, con la lengua colgando, ya fuera de aburrimiento o de estreñimiento. El extranjero dijo con tono melancólico:

—Señor, yo aprovisiono a las cortes, desde Siracusa en el sur hasta Malma en el norte terrible, con bestias que suelen ser menos hermosas, menos dóciles, menos fragantes que esta pareja de gatitos. Puedo asegurarle que estos animales son un adorno para cualquier espectáculo que le interese montar. Eso se lo garantizo desde el fondo de mis convicciones.

—Puede garantizármelo desde el fondo de sus botas, que me da lo mismo. ¡Váyase! Mis espectáculos entretienen sin necesidad de leones que merodeen por el escenario. ¡Fuera!

Hizo un ademán a uno de sus ayudantes, que se adelantó moviendo los brazos, como si ahuyentara a alguien. Levemente interesada, una de las panteras avanzó más o menos el largo de un bigote. Pidiendo ayuda a gritos, Kemperer cayó de espaldas en los brazos de La Singla, que también estaba vociferando. Ella era capaz de gritar mucho más fuerte y más musicalmente.

El hombre esquelético se volvió para llamar a su asistente y los dos salieron en silencio. Las panteras trotaban tras ellos como perros. Cruzaron el patio exterior acompañadas por los alaridos de terror de los mendigos, mezclados con los chillidos

y ladridos furiosos de Albert y de los perros.

Varios amigos míos, entre ellos Portinari, habían estado observando el espectáculo. Me acerqué a saludarlo, con una palmada en el hombro. A De Lambant no se lo veía.

—De los seres que existen bajo los gloriosos cielos, tú eres gloria celestial —citó.

—Ahórrate los pasajes de *Albrizzi*, De Chirolo —dijo Portinari—. Su señoría acaba de decretar que antes de *Albrizzi* levantaremos el telón con *Los visionarios*. Y como eso lo tenemos bastante olvidado, habrá que ensayarlo con preferencia a *Albrizzi*.

Me di una palmada en la frente.

—¡Qué sinvergüenza es Kemperer! La última vez que silbaron *Los visionarios*, juró que jamás volvería a representarla.

—Pero esto es una boda; además, De Lambant dice que estará presente cierto duque de Ragusa. Eso dará tiempo para que todos se relajen antes del drama.

—Es verdad. Y en una boda, el nivel del gusto es siempre más bajo.

—A mí me gusta mi pequeña parte de primer pretendiente.

—Oh, sí, eso lo recuerdo. —Efectivamente, lo recordaba, y daba las gradas de que Portinari no tuviera más que partes pequeñas—. Mi papel de Falante el Arruinado es tan breve... —El propio Kemperer se acercó, todavía con La Singla puesta alrededor del cuello, y alcanzó a oír mi comentario.

—Ah, Perian, Perian, querido y joven amigo, usted sabe lo tremendamente divertido que está en el papel de Falante, el anciano boticario. —Me dio una palmada en la espalda, riendo y echando espuma por la boca—. Cuando hace juegos de manos con las cucharas de madera, creyendo que son de plata, y grita: «Vaya, si solo este servido de plata vale el rescate de un rey... o por lo menos medio rescate, o digamos una tajada de rescate...», nadie puede transmitir como usted el humor que hay en eso.

—Dejemos el asunto ese de las cucharas.

—No, no. De Chirolo, no sea injusto con usted mismo. A todos les encantan sus cucharas, ¿no es verdad, María, mi fiel paloma, mi vaquita?

Con adulaciones similares nos fue llevando hasta el patio a recitar nuestros papeles. Los mendigos hacían las veces de público, y el pobre tonto de Gilíes tenía el libro del apuntador. Caminando de un lado a otro o contoneándonos, según nos apeteciera, repasamos los antiguos parlamentos.

Los visionarios era una comedia de ilusión con personajes locos o delirantes que se creían más de lo que eran. El padre de tres hijas feas tenía cuatro pretendientes imbéciles entre quienes combinar la boda. El propio Kemperer representaba al viejo. Era una pieza simple, que había que tomarse a la ligera. En alguna ocasión la habíamos representado a la manera tradicional, con todos muñéndonos de risa, hasta que descubrimos que al público le gustaba más si nos tomábamos con seriedad la trama, excepción hecha de la faramalla con las cucharas.

A las dos de la tarde, cuando se oía sonar la campana de una iglesia vecina,

Kemperer gritó «Basta» y nos dejó en libertad. Después hundió la cabeza en las manos.

—¡Que tenga yo que vivir para ver unos figurones que vocean como bloques de madera! Pobre de cualquier duque de Ragusa obligado a aguantar nuestros ataques de artritis, amigos míos... por no hablar de la familia De Lambant. Está bien, mañana lo intentaremos de nuevo. Entretanto, rastrearé la ciudad en busca de un hombre con dos panteras. ¡Quizá dé un poco de vida y fuerza a la acción!

Pese a todos los reproches de Kemperer, los que nos empujábamos para entrar a ver las *Ombres Chinoises* éramos una alegre multitud. Camino del teatro de sombras, tomamos un refrigerio en una taberna, junto a la Escalinata Maltosa. Los espectáculos se representaban dentro de una gran tienda oriental, en un jardín penumbroso. La tienda estaba cubierta de alfombras y tapices para que la oscuridad interior fuera más cerrada.

Los teatros de sombras estaban poniéndose tan de moda que el maestro temía que pudieran afectar nuestra actividad. Y aquí estaba ahora el Gran Harino, con sus *Ombres Chinoises*, recién establecido para ofrecer al público *La saga de Karagog*, precedida por *El puente roto*, con precios de admisión muy elevados.

Mientras nos filtrábamos en la oscuridad, Kemperer me llamó aparte y me susurró al oído:

—Perian, estimado amigo, siéntese a mi lado, que me interesa su crítica de la actuación.

—Si le interesa a usted mi capacidad profesional, bien podría pagarme el billete.

—¡Como crítico, usted no es más que un simple aficionado! No se sobreestime, se lo advierto con toda sinceridad, palabra de verdadero amigo. Y también necesito hablar más personalmente con usted sobre mi pícara esposa. —Me apretó con fuerza la muñeca para indicarme que guardara silencio.

Pasó una muchacha-lagarto que vendía confites y nos pusimos cómodos hasta que se oyó la música de un clavicordio y el telón se apartó. Nos agradó ver que había apenas una docena de espectadores, aparte de nuestro propio grupo.

La pantalla era una lamina de un metro y medio de largo por un metro de alto. En ella jugueteaban las sombras, con unas luces brillantes detrás. Los personajes principales se movían cerca de la pantalla como siluetas renegridas. Los secundarios, lo mismo que los comparsas, se movían a mayor distancia de modo que aparecían con una definición más gris. Con un medio tan sencillo se obtenía cierta variedad. Los efectos escénicos eran sorprendentes, con las nubes y el agua bien imitadas.

La principal novedad del Gran Harino era que parte de las marionetas, las caras y la ropa de los personajes más importantes, habían sido recortadas y reemplazadas por cristal coloreado, lo que producía efectos deslumbrantes en la pantalla. No fui el único en quedarme boquiabierto ante lo que veía.

Aunque hubiera pocas marionetas articuladas, todas se movían con naturalidad, y

los parlamentos eran divertidos, pero viejos como el mundo. Lo más pasmoso era que uno aceptase rápidamente a las marionetas como seres reates y la pantalla nos pareciese el escenario de la vida, ¡como si no hubiera otro!

Menos impresionado, Kemperer empezó a susurrarme al oído.

—De manera alguna quiero ser injusto con ella, y Minerva sabe que amo tiernamente a esa fatigosa puta, pero mi querida María se pasa las horas frecuentando camas que no son dignas de su cuerpo, tan encantador como indómito. Y ahora está frecuentando una cama demasiado... Me han estado llegando rumores, Perian...

En ese preciso momento. La Singla metió su bonita cabeza entre nosotros y pregunto:

—¿Qué estáis cuchicheando vosotros dos? ¿No es un espectáculo exquisito?

—Vete, mi botecito de miel, mi estrella de mar —gimió Kemperer—. Vete a flirtear en la oscuridad con Portinari... ¡que él sabe dónde detenerse, aunque no lo sepas tú! De Chirolo y yo estamos hablando de negocios.

La Singla resopló como un cochinito y se fue.

—¡Hay que ser un poco más zalamero para que una esposa te sea fiel, maestro! —le dije.

—¿Y qué sabes tú de esposas?

—Me estoy volviendo más responsable. Estoy pensando en la posibilidad de un matrimonio. ¿No me adelantaría usted algún dinero?

—En mi juventud, pensar en el matrimonio no requería ningún gasto.

El puente roto estaba concluyendo. Yo había visto representar la obra muchas veces de diferentes modos, pero nunca tan bien puesta como en el teatro de sombras. El botero remaba por el río con una tremenda apariencia de realidad; tenía la espalda articulada para que el movimiento pareciese verdadero. Por detrás de él, la nieve destellaba en las cimas montañosas. El sudor corría a raudales por el rostro de los espectadores, tan intenso era el calor de los fuegos que iluminaban la pantalla.

—¡Estoy cansado de mimar a esa jaca! —se quejó Kemperer de pronto—. ¿Acaso cualquier mujer no daría su virginidad por casarse con un hombre de éxito como yo? Pero ahora La Singla ha ido muy lejos... demasiado lejos, Perian. ¡Yo puedo ser vengativo cuando me da por ahí, entiéndeme!

Para ayudarme a entender me pellizcó con fuerza en la muñeca, de modo que di un grito de sorpresa y dolor en el preciso instante en que un pezcolmillo se engullía al avieso obrero que estaba reparando el puente. El público estalló en risas, pensando que yo me había asustado.

—Ha tenido la desvergüenza de enamorarse de otro papanatas inútil. Descubrí una maldita carta guardada entre las camisas de ella, esta misma mañana, cuando estaba buscando cordones para mi corsé. Mi intención es hacer que vigilen a ese botarate y le den una buena paliza. ¡Ningún hombre juega con los afectos de mi mujer!

Iba enfatizando cada uno de estos puntos con nuevos pellizcos. Yo procuré no dar

al público nuevos motivos de risa, lo que no me resultó muy difícil cuando Kemperer me agarró por la garganta y me echó la cabeza hacia atrás sobre el asiento. Como Paul en la farsa de los tres reyes, me encontré «atrapado entre la hora del chocolate y la eternidad».

Finalmente logré apartarme, jadeando.

—Podemos ser excelentes amigos, maestro, ¡pero esa no es razón para que me estrangule! ¿O se imagina que yo soy el botarate que busca? De tan buena gana me metería en la cama con *usted* como con su esposa, tan grande es mi respeto por la santidad del matrimonio.

—Perdón, perdón, soy hombre apasionado y pierdo los estribos. Confío implícitamente en ti; si no, no te haría confidencias.

—Es posible que yo mismo me case pronto.

—No es chiste que le pongan a uno los cuernos, y es todavía peor tener que admitirlo. Tú no puedes darte el lujo de casarte, hijo. Vaya, si soy tan viril como siempre. No, Perian, antes de que se acabe este maldito espectáculo de sombras, ¡escucha! Descuida, que yo tengo mis soplones y espías como ha de tenerlos todo hombre de mi condición, pero quiero que me digas si has visto a La Singla en actividades impropias. Quiero que la observes atentamente, ya que ella confía en ti lo mismo que yo.

—No quiero sumarme a esa colección de espías.

—No, no confundas las cosas, nada deshonesto... simplemente informar de cualquier cosa sospechosa y seguir vigilando, ¿eh? Y tendríamos que dar mayor importancia al papel de Falante el Arruinado. Es tan divertido cuando lo representas tú. ¿No has visto algo impropio en ella?

—¡Es difícil creer que una mujer tan virtuosa se decida a engañar a un marido como usted!

Me hundió en las costillas un codo famoso por su mortífera estructura ósea.

—Claro que siendo yo de sangre tan ardiente, no le doy mucha paz, permíteme que lo diga, pero en toda mujer hay una libertina de corazón. Comparados con ellas, los hombres son almas virtuosas. Hay veces en que podría matarla.

La paz había caído ya sobre el río. El puente roto seguía sin reparar. El crepúsculo se acercaba. En un costado encendieron hierbas aromáticas, para que afectaran al público. Un cardumen de peces-colmillos, de largos cuellos, navegaban plácidamente río arriba. Las cumbres de las montañas se tiñeron de rosa mientras el valle desaparecía en la sombra. De pronto todo fue conmovedor y se acabó.

—¡Basura, basura! —gritaba Kemperer, dando golpes sobre la silla—. ¡Ni una línea ingeniosa en toda la obra! ¡El gran fraude del Gran Harino! ¡Mejor será que *Karagog* supere en algo este triste espectáculo, porque si no, no lo aguantaré!

Pero la mayor parte de la gente parecía divertida. Pedían a gritos bebidas frescas para apagar la sed, a tal punto hacia calor en la tienda. Portinari vino a sentarse junto a mí y tomamos un sorbete.

—Fue realmente una fruslería, pero con algo de novedoso —comentó.

—Cuando yo era niño, en La Estrella, un viejo solía representar *El puente roto* en un barril, a la luz de un cirio. Es algo muy, muy viejo.

—Como *Los visionarios*... De todas maneras, esa interpretación tenía cierto nivel, ¿no te parece?

—Sí, bastante. «Payasada quizá lo sea, pero formidable como teatro» —cité—. Me trajo a la memoria la Realidad, sin que nadie hiciese inútiles esfuerzos por remedarla servilmente.

—La Realidad es tan desagradable... Piensa que estamos aquí sentados, relativamente cómodos, mirando una sucesión de imágenes, mientras detrás de la pantalla algún pobre desdichado sudoroso enciende unos fuegos que podrían asarlo vivo.

—¿No es esa precisamente la naturaleza del arte? ¡Un artista sufre agonías para dar al público un estremecimiento de deleite!

—¡Ah! ¡Has aceptado interpretar a Falante! —dijo Portinari—. ¿De qué otra cosa te ha hablado el viejo Kemperer?

Un sordo redoblar de tambores y el resplandor que iluminó la pantalla me salvaron de tener que contestarle. Unas figuras deslumbrantes irrumpieron en la pantalla. Apareció Karagog, con brazos muy largos y un cómico sombrero rojo, y empezó la diversión.

Karagog intentaba ser maestro de escuela, pero fracasaba tan lamentablemente que los demás maestros lo echaban a la calle; probaba de unirse a un circo, pero desde la cuerda floja se caía dentro de una sopera; se incorporaba al ejército, pero el ruido del cañón lo aterrorizaba. Las imágenes llovían ante nuestros ojos. El titiritero había conseguido un efecto de zoetropía, de modo que en las escenas del circo los acróbatas brincaban, saltaban y danzaban por toda la pantalla, arrojándose entretanto pelotas de colores. Y el desfile de los soldados, todos con grandes sombreros empenachados, estuvo magnífico. Balanceaban los brazos mientras el músico tocaba *Lilibulero*.

La escena siguiente era un combate. La pantalla se oscureció. Se oyeron disparos y voces que gritaban «¡Fuego!». Una luz cárdena y vacilante atravesó el campo de batalla, donde los soldados estaban en posición de firmes. El humo había invadido ya la sala; Kemperer estaba tosiendo y maldiciendo.

De repente la pantalla estalló. Los titiriteros quedaron al descubierto, en el momento en que arrojaban las marionetas y corrían a ponerse a salvo. La tienda entera ardía en llamas.

—¡Ya ve, el realismo ha llegado demasiado lejos! —dijo Portinari, ahogándose de risa mientras escapábamos corriendo por entre el humo. Junto a la entrada había una pila de papeles impresos. Recogí uno al pasar.

En el jardín todo era un pandemónium. Sin ceremonia alguna, los muñecos eran arrojados dentro de un carro, mientras los ayudantes corrían echando cubos de agua

al incendio y el Gran Harino vociferaba. Las llamas estaban extendiéndose a una glorieta de vistarias.

—¡Vaya fogata! —decía Kemperer, frotándose las manos—. Fue una locura encender esos fuegos dentro de una tienda. ¡Esperemos que no la dominen demasiado pronto!

Las cenizas de la tienda quemada caían como hojas de otoño. Una de ellas se posó en el hombro de La Singla, que dio un chillido. Kemperer le asestó unos golpes que podrían haber extinguido el Vesubio, hasta que la pobre mujer se apartó de él, tambaleante y gritando. Kemperer se volvió hacia mí con un gesto de ferocidad y me dijo:

—Qué final para mis desdichas si terminara por hacerse humo, ¿eh?

Portinari y yo, junto con otros actores, fuimos a refrescarnos a la bodega próxima. En el rincón más oscuro había un barrilito de cerveza bávara. Pedimos dos jarros grandes, y, después de brindar, nos llevamos a los labios la espumeante cerveza.

—¡Qué viejo papanatas es Pozzi! —dijo Portinari con un suspiro mientras se enjugaba la boca.

—¿Por qué trabajamos para él?

—A pesar de todo, tiene su vena de humor. Cuando empecé con él, le pregunté si tenía algún consejo para un actor joven y me dijo: «Sí, uno sobre todo: que se mantenga del lado bueno de los cuarenta».

—Buen consejo... que yo, por lo menos, me propongo seguir.

Saqué de la camisa el impreso que había recogido en el parque de espectáculos. Al desplegarlo sobre la mesa, leímos los versos impresos en negrita al pie de la página:

*Las Figuras de Sombra imitando ajetreos
quieren entreteneros y daros alegría,
y os piden indulgencia a vosotros, Fantasmas,
que estáis en el enorme Teatro de la Vida.*

*Han venido de Oriente y la Catay lejana
y, lo mismo que a ti, detrás de la Pantalla
alguien los guía... Mira viendo esta obra
que tu vida es también solo un juego de sombras.*

Todos rugíamos de risa.

—Fue este libelo incendiario lo que puso fuego a la tienda —dije.

—Yo podría componer igualmente bien antes de que acabe con tu jarro —dijo Portinari.

—¡Poca fe tienes en mi capacidad para la cerveza bávara!

Me llevé el jarro a los labios y comencé a beber, mientras mi majestuoso amigo fruncía el semblante en una mueca horrenda, como para que la Musa se inclinase

sumisa ante él. Cuando dejé sobre la mesa el jarro vacío, levantó la mano, lanzó un grito de triunfo y recitó:

*No hay libertad gratuita, y si la hay es rara
como cerveza gratis, dicen las marionetas,
pero esta analogía no vale para nadie...*

—Sí, «porque las marionetas no tienen corazón».

—No, no, espera... «porque las marionetas nunca beben ni mean». ¡No olvides la rima, *b, b!* ¡He ganado, De Chirolo, he ganado!

—Admito tu victoria, mi fabuloso y gordo amigo, y verás que la cerveza gratis no es tan rara como crees...

Finalmente, por los callejones más frescos, me fui a casa a dormir la siesta. Muchas cosas tenía en la mente, pues el juego de sombras con Armida iba tomando un giro nuevo. La cacería de ancestros pondría a prueba toda mi seriedad.

Por el pasadizo bajo la arcada entré en la calle de los Tallistas. De entre las sombras emergió una forma de mujer, que resultó ser La Singla. Tenía miedo de que la hubieran seguido e insistió en subir a mi habitación.

—Un tirón de orejas esta mañana. Y ahora, ¿qué? Si se trata de pagar una culpa, puede esperar. Necesito dormir.

No me contestó mientras subíamos las escaleras.

Al cerrar la puerta, me volví a contemplarla. No había en ella el menor rastro de su coquetería habitual. Tenía un aire de máscara trágica, se mostraba remota, y hacia sonar las esclavas españolas que llevaba en las muñecas, expresando así un bonito desasosiego. Cuando me acerqué, las mismas muñecas y las manos flexibles me mantuvieron a distancia.

—Tienes que ser mi amigo y nada más. Perian, si te es posible. No te aproveches de mí. Te perdí cuando estalló el incendio y desde entonces te esperaba con ansiedad. ¿Dónde has estado? Has de contarme lo que mi marido te dijo en la tienda. ¿Sospecha demasiado? ¿Ha puesto hombres para que me sigan?

—Lo que me dijo era en confianza.

Estaba tan angustiada que se me acercó. La tomé de las manos.

—Perian, estoy en un aprieto desesperado.

—Conque está usted metida en algún asunto importante, señora Kemperer. ¿Por qué, si no, ha de vérsela tan pálida, como si estuviera representando *El último de los Cantamos*? Ha recurrido usted a un hombre capaz de hacerle olvidar esos problemas.

—Si quisiera una cosa así, ¿no crees que tendría otros amantes más ricos, tan buenos como tú en la cama y no tan engreídos? —Se llevó las manos a la boca—. No tuve intención de decir eso. Perian. No fue más que un tirón de orejas verbal. Tú eres un encanto, pero no es momento para la galantería. Tengo que volver a casa, o me echarán de menos. Dime lo que te dijo Pozzi.

—Conque es un amante rico, ¿eh?

Me miró muy seria, con el ceño fruncido y sin hablar.

—Dime quién es ese dechado de amante.

—Oh, ¡vete al diablo! ¿Por qué he de confiar en ti?

—Te deleitas en darme sermones. Pues yo te daré uno. Me consideras inescrupuloso y vano, pero yo, por lo menos, confío siempre en mis amigos. Es nuestro deber, por lo menos mientras no demuestren falsedad. Es mejor que te engañen en alguna ocasión que vivir siempre en la sospecha.

—Dices tonterías.

Pero mi pequeño discurso me había hecho sentir mejor y lleno de confianza, de modo que le repetí lo que me había dicho Kemperer, con muy escasos adornos.

—Entonces, no lo sabe todo —dijo La Singla, mirándome de frente—. Ni tú tampoco, Perian. Perdóname las rabietas.

—Claro que sí.

Un beso en los labios y desapareció. Me senté en la cama y apoyé el mentón en la mano, mientras cavilaba profundamente sobre las mujeres, sobre mí mismo y sobre toda la raza humana.

Al ponerse el sol, cuando el cielo se teñía de carmesí por encima del palacio de los Obispos Electos, sobre la colina empinada, me había recuperado de mi ataque de filosofía. Armida y yo. De Lambant y Bedalar, estábamos en un respetable café que apenas podíamos pagar, bebiendo y conversando. Portinari también tendría que haber estado allí, pero su padre lo necesitaba en la lechería. Las dos acompañantes, Yolaria y Jethone, se encontraban en un pequeño reservado detrás de una cortina de cuentas, donde podían hablar del precio de los encajes sin molestarnos.

Como Portinari estaba ausente, tuve que ser yo quien contase la historia de como se había incendiado la tienda del Gran Harino. Lo hice con tan buen efecto que las chicas se rieron, se estremecieron, y desearon fervientemente haber podido estar allí.

—¿Has estado ocupado desde esta mañana? —me preguntó Armida—. ¿Aparte de disfrutar del gran incendio?

—Febrilmente ocupado con los ensayos. Mañana iré a ver a mi hermana y le pediré un caballo para la cacería; no quiero decepcionarte.

—Es muy importante que estés bien equipado para la cacería de ancestros. ¿Tu cuñado no puede aconsejarte?

Armida me hablaba en el mismo tono que había empleado por la mañana.

—Volpato jamás está en casa. Ya me las arreglaré. Tengo mucho que hacer. Buscar otro traje. Mientras estaba mirando las *Ombres Chinoises*, antes de que se hicieran humo, tuve una repentina inspiración para Falante el Arruinado.

—Tendrías que concentrarte en una sola cosa.

—El episodio de la batalla en *Karagog* me dio la idea. Decidí representar a Falante como un soldado, no como un sucio boticario. Entonces podríamos traer a colación algún asunto contemporáneo sobre el estado de bancarrota de

Constantinopla, lo que siempre despierta hilaridad. Naturalmente, será divertido para un duque de Ragusa.

—Mejor que te atengas al boticario —me aconsejó De Lambant—. Quedarás más divertido con sanguijuelas que con espuelas.

—Es que estoy increíble como soldado. Cuando me miro en el espejo móvil me doy miedo. Tengo botas militares de media caña y una magnífica espada de madera; la vaina cuelga de una pesada banda que me cruza la chaqueta desde el hombro. — Me levanté para mostrarles cómo quedaba—. El efecto es bastante impresionante. Y tengo una chalina larga que se divide en dos y me cae hasta la cintura, en el estilo de los mercenarios croatas. Es un conjunto mejor que el de Otto Bengtsohn para Gerald. Lo único que me falta es un tricornio con penacho. ¿No tendrás tú algo así, Guy?

—Ni el sombrero ni la ambición de tenerlo.

—Te gustará el traje, Armida, y jurarás que ningún campo de batalla estaría completo sin mí. ¡Las marionetas de sombras no eran nada! Todas las articulaciones me funcionan con la mayor flexibilidad. En el espejo, vi que el galante doncel se paseaba jactancioso. Después sacó el mandoble, de templada madera toledana, ¡y segó cincuenta otomanos! ¡Qué rapidez, qué gracia, y qué ejemplar ferocidad! Pero no tiene sombrero. Una osadía inconmensurable, pero le falta el sombrero. Triste historia...

—«Quien bien se ama a sí mismo no encontrará rival» —citó Armida.

Indignado, seguí tomando vino.

—¡No era a mí a quien admiraba, sino al fantasma de mi creación! Ese es el placer del teatro, Armida. Con solo cambiar mis atributos externos, cambio al hombre interior.

—Si es que hay un hombre interior —dijo Bedalar.

—Entonces —dijo Armida—, el hombre interior es una veleta.

—No es una veleta. En potencia, el hombre interior es todo, todos. ¡La mutabilidad del alma! Cada uno de nosotros, dada la ocasión, puede abarcar todas las posibilidades. Un cambio de estado de ánimo, un cambio de ser. —A grandes sorbos, bebí algo más de vino, sintiendo mi poder y mi arte—. ¿Un joven, un viejo? Pues sí. ¿Rico o pobre? ¿Galán, juez, carterista, monje, noble, molinero, mendigo, artista? Lo que queráis. Todos los oficios, los rangos, las profesiones, los desatinos y la prudencia: todo esta dentro. No necesita otra cosa que la vestimenta apropiada para traer a primer plano el personaje apropiado; él se adueñará de mí, durante una breve hora vivirá mi vida, y yo la suya.

»Todos harían lo mismo si se atrevieran, si aprendieran a hacerlo. Es la única libertad.

—¿Tan espantosa es tu vida que tienes que escapar de esa manera? —preguntó Bedalar.

De Lambant parecía bastante aburrido, pero las dos muchachas escuchaban con interés.

—La gente feliz siempre se «escapa», como tú dices. Y regresa con riquezas. He representado a un nigromante, y tenía que comer hasta el más pequeño bocado de comida según el titular adecuado de la estrella adecuada; a un anciano estadista, y semanas después todavía me crujían y temblaban todos los miembros; a un mequetrefe, y mis amigos me evitaban mientras la pieza estuvo en cartel; a un amante de muy mala estrella, y todas las noches me dormía llorando.

Armida intervino, riendo:

—Entonces, me aterra pensar en lo avaro que te pondrás mientras representes a Falante.

—Lo que quiero decir, mi melocotón, mi trofeo, es que mediante un frívolo arreglo de mi sombrero, he sondeado los abismos de la Locura o he escalado las laderas de la Verdad. Y aparte de todo esto, ¿qué importancia tiene que mi verdadero yo se pierda a veces de vista?

—¿Intentaste alguna vez representar a una persona modesta? —me preguntó Armida.

Proverbialmente, solo los malos tienen vidas ocupadas. Sin embargo, por la mañana siguiente el día se anunciaba atareado. En una o dos horas, Otto Bengtsohn estaría trabajando con su zahnoscopio en el palacio Chabrizzi; a mí no me necesitarían durante la mañana, pero por la tarde tenía que ir a actuar en una escena con Leticia. Esta mañana resolví ir de nuevo a ver a Pozzi Kemperer y persuadirlo de que me dejara representar a Falante como galán; para esa entrevista quería ir adecuadamente vestido. Necesitaba asegurarme de que el sastre tuviera tela para mi chaqueta. A la noche, dejaría que mis amigos se divirtieran solos mientras yo visitaba a mi hermana, quien me ayudaría a conseguir todo lo necesario para la cacería de ancestros en Juracia. También estaba el problema del caballo. Mandaro tenía una yegua; pero como él, de naturaleza demasiado mojigata para la cacería.

Tai vez Kemperer pudiera prestarme un tricornio con penacho.

Dejé que los gallos de la ciudad acabaran de despertarme, me levanté y me vestí con botas de becerro, el cingulo pesado, la chalina larga, la espada de madera y otros adornos marciales, cantando mientras me vestía:

Oh, a veces desafiamos lo que es inevitable.

Los malacios lascivos alaban a los castos...

De cuando en cuando echaba un vistazo hacia abajo, a la calle, donde el bullicio acompañaba ya a las largas sombras de la mañana. Los aprendices corrían de un lado para otro con comidas y bebidas; en los talleres de los tallistas se descargaban los fardos de madera, las lavanderas iban y venían y los pescadores pregonaban con voces guturales. El carro del lechero pasó ruidosamente por el callejón, tirado por un buey con campanillas de plata en los cuernos y conducido por un cornudo hombre-lagarto.

A codazos, un soldado se abría paso entre la multitud. Mientras atravesaba un sitio soleado acertó a levantar la vista y me vio en la ventana. Llevaba un tricornio empenachado, exactamente el modelo que yo tanto ambicionaba.

Pasó y quedé atormentado por la envidia. Ahí estaba yo en mi buhardilla, sin un céntimo, con amores y ambiciones por encima del miserable estrato de la vida en el que había sido arrojado de cabeza, amores, ambiciones, ¡sí, y talentos...!, y ahí andaba ese sujeto jactándose, sin duda con los bolsillos repletos de oro, sin duda encaminándose a una cita furtiva con alguna dama voluptuosa. De no ser así, ¿por qué un capitán de caballería habría de estar levantado y a pie a una hora tan mercantil del día?

Disipé mi descontento con canciones. Me vestí finalmente, sin sombrero, descendí a la calle y compré a un pastelero amigo una pasta rellena con pimientos y carne picada.

Mientras masticaba, atravesé el mercadillo de anticuallas para pasar por debajo de las ruinosas arcadas del palacio Desport y ver el cambio de la Guardia Nocturna en la plaza. Por todas partes me saludaban mis relaciones. Vi a Jozé, el tío de Leticia, que arrastraba penosamente las muletas, pero él no llegó a verme.

En un extremo de las arcadas, me recosté contra un pilar; una campesina estaba allí sentada, junto a una canasta de flores. El sol me iluminaba, y era agradable observar los precisos movimientos de la Guardia Ciudadana de Malacia, que me inspiraron pensamientos militares mientras yo quebraba mi ayuno.

Muy cerca había dos magos, que no prestaban atención al desfile. Se habían adueñado de un recoveco donde, entre sus particulares inmundicias, farfullaban algo sobre un gran globo de bronce, no pude saber si de este mundo o del otro. Sus dos corrompidos chiquillos jugaban descalzos alrededor. En el sombreado fondo, entre lienzos alquitranados, una cabra expiatoria miraba un pino que crecía en la mampostería agrietada.

Uno de los magos tenía una cara maligna y estúpida, hinchada a los costados como la de un sapo, y me sonreía mientras giraba la cabeza y me hacía señas con un dedo.

Fingí que no había visto las señales. Al dar un paso atrás, choqué con un transeúnte. Sentí que un hombro colérico se me hundía en la espalda. Tan gallardo era mi ánimo que impulsivamente giré sobre mí mismo, sacando la espada de madera.

Me vi frente al caballero que había observado desde mi ventana, con el tricornio empenachado y todo.

Eché mano a la empuñadura de la espada, pero en ese momento dejó de mirarme a los ojos y descubrió mi espada. Me observó con una expresión menos hosca y abrió los brazos.

—¡No me atacéis —rogó—, que no sé cómo parar los golpes de esa espada!

No pude menos que reírme. De figura menuda y apuesta, era sólido, de cabello y barba recortados, no más de dos años mayor que yo. Le envidié el rizado bigote

castaño, de puntas bien enceradas. Tenía los ojos oscuros y húmedos, signo quizá de que no era de confiar. Ese castaño oscuro e indescifrable nunca quiere decir nada bueno. Quizá por esa razón levanté la punta de mi madera hasta ponérsela a la altura de la garganta. No trató de defenderse.

Mientras manteníamos el dramático cuadro vivo, pude imaginar la historia de mi antagonista: de buena familia, un muchacho acostumbrado a salirse con la suya, un padre tolerante, mujeres, una carrera militar asegurada, amigos leales, un establo con excelentes caballos, coraje, espíritu caballeresco, heridas ennoblecedoras, medallas, ascensos, un matrimonio próspero, relaciones en la corte, honores, el futuro en sus manos. No correspondía a una espada de madera oponerse a semejante destino. Volví a bajar el arma.

Sin duda, en diez años más estaría gordo y gotoso.

Nuestro cuadro vivo fue interrumpido por el sapo-mago, un pobre lisiado bajo la túnica negra y grasienta. Se arrastró por la acera hacia nosotros, con una mano levantada en un brazo moreno y nervudo, gritando:

—Atención, jóvenes caballeros, atención. Los accidentes no existen. Los astros hacen el carácter, el carácter hace el destino.

Mientras retrocedíamos apartándonos, el dedo volvió a erguirse en busca de nuestros mentones.

—Vosotross dos, jóvenes señores, estáis sin saberlo en una misma cama. Y es una cama que no augura nada bueno, y la desgracia caerá pronto sobre vosotros. En cuanto a vos —al decirlo volvió hacia mí unos ojos de gato—, las aguas se cerrarán sobre vuestra cabeza a menos que nadéis con más seguridad, ¡y el Oscuro se adueñará de vos!

Me acomodé la espada y eché a correr, y lo mismo hizo el caballero, huyendo junto a mí.

—El viejo reptil miente —gritó—. No tengo la menor intención de meterme en el piojoso jergón de usted.

—Ni yo en la indigna cama de usted, plagada de ladillas. ¡Prefiero el lecho de un río!

Nos detuvimos al volver la primera esquina, mirándonos con enfado. Me maravillaba ver cómo había podido correr sin perder el sombrero.

Cuando mi antagonista volvió a sonreír, mostró una hilera de dientes blancos, dignos de cualquier actor, y me extendió la mano.

—Jamás presto atención a las palabras de prostitutas ni agoreros. Detrás de esas palabras hay un mundo del que ellos nada saben. Soy el capitán John Pellegrino San Lasionio, del Gran Caballo de Tuscadia, oveja negra de la familia de San Lasionio de Dakka. Y he de admitir que lo estaba observando a usted.

—Yo soy el actor Perian de Chirolo, último vástago de una gran familia de eruditos, pero sin paciencia para ser erudito. Además, solo por mi vestimenta soy soldado.

—Como un soldado profesional puede fácilmente darse cuenta... Pero, por supuesto, el disfraz engañaría a cualquier otro.

—Del mismo modo, yo puedo asegurar que es usted la oveja negra de la familia. Y no he oído hablar más de los San Lasionio de lo que usted haya podido oír de los De Chirolo. ¿Por qué ha estado observándome? Lo único que le envidio es ese espléndido tocado... ¿qué tengo yo que usted pueda envidiar?

Al oír esto el hombre se desanimó y echó a caminar con la mirada fija en las botas. Cuando lo alcancé, me dijo:

—Le envidio principalmente ese armisticio que ha firmado usted con el mundo. La libertad con que se paseaba bajo la arcada, comiendo y disfrutando *del* día. Para mí hoy es el día en que he de tomar una decisión ominosa y los presagios no me favorecen.

Se me ocurrió que tal vez estuviera pensando en deshacerse de una montura excedente y buscara un receptor adecuado; y en seguida me vi pidiendo a mi padre que me permitiera usar como establo el patio desierto, y hasta vi que Beppolo se ocupaba del animal y compraba heno a un precio razonable, y que mis amigos —y Armida— me observaban mientras yo trepaba de un salto a la silla, sonriendo y saludándolos.

—Según dicen los adivinos, todos los días son días decisivos.

Me echó una mirada fugaz, entre cómica y desesperada, y se dio un golpe en el pecho.

—Permítame una confesión. Por primera vez, yo, que me he reído siempre de las astucias femeninas, estoy enamorado. Ensartado por el amor.

Con una risa hueca, contesté:

—Vamos, capitán, ¿acaso mi actitud casual lo engañó con tanta facilidad? Todos los días de mi vida estoy enamorado. Las mujeres son tan hermosas, tan complacientes que ¿cómo podría ser de otra manera? Ahora estoy empeñado en casarme con la más bella, la más condescendiente, y la más condenadamente cara de ellas, de modo que he de renunciar a todas las demás, puesto que soy hombre honorable. Es decir, solo mi capacidad de actor alcanza a ocultar un interior tumultuoso.

Con un ademán, San Lasionio restó importancia a mis palabras.

—Yo no actúo, soy hombre de acción. Ahora estoy combatiendo en un mundo de amor cuyas estrategias siempre he despreciado.

—No las desprecie, cultívelas.

—Pues las desprecio. Soy un soldado, no un petimetre. Y sin embargo, hoy me encuentro en la emboscada de la que hasta ayer me reía. Pues aquella a quien amo, oh... ¿por qué exhibo así mi dolor?... , aquella a quien amo por encima incluso de mi honra, está ya casada, y con un viejo tan miserable y lascivo que todas sus horas son de sufrimiento. Si alguna vez hubo un matrimonio que fuera una mezcla incendiaria... Sin embargo, ella no se separa, pues es de corazón dulce y

bondadoso... ¿Puede un hombre amar demasiado, De Chirolo?

Lo pensé un momento.

—He visto hombres que aman los matrimonios de otros, creyendo que es a la mujer a quien quieren.

—Ya veo que lleva una vida decadente. Malacia está podrida. Si no fuera por ella, me alegraría que mi regimiento estuviera a punto de salir... No, no lo digo como insulto: estoy simplemente aplastado, molido por un engranaje que gira muy despacio. Vamos, caminemos un poco.

—¿Le gusta caminar? Como oficial de caballería, pensé que prefería montar. Usted ha de vivir y respirar entre caballos.

Mientras nos encaminábamos hacia el norte. San Lasionio me dijo:

—La amo, y juro que ella me corresponde de veras. Sí, sí, su corazón late por mí, y sin embargo es demasiado leal para abandonar a ese antiguo sátiro.

—Hay muchas mujeres disponibles que no viven con antiguos sátiros. Sin embargo, es verdad que todas padecen algún defecto. La dama a quien yo amo tiene un padre dominante, que...

Yo intentaba llevarlo hacia la casa de Kemperer, pero San Lasionio me interrumpió y se detuvo asiéndome con fuerza del brazo.

—Mi caso es desesperado, entiéndalo. No soy un calavera. Estoy a cargo de las fuerzas que los duques de Tuscadia han enviado en socorro de Malacia. Mañana he de conducirlos a través de las montañas hacia el norte, para hostigar la retaguardia de Tvrtko. *Mañana*. Ya me he retrasado todo lo posible con una excusa u otra, he enviado a mi ayudante a hacer tantos falsos encargos... Pensaré que estoy loco, y es verdad. Mañana por la mañana, al rayar el día, he de pasar lista y partir, porque si no, mi carrera habrá terminado. Por tanto es imperativo que esta misma noche tenga una palabra definitiva de mi amada. Si no viene a mí esta noche, mi campaña está perdida, y temo presionarla demasiado y lastimarle el tierno corazón. Usted puede ayudarme. De Chirolo, si quiere.

—Un abogado astuto podría ayudarlo mejor.

—No, usted es el refuerzo que necesito. De Chirolo. Necesito un explorador, alguien que no pertenezca al regimiento. Es la mejor táctica.

Me observó con expresión de salvaje osadía. Las puntas de los bigotes le vibraban.

—El mago lisiado sugirió que usted y yo no nos haríamos bien. Búsquese algún otro.

—Será mejor que sea sincero. Sé de usted más de lo que hasta ahora le he revelado. Usted no es el vulgar petimetre que aparenta. De Chirolo. Observé el valiente ascenso en globo desde el Bucintoro, montado en el corcel negro con cascos de plata. Desde entonces he sabido otras cosas. Sé que goza de la intimidad de la dama que me ha cautivado el corazón.

Temores terribles, presagios descuidados, aprensiones, me invadieron la mente.

Habría sacado mi espada de madera, si la de él no fuese de acero.

—Capitán... entonces, ¡somos rivales a muerte! Usted es el galán de quien habla siempre mi Armida.

Me miró sin pestañear.

—Ninguna Armida figura en mi lista. La dama a quien me refiero lo visitó precisamente ayer en casa de usted... y en cuanto caballero, me abstengo de indagar lo que allí sucedió. Mi ayudante estuvo observando a distancia. La dama es la divina Singla, la casta y bella dueña de mis afectos.

—Sí, sí, ya veo...

En medio de mi alivio, pensé: Bella sí que lo es. Los otros adjetivos son la invención ilusoria de un hombre que ha perdido años entre prostitutas. Armida nunca querría o desearía un hombre así, pero ya veo que para La Singla puede ser apetecible.

—¿Comienza a entender mi punto de vista?

—¿Qué tiene que decir de La Singla?

Me tocaba a mí ponerme a caminar, y él se adaptó a mi paso.

Mientras San Lasionio rebosaba admiración por La Singla —y qué triviales parecen las protestas de adoración de otro hombre—, procuré desenmarañar la madeja. Junto a mí, en persona, estaba el pícaro que tenía alborotado a Kemperer. Se había puesto voluntariamente en mis manos, lo mismo que ella el día anterior. Como oveja negra, ¡y mucho más que oveja negra!

Mientras me preguntaba cómo podría sacar partido de la situación, el capitán empezó a resolver ese mismo problema.

—Mi divina Singla me ha hablado de usted, De Chirolo. Sé que cuenta con la confianza de ese viejo tirano del marido. Incluso ahora, es probable que usted vaya a visitarlos, en tanto que yo he de cumplir con mis deberes... es mucho lo que el regimiento tiene que preparar antes de la partida. He aquí el procedimiento. Le pido un enorme favor... aunque realmente, entre caballeros, es pequeño: le ruego que le transmita, en privado, un mensaje mío. Es posible que no lo crea, pero ese viejo repulsivo a quien ella está encadenada me da miedo. Es capaz de difundir mentiras que empañarían mi rango y mi honra. Vaya a verla y dígale que estoy al borde de la desesperación, aguardando que se decida.

Se detuvo. Las plumas del tricornio le temblaban con la misma vibración que el bigote.

—Continúe.

—Lo que ella decida significa para mí la vida o la muerte. Hoy tiene que decirme si se queda ligada a ese viejo chocho del marido o se embarca en una vida nueva conmigo y con el regimiento. Es mi ultimátum. ¿Querrá transmitírselo?

—¿Eso es todo? —pregunté.

—No hay más que decir. Cuéntele a La Singla que mi pistola está cebada y que en este mismo momento, dígalo así, *en este mismo momento*, la tengo apoyada en la

sien, en espera de una decisión favorable. Tengo mi propia estrategia, he de conocer la de ella. ¿Hará lo que le pido?

—Continúe.

—No hay nada más. Cuénteles a la divina Singla, sin que lo oiga ese macabro cabrón, naturalmente, que hoy a medianoche tendré una carroza lista en La Estrella.

—Empezó a contar los mensajes con las puntas de los dedos.

—Continúe.

—No hay más qué decir. Yo estaré a medianoche en la carroza, con la pistola en la cabeza, aguardando, esperando para irme con ella.

—¿En persecución de Tvrtko?

—Esa es la ruta que toma el regimiento, hacia el norte, después de que se retire la chusma de los otomanos. ¿Hará lo que le pido?

—¿He de informarle que esa cita secreta es con usted, o con el rey Tvrtko?

Me miró con los ojos entornados, tironeándose una mejilla.

—Necesito ayuda, no burlas. Supongamos que usted sabe que mañana va a perder la vida en campo extranjero. ¿Se sentiría hoy tan jovial?

—Por cierto, no estaría pensando en casarme esta noche.

Nos detuvimos en la calle, para mejor echamos unas miradas furiosas. Por encima del hombro de San Lasionio, observé un bloque de noble mampostería, al abrigo del cual el rostro de un anciano con patillas estaba vigilándonos. ¿Podría ser que el mago lisiado nos hubiera seguido? Comencé a sentir una inquietud generalizada y comprendí que era tiempo de cerrar trato con mi amigo militar.

—Tengo un corazón sensible, capitán San Lasionio. Simpatizo con esa romántica situación, créame. Pero, como usted, como todos los hombres, he de soportar mis propios problemas. Yo también siento algo por La Singla. ¿Es usted sincero? Si en realidad creyera que quizá muera mañana bajo el golpe de una cimitarra, o de cualquier cosa que usen los bosnios, ¿no tendría que estar de rodillas en San Marco, mejor que encargando coches para medianoche?

Se dio una palmada en la pierna.

—Ahora usted hace el papel de soldado. De Chirolo, no el de sacerdote, recuérdelo. No cambie los papeles. ¿Quiere transmitirle mi mensaje de manera persuasiva, sin comentarios, o no?

—Está bien. De soldado a soldado. Le entregaré el mensaje, sin omitir detalle alguno del plan. El informe incluirá la pistola e incluirá el coche, lo mismo que la medianoche y Tvrtko.

—A Tvrtko puede omitirlo. No quiero espantar a la dama.

—Está bien. Todo, excepto Tvrtko. Con una condición, aunque sé que los hombres de honor no ponen condiciones. Deme ese tricornio. No, ya sé que mal puede pelear y morir sin él. La santa mujer inmaculada lo devolverá a medianoche, cuando se encuentre con ella en La Estrella. Solo lo necesito para entonces. Para esa hora, tendrá que haber cumplido el pequeño propósito que abrigo respecto a

Kemperer. Es posible que los dos obtengamos algo de él hoy.

Me tomó la mano.

—Pues tendrá mi sombrero. ¿Algo más? Usted me ayuda a que asedie el corazón de La Singla. ¿En qué puedo yo ayudarle a usted?

—En nada más... ¡espere! Sí, necesito un caballo dócil y entrenado... Tal vez alguno que sea demasiado viejo para ir en persecución de los turcos.

—¡Usted ha de tener un caballo!

—Sí, eso es.

—Quería decir que ya ha de tener uno. Está bien, veo que no lo tiene. Jamás entenderé a la gente de las ciudades... a mí me criaron a horcajadas. Está bien, le conseguiré un caballo. Tenemos demasiados animales de carga para llevarlos por los Prilipits. Le dejaré anotado el lugar donde mañana podrán darle un caballo. Vaya temprano, porque si no, los comerciantes lo enviarán al matadero... los soldados dejan deudas al irse.

—¿Es negro?

—Tiene cuatro patas, que ya es bastante.

Me dio la dirección, y entretanto yo me calé el sombrero. Me iba bien. San Lasionio aseguró que me quedaba espléndido. Repetí el mensaje, nos estrechamos la mano y nos separamos. Tras hacerme la venia, el capitán San Lasionio se perdió rápidamente en la sombra del atajo y desapareció.

En un pequeño establecimiento junto al canal, escogí una mesa oculta a la vista y me bebí mi copa, sumido en mis pensamientos.

Contaba con la promesa de un caballo. Muy bien. Eso daba un buen impulso a mis asuntos. Yo tenía una deuda de gratitud con el capitán John Pellegrino San Lasionio, y estaba obligado a transmitir el mensaje.

Por otra parte, ¡qué terrible para todos si La Singla llegaba a escaparse con él! ¡Qué golpe para el arte teatral! ¡Qué terrible para mí, para Kemperer, para Malacia! Recordando la agitación que había visto en ella el día anterior, pensé que estaba realmente dispuesta a fugarse con el galante capitán. La vida con Kemperer tenía que hacerse insoportable por momentos, pero viajar por las montañas en un carruaje traqueteante no parecía una buena alternativa. También por ella yo estaba obligado a transmitirle el mensaje. Pero...

Bueno, antes de decidirlo, hablaría del asunto con De Lambant.

Tras arrojar sobre la mesa un puñado de paras, me fui, complacido por las maneras con que el camarero me despidió, inclinándose y llamándome «mi capitán».

Tan pronto como me encontré en la calle, dos matones salieron precipitadamente de un portal próximo. Me sujetaron los brazos a la espalda antes de que hubiera podido desenvainar la espada. Tal como puede imaginarse, me defendí con arrojo, pateando furiosamente mientras pedía auxilio a gritos. Por más que forcejeaba, no pude resistir los golpes en la cabeza y las patadas en las espinillas que se empeñaron

en asestarme.

No eran carteristas. No intentaron robarme y desaparecer. En cambio, me arrastraron hacia el canal de Vamonal. Combatí centímetro a centímetro, invocando a Satán en mi ayuda. Ofrecí pagarles para que no me arruinaran el uniforme, pero no me escucharon: una mano inmunda me inmovilizó la boca. Ya al borde del canal, me debatí furiosamente y estuve a punto de zafarme, pero me tenían sujeto, y con violentos golpes desde atrás, me arrojaron a patadas al agua.

Me hundí en el líquido verde y espumoso. Conservé por completo los sentidos — era todo sentidos, como el fuego es todo calor— y lo que sentí entonces no fue la agresión física, sino el dolor de la injusticia. De todas las injusticias. El agua, el mundo fangoso, era la injusticia que me devoraba. Una indecencia insoportable. Como un pescado destripado, me sentí separado de mi ánimo normalmente vivaz; sólo deseaba morir, ahogarme, desintegrarme en el barro. Con las manos extendidas removí la inmundicia del fondo del canal, deseando no volver a salir de mi degradación. Solo el penacho prestado tenía que sobrevivir a humillación semejante.

Cualquiera se siente alguna vez desalentado. Pero habían traicionado mi amorosa confianza en el mundo; era mejor que me asesinaran, que me quedara hundido para siempre en la lóbreguez sin sol. Unas hierbas me rozaron los ojos. Me agarré a ellas. Se desprendieron del fango y ascendí, flotando.

Lo primero que encontraron mis ojos fue un monumental bloque de piedra en el que sobresalía la cabeza de un dientes-de-diablo. En la boca de la bestia había un anillo de hierro. Por ser el instinto lo que es, me aferré a él. Escupiendo agua sucia, comencé a trepar. Dos camareros de la taberna corrieron en mi ayuda, ahora que ya no había peligro. Me quedé tendido boca abajo sobre el empedrado, resistiéndome a quienes pretendían que me levantase. Estaba llorando.

Alguien —un barquero próximo— pescó del agua el tricornio del capitán y me lo encasquetaron en la cabeza. Me sentaron. Mis atacantes habían desaparecido hacía tiempo por un callejón lateral. A mi alrededor estaba reuniéndose una multitud, algunos con delantales, algunos riendo, algunos angustiados, algunos coléricos, para examinar a este húmedo espécimen de la mala suerte.

Yo no podía soportar ser una pieza en exhibición. Tras ponerme trabajosamente de pie, me abrí paso y huí, sujetándome el sombrero. ¡Qué facha he de haber tenido, chorreando agua! A la carrera descendí por un sendero, pasé junto a una herrería, me precipité en un patio invadido de malezas, y me desplomé sobre una piedra amoladera rota. Demasiado angustiado para llorar, escondí la cara en las manos.

Acudió a mi mente una imagen del capitán John San Lasionio atravesando como el viento las inhóspitas montañas, junto con La Singla. ¿Habría sido él quien había ordenado que me golpearan porque desconfiaba de mis intenciones hacia La Singla? Me pareció improbable, incluso en mi estado anímico de entonces. ¿Estaría Otto Bengtsohn detrás de todo? Tampoco me pareció probable. Entonces se me ocurrió pensar en Pozzi Kemperer.

Era obra de él y de nadie más. Decidido a que La Singla le fuese fiel, había descubierto el asunto del capitán y le había tendido una trampa. Y sus hombres fuertes, de quienes con frecuencia se jactaba, me habían confundido con San Lasionio. ¿Por qué no? ¿No llevaba yo, acaso, el tricornio empenachado? ¿No tenía yo, punto por punto, el aspecto de un joven militar?

Además, los matones son notoriamente estúpidos.

Muy bien. Ahora había que enfrentarse al maestro, mostrándole como sus hombres se habían ensañado con un inocente. Me seguía sintiendo absolutamente traicionado, vado por dentro, pero uno no puede quedarse para siempre despatarrado sobre una piedra de amolar. Lastimosamente, me erguí sobre los pies empapados, sacudí el sombrero y goteando me encaminé al barrio de los Aromas. Ese zorro viejo se merecía perder a La Singla. Yo sería un cupido, un tanto acuático, que le entregaría en seguida el mensaje en que San Lasionio proponía la cita furtiva.

—Con qué prontitud se ha cumplido la profecía del mago lisiado —me dije para mis adentros—. Realmente, pueden prever las cosas. La cama en que estamos San Lasionio y yo es la de La Singla, naturalmente. Aunque tal vez yo no vuelva nunca a esa cama bien conozco el paraíso que hay allí, bendita sea. Por cierto, ayudar a otro hombre a estar en esa cama no es lo que más me va, en especial al hombre por el que me han arrojado a un canal hediondo.

La profecía se había cumplido con sospechosa prontitud. Quizá el propio mago recibiera dinero de Kemperer; siempre se decía que el viejo villano tenía los dedos metidos en tantos pasteles como el Consejo Supremo.

Al atravesar la plaza Ruppo, me detuve para sacudir algunas gotas más de mi sombrero prestado. Al otro lado de la plaza, siempre en el mismo sitio, sobre la plataforma, seguía sentado Parterre, el joven astrólogo, regordete, amable. Y delante de él, una pulcra figura femenina con el cabello de oro. La Singla, que una vez más estaba consultándolo.

Chapaleando, me oculté tras un capitel caído para observarla, con simpatía y cólera a la vez. Que en momentos de crisis una mujer corriera hora tras hora a consultar a un adivino, como un niño que acude a su madre cada vez que está asustado, nada significaba. Que La Singla estuviera otra vez consultando a Parterre hablaba, simplemente, del tumulto que había promovido el capitán en su bonito pecho.

El joven astrólogo estaba a la sombra, en tanto que a ella la envolvía otra vez un resplandor soleado, aunque no tan brillante como el del día anterior. ¡Qué flexibles los movimientos, qué expresivos los gestos de La Singla! Solo una actriz de muy rara habilidad podía ser natural con tanta afectación. El astrólogo se indinaba hacia ella, fascinado. Los vi hablar, aunque no alcanzaba a oírlos. Tan expresivos eran los gestos de La Singla, que entendí lo que estaba sucediendo como si me encontrase junto a ellos.

Le decía que había regresado para recibir de él el horóscopo prometido. ¡Qué delicada expresión! ¡Esa muchacha tendría que haber trabajado con los *pantomimi*, que no se valen de palabras! Sin embargo, no dominaba tanto el gesto como para que yo pudiera ver desde el principio de quién era el horóscopo; solo cuando Parterre se sacó de la manga un trozo de papel y se lo entregó, entendí que no era el de ella, sino el del soldado. La Singla estaba recibiendo en sus manos el destino de Lasionio.

En el instante preciso. La Singla sacó una moneda de plata de la bolsa que llevaba sujeta a la falda y con un elegante movimiento la puso en la mano del astrólogo. Parterre consiguió hacerle una reverencia sin levantarse de la silla.

Tras apartarse ligeramente de la plataforma. La Singla desplegó el papel y posó los ojos sobre lo que estaba escrito. ¡Qué exquisita flexión de la muñeca! ¡Qué delicada y repentina palidez! ¡Con qué terror y desánimo se llevó los dedos a los labios entreabiertos! ¡Qué conmovedora mirada de dolor! ¡Las lágrimas que de pronto le llenaron los ojos y se le derramaron por las mejillas! ¡Qué arte extremo! ¡Qué habilidad consumada!

La sutil quironomía de la actriz hacía que el contenido del horóscopo de Lasionio fuera para mí, espectador distante, tan claro como si yo mismo estuviera leyéndolo.

¡Las horas del capitán en el juego de sombras de la vida estaban contadas! Ella y el astrólogo gesticulaban mirando primero hacia el este, después hacia el norte. Ah, Tvrtko, ¡tu cruel espada! ¡Tu odio traicionero hacia los *giaour*! ¡Tus emboscadas en los pasos de los Prilipits para detener a quien se atreviera a perseguirte! ¡Ay, pobre Lasionio! ¡Tan joven! ¡Tan pronto! ¡Y los astros tan duramente conjugados contra ti, tal como tú lo temías! ¡Mira cómo la dueña de tu amor se lleva las manos a la cabeza como si fuera la tuya, ya separada del tronco!

Con el rostro ceniciento y los labios temblorosos, La Singla se guardó el papel en el corpiño y huyó enloquecida del lugar, en un mutis tan eficaz como cualquiera de los suyos. Y en el último momento... ¡miró rápidamente hacia el lugar donde yo estaba escondido!

Tal como yo lo sospechaba. La actriz temperamental que era La Singla, lucía mejor delante del público. ¡Había sabido todo el tiempo que yo la observaba! Un momento antes, yo había anticipado que la mala nueva que le transmitía Parterre la arrojaría directamente a los brazos de Lasionio; me la había imaginado rogándole que dejara que el regimiento partiera sin él a medianoche, en abierto desafío a los astros. Ahora sabía que no era así.

Mientras me preguntaba qué significaría esa última mirada, advertí que en la pantomima de La Singla el deleite era tan real como la angustia. Eso yo podía entenderlo. No se trataba de que ella tuviera tanto arte como corazón; el arte y el corazón eran en ella una sola cosa.

El coche podría partir a medianoche, pero La Singla no estaría dentro. Ella prefería representar su propia vida no ante unos ojos que la muerte empañaba en alguna montaña inaccesible, sino ante quienes pudieran apreciar cabalmente aquella

mágica capacidad (y entre ellos se contaba Kemperer). La naturaleza de La Singla era tal que la necesidad militar tenía que ceder ante el temperamento artístico. La Singla amaba, sufría, se desangraba... y con toda sensatez prefería que fuera así, y no poner término a las actividades de amar, de sufrir y de desangrarse.

Aunque empapado aún por mi zambullida, fue un Perian de corazón más ligero el que se encaminó a echar en cara a Kemperer al denigrante error. Observé que La Singla se deslizaba por una entrada lateral. Atravesé el patio provocando el ladrido de los perros e hice mi entrada en escena. Me enfrenté con Kemperer ante una docena de testigos, goteando espectacularmente sobre las alfombras.

—Mi estimado Perian, ¡qué mala suerte! —Levantó las manos marchitas mientras pasaba por delante de mí, enseñándome los dientes emplomados—. ¡Que tan luego a usted le den una paliza en la calle como a un adúltero cualquiera! Uno pensaría que no andaba en nada bueno. ¡Lo que habrán bramado de risa los patanes sin corazón que vieron cómo lo arrojaban entre los peces! Ojalá yo hubiera estado allí.

—¡De nada sirve disculparse, Kemperer! A partir de este momento, usted y yo nos separaremos, a menos que me lo compense usted con justicia. Ya sé que fue usted quien me envió a esos matones.

A esto siguió una de las peores escenas de mi carrera. El maestro me tomó del brazo empapado y me arrastró a su despacho.

—¡Gotea dentro de mi santuario, estimado muchacho, mi pobre dragón pasado por agua, y arreglémoslo entre nosotros! Vamos, si hasta la pluma te cuelga... ¡temo por otras partes de tu cuerpo!

De un golpe cerró la puerta del despacho, le echó llave y siguió hablando en un tono parecido, aunque una malignidad adicional le acentuaba la secreción de los ojos. Entretanto sacudía el bastón para acentuar cada cadencia.

—Pero no quisiera hacerte creer que esos secuaces míos cometieron algún *error*, mi frustrado guerrero. Ellos no se equivocaban. Oh, no, ¡te olfatearían con cualquier disfraz, por mal que te siente!

—¡Está usted mintiendo, viejo chiflado! Me tomaron por el hombre a quien pertenece este sombrero.

—No, máscara inverosímil, eres *tú* quien no puede engañarme. Mis hombres no se equivocaron, te repito. Siguieron a mi querida y fiel esposa —mientras pronunciaba estas palabras, hacia unas muecas dignas de un dientes-del-diablo— ayer por la tarde, según mis instrucciones. Observaron cómo convencías a la muy descarada de que subiera a tu mefítico tugurio. Midieron el tiempo en que se sometió a tu repugnante abrazo. Y me transmitieron fielmente el informe... En Malacia estamos todos vigilados, mi ancestral acuático, ¿no lo sabías?

Con cada punto de esta declaración, Kemperer me asestaba tan feroces bastonazos en los hombros que el agua me chorreaba de la ropa.

—Pero soy inocente, Pozzi, viejo ingrato de mente sucia, ¡soy inocente!

—¡Inocente como un gallo, pringoso semental!

¡Zas!

—Soy inocente. Jamás la he tocado. Me está usted culpando sin motivo. Por mi osamenta, cómo aborrezco los celos. Y usted está traspasado de celos, viejo mohoso comecoños.

—Y bien que me alegra. Por eso me decidí a actuar y deshacerme de ti y de ese nabo de Caballería, con su estúpida idea de carruajes a medianoche. ¡Cómo sufrirá él luego! Pagué a mis matones para que te arrojasen a patadas al canal, y fue dinero bien gastado: tú estás aquí moqueando, y María llorando fuera.

¡Zas! ¡Zas!

Exhausto, me apoyé contra la puerta, mientras me enjugaba el rostro.

—¡Qué perverso es usted! ¡Qué poco le importa hacerle daño!

—¡Pues que reviente! ¡Así recobraré la sensatez!

¡Zas!

—Y mire lo que consigo yo por ayudarle. Dije a Lasionio que se mantuviera apartado de la mujer de usted y así es como me paga. Si supiera lo que esto me repugna...

Kemperer estalló en una risa de cólera y bailó una especie de giga mientras volvía a abrir la puerta.

—Tú eres exactamente como Karagog, niño prodigio acuoso. ¡Poco éxito en tus papeles! Tu amante fue una actuación lamentable, ¡tu soldado, un fiasco! ¡Tal vez ahora comprenderás que trabajar es más seguro que meter las narices donde nadie te llama!

Aunque yo me resistiese, había perdido mi optimismo normal. ¡Que hubiera gente tan ciega para las delicadas emociones ajenas! Mientras pasaba junto a él para salir del despacho, empecé a estornudar. Kemperer emitió una risita cascada.

—Probablemente, el frío de ese canal ha terminado conmigo —dije, mirándolo con desánimo—. Como Lasionio en los pasos de los Prilipits, moriré joven.

—¡Pues mejor así, pescado licencioso! Solo las mujeres tontas dan crédito a los horóscopos... y la puta de mi esposa es más tonta de lo que yo pensaba, si se los cree aunque sean falsos. A ver si te rehaces y dejas de gotear sobre mi alfombra. Vete a tu casa, babosa, sécate, y aprende la lección.

Tan mal me sentía entonces que solo mucho más tarde, pasada la medianoche en realidad, entendí por qué Kemperer se había burlado de los falsos horóscopos. Había comprado a Parterre, no solo a los patanes que habían estado a punto de matarme.

Hasta ahora, he venido dando una imagen alegre de la vida; pero ese ataque insensato me hizo tomar conciencia del egoísmo del mundo, y lo que yo más temía era mi propio egoísmo. Mi naturaleza afectuosa había sido puesta a prueba. Me sentía castrado.

Pero allí estaba el viejo mundo familiar y cómodo, suspendido entre Satán y Dios, y por él me moví como cualquier otro ciudadano, representando mi papel ante el

zahnoscopio (ya estábamos casi al final del drama de Mendicula), tratando de obtener el caballo que me había prometido el capitán, deslizándole un mensaje a Armida, dando satisfacción a mi estómago.

Mandaro me aconsejó, Noble Zaraza me miró bizqueando y me dijo que volverían a atacarme al día siguiente y que mi vida derivaba hacia lo animal. Me separé de ellos y esa noche subí hasta las ruinas de los baños de Callacappo, detrás del ruedo, para restañar en la soledad mi ánimo herido.

Las sólidas murallas que cercaban los baños habían resistido durante siglos, con arcadas, bóvedas y escaleras todavía en pie, aunque cubiertas de matas silvestres de laurel, arrayanes y durillos en flor. Trepé peligrosamente hasta lograr mirar desde arriba los montes de árboles florecidos que cubrían ahora el antiguo establecimiento de baños. Allí me instalé, siguiendo con la vista las retorcidas raíces de los arbustos, como dedos nudosos que se aferraban a las piedras, afirmándose en los intersticios.

Tan inmóvil estaba, perdido en mis pensamientos, que otros animales que se habían refugiado por allí salieron a jugar. Los más llamativos eran una pareja de triploderos arbóreos o garratiros, que habían anidado a bastante altura en un portal derruido. La entrada del nido estaba protegida por ramas de hiedra y de laurel, de entre las que salieron los dos triploderos, el macho y la hembra, a tomar el sol del crepúsculo.

Se parecían bastante a los pollos-víboras que infestaban nuestras calles, pero eran de estructura más reda. Entre los animales ancestrales, los triploderos eran los más atractivos, de cabeza noble y pequeña sostenida sobre un cuello bien proporcionado. Los de mi pareja permanecían sentados, derechos, con la cola recogida y oculta y movían las delicadas manos, alimentándose de hojas. Como no estaban en la temporada de celo, el macho tenía el mismo color verde claro de la hembra, aunque en el vientre de él se acercaba al aguamarina brillante. La piel coriácea de ella era hermosa, débilmente rayada, pero no tenía la doble hilera de escudetes óseos que decoraban el cuero del macho.

Me descubrieron al cabo de un rato, pero se quedaron tan tranquilos como antes. La configuración de la piel alrededor de la boca y de los ojos les daba un aspecto benévolo. Si esos eran los vástagos del remoto linaje ancestral de los hombres, como los sabios decían, entonces no teníamos mucho de qué avergonzarnos.

Esas criaturas, y otras semejantes a ellas vivían contentas. Nada tenían que demostrar, por cuanto...

Yo había tenido sueños heroicos, deseos de hacer grandes cosas. En los cráneos de los garratiros no cabían tales fantasmas.

En el término de dos días, durante la cacería de ancestros en Jurada, yo tendría ocasión de alcanzar fama y progreso, y de conquistar a Armida. Quería demostrar a todo el mundo qué clase de hombre era yo, capaz de algo más que un remojón en un canal de agua sucia. El mago tullido me había dicho que nadara con más fuerza; pues lo haría. Pero consternaba comprobar lo mucho que me había herido algo tan

minúsculo. Cuando mi padre me había echado de casa, salí riendo y con aire arrogante, pese a lo ignominioso de la situación.

Al pensar en mi padre, recordé que yo no había vuelto a ver si estaba bien cuidado. Bueno, la vida se vive entre ruinas.

Tampoco me olvidaba del capitán de caballería de Tuscadia; me pregunté cómo se sentiría mientras conducía a la tropa por los inhóspitos desfiladeros de los Prilipits, sin la única mujer que había llegado a conquistarlo. Era hombre galante por naturaleza, y sobreviviría sin llegar a saber cómo Kemperer había conseguido burlarlo. Estuviera donde estuviese, le deseaba bien: ¡que durante mucho tiempo pudiera humillar y castigar a los barbudos turcos!

Los pájaros revoloteaban alrededor de mí: gorriones gorjeantes, tordos, pinzones y los veloces cabriolos que visitan Malacia a fines del verano. Empezó a refrescar. El sol se sumergió detrás de la ciudad, llenando el cielo con armonías de color. Nadie podría vivir esa hora de deleite sin entregarse en cuerpo y alma.

Bajé de mi nido mientras aún había luz suficiente para ver dónde ponía los pies.

La cacería de ancestros

Los hombres alados tocaban a vuelo las cuatro grandes campanas de la catedral. Montando en Capriccio, pasé por detrás de San Marco y lo dejé en el establo; luego fui andando hacia las grandes puertas del Oeste, donde me esperaba Armida. Estaba de pie junto a una estatua, en compañía de De Lambant y Bedalar, con amigos a quienes yo no conocía. Detrás del grupo, sombrías y severas, se encontraban Yolaria y Jethone con las otras acompañantes, todas del mismo aspecto, con ropa oscura y gorros de encaje.

Al besar la mano de Armida, la miré en los ojos y pensé que todavía me amaba; por cierto que se había mostrado afectuosa durante los dos días anteriores, mientras trabajábamos con el zahnoscopio de Otto.

—Como siempre vuestro servidor, señora —le dije, con la concisión que cuadra a un hombre que llega a caballo junto a la mujer amada. Hice una inclinación de cabeza al resto de la compañía y un guiño a De Lambant. Había tenido la esperanza de poder hablar a solas con Armida. Bueno, habría oportunidad después de los maitines, sin duda, ya que tendríamos que enfrentarnos una vez más con el zahnoscopio. Nos limitamos a sonreír e intercambiar cortesías.

Todos estaban alegres, se miraban, volvían los ojos a la fachada de la catedral, a los hombres alados que describían círculos en el aire, y a la gente que se iba reuniendo en la plaza, como si dispusiesen de un excedente de energía en beneficio de los demás. ¿O sería todo egoísmo? De Lambant estaba chispeante, tanto las muchachas como sus amigos parecían dispuestos a subrayar todo lo que él comentaba. Yo le sonreía agradecido, pues me daba tiempo para que me adaptara a la compañía.

Se iba a celebrar una misa; señalaría la apertura de la temporada de caza. Muchos de los aristócratas se irían, después del servicio, a sus propiedades en el desierto. Aun yo, el pobre comediante, los seguiría por la mañana. Solo deseaba estar entonces de mejor ánimo.

Llegó el coche de la familia Hoytola, y los Hoytola descendieron. Armida se acercó mansamente pegada a su padre. Andrus Hoytola sonreía a todos sin ninguna expresión; cuando me vio, miró un poco de costado. Él y su mujer, como dueños de Armida y de la hermana menor, Lena, subieron la escalinata de la catedral seguidos por la acompañante y dos sirvientes. Saludaba al pasar, moviendo una mano blanda. La aparición de la familia Nortolini fue similar. —Caylus nos saludó afablemente a De Lambant y a mí—, arrastrando como séquito a Bedalar y Jethone. Los otros amigos de Armida se encaminaron a las puertas de la catedral.

De Lambant y yo, separados por el momento, nos miramos con las cejas levantadas.

—De acuerdo con la leyenda familiar, los De Lambant eran todopoderosos en Tuscadia, pero eso fue hace sesenta generaciones —comentó él.

—Los De Chirolo también tendremos que esperar sesenta generaciones, a menos que yo dé un golpe de suerte en los próximos días.

—Entremos a rogar para que así sea.

Mientras penetrábamos en la oscuridad omnímoda de la catedral. De Lambant me preguntó:

—¿Te da muchas satisfacciones la vida?

—Por favor, ¿podrías preguntármelo de otra manera?

—Las copas del maestro Bledlore están terminadas —continuó De Lambant—. El viejo en persona las entregó ayer por la noche. Muy pronto. Son realmente perfectas. Espero que Smarana se sienta feliz; se comenta que Traytor Orini es un borracho y un libertino, y su hermana Teresa una puta de primera agua. Muy alentador... Aborrezco la inmoralidad ajena, ¿tú no?

Dentro de la catedral había fermentado una gran penumbra. Hostias de luz descendían desde las altas ventanas a hundirse en el caldo, casi disolviéndose en sombras antes de llegar a las losas de la vasta nave de piedra. Nubes de incienso subían bullendo en intrincadas estructuras semejantes a los sahumeros de plata y bronce que con emanaciones de estoraque, olíbano y corteza de cascarilla apagaban el aroma de la humanidad que se amontonaba en los pasillos. Encendimos velas junto a la puerta para llevarlas a la lobreguez, besamos una imagen de Minerva y avanzamos por entre la multitud.

Del Sumo Sacerdote, erguido detrás del famoso retablo tallado del altar de San Marco, llegaba el gemido eléctrico y quejumbroso de la Religión Suprema. La voz se elevaba en amor y lamentación. La oscuridad tenía caras; la humanidad seguía siendo un incierto guisado, en tanto que los santos y los sátiros se encarnaban en pilares, desde el suelo hasta la cúpula. En actitudes de serenidad, trabajo o incomodidad, miraban hacia abajo, con pesados párpados dorados... pero sin ver mucho de la impenitencia que se cocinaba en la oscuridad, puesto que San Marco era un lugar tan licencioso como la ópera; De Lambant y otros amigos míos habían gozado del favor de las mujeres entre la muchedumbre, al mismo tiempo que los responsos de las Santidades Duales se elevaban soñolientos hacia las bóvedas repujadas, mientras que más de un lechuguino recibía el sacramento con las manos todavía pegajosas de semen.

—Cuida especialmente, oh Mediadora, de aquellos hermanos nuestros aquí reunidos bajo tus alas dominantes que están a punto de aventurarse en los peligros de la caza —clamó el Sumo Sacerdote a la imagen de Minerva—. Haz que comprendan en su corazón, por intercesión tuya, que así como el Mundo fue creado por Satán, así también en la plenitud de los tiempos será redimido por Dios nuestro Señor... Para aplacar a ambos Adversarios, partimos a dar muerte a los ancestros y a comer la carne de los Padres.

»Permite que los cazadores recuerden que en un principio compartimos el propósito de Satán, así como los animales son símbolos de la sangre abominable del

demonio, y viven condenados como todos nosotros en las selvas terribles del universo. Permíteles, oh Mediadora, que compartan hoy y aquí la Carne Sagrada, para que no mueran mañana sin confesión y hayan de volver a las formas indecorosas de sátiro, gnomo o animal ancestral, más próximas al Oscuro Creador y a sus obras terribles. Permite que nuestra pugna nos lleve hacia arriba, hacia una Luz superior, que es solamente tuya, hasta que también nosotros seamos dignos de contarnos entre tus seres, en el mundo que el Todopoderoso proyecta rescatar para sí mismo.

Las estrepitosas trompetas resonaron y la congregación farfulló estentórea y confusamente los respuestas.

—«*La serpiente en el báculo enroscada...*».

—«*... es esencia de gnosis refinada*».

—«*Reptiles gigantes con porte de ave...*».

—«*... son de nuestra caída la terrible clave*».

—«*Y al búho nocturno de plumas encrespadas...*».

—«*... mirad, mirad cómo lo ciega la mañana*».

—«*Los monos que nos rondan dando saltos...*».

—«*... por todo nos envidian
y solo quieren usurparnos*».

Mientras yo me adelantaba para recibir el vino y el sacramento de las manos del sacerdote. De Lambant también se acercó.

—¿Por qué te preocupas? Tú no vas de caza, Guy.

—Tengo una buena noticia para ti, o espero que sea una buena noticia. El papá de Bedalar sigue siendo un viejo gznápiro difícil, pero ella se las ha arreglado para pasarme de contrabando a Juracia como músico. Me ganaré la pitanza cantando, mientras tú te luces con actos de valentía en la selva, destripando baboseros y cornarrotos.

—Sí que es una buena noticia. Tendré necesidad de amigos. En ese caso, es posible que tú veas más que yo a Armida. Escucha, si puedes, mantente cerca de ella, vigílala, protégela. Tengo miedo de que haya un rival noble...

Nos interrumpimos para tomar la comunión y escuchar las farfulladas palabras: «Alma y carne... signos del gran cisma... uno en Ti...».

Todavía mascando, nos dirigimos hacia una puerta lateral, mientras De Lambant preguntaba:

—¿Te tomas realmente en serio lo de Armida?

—Guy, no te burles. Me he sentido raro en estos días. Algo me ha pasado. ¿No te has dado cuenta?

—No nos hemos visto mucho últimamente. ¿Se trata de Armida?

—Sí. Quiero hacer algo de mí mismo. Bueno, cosas que no puedo expresar...

—Eso suena a amor —me palmeó afectuosamente en el hombro.

—Juro que jamás miraré a otra mujer. Bueno... mirarla, quizá, pero nunca más que eso. Lamento haber hecho ciertas cosas después del día en que la conocí. Por ella vale la pena que uno se reforme, ¿no te parece?

—Oh, sí, es una muchacha espléndida. Y también muy bonita —dijo De Lambant con tono despreocupado—. Pero Malacia está llena de muchachas espléndidas. Este es un cambio radical en ti. De Chirolo. Y no para bien.

—Simplemente cuida de ella en Juracia, hazme el favor, mientras yo no esté allí.

—Será una misión sagrada, te lo juro. Haré todo lo que pueda por favorecer tu causa, si eso es realmente lo que quieres.

Muy aliviado, me separé de De Lambant en la plaza y me encaminé a los establos a recoger a Capriccio y a actuar por última vez ante el zahnoscopio de Bengtsohn.

De nuevo me di cuenta de la importancia que tiene un caballo.

Era imposible pretender ser un caballero sin caballo. El galante e infortunado capitán John Pellegrino San Lasionio —que en ese mismo momento atravesaba a caballo muchas montañas ininteligibles— tenía que haber comandado una tropa considerablemente diezmada para que una bestia de la calidad de Capriccio quedara consignada a cargar equipajes. A decir verdad, el animal cojeaba ligeramente a causa de una herida de espada que tenía en la grupa.

Capriccio medía dieciséis palmos de altura y era de color bronce oscuro. Parecía tener buenos dientes y buen genio. En pocas palabras, San Lasionio me había ayudado, y yo no había hecho nada por él.

En el palacio Chabrizzi todo era actividad. Los sirvientes se preparaban para recibir a la familia que volvía de las vacaciones, sacando de la casa a parientes intrusos, y sacudiendo furiosamente los tapices junto a las ventanas.

Bengtsohn también estaba poniendo punto final a sus asuntos. Para nuestra obra mercurizada habíamos acumulado bastantes trastos, por no hablar de nuestros cambios de ropa, y todo eso había sido almacenado en un edificio exterior. Ahora habían traído una carretilla en la que Bengtsohn, Flora —su vieja y corpulenta mujer— y Leticia estaban cargando las cosas que ya no necesitábamos. Bonihatch permanecía recostado en una columna, tomando el sol junto a Solly el Sólido, un mozo fornido y descarado que prorrumpió en una carcajada cuando me acerqué y desmonté.

—¿Nunca habías visto hasta ahora un caballo decente? —le pregunté.

—¡Jamás vi que lo montara un pollo-víbora!

A Bonihatch le dije al pasar:

—Príncipe Mendicula, mantened en el lugar que les corresponde a vuestros contrahechos súbditos, ¿me haréis el favor?

Sin responderme, Bonihatch me siguió, apoyando familiarmente la mano en la silla de Capriccio.

—Conque todo un jamelgo, ¿eh? Siempre has tenido grandes ideas. ¿Qué es lo

que te propones ahora, De Chirolo?

—¿No es tiempo de que te quites esa vieja casaca sudada para ponerte tu camisa elegante?

—Vamos, ¡aquí sí que habla la envidia! Permíteme que te informe. De Chirolo, que sé muy bien cómo intentaste seducir a la señorita Zlatorog para conseguir una camisa como la mía.

—Pues así fue como la conseguiste tú. Bueno, que te aproveche, si esas son las condiciones. ¿La pobre tontuela siempre tiene que sobornarte con ropas, para ver si así te decides?

Bonihatch me mostró los dientes, frunció el ceño y levantó el puño. Solté las riendas y lo enfrenté.

—¡Vamos, pues, conquistador de saldos!

—Y tú, mequetrefe de culo magullado, ¿qué aires te das?

—Ahora, ¿quién es el que escupe envidia?

Inesperadamente, Bonihatch se tragó su cólera y dejó caer las manos. Me volvió a medias la espalda y dio un puntapié al polvo.

—No tenía intención de reñir. De Chirolo, pero verte tan enseñoreado sobre ese animal me enferma. Pronto ha de haber cambios en Malacia, y los que van a trabajar descalzos exigirán cuentas a los que ni siquiera trabajan.

—Eso se viene diciendo desde hace miles de años. Yo no pertenezco a ninguna de tus dos clases, Bonihatch, de manera que déjame en paz. Ya tengo bastantes problemas.

—Me hizo frente y me habló con suavidad, alisándose las patillas.

—Estás tan oprimido y explotado como todos nosotros. Haces payasadas para los ricos, vestido de marica, como un perro con gorguera. Únete a nosotros para derribar a los que nos explotan.

—¿Nunca te aburres de ser la cotorra de Otto?

—Olvídate de las personas y piensa en la libertad, el cambio, la igualdad.

—Esas cosas puedo conseguirlas mejor solo que en compañía de una turba de aprendices harapientos.

—Está bien. —Me miró con desprecio, sombrío el ancho rostro. Detrás de él apareció Solly, con una mueca—. ¡Ya sé cuál es tu idea de la igualdad, De Chirolo! Piensas casarte con Armida Hoytola y jugar de perro faldero el resto de tus días. ¡Y qué vida de miseria sería esa! Pero ella jamás se casará contigo; no te quiere, y si te quisiera, ese estirado de mierda de su padre no se lo permitiría.

—¡Dentro de pocas semanas te arrojaré esas palabras a tu sucia cara, Bonihatch! Y entonces tendrás que rebuscartelas en otra parte si quieres trabajar.

—Pues a mí no me regalas los cinturones de castidad que ella vaya quitándose, seguro que no —se burló Solly, doblándose de risa. Bonihatch, sin hacerle caso, me miraba fijo con el ceño fruncido.

—Tú no sabes quiénes son tus verdaderos amigos —dijo, muy serio.

Giré sobre mis talones para llevar a Capriccio al establo antes de vestir por última vez mi atuendo de general Gerald. Por última vez, permanecería rígido mientras la mágica lente de cristal de Bengtsohn absorbía luz dentro del zahnoscopio.

La alegre tragedia del príncipe Mendicula estaba completa, salvo tres o cuatro escenas que había que repetir. Y todavía Bengtsohn no había permitido que nadie viese los resultados.

Mi espada ya había atravesado al absurdo Mendicula de Bonihatch (es decir, le había pasado por detrás). Y él había muerto de manera absurda. La doña Jemima de Leticia había bebido una poción fatal y había agonizado sobre el sillón durante cinco minutos. Como Patricia, Armida había llorado otros tantos contra una balaustrada encortinada, y yo a mi vez me había mantenido en actitud victoriosa, con una expresión de triunfo en la cara y la espada pintada de rojo. Ya no quedaba más que repetir un par de poses con las que Bengtsohn no estaba satisfecho.

La primera escena que repetimos era el comienzo de la traición, cuando Gerald le echa a Patricia una mirada lujuriosa, mientras el príncipe Mendicula mira a otra parte. Eso no me costó esfuerzo alguno: cinco minutos de miradas lujuriosas, con los ojos clavados en ese pecho de delicias, apenas me bastaron.

Después, en un murmullo, dije a Armida:

—¿Cómo desearía ver la producción completa! ¿Por qué Otto se muestra tan misterioso?

—No creo que confíe en mí.

—¿Verás que éxito! Estarás tan solicitada que tendrás que hacerte actriz; entonces, tu familia no podrá oponerse a que me case contigo.

Estábamos sentados juntos a la sombra, separados de los demás.

—General Gerald, vuestra compañía me emociona, pero ya represento charadas en casa —dijo Armida—. Jamás me convertiría en actriz profesional.

—¿Tampoco para dedicarte a la tragedia?

—Sería degradante. Y ahora, te ruego que no me molestes, Perry. —Al decirlo, se apartó de mí.

—Tú no tienes que degradarte. Seré yo quien me eleve hasta ti... Pero ¿qué tienen de malo las actrices? La Singla es talentosa, y bien nacida.

—Mi padre dice que es de estirpe campesina y que la deshonraron cuando era muy joven.

Me reí. Los orígenes de La Singla son legendarios. Le han dado una carrera, en vez de una mansión sofocante.

—Felices los que pueden escoger —dijo Armida con aire enigmático.

—Escoge fugarte conmigo cuando esto acabe, y redescubramos aquella capilla de helechos en el palacio. Esta será nuestra última oportunidad.

Le susurré estas palabras al oído.

Me respondió con una sonrisa fría.

—Tengo que ir a casa a prepararme para nuestro viaje al campo; hay que preverlo todo. Tenemos una cita secreta en Juracia.

Mientras hablaba, Armida levantó el rostro para mirarme por encima de la deliciosa naricita, en tanto que los ojos y los labios parecían rezumar una madura humedad. Me sentí otra vez excitado, como me sucedía casi siempre cuando ella se volvía hacia mí y yo me encontraba con esos ojos, a la vez dorados y oscuros, que se parecían más a los ojos de una leona que a los de un ser humano. Lo único que pude sentir fue que una cita secreta con ella, cualquiera fuera el lugar, sería la cosa más maravillosa del mundo.

Trabajamos durante toda la mañana, hasta que rehicimos un último cuadro, cuando Mendicula se enfrenta con su mujer y el general en la rosaleda. Entre Solly el Sólido, Rhino, Bonihatch y Otto, con la supervisión de Flora, arrastraron el zahnoscopio hasta el rosedal de los Chabrizzi. Tomamos posiciones, Bengtsohn cargó la máquina y graduó la lente.

Durante cinco minutos nos inmovilizamos, Mendicula en desventaja, pero con gesto desafiante, Patricia y yo muy próximos, ella altanera, mirando al príncipe, yo por encima de la insensatez general, contemplando el cielo.

—¡Magnífico! —gritó Bengtsohn, una vez que hubo tapado la lente—. Así se termina nuestro gran trabajo. Y tengo una buena noticia también. La familia Hoytola ha permitido que esta pequeña tragedia del príncipe Mendicula sea mostrada ante todos en la boda Orini-De Lambant.

—¿Antes o después de presentar la comedia de *Fabio y Albrizzi*? —pregunté.

—Todo estará bien, ya verá, Perian —dijo Bengtsohn—. Todo estará bien —insistió, sonriendo, asintiendo con la cabeza, y exhibiendo unos viejos tocones de dientes amarillos.

—Primero presentaremos la comedia viviente. Ya está dispuesta para el segundo día de las celebraciones. *Mendicula* ha de ir el último día, por si la novedad sorprendiese tanto a la gente que ya no quisiera ver otra cosa.

—De eso no entiendo. No estoy a cargo del programa. No estoy a cargo de nada. No soy más que un esbirro obediente.

—Hay un correcto orden de las cosas.

Luego él y su mujer me llevaron aparte, mientras los aprendices ataban el zahnoscopio a la parte trasera de la carretilla.

—Señor Perian, no queremos ser un obstáculo contra el éxito de usted. Trate de ayudarnos, no le pedimos más, y comprenda. El éxito de mi espectáculo nos ayudará a conseguir cosas más útiles.

—Yo no lo obstaculizo a usted, Otto.

—Tal vez no, pero piensa demasiado en su propio interés.

Flora, su mujer, tenía una especie de buñuelos colgantes por mejillas, y otros más grandes a modo de pechos y de nalgas.

—Señor De Chirolo, quisiéramos contar con usted en la Causa, ya que es famoso

entre los jóvenes de Malacia —me dijo y sonrió, mientras miraba alrededor para asegurarse de que no estaban escuchándola—. Los que tienen poder en el Estado no desean compartir ese poder; es menester arrancárselo. Antes dé que pueda venir la revolución, hay que preparar el cambio mediante un trabajo de base, para el bien común. Mi marido y yo somos viejos, pero seguimos trabajando por ese cambio tal como Lo hacíamos en Tolkhorm. No podemos dejar de lado a *Mendicula*, pues ha de conducirnos a cosas mejores. Deje a un lado el orgullo personal y ayúdenos, así como nosotros ayudamos a usted.

Esa era la primera ocasión en que *madame* Bengtsohn me agradecía con un discurso tan largo. Me pasó por la cabeza la idea de que quienes detentaban el poder eran generalmente corteses y alegres, en tanto que los que querían el cambio, como Bonihatch, eran personalmente desagradables, disconformes, y estaban dispuestos a recurrir a cualquier medio con tal de causar problemas. Mientras criticaba mi orgullo. Flora ponía bastante de manifiesto el propio.

—*Mendicula* está muy bien —dije—. Pero muchos no verán arte alguno en esa tonta historia de amor traicionado, cuyo único mérito es la novedad técnica. ¿Cómo podría conducirnos a cosas mejores?

—Es la *técnica* lo más importante de todo —dijo Bengtsohn—. Escúcheme: una vez que la mercurización sea aceptada por el público, las perspectivas son inmensas. Lo que importa es la *mercurización*. Las innovaciones han de ser introducidas en este Estado con mucha prudencia. Si la mercurización no fuera vetada por el Consejo, entonces podríamos usar el invento con fines sociales.

—Usted sí que es un intrigante, Otto. Eso no le servirá de nada.

No podía separarme de la pareja, y allí estaba Armida, diciéndome adiós con la mano y exhibiendo un bonito tobillo mientras subía al carruaje; la vieja acompañante de cara de limón esperaba detrás.

—Usted ha comprobado cómo vuelan mis globos —dijo Bengtsohn—. Imagínese que cargamos en un globo similar un zahnoscopio modificado. Podríamos mercurizar el terreno desde arriba. Así la próxima vez que el ejército turco acampe más allá de las murallas, mercurizaríamos la disposición de las tropas. ¡Piense en las ventajas de una cosa así para los militares!

—Y no solo los turcos —dijo Flora, y me apretó la mano—. Tenemos enemigos peores *dentro* de las murallas. Podríamos mercurizar secretamente la plaza de los Grillos desde el globo, y el palacio Renardo, y los grandes laberintos del palacio de los Obispos Electos. Esos lugares infernales no guardarían muchos secretos entonces; y nuestros consejos revolucionarios dispondrían de un arma útil.

—La mercurización es un *arma* —dijo Bengtsohn.

—Cuidado con lo que le dicen al señor Perian, ahora que tiene un jamelgo —dijo Bonihatch, acercándose—. Espera entrar al galope en lechos privilegiados donde cualquier cosa que le digamos puede ser motivo de cháchara mientras recupera fuerzas.

Me volví hacia él con súbita cólera, pero el anciano nos contuvo a los dos.

—Guárdate la lengua, Bonny. No queremos enemigos entre nosotros. Pero la advertencia es oportuna. Perian, sea prudente. Prudente es quien se conduce con prudencia.

Hizo un gesto de asentimiento y se fue, seguido por su mujer.

—Estás ansioso de armar líos, ¿no es eso? —le dije a Bonihatch.

Se frotó los brazos y meneó la cabeza.

—Estoy de acuerdo con Otto y con Flora... Quiero que veas dónde está la verdad. Eres una de las víctimas, lo mismo que él y que yo.

—Me propongo ser uno de los ganadores.

Me separé de él y me dirigí a los establos en busca de Capriccio, deprimido al pensar que el asunto de Mendicula, en que había entrado con ánimo ligero, terminaba tristemente. Armida tendría que haberme esperado.

—Por todos los huesos, esta reforma desanima a cualquiera —me dije, a media voz.

Entre las sombras, al fondo del establo, más allá de donde Capriccio mordisqueaba heno, estaba Leticia. Sonrió y se acercó, tendiéndome las manos. Le tomé una y se la oprimí, decidido a ser formal, aunque ella me miraba con una atractiva sonrisa.

—Bueno, Leticia, nuestra obra ha terminado. Tendrás que regresar a tus camisas y manteles. Ya estoy harto de la clase baja, y me marcho a las colinas a cazar dientes-del-diablo y otras detestables bestias ancestrales.

Leticia apartó una mano e inclinó la cabeza para ocultar el rubor que le subía a las mejillas.

—Conque soy clase baja, ¿no? Eso es lo que piensas de mi...

—Vamos, no me refería a eso. ¡Qué quisquillosos sois!

—¡Nosotros, claro!

Todavía con el rostro ardiendo, se volvió a mirarme con dureza, casi imperiosamente.

—Es verdad que yo no tengo razón para enorgullecerme. Perian. Pero pensé esperarte aquí, lejos de los otros, solo para decirte adiós, ya que no volveremos a vernos. Quería decirte que a pesar de lo que dice ese tonto de Solly, yo he admirado tu figura a caballo.

—Ah, Leticia, ¡me tratas mejor de lo que me merezco! A veces soy un verdadero pollo-víbora.

Se rio con una espontaneidad que yo no le había conocido antes.

—Yo jamás he montado a caballo, ni creo que lo haga.

—Te llevaré a dar una vuelta en Capriccio algún día. Es un poco cojo, pero excelente animal, ¿no es verdad, Capri, viejo? Ahora he de ponerme en camino. Tengo que ir a desempeñar un par de botas.

Leticia apoyó una mano en las riendas del caballo, mirándome inquisitivamente.

—Ha sido un placer actuar contigo en la obra, Perry, te lo digo sin reserva. Tú eres el primer actor con quien he hablado... no solo por cuestiones de trabajo, quiero decir, pues la ropa de los Comediantes Universitarios la hicimos nosotros. Es un estilo de vida envidiable.

—Eso dicen algunos. Otros lo desprecian.

—Para mí, sería una manera de progresar, y de ayudar a la familia mejor que ahora... Tú lo dijiste. ¿Crees... crees que yo podría llegar a ser actriz profesional? Quiero decir... —se apresuró a agregar, como si temiera mi respuesta— quiero decir que sé que hay que tener talento, y ser por cierto más hermosa de lo que soy. Nunca más me veré como doña Jemima, pero aún podría hacer papeles cómicos, ¿no crees? ¿Habría alguna probabilidad de que tu maestro Kemperer me aceptara?

Tomé entre las mías aquellas manos frágiles y nos recostamos a medias contra los flancos del caballo, mientras nos mirábamos.

—Es realmente una vida dura, especialmente para una muchacha.

—La vida dura es lo único a que estoy de verdad acostumbrada.

—Si lo dices en serio, supongo que podría hablar con Kemperer, aunque en este momento no estamos en los mejores términos.

—No le contarás a Armida lo que acabo de decirte.

—No se lo *contaré* a nadie, chiquilla tonta... y a Armida menos que menos, a decir verdad. Pero ¿qué dirá tu tío Joze cuando se lo digas?

Leticia bajó los ojos.

—Me dejaría ir, si mi madre y yo nos empeñáramos. Él es parte de ese mundo del que quiero apartarme.

Yo la rodeaba con mis brazos, reteniendo la cabeza de ella sobre mi pecho.

—Leticia, eres tan contradictoria.

—No soy más contradictoria que tú —respondió, con renovado ánimo, mirándome con aquellos relampagueantes ojos azules y una leve sonrisa—. ¿Tú haces el amor con todas las chicas que actúan contigo, Perry?

—¿Por qué te lo imaginas?

Enlazó los brazos alrededor de mi cuello.

—Porque me excita un poco.

La acerqué más a mí y dije:

—Creí que tú querías ser la excepción, Leti.

El pelo de la muchacha conservaba aún el olor de la buhardilla, aunque se lo había rociado con polvo barato. Oprimí mi mejilla contra la suya, mientras le deslizaba una mano bajo el corpiño, hasta alcanzar un pecho pequeño y cálido, terso como huevo de orea, suave como piel de gamo.

—Montemos en Capriccio para ir hasta mi ático a celebrar la despedida conjunta del general Gerald y de doña Jemima. Dejemos que hagan a puertas cerradas lo que fingen hacer ante el zahnoscopio.

A nuestras espaldas el caballo se movía como si fuera un cómplice.

Empecé a besarla; Leticia me apartó el rostro y dijo:

—Sería más convincente si consiguieras que el maestro Kemperer viese la *Tragedia de Mendicula*. Tal vez le agradara yo en mi parte.

—Oh, estoy seguro de que le agradecerías, en todas tus partes, querida mía. Pero eso puede esperar... Ahora, ya que no estoy ocioso, muéstrate tú activa... desliza tu delicada mano por aquí abajo y mide el notable efecto que tienes sobre mí, y que ardiente antorcha iluminaría tu camino hacia el lecho...

Bajo mis dedos estaba exactamente el húmedo refugio donde esa antorcha podría extinguirse del modo más placentero. Leticia jadeaba, separados los labios en una exhalación excitada, ya fuese por lo que ella sentía, por lo que sentía yo o por ambas cosas, y empezó a retorcerse de una manera deliciosa. Cuando le deslicé la lengua entre los dientes, la suya hizo lo propio, y los transportes de la pasión la sacudieron entonces de tal modo que en seguida me arrastraron al mismo voluptuoso espasmo. De pie, tambaleantes, a medias apoyados contra *Capriccio*, nos estremecimos en la penumbra del establo.

—Oh..., oh... ¡oh... Perry!

—¡Oh, Leti! —respondí, complacido a pesar del estado de mi ropa. Tembloroso, me apoye contra la pared de madera del establo.

—¡Qué gloriosamente dispuesta estás, Leti! Vamos a mi habitación a celebrar nuestro deleite con ritmo más medido.

Leticia se arregló el vestido, riendo y sollozando, mientras ocultaba el rostro como es común en esas ocasiones.

—Oh, oh, ¡es que me avergüenza tanto este abandono! —Volvió a reírse—. Ya ves que puedo sentir placer lo mismo que una muchacha de alta cuna. Si, sí, ¡quiero que me tomes impetuosamente con todas mis galas, como si realmente fuera doña Jemima!

Con el rostro encendido, se arrojó en mis brazos.

—Perry, te lo daré todo. ¿Puedo confiar en ti? Oh, estoy tan desesperada... si al menos pudiera hablar, si pudiera decirte...

—Créeme que eres elocuente.

Oí ruidos fuera del establo.

Leticia me echó otra vez los brazos al cuello.

—Es que tú... ¡tú me vuelves tan atrevida! Oh, Perry, ¿me ayudarás a ser actriz? Me lo prometiste.

—Ya hablaremos de eso.

Afuera se oían voces que mascullaban.

Con la blusa todavía en desorden, miré a mi alrededor en busca de un arma. Cerca había un rastrillo para el heno. En el momento en que yo echaba mano al rastrillo, abrieron de una patada la puerta del establo.

Con un chillido. Leticia se refugió detrás de mí. Ahí estaba Bonihatch, blandiendo un recio garrote, apretando las mandíbulas. Lo acompañaba Solly, armado de igual

manera. Otto y Flora y un par de aprendices entraron detrás; todos miraban hacia la penumbra con rostros ansiosos o coléricos.

—Esta vez te hemos atrapado, so canalla —dijo Bonihatch—. Ahora vas a ver. Te golpearé hasta hacerte papilla.

—Sí, y una papilla sanguinolenta —dijo Solly.

—Sal de ahí. Leticia —llamó Bonihatch. Ella no hizo el menor intento de salir. Yo seguí enfrentándolos. Tenía que vérmelas con cinco de ellos, más un par de aprendices.

—Sinvergüenza —me dijo Bengtsohn—. Te has aprovechado de esa muchacha, y el tío de ella me pidió que no la perdiese de vista.

Empujó hacia delante a Bonihatch, mientras Flora preguntaba:

—¿Estás bien, Leticia? ¿No hemos llegado demasiado tarde?

—Estoy perfectamente —dijo Leticia, con una voz inexpresiva—. Salgamos de aquí.

Mientras ella hablaba, yo salté hacia adelante, embistiendo con el rastrillo como si fuera una lanza y golpeé a Bonihatch en el pecho. Con el mismo impulso de la embestida, tras dejar caer el rastrillo, asesté un puñetazo en plena cara a Solly. En el momento de más desorden puse a Capri mirando hacia la puerta, di un salto sobre la silla como si lo hubiera practicado durante años y le clavé las espuelas en los flancos. Paramos como una flecha.

Mis atacantes retrocedieron dando grandes gritos. Solly fue a dar contra un poste. Bengtsohn tuvo la presencia de ánimo de amenazarme con el palo. Yo te tiré un puntapié y acerté a darle en el costado de la cabeza. Con una maldición, cayó contra los buñuelos de su mujer. Ella también, vociferando, se tambaleó y se derrumbó de espaldas contra los otros aprendices, en un tumulto de faldas sucias. El impacto los derribó a todos.

Al galope, entramos en el patio. Yo iba aullando de excitación y regocijo. Pasé junto a la carretilla cargada, pasé junto al zahnoscopio. Los sirvientes de Chabrizzi huían en todas direcciones. Mientras me alejaba hacia la puerta, me volví a mirar atrás. Cuatro de ellos habían caído en un montón, matizado por brazos convulsos, piernas pálidas y rostros rojos. Supuse que Bonihatch y Solly se estarían recuperando dentro del establo. Solo Leticia permanecía de pie y me saludaba con la mano. Al retribuir el ademán, estuve a punto de caerme de la silla. Agarrado al cuello de Capri, me imaginé cómo ella me admiraría, en el fondo de su corazón, por la manera en que yo había manejado todo el asunto.

Por la calle de los Tallistas fui hacia mi puerta. Había dejado a Capriccio en el establo y me había bebido un muy necesario vaso de vino. Mi pulso era de nuevo normal.

Mientras subía los desnudos escalones de madera, percibí un olor sulfuroso, que no me inquietó demasiado. Tenía el pensamiento puesto en los buenos ratos que

acababa de pasar y en los que habrían de venir; no había por qué estar deprimido. Cuando hubiera recogido algunas cosas, pararía rumbo a Juracia, para la cacería.

En lo alto de la escalera, abrí la puerta de mi habitación. El amuleto se me deslizó por el brazo. Intenté alcanzarlo y se me escapó, escurriéndose como una serpiente. Pensé que golpearía las tablas del suelo, pero desapareció en silencio entre unas hierbas tupidas.

A través de la bruma vi seis personajes que esperaban. Se erguían, monstruosos, agrupados en la niebla de un claro, entre pinos y robles quemados; sobre una rama arrancada estaba posado un búho, con una mirada de obsesiva fijeza que se sumaba a las demás. Algo entre música y niebla me invadió los sentidos.

Las dos figuras principales eran exponentes de la Religión Natural, tal como lo proclamaban las vestimentas, telas burdamente plegadas, adornadas con signos enigmáticos. El hombre que ocupaba el primer plano era de una estatura grotesca; lucía una barba exuberante de color rojizo. Un gorro de hilo le encasquetaba los salvajes rizos del cráneo. Por debajo de la túnica sostenía cuidadosamente un falo gigantesco, muestra de que era fiel a Satán.

Los otros miembros del abigarrado grupo eran igualmente odiosos, aunque menos imponentes. Yo estaba tan asustado que tardé un momento en advertir que uno de ellos era un mono vestido. Todos aguardaban de pie en torno de un gran altar cilíndrico, de cuyas ruinosas piedras asomaban las cabezas talladas de Minerva y del Diablo. Un humo sulfuroso se elevaba de las cenizas esparcidas sobre la piedra.

Los siete rostros, animales y humanos, se volvieron hacia mí. En todos esos semblantes horrendos se leía una misma hostilidad. El miedo me heló los huesos.

Y había una mujer. Estaba acuclillada en actitud de humillación delante del mago que sostenía el miembro erecto; ella rozaba el altar con la espalda desnuda. No llevaba otra cosa que unas sucias enaguas blancas, y estaba evidentemente tan desmoralizada que dejaba que los amplios pechos le pendieran a la vista de todos. Apretaba contra el pecho una gastada plancha de bronce.

De todos los seres que allí estaban, ella fue la última en darse cuenta de mi presencia. Muy despacio, con desesperación, levantó la cabeza para observarme... y me traspasó con una mirada de angustia tal que yo habría dado un paso atrás, si hubiera podido.

No era yo el único en quedarse quieto. Nada se movía, a no ser la lenta columna de humo pestilente que ocultaba en parte los rostros impávidos.

Me pareció haber estado allí toda una eternidad. Para ellos el tiempo no tenía importancia, bien lo sabía yo; la niebla que como una mostaza envolvía esos árboles jamás se levantaría por obra de un sol ordinario.

Y entonces se movió el segundo mago, una torpe ruina humana, de rasgos burdos, cejas como helecho muerto y completamente calvo. Avanzó cauteloso hacia mí, levantando una mano con lentitud. Tenía la boca siempre entreabierta y la abrió todavía más, como si estuviera a punto de hablar, dejando ver unos colmillos lobunos.

Después desapareció.

Todos se disolvieron, con un sonido susurrante, como un enjambre de abejas: la mujer y el altar y el resto. Yo estaba de pie en mi habitación, temblando.

El hechizo se había roto. Lentamente, me incliné para recoger mi amuleto. Con dificultad, puesto que me iba tan ajustado como de costumbre, volví a ponérmelo en el brazo.

Me senté en la cama.

Alguien me había echado un maleficio... bastante típico, con figuras nebulosas y poco sonido. Pese a todo, la visión había tenido una superrealidad enigmática que por eso mismo era más terrorífica. ¿Estarían haciéndome una advertencia?

Durante un largo rato permanecí inmóvil, en angustiadas conjeturas. Nada me pesaba en la conciencia. Bueno, no mucho. El voto que había hecho, de mantenerme fiel a Armida, no se había quebrado. Admitamos que Leticia lo había mellado un poco; pero eso había sido obra de ella, no mía. Aunque yo le hubiera ofrecido llevarla a mi habitación, en realidad no lo había hecho, y en asuntos matrimoniales lo prudente es regirse por los hechos más bien que por las suposiciones. Recogí mis cosas y partí rumbo a Juracia, tranquilo de ánimo.

Las propiedades de los Hoytola eran magníficas desde todo punto de vista. A medida que la senda polvorienta serpenteaba hacia el norte, alejándose de Malacia, iba descendiendo hacia un valle fértil y forestado; allí estaba la atractiva aldea de Juracia, y detrás la casa de campo de Hoytola. ¡Y qué atractiva! Capriccio se había mancado diez kilómetros antes, y tuve que llevarlo de las riendas. Los coches, carros y jinetes que pasaban me habían cubierto por completo con el polvo blanco del Fruila. Tenía calor, me dolían los pies, estaba sudo y sediento.

Entré en la propiedad haciéndome notar lo menos posible. Los sirvientes no tardaron en hacerme entender que allí nadie llegaba sin caballerizo o criado. Los muy insolentes me trataron como si yo fuese uno de ellos. Furioso, armé todo el escándalo que pude en el dormitorio adonde me llevaron, sacudiendo por todas partes el polvo de mi ropa para demostrarles quién mandaba allí.

Tras regodearme en un baño caliente al estilo romano (los otros únicos ocupantes eran dos gordos borrachos que cantaban baladas) me sentí descansado. Me vestí y salí en busca de comida, vino, compañía, diversión y Armida.

La planta alta de la casa de campo consistía solo en pequeños dormitorios, con un oratorio al final del corredor, donde un entresuelo daba sobre un balcón largo con escaleras que descendían. Desde el balcón, se podía ver la primera de las tres salas dedicadas al placer de los invitados de Hoytola. Allí había comidas calientes, humeantes, y bebidas frías; un ejército de criados de librea se movía por las tres habitaciones llevando bandejas, sudorosos y en general sonrientes. Los festejos ya estaban avanzados. En la sala intermedia, que daba sobre las cocinas, había mesas y bancos robustos. La última se parecía más a un lugar de descanso, ya que estaba

provista de libros, un órgano, un par de estatuas titánicas y muebles tapizados. Las paredes habían sido decoradas con trofeos de caza, tanzas, armas de fuego, cuernos, y las cabezas de una impresionante cantidad y variedad de animales, entre ellos rodadores, dientes-del-diablo, baboseros, sideroles y tiragrebas. En todos los salones había músicos, y todos estaban atestados de gente, principalmente de hombres vestidos con el atuendo tradicional de caza, de cuero tachonado, piel y telas pesadas. Como grupo tenían un aspecto feroz, con pieles artificiales que parecían de garratiros, y expresiones muchas veces menos benignas que las de los garratiros.

Por haber llegado con retraso yo no había conocido a nadie; no me habían presentado a nadie. Ya resolvería ese problema. Ahí estaban la comida, el vino, la compañía y la algazara que necesitaba; solo me faltaba Armida, y a ella valía la pena esperarla. Me hundí en la multitud, arrebaté de una bandeja que pasaba un jarro de cuero con cerveza caliente, y me lo bebí a grandes tragos mientras seguía andando.

Los invitados de Hoytola eran de todas las edades, tersos de rostro, entrecanos, arrugados por la edad. Todos se movían con un porte jactancioso, como convencidos de que el mundo estaba hecho para ellos. Yo había estudiado esos andares y no me fue difícil imitarlos, pensando que muchos de aquellos con quienes me codeaba caminaban así para sentirse más seguros, y no por naturaleza. Las pocas mujeres presentes llevaban vestidos recargados, y rellenos en el pelo, y a veces sombreros de montar inclinados, para parecer más altas. Algunas se habían puesto levitas masculinas, con chaleco, y casi todas iban adornadas con pieles y joyas. Conjeturé que en un lugar tan desenfrenado podría haber gran diversión y, sin embargo, no veía una sola mujer de mi gusto. Tenían ojos demasiado huidizos, para no hablar de otros defectos. Las viejas se habían pintado los dientes con albayalde.

¿Quién podría dejar de sentirse eufórico en un lugar así? Yo solo deseaba que llegara el momento de ver la casa de campo a la luz del día (estaba ya oscuro), y de lanzarme a través del campo montado en mi corcel (si podía conseguir un reemplazante para Capriccio), y de mostrarme tan galán como cualquiera de los presentes.

Durante media hora estuve paseando entre los demás invitados, sin hablar con nadie excepto un cazador bien parecido, que me había visto en mi viaje aéreo y quería saber cómo se sentía uno volando. Pese a tanta comida y bebida, la satisfacción no era general. Muchos hombres se quejaban de que la caza del día había sido pobre y criticaban las reglas de hospitalidad de Hoytola. Oí que uno de ellos decía:

—El hombre no tiene idea de lo que realmente significa vivir con estilo.

Me sentí avergonzado. Pensé que si alguna vez yo llegaba a tener influencia en esos asuntos, me ocuparía de doblar la provisión de comida y de vino y de importar animales adicionales para la caza; al mismo tiempo, el hombre que se quejaba me cayó mal.

Mientras me servía un trozo de pastel de carne para acompañar la cerveza, me

volví a un hombre que pasaba.

—Qué magnífica hospitalidad —le dije, y descubrí que era un pariente político por el lado de mi hermana, Julius, un sujeto agradable aunque fuera un Mantegan.

—¡Tú aquí, Perian! —me saludó y apoyó un brazo en mi hombro.

—No te sorprendas tanto —repliqué, derramando mi cerveza—. No siempre estoy atado a las tablas. A veces yo también necesito cobrar un cornarroto, como cualquier otro hombre.

—¡Así me gusta! ¿Con qué grupo estás?

—Por el momento, no estoy *con* nadie.

Cuando estaba a punto de mencionar el nombre de Armida, la cautela me detuvo, y en cambio dije:

—Tengo un amigo entre los músicos.

Con la más amable de las sonrisas, Julius me habló en voz baja:

—Es necesario advertirte que en estas funciones la etiqueta es estricta. Los músicos son tratados con altanería por los invitados, y con desconfianza por los sirvientes. Como consecuencia, o causa, no se espera que los músicos hablen con los sirvientes ni que los invitados hablen con los músicos.

—¿Y qué senado tiene esa costumbre?

—Que los músicos se pasen más tiempo tocando, y menos flirteando y bebiendo. De todas maneras, Perian, no esperaba verte aquí. Nosotros, los Mantegan, llegamos en grupo; tendrías que haber viajado con nosotros. Lamento que no viniera tu hermana; es toda una dama, y siento por ella la mayor estima. Tu padre, ¿se encuentra aquí?

—Oh, no, está demasiado ocupado con su libro. Habría sido bueno ver por aquí a Katie. Yo... a mí me invitó Armida Hoytola. ¿No la has visto, verdad?

Las cejas se le enarcaron. Me miró con aire zumbón, como quien ve por primera vez un pezcolmillo.

—¡Oh, no! Bueno, mi estimado Perian, parece que no te has orientado todavía, porque si no ya sabrías que hay *dos* pabellones de caza. El más imponente está más dentro del parque, y allí tendrás el placer de encontrar a los Hoytola y a las familias prósperas y a los duques de Renardo y de Tuscadia y a todos los nobles ricos que pueden favorecer la causa de Hoytola. En cambio, en este pabellón más humilde, solo encontrarás a los nobles empobrecidos... bueno, a los Chabrizzi y a los Mantegan, ¿sabes? Siéntate un rato a beber conmigo.

Llamó a algunos otros parientes suyos, que se mostraron muy cordiales. Hablaban del estuario, muy lejano, donde vivían muchos de ellos, y en el que se pasaban las horas navegando, dedicados a la caza de los grandes ancestros de aguas profundas: pezcolmillos, guillados, sablocicos moteados, diosdis y otros, o bien bajando a tiros los murcicrespos que revoloteaban por el aire. A juzgar por esos risueños relatos, consumían el tiempo entre la arena y el mar, el peligro y el vino.

—Somos malos bichos... poco nos interesan el arte y la religión, como a vosotros

los malacios —dijo Julius—. Y Volpato es el peor de todos. Tu hermana es una dama encantadora y se merecía algo mejor. Me alegro de que tenga un hermano como tú, que la cuide.

Me contó que habían llegado a Jurada la noche anterior y que habían ido directamente a la cacería. Habían levantado algunos chitoparlas tan rápidos que habían ido tras ellos mucho tiempo antes de matarlos. Pero ese año parecía que la caza escaseaba. Los grandes ancestros, los tiragrebas y los dientes-de-diablo, y en particular los tardos corpalmetos, habían sido demasiado perseguidos.

—En cinco años más se habrán extinguido —explicó Julius—. Entonces, no vendremos aquí más que para beber... o para recluirmos. En el mar Intermedio hay más diversión.

Nos separamos con recíproco afecto. Salí y encontré una senda que descendía, flanqueada de álamos e iluminada por antorchas, hasta el otro pabellón de caza que había mencionado Julius. Era indudablemente más suntuoso que el primero, aunque del mismo estilo, el característico de la región. Tenía las paredes adornadas con tapices, las habitaciones caldeadas por magníficas estufas revestidas con azulejos de porcelana —sin encender, dada la temperatura—, y todos los rincones estaban decorados con algún busto o alguna clase de tesoro, mientras en lo alto las vigas del techo lucían ramas verdes, recién cortadas, en celebración de la caza. Aquí, la música era más refinada, y los músicos estaban ataviados con trajes de corte de otra época.

En cuanto a la comida, era extravagante en grado sumo. Rodadores mamones, dispuestos en asadores, giraban sobre el fuego con ramitas de hierbas aromáticas que crepitaban bajo las alas. Las mesas crujían bajo el peso de carnes y aves, todas aderezadas con cuidado, como piezas de adorno. Había cabezas de chitoparlas —probablemente, las cabezas de los ancestros que habían cazado los Mantegan— adornadas con gorgueras, y pescados con mandíbulas tan feroces como las de los dientes-de-diablo, y triploderos demos, preparados con salsas y espaguetis. El vino se servía en copas sostenidas por clarinalas de plata, con ojos de obsidiana. El decorado de los muebles era similar, con llamativos emblemas, adecuados para la ocasión: follajes estilizados que se perseguían a sí mismos por las patas y los brazos de los sillones, entre los que sangraban profusamente formas de guerreros y de repules.

Nada era todo eso comparado con los aderezos de los bípedos que por allí desfilaban: los seres privilegiados que desde hacia ya tres días tenían por morada ese edificio. Todos los hombres estaban más morenos, y las mujeres más pálidas, que en el primer pabellón. Todos y cada uno de elfos vestían ropas más ricas, más rígidas, más adornadas de oro, más adecuadas para aislar a quien las llevaba, con más cuernos, picos, gorgueras y plumas; más terribles; en las túnicas proliferaban piedras preciosas, esmeraldas resplandecientes como ojos y rubíes sombríos como sangre. Aquí todos eran más altos; muchas mujeres llevaban zancos con garras. Parecía que hombres y mujeres navegaran majestuosamente, dejando una estela de pajes diminutos o enanos.

A mis ojos, los hombres eran todos bandoleros, las mujeres putas, los minúsculos acompañantes meros fetos emplumados, de andar arrogante. Las únicas gentes humildes en esa multitud eran las esclavas, casi todas negras: varias docenas de mujeres desnudas, con brazaletes escamosos en brazos y piernas, y flores en el cabello rizado.

Me abrí paso por entre esa animada turbamulta como por una jungla, hacia los músicos. Estaban tocando selecciones de ópera bufa y, por encima del alboroto, un hombre inmenso, con las mejillas como huevos de rodadores, cantaba melodías populares:

*En el monte hay laderas donde puedo perderme,
donde arroyos centelleantes serpean,
y a marcharte te invitan
todas las sendas.*

*Donde el valiente cazador asedia
unas bestias coriáceas de mirada de piedra
y de pronto les arroja la lanza,
¡mira, mira cómo vuela!*

Por debajo del gigantesco tenor, De Lambant tañía su laúd entre los otros músicos, con una gorguera alrededor del cuello, como un chitoparlas. Me abrí paso hacia él y lo llamé. Cuando terminaron la canción, se reunió conmigo; estaba lejos de su habitual ánimo alegre.

—De Chirolo, amigo mío, ¡vaya prostíbulo donde estamos! A los músicos no se les permite hablar con los sirvientes, ni a los invitados con los músicos.

—Yo, como invitado, puedo hablar con mis amigos cuando quiero.
Se enjugó la frente.

—Simple, qué simple el hombre; demasiado inocente para este mundo. ¡Estoy seguro de que eres el único tío decente entre toda esta chusma! ¿Has observado (pero cuidado a dónde miras) cómo cualquier hombre puede disfrutar de las esclavas, aquí de pie, mientras sigue conversando con sus amigos? Por los santos huesos, ¡jamás me imaginé algo así!

—Ahora no estamos en Malacia.

—Esto parece más bien un nido de pollos-víboras.

—¿Juicios morales, De Lambant? ¡Creí que a ti te interesaba la decadencia!

—No sabía lo que significaba esa palabra hasta que estuve aquí. Tendrías que haberlos visto anoche...

—¿Dónde están Armida y Bedalar? Me miró con gesto hosco.

—Bedalar no está aquí. Caylus se cayó del caballo en la corrida y lo pisotearon, al muy tonto. Así que la familia Nortolini, la muy tonta, se queda en Malacia. Y Bedalar no puede correr a los brazos de su amante, la muy tonta... Así y todo, si no soy capaz

de divertirme aquí solo durante tres días, yo también soy un tonto... Nuestras habitaciones, y uso la palabra como eufemismo, por no decir nuestros cuchitriles, están junto a las de los esclavos... Bueno, pensemos que la vida es una fiesta, ¿no te parece, joven De Chirolo? He visto a Armida, pero como a los sirvientes no se les permite hablar con los músicos ni a los músicos se les permite...

—Ha de estar en algún lugar de esta casa de putas. Ha de estar buscándome.

—Tu simple confianza en el mundo te llevará lejos. Si no la encuentras, Perry...

—Echa otra mirada a las negras y observa qué apetitosas son...

Tras un amistoso gesto de saludo, volví a sumergirme en la *mêlée*, reforzándome de paso con otro trago de vino.

El ruido, el calor, el hedor agridulce, el perpetuo restregarse de los cuerpos, me afectaban la cabeza. Lo mismo sucedía con el vino. Mientras andaba, intercambié miradas atrevidas con las mujeres, muchas de las cuales no se habrían dignado mirarme en otras circunstancias. Ahora la gente bailaba, y en el otro extremo de la habitación había una función de acróbatas.

Entre la turba, observé que las tres grandes salas tenían salida a varias habitaciones. Había doncellas que iban y venían a través de puertas y cortinajes, de modo que aproveché la primera ocasión y miré dentro y vi que eran *suites* privadas, dedicadas principalmente a exhibiciones obscenas. En una de ellas, un sátiro en celo gozaba de una esclava, con gran deleite de algunos caballeros que observaban la escena con sus damas. En otra, en donde casualmente entró una sirvienta, tres hombres desnudos y una pelirroja... bueno, no importa lo que hacían, apenas alcancé a distinguir algo. En una tercera habitación, mientras me reponía con un vaso más de vino, descubrí a mi anfitrión en persona, el señor Andrus Hoytola, con algunos compañeros. Sin vacilación, entré a presentarle mis saludos. Yo estaba allí para hacerme notar.

Hoytola estaba sentado a una mesa de roble tallado, vestido no con el estilo agresivo de la decoración en los salones sino con la afectación de costumbre: una chaqueta corta de noche, blanca, con una hebilla en la espalda y de cuello alto, y pantalones de seda carmesí. En ese momento tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Lo mismo que él, casi todos los otros estaban de espaldas a la puerta, como conspiradores. Entre ellos se encontraba el joven duque de Renardo, vestido con armadura, brillantes los rebeldes rizos dorados. En la habitación había dos mujeres: *madame* Hoytola, la madre de Armida, quien me miró sin pestañear, y una cortesana a quien reconocí enseguida. Era la mujer excesivamente pintada que tocaba la mandolina en los jardines de Renardo, aquella de quien Caylus había gozado. Esta noche estaba todavía más pintada que antes.

Pese a la presencia de las damas, era evidente que los hombres estaban en una especie de reunión de negocios. Desde la sombra, un caballero de chaqueta larga y gris, y de cráneo largo y gris, estaba diciendo cuando entré:

—Me permito recordarle que la defensa no es la primera obligación de Malacia,

Hoytola.

A lo cual Hoytola replicó:

—Sin defensas propias, Malacia deja de existir.

—Están las antiguas defensas. Y lo mejor de todo es la Maldición Original, que nos protege del cambio. Nuestra primera obligación es mantener esa Maldición mediante la observancia religiosa; recuerde el propósito sagrado de todo, incluso de esta cacería: «Salimos a matar la carne de nuestros Padres...».

Se interrumpió para echarme una mirada fija y fría. Lentamente, los hombres sentados ante la mesa se volvieron y me examinaron. Hoytola se mostraba de medio perfil, un solo ojo miraba por encima del alto cuello blanco; el ojo y la hebilla del cinturón me enfocaban con su brillo. Solo el duque me saludó, con una inclinación de cabeza.

—Es nuestro amigo del globo —dijo—. Veo que todavía sigue en buenas condiciones ¿Qué lo trae por aquí, De Chirolo?

—Nada más que el placer, mi señor. —Y levanté la copa—. ¡Os saludo, caballeros!

—Esta es una reunión privada —replicó Hoytola.

—Mi deseo no era entrometerme. Me redro.

—Si anda usted en busca de Armida, no podemos ayudarle —dijo alegremente el duque.

La cara de Hoytola tomó un color un tanto ceniciento. Para ocultarlo, clavó los ojos en la mesa. En ese momento entendí con toda claridad a quién prefería ese hombre como posible marido para su hija.

Cuando tenía ya la mano sobre la puerta para irme, una voz profunda dijo:

—¡Tú!

La cortesana —ahora me llegaba la fragancia de pachulí, tan inquietante como la de Armida— hizo un leve movimiento hacia el fondo de la habitación, y volví la cabeza. En las sombras, de pie, estaba el hombre que me había llamado. Reconocí el rostro sombrío del miembro del Consejo Supremo a quien había visto por primera vez en la galería de Hoytola. Desde donde él estaba irradiaba algo gélido. Como en aquella primera ocasión, llevaba unos anticuados atavíos negros, con amplios bolsillos. Habló otra vez.

—Tú te has asociado con Bengtsohn.

Las palabras le salían una a una del garguero.

La cortesana se puso junto a él. El hombre no le prestaba atención, de pie, sin moverse, firme en la seguridad de que yo le contestaría.

¿Por qué me aterrorizaba de ese modo? Creo que yo me daba cuenta de que todos los que estaban en la habitación estaban dominados por el mismo terror satánico.

—He reñido con Bengtsohn, señor —dije.

Yo no tenía nada que hacer allí. Todos estaban inmóviles, esperando retomar el asunto entre manos... un asunto que no resultaba muy placentero para Hoytola, a

juzgar por las apariencias, pero de tal especie que hasta podía incluirme a mí. Mis palabras atravesaron la habitación hasta llegar al miembro del Consejo, que finalmente volvió a hablar, con palabras que brotaban de un glaciario subterráneo.

—Tú deseas matar a Bengtsohn.

El joven duque se rascó los rizos. Lo miré, apartando los ojos de la figura negra al fondo de la habitación.

—No deseo hacer daño a Bengtsohn; él nunca me ha perjudicado. No deseo hacer daño a nadie.

Aunque sentía cierta dificultad en los miembros, me las arreglé para salir de la habitación y cerrar la puerta a mis espaldas. Las palabras pronunciadas me seguían resonando en el cerebro. Me maldije por la debilidad de lo que había dicho, como pidiendo misericordia. Me bebí el vino hasta el final y dejé caer el vaso. Acaricié el amuleto. Esta reunión tenía un parecido alarmante con la visión que me había asaltado en mi propio cuarto.

No había otro remedio que desaparecer en la noche o quedarme allí y emborracharme. Se me acercó una sirvienta. Me apoderé de un casco de armadura lleno de vino caliente con especias e irrumpí en la habitación del fondo, entre parejas que bailaban y gesticulaban. El estrépito era tal que apenas se alcanzaba a oír la música. Una multitud rodeaba una plataforma donde un feroz caballero dirigía una pesa a muerte entre dos bobatropos.

No me quedé a ver brotar la sangre. A grandes sorbos me bebí el vino y me arrojé en medio de las figuras remolineantes. Abracé a una mujer joven, cuya conversación no pude entender. Hablamos los dos como locos, gesticulando, riendo, haciendo muecas, besándonos en una ocasión. ¿Era una lengua extranjera la que hablaba? No llegué a saberlo, y tampoco si ella entendió lo que yo decía. El movimiento era lo más importante, el movimiento y la alegría. En el momento en que me apartaba, tambaleante, de los brazos de la mujer, ahí estaba Armida, arrebatada, pasando rápida con otra muchacha.

Sin ceremonia alguna, la tomé entre mis brazos y la hice girar en una danza, hasta sacarla a la galería por la puerta más próxima. Soplaban un helado viento nocturno. La estreché contra mi pecho, derramando sobre ella palabras de afecto, muchas de las cuales yo había pronunciado recientemente... pero después de todo, los vocabularios tienen una riqueza limitada.

—Mi querida criatura emplumada que te hundes conmigo en los torrentes de la noche... tú eres la luna en este lugar terrible, el sol... todo es tan terrible. Había llegado a creer que ya no estabas aquí, que te habías ido, incluso que te habías sometido a uno de esos barrigones...

—¡Chis, cállate, que estás loco!

Sacudí los brazos.

—La locura y el terror son hermosos. Pregúntaselo a la Religión Natural. ¿Qué otra cosa esperabas en este lugar terrible?

—No, no, Perry, aquí no hay nada terrible. Cálmate, ¿me haces el favor? Aquí todo es tan delicioso, tan *divertido*, y la gente es toda tan magnífica, tan importante...

—No me interesan un rábano, son como bestias en una jungla de la mente, y en cambio tú y yo... oh, la música de la locura, ¿no oyes el verdadero sonido por debajo de todo...?

—Y mañana... escúchame, ¿quieres?, mañana habrá carreras de carruajes y un desfile de cabalgaduras y toda clase de entretenimientos y después, al final de la tarde... ¡basta!, al final de la tarde...

—¡Cómo me enferma esa palabra «tarde»! Ocupate solo del mediodía cegador o de la medianoche, mi amor, ¡oh, labios de miel! Las tardes son para los niños. Mira la barca monstruosa que es este lugar y que se alza por encima de nosotros avanzando pesadamente hacia la medianoche, y ahí fuera no hay nada, *nada*, solo negrura, universos desconocidos, y ¿con qué podemos luchar contra todo eso? Solo con nuestras propias armas: mi pobre imaginación, tus muslos blancos...

Bajo mis manos, el cuerpo de Armida era delicioso en la vertiginosa oscuridad.

—Dejemos mis muslos fuera de la cuestión, señor. A última hora de la tarde se inicia la cacería principal de ancestros, en la que competimos contra las criaturas más terribles de Satán. Sin duda será emocionante y alguien morirá... ¿Qué te pasa? Termina con eso. Tan temprano y ya bebido. Te estás aprovechando.

—La visión de ti, ¿qué es, si no ebriedad? ¿Qué es la vida, si no una borrachera? ¿Qué la sobriedad, si no la miseria que se ha buscado mi padre? Yo sé lo que prefiero. Mi querida, mi querida, quizá esté un poco ebrio de ti, pero todavía no lo suficiente...

—Ebrio sobre todo del vino de mi padre, de eso estoy segura. Todo nuestro vino es de aquí, de nuestros viñedos. Tenemos algunas de las mejores plantaciones en centenares de Kilómetros.

—Y tus propias plantaciones, tus praderas, tus cañadas... ¡Se te ve tan espléndida esta noche!

Y era cierto. Llevaba una hermosa túnica de seda carmesí con un pequeño turbante del mismo color que dejaba escapar algunos rizos, oscuros, eléctricos. Sobre la túnica tenía una capa de largas espinas emplumadas, a la que habían contribuido tres reptospines, en tanto que la túnica misma descendía hasta el suelo y allí se abría en volantes, como un barco decorado con gallardetes.

—Armida, eres la muchacha más encantadora. Te adoro como los búhos adoran la noche, y estoy ansioso de que nuestro compromiso se haga público. Siempre te seré fiel, a ti solamente. Ni siquiera entiendo el lenguaje que hablan otras mujeres.

Se rio.

—Por cierto que eres ambicioso. Nada hay de malo en eso. Pero nuestro compromiso es precisamente nuestra diversión secreta, no lo olvides. Sabes, en Juracia este año hemos incorporado otras cincuenta hectáreas a los campos de cultivo, para viñedos sobre todo, y sin reducir el territorio destinado a la caza. ¿No es eso habilidad agrícola?

—Una auténtica maravilla. Alguien tiene que haber trabajado mucho.

—Oh, mi padre trabajó muchísimo...

—Pero para mí la tierra no significa nada. Eres tú, solo tú... Armida, siento lo que yo siento...

—Estás bebido y no me escuchas. A veces, parece que no entendieras lo que importa realmente. La ambición de mi padre es convertirse en el mayor productor de vinos de la región. Aunque los campesinos son haraganes, la tierra es fértil, y...

—Todos somos fértiles —yo la estaba abrazando estrechamente—. ¡Cómo brotan las cosas del corazón! ¡Cómo se elevan las circunstancias, como globos, hacia el cielo de luz, de esperanza... de realizaciones! Contigo para inspirarme, Armida, yo podría hacer cualquier cosa. Cultivar uvas... no, no quiero cultivar uvas, pero me haría capitán de caballería... no, no me interesa estar en un regimiento... me compraría un barco para comerciar con Oriente en objetos fantásticos... no, ¿qué necesidad hay de hacerse a la mar? Haría cualquier cosa por ti, casi cualquier cosa. No es necesario que siga siendo actor. Hay grandes cosas en mí que afloran con la noche. Ayer estuve deprimido, hoy estoy animoso. Quizá pudiera llegar a servir en el Consejo y ayudar a Malacia... a los que sirven aquí no les importan nuestros intereses.

—Eres un encanto. Perian, pero para acercarse siquiera al Consejo hay que ser bien nacido o sumamente astuto, como mi padre. Tú eres de corazón alegre, pero...

En ademán de advertencia, sacudí un dedo.

—Tú te crees que soy frívolo. ¿No me embarqué acaso en aquella travesura volante que tú y tu padre planeasteis para mí, y salí bien de ella? ¿No he jurado ser te fiel? Por debajo de mi aire de liviandad, soy serio. Claro que puedo andar por ahí con talante sobrio, si tú quieres.

Armida estalló en una bonita risa, cubriéndose la boca con las puntas de los dedos mientras yo representaba mi imagen de la sobriedad.

—¡Oh, señor, tenéis una cara demasiado hermosa para eso! Mi padre dice que...

—Entonces bésala, si la encuentras hermosa. Y deja que a mi vez te bese yo toda entera, no solo esta hermosa naricilla..., ¡mmm!, ni esta mejilla encantadora... ¡mmm!, sino también estos hombros deslumbrantes... ¡mmm!, y este pecho celestial... ¡mmm!, y permite también que me infiltre como un árabe en esa tienda carmesí que tú tienes y busque los secretos tesoros que allí has ocultado...

Caímos deleitados uno en brazos del otro. Aunque hacía mucho frío, el contacto nos calentaba. En ese momento, en el lago de oscuridad que había entre una ventana iluminada y otra, tuve la visión interior de mi amor por ella, por mi Armida, y comprendí todas las dificultades de que estaba rodeada; la casa próspera explotada por nobles indignos, las convenciones que amenazaban con destruirla, el padre que la dominaba. Ella necesitaba cosas más simples. Era verdad, como decía Bengtsohn, que la riqueza corrompía a los ricos. Yo podía salvarla, si ella se atrevía a acompañarme.

Me levanté de un salto.

—Vámonos inmediatamente —le dije—. Podríamos tomar tu coche. Al cuerno con los adivinos. Esta chusma borracha no nos echará de menos durante horas. Los nobles de Malacia, Armida... están corrompidos, todos y cada uno de ellos, y habría que eliminarlos.

—¿Qué? ¡Estás bebido, bribón! ¿Dónde estaría la riqueza del Estado, sin los nobles?

—Vámonos juntos de aquí. Podríamos ir a Tuscadia. Tengo allí un amigo, un capitán de caballería. Podríamos vivir simple y honestamente, en una casita de pueblo, con un sabueso y una pula de pájaros que canten en la ventana. Y desde las ventanas de arriba veríamos las colinas.

—Tú te has contagiado de las ideas revolucionarias de Bengtsohn, Perian. Es lo que dice mi padre. Ese hombre es peligroso. Es mejor que te lo advierta, los que se asocian con él también corren peligro.

—Lo que te digo es verdad. Escapémonos ahora, a Tuscadia. O a una casita en el estuario, donde vive mi familia.

—¿Por qué no quieres escuchar mi advertencia?

—¿Por qué mencionas a Bengtsohn? Si ayer me atacó con un garrote. —Como no quería demorarme en esa historia, me apresuré a continuar—: Sin provocación alguna, te lo aseguro. Pero él también será un hombre diferente después de la exhibición de *Mendicula*. Por ridículo que sea el argumento, se trata de una nueva forma de arte, y el éxito lo ablandará.

—Quizás esa obra no se presente nunca. Perian, de manera que no hables de eso, por favor. Mejor será que te vayas a dormir.

—Solo si tú te vienes conmigo y me quitas las ganas de dormir.

—No puedo. Me echarían de menos... y sería un compromiso.

—Entonces fúgate conmigo.

Armida golpeó el suelo con el pie.

—Deja de hacerte el imposible. ¿Por qué quieres escapar cuando apenas has llegado? Diviértete como es debido.

—¡Eso quisiera yo! Pero piensa en lo que pasa aquí. La gente está bebiendo hasta perder la cabeza. Dentro de pocas horas, cualquiera estará en la cama de cualquiera, ¡los muy perros! Dejemos que lo hagan. Nadie lo sabrá, ni le importará. Apuesto a que tu preciosa acompañante ya está debajo de algún mozo de cuadra inmundo y rijoso, en una cómoda pila de heno.

—Qué grosero eres. ¿Por qué tienes que pensar en ellos, suponiendo que lo pienses, de la misma manera que en nosotros?

—Yolara puede agradecer la ocasión tanto como cualquiera por la oportunidad.

Armida se apartó, enojada, y comprendí que había hablado con demasiada crudeza.

—A los viejos, esas cosas les interesan menos —dijo.

—Les interesan hasta el día de la muerte; eso me dijo una vez mi padre, que es un

erudito. El viejo papa Lacrimae II lo hacía en el lecho de muerte, a los noventa y nueve años.

—Vaya, me alegro de que mi padre nunca me diga cosas así. ¿Lo hacía, realmente?

—Sí. Con una virgen de catorce años, llevada del campo. Se cree que esos contactos tienen poderes curativos. Gerocomía, lo llaman.

Durante todo el tiempo que estuvimos hablando, el viento se había ido convirtiendo en ráfagas de tormenta. Por encima de nuestras cabezas se golpeaban los postigos. Los perros ladraban a la distancia.

—Perry, tú sabes unas cosas tan divertidas... ¿Es verdad eso del papa Lacrimae?

—Vente conmigo a la cama y te tendré divertida hasta el amanecer.

Me rodeó el cuello con los brazos.

—No puedo. Realmente, no puedo. Me necesitan para que ayude a atender a los invitados. Esta es la gran ocasión del año para mi padre. Diviértete... búscate otra chica. Por aquí hay muchas más bonitas que yo.

—Y si lo hiciera, ¿qué? ¿Me culparías?

—Oh, ¡ni te atrevas a decirlo! ¡Me sentiría tan celosa que te odiaría para siempre! Estás prometido conmigo, y eres mío y para mí. No pienses en cosas tan aborrecibles.

—¿Quién lo sugirió? Yo solo lo dije para ver qué decías tú. Y me alegro de que te enojas, porque eso demuestra que me amas.

Armida sacudió la cabeza.

—Los celos y la envidia no son partes del amor. Recuerda, simplemente, tu papel de Gerald; él no *amaba* a la princesa, se limitaba a envidiar el matrimonio de Mendicula. Te ruego que no seas así. No te limites a envidiar lo que tengo; ama lo que soy. Ya sé que me consideras difícil, pero para mí las cosas son difíciles. Ámame con paciencia, y no seas despiadado.

El viento frío que soplaba esa noche trajo al otro día un tiempo indiferente, pero no lo bastante indiferente como para arruinar el gran tumulto de placer organizado que con tanto empeño se perseguía en Juracia. A la tarde, la lluvia caía lentamente desde un cielo por completo cubierto de nubes. El dorado verano daba las primeras señales de que no reinaría siempre.

Me pregunté si al fin no estaría amando a Armida más de lo que ella deseaba. Quizá hubiera algún modo especial de amar a cada persona en especial. Durante todo el día languidecí pensando en ella.

Julius y la familia Mantegan fueron muy serviciales. El jefe de palafreneros dictaminó que mi Capriccio era imposible de montar, y sugirió que lo hicieran picadillo como cebo para los carnívoros. Julius me consiguió una pequeña jaca negra, un robusto animal llamado Zarza. Zarza tenía una mirada sardónica. Olfateó con desconfianza la avena que le ofrecí en la palma de la mano, pero cuando la monté se mostró dócil.

El tiempo era tan inhóspito que muchos de los invitados que el día anterior habían salido de caza declinaron hacerlo. Fuimos unos cincuenta los que nos reunimos mientras las nubes se abrían un poco hacia el oeste. Como armas, solo estaban permitidos los arpones de resorte y una espada corta de reserva. Llevábamos un peto, y esto también me lo habían prestado los Mantegan. Detrás de nosotros, a pie, venían nuestros ojeadores, una línea de campesinos con duelas, y un cuerpo de la guardia personal de Hoytola, que transportaba los cargadores de boca.

El gran espectáculo fueron las filas de cazadores ceremoniales, que montaban ancestros. Los Renardo preferían los tazabarbas, los Tuscadia los foscazos; otras casas nobles, como los Dio, tenían unos u otros, o bien ambos. Los tazabarbas eran las bestias más imponentes, ya que algunos llegaban a los siete metros de altura, y me parecieron en verdad un espectáculo impresionante, provistos de anteojeras, erguidos sobre las garras tridigitadas, y arrastrando las colas enormes. Llevaban las garras delanteras con arneses, para evitar lastimarse con los cuernos del pulgar, e iban adornados con los colores de las casas a que pertenecían. Eran animales orgullosos, los tazabarbas; lentos, pero virtualmente inagotables.

Los foscazos —o picos de pato, como los llamaban las gentes simples— eran casi tan altos, pero de estructura más liviana. Como los tazabarbas, son vegetarianos. Los jinetes de los foscazos se sientan en el lomo como quienes montan tazabarbas, pero más arriba, para evitar que el animal corra en cuatro patas. Entre los foscazos había gran diversidad; muchos tenían crestas de formas raras, que parecían más extravagantes por estar adornadas con los emblemas de los propietarios. La mayor parte de ellos llevaban bocado además de anteojeras, en ocasiones con una pieza especial que les metían en las narices, porque los foscazos se ponen nerviosos cuando olfatean animales carnívoros como tiragrebas o dientes-de-diablo. Sin embargo, son más populares que los tazabarbas, pues pueden nadar rápidamente en los ríos.

Innecesario es decir que esos animales, tan apreciados para el deporte, también era útiles en época de guerra.

Como muestra de aprobación, Gondalo IX había enviado a sus dos marjasacos, acicalados con estandartes a lo largo de los veintiséis metros que habrá entre la cabeza y la cola. Esas vejigas ambulantes, de piel arrugada y cuatro patas enormes y trafagosas, eran inútiles en una partida de caza mayor, pero añadían distinción a cualquier acontecimiento. El aspecto payasesco —lo único alarmante era el enorme tamaño— estaba acentuado por el uso tradicional de ocho jinetes enanos. Cada marjasaco llevaba un jinete en el extremo del cuello, precisamente detrás del cráneo, y otro (este armado con una vara) en la base de la cola, en tanto que seis enanos más iban sentados o se dedicaban a hacer acrobacias en una silla de madera sujeta al lomo del animal. Los marjasacos van, tradicionalmente, acompañados por un redoble, ya que responden a un ritmo regular y mantienen con toda seriedad el paso.

Animales y hombres, todos desfilamos noblemente sobre la hierba en dirección a los bosques. La lluvia se extinguía en el momento en que las trompetas nos

estimulaban a avanzar.

¡Qué emoción, estar allí! Suciedera lo que sucediese, siempre recordaría ese día. Deseaba que mi padre hubiera podido verme, valiente y belicoso, tomando parte en una cacería de ancestros. Y yo ya imaginaba maneras más osadas para representar a Albrizzi.

Hoytola reclamaba como suyo un excelente coto de caza, donde predominaban las colinas con ocasionales afloramientos rocosos, bien forestado con altos y majestuosos robles, acacias y castaños, a cuya sombra los helechos crecían hasta la altura de un hombre y servían de abrigo a los animales de los que se alimentaban los carnívoros. En las colinas nadan arroyos, y había espacios abiertos con ciénagas, pantanos y agua estancada, todos lugares succulentos, frecuentados por patos y muchas otras variedades de aves, listas siempre para levantar el vuelo si las molestaban.

En toda esa región solo de cuando en cuando se encontraba un guardabosques, leñador o carbonero. Parece que los grandes carnívoros están extinguiéndose, y se los deja librados a ellos mismos, salvo en esta única ocasión anual. Por cierto que los guardabosques de Hoytola empollaban y criaban dientes-de-diablo, tiragrebas y cornarrotos, tratando de que no disminuyeran en número.

Nos adentramos en la espesura. El silencio se hizo más profundo. Hacía años que no me encontraba fuera del alcance de otra voz humana. Susurré algo a Zarza, mientras le palmeaba el pescuezo. De cuando en cuando alcanzaba a divisar a algún cazador próximo, a mi derecha o a mi izquierda, y luego los perdía de vista en algún accidente del terreno.

El territorio se hizo más quebrado, la senda más pedregosa. Zarza iba abriéndose paso por el antiguo fecho de un río. A los lados se espesaban los árboles; el espacio de cielo visible se oscureció, aunque al principio todavía pude ver, no con frecuencia, algún dientes-de-cuero que pasaba volando. Después el follaje nos rodeó por completo y las grandes ramas se entrecruzaron sobre nuestras cabezas. Durante algún tiempo seguimos internándonos en el bosque.

Salimos a un montículo cubierto de cardos y rocas. Mientras guiaba a Zarza por entre las malezas, vi que el otro lado del montículo descendía en una abrupta pendiente y dejaba abajo una entrada, o posiblemente una cueva. Era probable que fuese la guarida de un reptil. Desmonté, pero me aferré a las riendas y me acerqué al borde del precipicio, a mirar hacia abajo. De un puntapié, arrojé una piedra sobre el borde. Nada se movió. A lo lejos, muy débilmente, oí gritos. Alguien estaba ya de caza. Me quedé inmóvil, escuchando. Los gritos no se repitieron. El silencio se había adueñado del bosque.

Volví a montar y conduje a Zarza hasta un lugar donde pudiéramos descender y examinar la cueva. Describimos un amplio círculo; conozco bien la rapidez de los reptiles predatorios.

Había una caverna, tal como yo había sospechado, y unos arbustos ocultaban la

mayor parte de la entrada. Las malezas estaban pisoteadas, aunque no había rastros de huesos. Convencí a Zarza de que siguiera adelante.

Era imposible ver qué profundidad tenía la caverna. Cuando ya nos encontrábamos a unos pocos pasos, dos criaturas irrumpieron desde adentro, chillando mientras corrían hacia nosotros. Aunque yo tenía listo el arpón, me tomaron por sorpresa. No pude hacer otra cosa que quedarme acurrucado en la silla.

Los animales eran no más grandes que galgos, con gruesas colas de reptil, que llevaban erguidas mientras corrían sobre las patas traseras. Eran de color verde y castaño, moteados. Al girar, uno de ellos dejó ver fugazmente el vientre amarillo. Parecían sobarbados o rebadajos o algo similar, y muy rápidos, como es propio de los animales pequeños del bosque. Y corrían con la boca abierta, mostrando a la presa unas fauces de un vivo y desconcertante color verde.

No es que fuera yo la presa. Se separaron aterrados, a cada lado de nosotros, se precipitaron entre las malezas y desaparecieron. No estaban menos sobresaltados que yo, ni que Zarza, que se estremeció violentamente, giró sobre sí misma, y se lanzó al galope por entre los árboles.

Por el momento, no supe qué hacer. Arbustos, ramas, helechos, me azotaban indistintamente. Con la cabeza aplastada contra el pescuezo del animal, le grité que se detuviera. Después recuperé el dominio de mí mismo y lo poco que sabía de equitación e intenté calmarlo. Siguió corriendo desenfrenado hasta que nos encontramos con una corriente de agua, semioculta entre matas de bambúes. Entonces se detuvo, tan bruscamente que estuve a punto de salir despedido por adelante, y la jaca se puso a mordisquear hierba.

Sin soltar las riendas, desmonté jadeante y sintiéndome bastante alterado.

—No hay de qué asustarse, amiga —le dije, mirando nervioso a mi alrededor. Había bajado la voz.

Una especie de tinte castaño flotaba sobre el bosque. Las ramas pendían inmóviles, como sorprendidas en medio de una controversia deprimente. Unas gotas de agua caían en el suelo. Nada había que pudiera hacernos daño; sin embargo, yo no pensaba en otra cosa.

Conduje a Zarza al borde de la corriente y la seguí sin pensarlo dos veces, escuchando por si oía a otros cazadores.

—Tendría que haber derribado a uno de esos rebadajos, Zarza —le dije—. Perdí la oportunidad. Quizá no veamos otra pieza.

El río tendría unos seis metros de ancho y no era profundo. Sonaba débilmente al deslizarse junto a raíces y cuevas de ratas excavadas en las márgenes fangosas. Los bosquecillos de bambúes se hicieron tan espesos que nos vimos obligados a apartarnos de la ribera. Sin embargo, yo conducía obstinadamente el caballo hacia el agua; al menos, la corriente tenía una dirección y la seguía: ventaja que yo había perdido. En una ocasión, llamé en voz alta, y el sonido de mi propia voz sin respuesta me desconcertó.

Después de un desvío, volvimos hacia la corriente, que se había hecho más ancha y menos profunda. Espesas matas de zarzas se entretejían con pinos y nos cerraban el paso a un lado, de modo que para poder seguir tuvimos que entrar en el agua. Adelante, el camino parecía oscuro. Estas eran las selvas primitivas que alguna vez habían cubierto el mundo entero.

Siempre llevando de la rienda a Zarza, seguí andando entre saúcos retorcidos que tenían las verrugosas cortezas cubiertas de musgo. El ruido del río se oía más ahora, pues corría sobre gujarros. Eso me animó, pensando que nos acercábamos a un territorio diferente y que tal vez podría encontrarme con otras personas, o por lo menos con alguna señal que me guiara.

En cambio, la corriente de agua desapareció, íbamos pasando entre más saúcos, cargados de bayas de color púrpura, cuando me detuve tan bruscamente que Zarza me dio un cabezazo desde atrás y estuvo a punto de arrojarme al agua. Un acantilado se elevaba vertical ante nosotros, de roca oscura como la cara de un carcelero, y de ella colgaban unos pinos desgajados, como una pelambre descuidada sobre una frente. Nuestro río se metía por una boca abierta en la base de la roca, alzándose en una ola pequeña y continua antes de perderse en la oscuridad.

El acantilado era parte de una grieta abierta en el suelo, que se continuaba a ambos lados, impidiendo avanzar. Durante un momento quimérico, pensé si habría llegado al límite de Malacia, donde se iniciaba un despotismo completamente opuesto; la idea se veía reforzada por un cambio en la vegetación, señalado por la grieta, pues los árboles de hojas caducas se acababan junto al acantilado, para ser totalmente reemplazados por hileras de pinos y abetos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, irguiéndose hacia lo alto desde el borde del acanalado. El follaje se dibujaba contra un cielo de un nítido tinte rojizo; el crepúsculo se acercaba rápidamente.

Descubrí que había un hombre barbudo que me observaba. Sin que el peligro lo inmutara, estaba de pie en el punto más alto del acantilado, por encima de la boca donde se perdía la corriente del río.

—¿Cuál es el camino a Juracia? —pregunté.

No hubo respuesta. No podía verlo con claridad. Parecía que estuviera desnudo, salvo por un tosco par de pantalones. La inmovilidad era inquietante. Me fastidió cómo me miraba desde arriba.

—¿Es que no tiene lengua, hombre?

No hubo respuesta. No era un hombre, sino una estatua. Y no la estatua de un hombre, sino de un sátiro. Tenía forma de hombre de la cintura para arriba; por debajo era un macho cabrío, y anidaba dos cuernos pequeños en el cabello rebelde.

Aunque decepcionado, también me sentí aliviado. Quizá sea mejor ser ignorado por una estatua que por un hombre.

De modo que allí estaba yo, con el caballo que respiraba suavemente a mi lado, con la nariz junto a mi hombro, y la noche que se acercaba. Decidí que vadearíamos

el río. El camino parecía más fácil del otro lado.

Siempre llevando de las riendas a Zarza, avancé a través del agua bajo los ojos de piedra del sátiro, y trepé a la otra orilla. Cuando estaba a punto de volver a montar, me llegó a las narices el olor de algo que se quemaba. La fetidez me invadió el cerebro y se instaló allí, conduciéndome como si me tuviera atraillado, dirigiendo mis pies, tironeándome de la ropa. A mi alrededor, el corrompido tinte sepia se intensificó, impregnando la atmósfera y las formas, y así entendí que todas ellas conspiraban unidas desde el día en que habían nacido, cuando se encarnara en ellas el espíritu mismo del Mal. Ese hedor abominable y dominante, unido a la luz macilenta, significaba que la materia en que yo me movía era mera apariencia, un fantasma del aliento del Señor de las Tinieblas y del Caos.

Una bocanada de esas anieblas se apareció adelante, y en el rizado centro de la oscuridad asomó una lengua de fuego. Voluminosos sátiros, cuyas formas se distinguían apenas de los troncos de los árboles, marchaban junto a mí, y el olor caprino se mezclaba con el del humo. Dije que marchaban, pero el movimiento, lo mismo que la materia, había quedado reducido a una impresión. Todos éramos trazos de un pincel infernal, recreaciones fantasmales de otras dimensiones más vastas, y la única realidad era el capullo de mego y la noche que esperaba.

En ese instante hubo un gran hundimiento —muy real para mi espíritu—, como si yo estuviera descendiendo lentamente al interior de las rocas y de los lugares profanos de la tierra. El hundimiento iba acompañado por una emoción opresiva para la cual no hay nombre, a no ser que fuese una intuición, tan tortuosa como las serpentinas emanaciones de humo, la intuición de que nos vemos arrojados al escenario de la vida en forma corporal por razones que estarán por siempre más allá de nuestra comprensión; más allá, porque son demasiado hostiles. Conocerlas significaría para nosotros la destrucción total. Esa intuición me invadió con algo más perdurable que el miedo: el reconocimiento. La antigua maldad que me rodeaba se hacía parte de mí, tal como yo era parte de ella. Me ahogué en la polvorienta bocanada del reconocimiento. Poco diferente era yo de los sátiros de labios de cabra. Con un movimiento insidioso, el amuleto se me deslizó por el brazo y fue a caer al suelo del bosque, retorciéndose como si estuviera herido.

La llama carnal ardía sobre un altar decorado con cabezas talladas en piedra. Alrededor del altar se erguían seis monstruosas figuras. Todas me miraban. Por encima de los hombros encorvados estaba posado un búho, de rostro no menos inhumano. Se encontraba sobre una rama baja, con las alas abiertas como si estuviera a punto de arrojar sobre mis ojos. Otra vez la sensación de reconocimiento.

De esas seis brutales figuras, solo podía ver con claridad las dos primeras. Las otras quedaban en la oscuridad, tras el pesado cilindro del altar. Las dos que yo veía llevaban ropajes rígidos, decorados con insignias que las proclamaban —no lo dudé un momento— como exponentes de la Religión Natural. Las facciones eran abominables, como si hubieran sido modeladas hacía muchísimo tiempo con toscas

formas de tierra. El brujo principal era cruel y maligno; la nariz y la boca se le curvaban con expresión de escarnio sobre la abundante barba rojiza. Llevaba un ridículo sombrero chato y por debajo de los pliegues de la vestimenta se sostenía el bulto de un falo enorme. Casi a la sombra del brujo estaba acurrucada una mujer, cuya espalda desnuda rozaba una de las caras satánicas que decoraban el altar. Los pechos le colgaban, desnudos, como desalentados, plenos, ligeramente alargados por su propio peso. Daba la impresión de haber sido profanada. En el suelo había unas ropas hechas jirones. La mujer no llevaba más que una camisola blanca, manchada de inmundicia y sangre. Me afligía mucho verla.

Mientras contemplaba esos seres malignos, me di cuenta de que uno de ellos era un mono, vestido con ropa de hombre y aceptado por los demás como una especie de hombre. Otro era un hombre-lagarto, de mandíbula plana y cabeza calva, que me atisbaba por entre el hedor que se elevaba de la piedra del sacrificio. Los otros también estaban inmóviles.

Fue la mujer quien habló primero. Levantó lentamente la cabeza y me miró por debajo de las cejas rubias. No era vieja, y en ella había aún algo de belleza, aunque tenía la frente perlada de sudor, y la boca le sangraba.

—Ayúdame —me dijo.

Unas sonrisas rozaron apenas los labios de los magos.

—Ayúdame —repinó la mujer. Trabajosamente, se sentó—. Sostienen que yo soy la emperatriz Teodora, la viuda de Teófilo, o una reencarnación de ella. Son todas mentiras. Yo jamás hice daño a nadie. Los regimientos de Teodora cayeron como lobos sobre los antepasados de estos... de estos demonios, los persiguieron hasta el corazón de selvas vírgenes, los desmembraron como a animales feroces, los ahogaron o los quemaron por cientos de millares... Pero nada de eso fue obra mía. ¡Ayúdame!

Extendió una mano hacia mí.

Petrificado como yo estaba, no veía manera de ayudarla, ni de ayudarme.

El brujo principal dijo:

—¿De qué momento son vuestras nimias personalidades? ¿Qué importa quiénes creáis que sois? —Estas preguntas me parecieron entonces tremendamente anonadantes—. Cuando no entiendes tu propia naturaleza, tus errores, como los errores de la historia, se repiten y se repiten en una ficción interminable. No hay otro conocimiento.

Sin saber que hablaba, algo dije sin embargo en nombre de la mujer.

El segundo brujo habló. Se inclinó rígido hacia adelante, como si irrumpiese a través de una tela; frunciendo las cejas mientras levantaba una mano y me señalaba.

—No eres tú más incorrupto que una hoja de hierba, que ha de ser aplastada por un pisotón casual.

Tenía la boca abierta, pero no se le movía cuando él parecía hablar. Algo sulfuroso se le escurría entre los labios.

—¡La Maldición Original que pesa sobre Malacia pesa también sobre ti, de

manera que ten cuidado, muchacho!

—¿Qué he de hacer? —pregunté.

Mi voz me llegó desde muy lejos, de otro momento o de otro lado. Las palabras tardaron mucho tiempo en llegar, y mientras se alejaban de mí, miré cómo los sátiros —que eran siete, dos de ellos hembras con las ubres colgantes— avanzaban al galope para apoderarse de la desvalida mujer a quien acusaban de ser una reencarnación de Teodora. La arrojaron al suelo y se pelearon por acercarse a ella. Le arrancaron la camisa de un desgarrón. Ella dio un chillido. Una de las hembras caprinas la mordió entre los muslos, pero fue apartada a tirones y vejada. Los otros sátiros se amontonaron hasta que en el suelo se formó un obscuro montón que desde afuera se veía principalmente como talones que pateaban, nalgas que se levantaban y bajaban y rabos que se sacudían. Recogiéndose la túnica, el primer brujo avanzó torpemente para unirse al bestial espectáculo, mientras exhibía los colmillos en una mueca.

Todo esto fue cuestión de un momento, ya que entretanto el segundo brujo respondía a mi pregunta... por más que nunca pude saber, después, si verdaderamente lo hizo con palabras.

—Has de esperar y desesperar, reformarte y pecar, triunfar y fracasar. ¿De qué otra manera sobrevivimos a nuestra dualidad de espíritu? Ahora aprenderás la maldición adicional del conocimiento, que no te agregará sabiduría; solamente te hará más doloroso lo que hasta ahora disfrutaste merced a la ignorancia.

—¿De qué conocimiento hablas?

—Del único conocimiento que hay: el conocimiento que te envejece.

De alguna manera que no puedo explicar, me encontré enfrentando una faz de reptil desde el otro lado del altar humeante, mientras él decía:

—De acuerdo con nuestra naturaleza dual, toda recompensa tiene su castigo, todo castigo su recompensa. Ahora que has de soportar la carga del conocimiento, se te permite un único deseo, que en seguida te será concedido, hasta donde nuestros poderes alcancen.

Casi sin pensarlo —estaba más allá de eso—, dije:

—Entonces quisiera impresionar a Armida Hoytola de alguna manera magnífica, salvarla de un peligro abrumador, para que ella pueda...

Mi voz vaciló y se extinguió. No por el terror que me dominaba, sino por la intervención de algo —quizá ese espantoso *conocimiento* que ya empezaba a actuar — que me dijo que yo nunca sería feliz con una mujer a la que creyera encadenada a mí en razón de algún ensalmo o compulsión.

Me puse de pie con la boca abierta, y el humo se arremolinó alrededor de nosotros. La oscuridad fue en aumento, los gritos de la mujer se desvanecieron. La colmilluda boca del brujo susurró algo.

—Tu deseo te ha sido concedido —me pareció que decía.

La llama se elevó entre nosotros. El brujo levantó las mangas harapientas por encima de la cabeza, como las alas de un dientes-de-cuero, y gritó:

—¡Vete, juvenil fantasma!

Junto con estas palabras llegó un intenso frío, que me lastimaba los ojos. La vista se me nubló. La horrenda chusma amontonada en el suelo se confundió con las malezas. La línea de figuras de grimorio, hombre, mono y pájaro, se disolvió entre los árboles azarosos. Hasta la gran piedra se fundió en una sombra que no se distinguía en el camino. Solo la llama que había sobre el altar, elevándose como la lengua de una serpiente, se mantuvo clara a mis ojos y retrocedió en la distancia. Me dejé caer.

Estaba solo en un mundo remoto y gris de viejos árboles. Una vez más descubrí mi pobre individualidad. Una vez más oí a mis espaldas el rumor de la corriente. Una vez más recordé que no era la muerte la fuerza que prevalecía en el mundo.

Comenzó a llover, primero en las ramas más altas de los árboles, después sobre mi cuerpo; la dulce lluvia se acercaba para recordarme que las estaciones y los cambios atmosféricos vienen y van.

Me levanté.

Yo había estado mirando cosas malditas. Me di vuelta para ver qué suerte había corrido Zarza. La pobre criatura nada tenía de mi humana resistencia. Las riendas colgaban de un esqueleto, de un perfecto esqueleto de caballo, en el que cada hueso relucía como si conservara aún la humedad de la carne que le habían quitado tan bruscamente. Yo estaba todavía mirándolo, cuando el esqueleto se desplomó con ruido en una pila de huesos, de los que ya nadie podría jamás sacar de nuevo un caballo. Recogí de entre los restos el arpón, que seguía atado a la silla. Aún podía tropezarme con peligros naturales.

En la hierba oscura y pisoteada, algo resplandecía: mi amuleto. Al recogerlo, sentí que estaba casi demasiado caliente para tocarlo.

Tras enjuagarme la cara con el agua del río, conseguí calmar mis temblorosos miembros.

Si había pasado por una iluminación satánica, entonces tenía que preguntarme cuál era, exactamente, el conocimiento que con tanto desdén me habían conferido. ¿Había recibido el don de una revelación religiosa, expresada con los acentos de la Religión Natural, pero totalmente de acuerdo con los dogmas de la Religión Suprema?

¿Era esta una revelación que tenían todos los hombres, pero de la cual se resistían naturalmente a hablar? Nada decían de un acontecimiento en verdad impresionante... pero ¿qué se podía decir de una experiencia tan extrema? Podría crear una barrera entre uno y los amigos. Oscuramente, me pregunté si silencios como ese no daban cuenta de un hecho que yo había observado antes: que en tanto que los jóvenes eran jubilosamente gregarios, los ancianos tenían caras agrias, y en general se mantenían apartados, como si desconfiaran de la amistad.

Una cosa era segura: que el repulsivo segundo brujo me había concedido un deseo. Tenía que andar con cuidado. Recordé a Desport.

Se decía que cuando el gran fundador de nuestro Estado atravesó por primera vez el Toi y se detuvo en el lugar que habría de ser después La Estrella, el mediodía se hizo medianoche, y un gran mago —el Primer Mago— se le apareció a Desport. El Primer Mago le concedió un único y poderoso deseo, razón por la cual Desport deseó que la ciudad que él y sus escasamente humanos secuaces estaban fundando como monumento a las dos religiones se mantuviera siempre como mera en un principio, eternamente inmarcesible. Era a este deseo a lo que se refería la gente, llamándolo —no siempre por razones apotropaicas— la Maldición Original. Desde entonces, de acuerdo con la leyenda, el tiempo se había inmovilizado en nuestra ciudad. Quizá el tiempo y el cambio sean cosas distintas; por lo que se refiere a los asuntos de los hombres, son inseparables.

Ese olor que me había llevado junto con los sátiros hasta el lugar maldito, había sido, ahora yo estaba seguro, el aroma mismo del tiempo.

La malévolamente quietud del bosque me arrancó de mi trance. La noche se movía silenciosamente entre los árboles entrelazados. Yo había estado en cuclillas junto a la corriente, inmóvil. Ahora, todo lo que quedaba de mi terrible experiencia era un distante resplandor de luz, que se asemejaba a la lengua viperina del fuego del altar.

Durante varios minutos estuve haciendo conjeturas sobre esa llama, y al fin se me ocurrió que no me sacaría de encima el recuerdo del altar hasta que descubriese el origen de la luz. Si indicaba compañía humana, era más que bienvenida.

Pasé junto a los huesos de la pobre Zarza y me encaminé hacia el resplandor. Esa hora era considerada propicia por los cazadores de ancestros. Grandes o pequeños, los animales ancestrales perdían energía durante la noche y se arrastraban a refugiarse en las guaridas. Los últimos eran los animales gigantes, que iban alimentándose por el camino. El comienzo de la oscuridad hacía de ellos piezas más fáciles de cobrar; pero sin montura, y con tan escasas armas, ningún deseo tenía yo de interponerme entre alguno de ellos y su *boudoir*.

Sin dejar de mantener listo mi arpón de resorte, trepé entre los troncos de los árboles, cuyo follaje formaba un techo confuso sobre mi cabeza. Al mirar hacia delante vi una escena de infortunio humano muy diferente de los terrores con que recientemente me había enfrentado y, sin embargo, lo suficientemente relacionada con ellos, dado el lugar y la hora, como para aproximarme con cautela. Un tosco camino cruzaba mi senda. Al costado, inclinado y caído en una zanja, había un coche. Dos lámparas brillaban en las ménsulas laterales. La llama que me había conducido al lugar, ardía muy cerca; era una antorcha de agradable olor alquitranado. La luz se alzaba como una tienda luminosa en la maraña de la noche.

La antorcha estaba clavada en un trozo de terreno blando, de manera que iluminaba en parte a un hombre joven, en cuclillas junto a la rueda delantera del carruaje, y que me daba la espalda. Lo observé, a él y a la muchacha que lo acompañaba, con la cautela de un ciervo, oculto detrás de un roble con crines de hiedra.

El hombre estaba intentando, sin éxito, levantar la rueda del carruaje ayudado por una palanca. Tan pronto tironeaba de la rueda como procuraba alzarla, y de vez en cuando le lanzaba algún puntapié, para que le diera suerte. El caballo, con los ojos enrojecidos por el reflejo de la luz, se movía con inquietud entre las varas. Cada vez que relinchaba, el hombre lo maldecía.

La joven estaba en mitad del camino. Aunque no maldecía ni relinchaba, mostraba su disgusto ante la situación paseándose dentro del reducido círculo de luz de la antorcha, mientras se retorció la falda y las manos.

Nada hay de excepcional en que un carruaje se caiga en una zanja, ni en que a las jóvenes les molesten esos accidentes. Lo que me pareció especialmente interesante — y me saco de la cabeza todo recuerdo de los recientes episodios— fue la identidad de la joven: Armida Hoytola.

Impulsivo como soy, no me precipité inmediatamente hacia ella. La sorpresa me dejó inmóvil donde estaba. Y no solo la sorpresa. La escena tenía de suyo cierta picaresca; además, es siempre una ventaja observar a una señorita cuando ella no sabe que la observan.

Armida estaba lo bastante furiosa como para haber perdido el habla. Todos sus movimientos tenían la elocuencia del escarnio; sacudía las faldas con brusquedad mostrando como despreciaba la noche, la aspereza del camino, al desdichado agazapado en la zanja. En ese momento, estaba casi debajo del carruaje; yo no le veía más que un hombro, que bajaba y subía. No pude dejar de desear que ella estuviera en peligro, para poder aparecer de un salto a rescatarla, y beneficiarnos mutuamente.

Apenas había apareado esta idea en mi mente, cuando se oyó algo que se desplomaba con un crujido entre las malezas del otro lado del camino, donde tanto las sombras como los árboles crecían impenetrables. Cuando los oídos de Armida registraron el ruido, se detuvo y se quedó mirando en actitud de deliciosa agitación. La Singla no podría haberlo representado con más eficacia.

—¡Guy! —llamó.

El hombre que estaba en la zanja se apartó de la rueda, pero yo no tenía ojos para él. Miraba hacia donde miraba Armida: los arbustos próximos, que de pronto se apartaron bruscamente.

Dicen que los leopardos y tigres de Oriente están dotados por naturaleza de una astucia equiparable a la del hombre. Acechan a la *victima*, y la atacan por sorpresa. Son fuertes pero más ágiles que fuertes, y más astutos que ágiles. Los grandes ancestrales carnívoros solo tienen una fuerza maníaca.

Los dientes-de-diablo y sus parientes, los bocasierras y tiragrebas, son máquinas primitivas. Cuando un dientes-de-diablo —un archivengas, para darle el nombre adecuado— olfatea la presa, se encamina directamente hacia ella, sin consideraciones de silencio, sin pensar en algún obstáculo que pudiera encontrar en el camino. A diferencia del leopardo, no necesita agilidad ni astucia, ya que confía en su gigantesco tamaño y sus pasos desaforados para arrojarse rápidamente sobre

cualquier cosa que desee destruir. Poco hay que pueda oponerse al avance de siete toneladas métricas de voracidad animal.

Un momento antes, las sombras del otro lado del camino habían estado tan vacías como una máscara. En el momento siguiente, se abrieron y desgarraron mostrando una cabeza larga como una canoa. Por detrás de la tersa trompa, los ojos estaban hundidos debajo de unas cejas huesudas que se perdían en la maraña de verrugas y pliegues de un cuello enormemente grueso. La cabeza giró una vez a la izquierda y otra a la derecha antes que la boca se abriese bruscamente para revelar unas hileras de dientes aserrados, al tiempo que emitía un bramido de ira.

En ese bramido se perdió el chillido de terror de Armida.

Con apenas una pausa, el dientes-de-diablo avanzó rápidamente. Betsy, la yegüita de Armida, golpeó con los cascos la carpintería del carruaje al arrojarse contra las varas en un intento de escapar.

El grito de Armida me hizo salir corriendo al claro, con el arpón listo. Mientras ella corría hacia mí, le grité que se metiera dentro del coche, me dejé caer sobre una rodilla y apunté con el arpón. Un olor de putrefacción me envolvió de pronto.

En una crisis, los detalles se absorben al instante. Libre de los engranajes del pensamiento, el cerebro actúa inmediatamente sobre ellos, y los digiere más tarde. Mientras me acercaba al dientes-de-diablo, vi que el monstruo había sufrido una herida anterior, quizá en alguna otra cacería, y que estaba en inferioridad de condiciones: un tajo le supuraba en el blindaje de la rodilla izquierda. Es posible que yo me haya salvado gracias a esa herida.

El monstruo giró sobre sí mismo para hacerme frente. Los ojos le chisporroteaban, negros, bajo las cejas córneas, y me miraban con fijeza mientras todo el cuerpo emergía del bosque. Siguió avanzando hasta que se irguió bruscamente ante mí sobre las enormes patas traseras. Era tres veces más alto que yo.

Durante el incidente, yo solo tuve conciencia de las patas, o mejor garras, que golpeaban el suelo ante mí, del vientre enorme y fibroso, de las mandíbulas que se abrían y cerraban buscando mi cabeza. Vi el movimiento de los músculos bajo la piel y las hojas pegoteadas encima. Disparé el arpón hacia la carne palpitante que le colgaba de la garganta, como las barbas de un gallo, y me arrojé al suelo. Rodé y salí corriendo como un loco a guarecerme tras el árbol más cercano. Mientras corría, saqué la espada.

Una vez detrás del árbol, me volví, jadeante, para ver a qué distancia estaba el monstruo.

El dientes-de-diablo bramó con el ruido de un pino que se parte en dos. La sangre le salía a borbotones de la garganta. Levantó los menudos antebrazos y con las garras se golpeó ferozmente la herida y el arpón. Luego enloqueció.

En el camino del bosque había poco espacio para él. Mientras giraba, la cola poderosa arrancaba arbustos de raíz. Golpeándose contra los árboles, se movió primero en redondo, describiendo un círculo, y en seguida cargó hacia adelante, con

la cabeza extendida, como una enorme serpiente, y golpeó directamente contra el cochecito, que voló hecho pedazos. ¡Armida! La yegüita se soltó y huyó.

Casi sin perder velocidad, la fiera se precipitó dentro del bosque, pasando tan cerca de mí que algunas piedras me golpearon en la cara. Al fin chocó contra un roble corpulento y la tierra tembló con el impacto.

Sin toda aquella energía titánica que dispersaba la débil luz, el bosque se oscureció doblemente.

Para ese entonces yo había recuperado el aliento. Había herido al enorme ancestral, que ya no era tan temible. Salí precipitadamente de mi refugio, arranqué de un tirón la antorcha del suelo y corrí en persecución de la bestia. Seguí la senda que había abierto, y me animé pensando que quizá ya no habría peligro y que solo sería necesario un *coup de grâce*, que ciertamente tenía la intención de propinarle, para hacer doblemente mía la victoria.

Pero los dientes-de-diablo son casi demasiado estúpidos para morir. Aunque ya no tenía dominio sobre su cuerpo, el animal seguía todavía de pie, en furia radiante. Una resplandeciente línea de color naranja le recorría toda la columna, desde la cima de la cabeza hasta la cola. La línea se retorció como un cabo suelto durante una tormenta en el mar. A grandes coletazos, el monstruo se esforzaba por zafarse de la maraña de ramas, y lo que yo veía ante mí era una forma delirante de hojas, escamas y ramitas que bailaban en la oscuridad. Apenas podía acercarme por temor a los coletazos, y no obstante, algo de la furia del bruto tuvo que haberseme contagiado, pues cuando me pareció que era el momento oportuno, me precipité a hundirle la espada en la barriga.

En ese golpe puse todas mis fuerzas. La punta de la espada desgarró la articulación de las escamas y se hundió en las partes bajas. Le asesté un segundo golpe, y un tercero, hasta que la sangre y los intestinos asomaron por la herida.

Como me movía en un torbellino de oscuridad, apenas alcanzaba a ver lo que hacía. Di un salto hacia atrás en el momento en que la criatura se sacudía convulsivamente. La cabeza estaba por encima de mí. Los ojos me veían. Quizá fue obra de un truco de la noche y de la sombra, pero me parecieron súbitamente colmados de benévola sabiduría, de compasión... No había en ellos ferocidad alguna, tal como alguien había dicho cierta vez.

Entonces, tras otro gran paroxismo, el monstruo murió, suspendido, todavía de pie, enredado entre las ramas. Poco a poco, a medida que la muerte relajaba los músculos, las patas se le doblaron y el cuerpo cayó. La cabeza dio violentamente contra el suelo.

Yo había matado mi animal ancestral.

Tambaleándome, regresé al camino, donde me encontré con una pálida Armida y un De Lambant tembloroso. Ella había estado demasiado asustada para refugiarse en el coche, como yo le había dicho, y así había conseguido salvarse. Se apoyó contra De Lambant. A pocos metros de distancia, Betsy mordisqueaba la hierba, como si

nada hubiera pasado.

Durante un rato, las palabras estuvieron fuera del alcance de todos nosotros.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté a Armida, que estaba temblando, demasiado agotada para contestar.

De Lambant respondió con voz ronca:

—Nos dijeron que Bedalar estaba en una aldea, cerca de Juracia. Armida dijo que le gustaría que yo la acompañase a verla. La información resultó falsa... Un viaje inútil. Cuando regresábamos, una roca se metió bajo la rueda y nos arrojó a la zanja.

—Toma la yegua —le dije—, que en ella montaremos a Armida. Monta tú tras ella y llévasela sana y salva a su padre.

De Lambant no discutió. Entre los dos convencimos a Betsy de que se dejara montar, y a Armida de que montara. Armida estaba llorando. No dejaba de decir: «Estoy bien, Perry, estoy bien», no sabía yo si para tranquilizarme o para tranquilizarse. De Lambant montó tras ella.

—Y tú, ¿qué? —me preguntó. Yo casi no podía oír lo que decía, ni contestarle. Tuve la impresión de que el suelo subía y bajaba.

—Yo os seguiré a pie. Tú ocúpate de ella... está a tu cargo.

—Estoy bien, Perry.

—Enviaré la guardia en tu busca.

—Te la confío, Guy.

De Lambant levantó una mano, e incluso esbozó una débil sonrisa.

—Conmigo está segura —dijo.

Después me quedé solo con la antorcha moribunda y el animal muerto a mi lado.

La debilidad se apoderó de mí. Era como si mis senados flotaran. Tenía la ropa cubierta de sangre, y parte de esa sangre era mía. El hombro y el brazo izquierdo me sangraban mucho. Mientras me tambaleaba en redondo como un borracho, me di cuenta de que todo el lugar estaba inundado por la sangre del dientes-de-diablo. Litros y más litros empapaban la vegetación y el camino.

Cuando sentí que una náusea me subía desde el estómago, supe que estaba malherido. No tenía recuerdo alguno del momento en que había recibido la herida. Al caer entre los árboles destrozados, me las arreglé para apoyarme en la enorme pata de gallo del monstruo, para dar una imagen lo más impresionante posible cuando vinieran a rescatarme.

Pasó largo tiempo, y navegué un largo trecho por el río del dolor, antes de oír el ruido de las gentes que se acercaban, antes de que la luz de las antorchas oscilara ante mis ojos.

LIBRO TRES

Interior de un castillo con penitentes

La alcoba donde me encontré estaba en lo alto de una de las torres del castillo Mantegan. Las ventanas daban sobre los techos de un patio interior que todos los días se llenaba de sol. Pese a la altura de mi ventana, las madreselvas habían trepado hasta el alféizar y más allá, apoyándose en la mampostería. Durante el tiempo que estuve en cama, un blando zumbido de abejas entraba en la habitación, mientras ellas sorbían el néctar de las últimas flores del verano.

Me recuperé de mi herida gracias a los cuidados de mi hermana. Quizá fuera su presencia lo que en medio de la fiebre me hizo creer que estaba de nuevo en una de aquellas tardes de la infancia, cuando la eternidad se aposentaba en la casa luego del almuerzo, para perdurar mucho después del crepúsculo en una fragancia de flores y de habitaciones soñolientas.

Katarina me cuidó con ayuda de su doncella personal, Peggy. Durante la mayor parte del tiempo estuvimos los dos solos, como antaño. Mi padre estaba demasiado ocupado en su investigación como para visitarme, pero me envió una nota. Yo, a mi vez, me enorgullecí de adjuntar a mi respuesta uno de los colmillos del dientes-de-diablo, que una vez aserrados me habían enviado desde Juracia. Julius Mantegan y su familia se habían ocupado de que yo recibiese mis trofeos de cazador.

Mi padre me agradeció el regalo enviándome una breve nota que me hizo llorar quizá porque me sentía muy débil.

Ahora has cortado tus dientes y ya eres un hombre. Mi vida está terminada, o lo estaría si mis dolores se salieran con la suya. Hasta aquí lo que yo sé. Tenemos nuestras diferencias. He de decirte que cuando tú naciste, fuiste motivo de gran júbilo para tu madre y para mí. Ella y yo éramos felices juntos. Los tiempos han cambiado. Mientras te escribo, tengo junto a mí el colmillo. Perdona mis garabatos. Que te hagas hombre de provecho.

Con afecto,
tu padre

De mis visitantes, el más regular era Portinari, que venía un breve rato todas las mañanas, cuando cumplía los encargos de su padre. Siempre traía consigo un delicioso *pâté en croûte*, todavía caliente y fragante, recién salido del horno, y nunca se quedaba a ver cómo me lo comía. Caylus vino una vez, con muletas, y ese día él se comió el *pâté*; trajo consigo a Bedalar, que me sonrió tiernamente y reconvino a su hermano cuando este bromeó sobre el desastroso estado del castillo. De Lambant solo me visitó una vez, e hizo gran alboroto hablando de mi heroísmo. Pero ese día yo estaba demasiado agotado para hacer otra cosa que seguir tendido y disfrutar débilmente de los halagos de De Lambant.

Mandaró venía todas las tardes a orar conmigo. A él, y solo a él, le conté el

episodio del bosque, causa de —y más terrible que— la batalla con el dientes-de-diablo. Por lo demás, era una experiencia que me acompañaba día y noche, como un pesado cálculo vesicular.

Ninguna carta de agradecimiento ni de elogio me llegó de Andrus Hoytola. Hubo una nota de su mujer, deseándome una feliz recuperación. Pero Armida me visitó en mi lecho de enfermo en tres ocasiones, me tomaba una mano entre las suyas cuando tenía fiebre y me hablaba con dulzura. Entretanto Yolanda se retiraba a un rincón. Cuando ella se iba, aquella fragancia de pachulí quedaba en el cuarto.

No importa quién entrara o saliera, en mi cuarto estuvo siempre Poseidón, el más grande de los gatos del castillo, pesadamente instalado sobre el alféizar de la ventana, escuchando todo lo que pasaba, pero sin emitir juicio. Poseidón fue un consuelo durante mi enfermedad. Todos los hombres deberían ser como él, pensé; en vez de pugnar por el lucro, la lujuria o el progreso, contentarse con el lujo de ser. Era un sueño utópico de la convalecencia.

A medida que me recuperaba, el mundo regresó, lentamente, y con él las esperanzas y angustias familiares. Cuando Armida volvió a hacerme compañía, yo ya estaba en condiciones de ventilar un asunto que me inquietaba.

—¿Te han reparado ya el carruaje? —le pregunté, abordando indirectamente el tema.

—Me están preparando otro mejor. Los Daumond me van a construir un pequeño *coupé* adecuado para la ciudad, con diecisiete capas de laca en el exterior. Estará tapizado en seda pequinésa blanca y azul, con las puertas, las persianas y el techo también forrados de seda. Padre dice que los Daumond son los mejores fabricantes de carruajes de Malacia.

Se la veía más hermosa que nunca, con su asombrosa combinación de cabello dorado y ojos oscuros. Dudé antes de volver a hablar.

—Lamento que el coche que fue tu regalo de cumpleaños haya hecho un último viaje. ¿Adónde habíais ido tú y De Lambant en esa ocasión?

—Entiendo que él ya te lo dijo.

—Es posible que sí, pero lo he olvidado. Yolaria no estaba con vosotros.

—Tampoco habría habido lugar para ella. Y a ti no te importa lo que yo estuviera haciendo; tú estabas ocupado con otras cosas.

—Armida, todo lo que haces me importa, mucho, por razones que conoces bien.

Armida se levantó y fue hacia la ventana; el contraluz le recortó la silueta mientras ella acariciaba distraídamente a Poseidón. Volaría levantó la vista hacia ella; sin que viniera al caso, me di cuenta de que la andana amaba a la joven Armida. Después Armida se volvió y empezó a moverse por la habitación mientras hablaba.

—En tu vida hay muchos intereses de los que nada me dices. Yo soy demasiado bondadosa y comprensiva para presionarte, pero ¿qué hay de esa pequeña roñosa sin un céntimo... ya sabes a quién me refiero, esa progresista, Leticia Zlatorog? Imagino que dirás que nada pasa entre vosotros.

—¿Leticia Zlatorog? Oh, por favor, Armida, si hasta del nombre casi me había olvidado. No es nada para mí, en tanto que tú lo eres todo.

Los ojos dorados se le pusieron tormentosos, el rostro se le endureció y bajó la mirada de modo que me hizo pensar un momento en un ave de rapiña.

—¿Conque yo lo soy todo, y ella nada? Creo que eres absolutamente infiel. Lo creo de veras.

—No es así. Cuando he comprendido mejor tus sentimientos, he cambiado. Te he visto más como eres, he visto tus verdaderas necesidades. No miraré a Leticia. Es verdad que no tiene un céntimo, como tú dices, pero no es realmente una roñosa. Ocurre que su situación financiera la obliga...

Armida se volvió e hizo un gesto a Yolaria.

—No me quedaré aquí si persistes en defender a esa condenada muchacha. Realmente, ¡te pones imposible a veces!

Le tomé la mano.

—Fuiste tú quien mencionó a Leticia, no yo... te dije que casi la había olvidado. ¿Por qué siempre me atacas? Yo no te ataco.

—Oh, ¡cómo tergiversas las cosas! ¡Eres imposible! Tú lo insinuaste todo... Insinuaste que había algo entre Guy y yo. No veo que eso sea asunto tuyo... Pero ya he hablado de más. Soy demasiado sincera y bondadosa.

Se echó a llorar. Por más irritado que yo estuviese, no podía soportar verla desdichada. Me levanté de la cama, la abracé con el brazo sano, la consolé lo mejor que pude.

—Escucha, Armida, no riñamos. Haber salvado tu vida, que me es tan cara, es algo que siempre me hará feliz, así que...

—¡Eso! —exclamó—. ¡Supongo que lo esgrimirás contra mí durante el resto de tu vida!

—Pero si no estoy esgrimiéndolo contra...

—No creas que no te estoy agradecida, lo mismo que mis padres, pero hazme el favor de no hablarme de tu bravura. Si no me hubieras salvado tú, Guy lo habría hecho.

—Por todos los santos huesos... Armida, no riñamos, pero sé justa, te lo ruego. Estamos los dos vivos y a salvo. Yo te amo. Volvamos atrás y seamos como éramos antes, cuando nos conocimos, ¿quieres? Sin tantos celos, ¿eh?

—Las cosas nunca podrían ser como fueron —dijo ella lloriqueando.

¡Cómo me hirieron esas palabras! No tanto por su verdad, si es que verdad tenían, sino porque entendí entonces que a ella no le importaba que las cosas se arreglasen o no.

—Mi brazo pronto estará mejor, y entonces verás. Espera una semana, que ya volveremos a ser felices juntos. Te juro que tú eres la única.

—Aquí no tienes muchas posibilidades de portarte mal, ¿no?

—Eres injusta conmigo en tu corazón, y no sé por qué. He dicho que me

reformularé, y lo digo en seno; todas las noches hablo de eso con Mandaro. Tú debes apoyarme y no burlarte de mí.

Estas cosas, y más, intenté decirle con ligereza, pero sentía un peso en el corazón. En todo lo que hacía o decía ella, yo tenía la impresión de que no me quería. Tampoco llegó a decir que me amaba, sino solo que yo ya sabía que ella me amaba, o que ya me lo había dicho antes. ¡Pero nunca dijo que me amaba en el presente!

—Has de entender, Armida, que no tuve intención de hacerte daño. Había un exceso de amor en mí que se desbordó sobre otras. Sé que hice mal, porque veo cuánto te duele. Tú me hieres porque estás herida. Pero no quise aprovecharme de ti. Creo que te tienen demasiado prisionera en tu casa, y que la vida tendría que ser más libre para ti, que el amor tendría que ser libre.

Me miró con curiosidad.

—¿El amor, libre? No te entiendo.

—Amor que se recibe y se da libremente... ¿No es un noble ideal? Quiero decir que en verdad me siento celoso, de modo que quizá tu enojo esté justificado; pero los celos son una emoción degradante, y como tal hay que tratarlos, y no complacernos en ellos. Admito que estuve un poco celoso y que desconfié de ti y de Guy cuando os encontré juntos. Es un buen amigo y he de confiar en él. Amándote como te amo, también he de confiar en ti... y así lo hago. Me complace que seáis amigos. Después de todo, cuando estemos casados lo veremos más. Perdona mi enojo, sé amiga de él y santas pascuas.

Mi discurso no dejó de tener efecto sobre ella. Me sonrió, aunque no me tomó la mano.

—Me alegra que lo hayas dicho.

Yo me sentí más noble por haberlo dicho. Era verdad, y me esforcé por sentir que era verdad. Sin embargo, ya mientras la miraba, la sospecha volvió a dominarme. Recordé lo desaprensivo que era De Lambant con las mujeres.

Sin embargo, Guy era mi amigo, y respetaría sin duda los lazos que me unían a Armida. Una vez más, sentí que era una vileza desconfiar de él; si solo había venido a verme una vez, era porque adivinaba mi desconfianza. Para sepultar aún más profundamente mis dudas, me lancé a un nuevo discurso en el que aseguraba a mi bello amor que lo único que deseaba era verla feliz y en el que enumeré mis más nobles aspiraciones. Armida permaneció de pie, escuchando gravemente mientras miraba por la ventana.

—Ese es un aspecto nuevo de ti —dijo al fin—. Eres muy comprensivo.

Con eso hube de conformarme.

Tal como he dicho, Mandaro vino todas las tardes a visitarme, envuelto en ropas grises y ásperas, como protección contra los aires otoñales que ya soplaban en las primeras y en las últimas horas del día.

A él, a medida que me sentía más fuerte, confié mis temores.

—Todos los temores son signos de culpa —dijo—. Nunca miraste dónde buscabas el placer. Ahora, pones reparos a que tu amada pueda hacer lo mismo. No es *ella* quien te hace daño, sino tu doble norma de vida.

Sacudí la cabeza. La culpa era parte de los quehaceres de Mandaro.

—¡No, no, padre! Mis amoríos con otras mujeres... me hicieron despreocupado. Nunca hice el amor con una muchacha a quien no amara, pero nunca estuve profundamente enamorado de ellas; a eso me he resistido siempre. Ellas me han puesto en movimiento, han generado en mí un amor más grande, y eso es lo que ahora ofrezco a Armida; que ella me cause algún dolor no altera lo que siento por ella. Pero me torturo pensando que ella... tenga un sistema emocional muy diferente del mío, y se enamore de algún otro, incluso de De Lambant, y que deje de amarme. Eso no podría soportarlo. Ni siquiera soporto que me mire con frialdad.

—¿Fue prudente de tu parte estimularla a que se hiciese amiga de De Lambant? ¿No tendrías que haber mostrado disgusto por esa relación, tal como lo hizo ella?

—No, verá usted —¿cómo explicar a Mandaro esos asuntos mundanos?—. Al ponerla en una situación de confianza, al demostrarle que yo aliento decididamente la amistad de ambos, *establezco* una situación de confianza. Puestos en una situación de confianza, no irán a acostarse juntos. En tanto que *sí* podrían hacerlo, si yo gritara y los maldijera. Entonces se sentirían culpables, recaerían en el secreto que lleva a la culpa y que incrementa la culpa, ¿no es así? ¿No es coherente? Además, hablando con franqueza, mi Armida no es una muchacha muy sincera, padre... ¿cómo podría serlo, en esa casa? Si Guy le conviene, me alegro por ella y no quiero arruinar nada. ¿No es sensato mi razonamiento?

—No estoy seguro de que la razón sea de fiar en tales circunstancias.

—La razón y el honor. Un hombre ha de confiar en algo. Yo confío en la razón y en el honor, y confío en Armida, y... Oh, ¡tengo que levantarme de esta cama!

—Yo no vengo solamente para hablar de asuntos de amor. Perian.

—¿A qué se refiere usted? ¿Cree realmente que estén haciendo el amor a mis espaldas? ¡No diga eso!

—Yo no lo dije. Fueron tus celos los que hablaron.

—Oh, tiene usted razón. Soy bajo y ruin. Yo que solía tener tan buena opinión de mí mismo... y ahora, nada. Los actos de valor que he llevado a cabo, en nada cuentan.

—Podemos aprender a vivir sin buenas opiniones, lo que conviene a nuestra humildad.

—Pero entonces los actores y los artistas no podrían sobrevivir. Contra la adversidad no tienen otra arma que el orgullo.

—He de señalarte que no estás en la adversidad. Tu carrera progresa. Tienes muchos asuntos en el mundo. Más te convendría pensar en los asuntos que atañen a la eternidad; para eso, la humildad te ayudaría.

—En sus manos estoy, padre.

—En modo alguno. Mis manos son tan débiles como las tuyas. En la guerra constante entre el Bien y el Mal, un hombre es poco más que carne de cañón. Todo lo que podemos hacer es decidir en qué cañones permitiremos que nos metan. Y esa decisión no es permanente; más aún, has de tomarla cada día de tu vida.

—Aborrezco las decisiones. Yo quiero que el amor sea permanente, pero... soy tan débil.

—No te subestimes. Lo que necesitas es coraje, y eso depende de ti. El hecho de que hayas matado al archivero prueba que eres un hombre capaz, y en eso nadie puede tenerte en menos.

—Me consuela usted, padre. Pero es otra especie de coraje lo que necesito para tratar con Armida.

—Una vez que te hayas recuperado y recobres tu buen ánimo, no pensarás que para eso necesitas tener coraje.

Una cosa, al menos, me dijo que era verdad. Yo había perdido el ánimo; ese espíritu mío, que antes danzaba en el aire como una pluma, había descendido ahora al nivel del suelo. Noche tras noche, los recelos sobre la fidelidad de Armida se atropellaban en mi mente, impidiéndome el sueño.

El brazo y el hombro se me curaron, pues. Katarina, mi amada hermana sobreviviente, pasó horas sentada junto a mi lecho. Yo me dejaba ir hacia un ámbito de sueños por el solo placer de abrir los ojos y encontrarla allí, todavía bordando, todavía esperando que me volvieran las fuerzas. Después se acostumbró a sentarse junto a la ventana, a acariciar a Poseidón o a jugar con su tapiz.

Mi hermana no era una gran belleza. Se parecía a mi padre, con la piel cetrina y el mentón un poco largo, pero a mí me gustaba la expresión que tenía en los ojos, el dibujo de la cabeza y el tono Levemente burlón con que solía hablar. Llevaba el hermoso cabello oscuro recogido con una cinta bordada, de modo que le caía en una cola sobre el vestido de color gris paloma.

Katie se quedaba tranquila junto a la ventana, a la luz del sol, en tanto que yo descansaba ociosamente en la penumbra del cuarto; ambos convertíamos los viejos tiempos en una conversación espasmódica. Yo nunca le hablaba de mis inquietudes a propósito de Armida.

—Mucho te agradezco tus cuidados, Katie. Ahora que el invierno se aproxima, veámonos más.

—Me alegro de que ese sea tu deseo. También es el mío, sinceramente. Sin embargo, hay fuerzas que separan a las personas, contra lo que ellas desean.

Lo dijo serenamente, como siempre.

—Nos mantendremos animados y así superaremos cualquier dificultad.

Hablar de no perder el ánimo era entonces bastante fácil; en compañía de Katarina, me sentía realmente animado.

Siguió un silencio, solo interrumpido por las laboriosas abejas en la ventana. Algunas de ellas, con las patas traseras cargadas de polen, se tambaleaban

ocasionalmente sobre el alféizar, y entonces Poseidón las espantaba con la zarpa. Más allá de las abejas, en el claro cielo vespertino, las aves descendían velozmente, con las alas rígidas.

Con un ademán hacia hiera, dijo Katarina:

—Esos pájaros elegantes de colas divididas se están reuniendo una vez más en nuestras torres. Anidan allí antes de partir hacia comarcas más meridionales. Siempre me entristece ver que se van... por ellos mismos, y porque eso significa que otro año desaparece. Todos los años regresan, sin embargo, desde algún lugar misterioso. Jamás se posan en el suelo; si alguna vez lo hicieran, no podrían volver a despegar. Eso ocurre porque no tienen patas, según Aristóteles y Tarsanio.

—Se los llama cabrioles. Padre me dijo una vez que vienen de un continente de hielo, muy al sur, que ningún hombre ha visto jamás.

—Y entonces, él ¿cómo lo sabe?

—Me imagino que por alguna antigua autoridad.

Katarina sacó un pequeño peine blanco con el que se puso a desenredar la lustrosa piel rubia de Poseidón. El gato hinchó el pecho y comenzó a ronronear hasta que hizo más ruido que las abejas; pero manteniendo siempre los ojos cerrados.

Después de un rato, Katarina se rio y dijo:

—Trataba de imaginarme una comarca que los ojos humanos jamás hubieran visto.

—No es una tarea tan difícil. Nosotros mismos vivimos en un país así. Aquí todo está sin descubrir, es misterioso, no hay necesidad de ir muy lejos.

—Perry, ¿dices unas cosas tan extrañas! Esa es una línea de alguna de tus fábulas, estoy segura.

—Cada vez que digo algo profundo, o simplemente sensato, alguien me señala que lo he sacado de una obra. Con frecuencia, las obras las escriben los actores; tú sabes que somos gente despierta. ¿No recuerdas que yo era un niño despierto?

—Lo que recuerdo es que solías jugar a las estatuas para nosotras, y que teníamos que adivinar a quién representabas. Una vez que hacías de Tritón casi te ahogaste en la laguna. Yo me arruiné un vestido nuevo por ayudar a rescatarte.

Los dos nos reímos.

—Pues lo valía, por el arte. ¡Tú siempre fuiste la mejor para adivinar a quién representaba, Katie!

—Andri también habría sido lista, si hubiera vivido. Soñé con ella hace poco, pero la atacaba la peste como si viviera. Odio los sueños cuando no mejoran la realidad.

Cuando el peine estuvo lleno de pelo, Katarina quitó el montoncillo de entre los dientes y lo sopló. Puñado tras puñado, iban saliendo de la piel de Poseidón para perderse lentamente en el aire cálido, fuera del cuarto.

—Mis sueños son agradables si no tengo fiebre.

—Micho, ¡mira todo el pelo que estás desperdiciando, gato tonto! La vida sería

muy vacía sin sueños. Creo que yo enloquecería.

Katarina sopló a través de la ventana un nuevo puñado de pelo. Me acerqué a ella, me recosté contra la ventana y dije mientras hacía cosquillas al gato en la cabeza:

—Es bueno enloquecer por algo... hasta es un modo de mantenerse cuerdo.

Katarina levantó los ojos hacia mí. Con un dejo de reproche, respondió:

—No seas tan desprejuiciado. Tú crees que todo está dispuesto para que te diviertas.

—No tengo prueba alguna de que sea al revés, aunque últimamente no me he divertido mucho. Tú solías ser bastante desprejuiciada, Katie. ¿Es que Volpato te es infiel? ¿Te golpea? ¿Por qué te deja sola en Mantegan con tanta frecuencia?

Katarina se miró los dedos.

—Volpato y la familia Mantegan me fascinaron desde que yo era una niña desprejuiciada. Eran tan fogosos, con estos viejos castillos aquí y junto al mar Intermedio. Cuando cumplí los ocho años. Noble Zaraza me dijo que cuando creciera me casaría con un Mantegan. Así lo hice, y todavía lo amo.

—¿Es que no tienes voluntad propia, Katie? Esos dichosos magos no te soltarán si no dejas de hacerles caso.

—¡No te burles! Estás mejor, ya lo veo. Después de todo, el brazo no lo perderás. Te puedes ir del castillo mañana, si quieres, y no volveré a verte mientras no tengas algún otro problema.

Le besé la mano y dije:

—¡No te enojés! Eres una bella persona y me ha gustado mucho que me mimaras, dulce hermanita. Le daré instrucciones a Armida para que se te parezca todo lo posible... ¡y me iré mañana del castillo para dárselas!

Katarina se rio. Todo estaba bien entre nosotros, y Poseidón ronroneaba más que nunca.

La ventana donde nos encontrábamos ociosamente instalados estaba empotrada en el muro. El borde era lo bastante ancho como para que Katarina y el gato se sentaran con comodidad a mirar el mundo que se extendía allá abajo. Un hombre situado allí e pie podría disparar cómodamente un mosquete hacia el patio interior. La carpintería estaba marcada como la frente de un campesino por el movimiento diario de la luz solar; tal vez una idea semejante había pasado por la mente del desaparecido poeta que había grabado dos tercetos de mediocre y floreada poesía sobre uno de los pequeños vitrales.

*Qué par observo con mis ojos ciegos:
las charadas humanas aquí dentro,
fuera los arcos del cerúleo cielo.*

*Soy así una barrera entre dos marejadas,
del hombre la ambición y del cielo la gracia,*

de cosas fugitivas y de cosas que atan.

Poseidón estaba panza arriba sobre la falda de mi hermana, de modo que ahora eran puñados de pelusa blanca lo que se llevaba la brisa.

La tarde había creado dentro del patio un cuenco de aire caliente que se vertía hacia fuera y arriba, llevándose consigo los pelos del gato. Ni una sola hebra había llegado abajo al pavimento. La pelusa flotaba en un amplio círculo, entre este lado del patio y el próximo, los establos y desvanes dominados por la torrecilla de enfrente y los altos pinos agostados que crecían sobre el cuarto lado, junto a la pared en que se abría la puerta de entrada. Se movía como un mágico torbellino blanco en una capa de aire que estaba a la altura de nuestra ventana y se extendía hasta el límite de las cuatro paredes.

Katarina gritó deleitada cuando le llamé la atención sobre el espectáculo.

Los cabrioles estaban ocupados. Seis o más parejas se precipitaban desde aleros y cables sobre el torbellino de pelusa, para arrebatlarla y elevarla a los nidos. Nos quedamos observándolos. Tan absortos trabajaban los pájaros que con frecuencia se acercaban por error a la ventana. Los pelos giraban majestuosos, y los pájaros se lanzaban hacia arriba y abajo.

—Cuando nazcan los pichones te estarán agradecidos, Poseidón —dijo Katarina—. ¡Los criarán en la abundancia!

—Quizá sean la primera generación de pájaros amigos de los gatos. ¡El cambio llega a los tejados de Malacia!

Cuando por último bajamos, la pelusa seguía dando vueltas, y las aves seguían arrancándole hebras para llevárselas a los nidos.

—Juguemos de nuevo a las cartas esta noche... Los pájaros tienen tan poca sesera que necesitan estar siempre ocupados; no saben hacer otra cosa que moverse. A mí el tiempo nunca me pesa, Perry, ¿y a ti?

—A mí me encanta estar ocioso; es cuando me siento mejor ocupado. Pero me admira que el tiempo no te pese, sola en el *castello*.

Con una sonrisa agradablemente evasiva, mientras me apoyaba una mano en la manga, Katarina dijo:

—¿Y no podrías ocuparte en visitar a Nicolás Fatember, nuestro brujo de los frescos? Solo una cosa lo obsesiona: su arte. Como su mujer, está melancólico en estos días, pero vale la pena conversar con él si logras convencerlo de que abra la boca.

—¡Fatember está todavía aquí, entonces! La última vez que lo vi, amenazaba con irse a la mañana siguiente. El hombre es uno de los genios de nuestra época, aunque por lo general no se lo reconozca. Eso dice Kemperer.

Llegamos a las habitaciones de Katie. Peggy, la bonita doncella negra, corrió a abrirnos las puertas. Katarina me dijo:

—Fatember siempre está amenazando con irse del castillo. ¡Lo mismo le creería

si amenazara con terminar sus frescos!

—¿Los terminará alguna vez? ¿Le paga Volpato? Katarina se rio.

—No seas tonto. ¿Con qué? Por eso Fatember sigue viviendo aquí, siempre concibiendo planes que nunca lleva a cabo. Por lo menos, así tienen un techo, él y también su familia. La familia sigue creciendo... Oh, bueno, ve a hablarle. Nos encontraremos en la capilla esta noche.

Me entristeció que pareciera tan resignada.

Siempre me gustó andar por el castillo de Volpato, de incomparables perspectivas: rellanos imprevistos, cuartos inesperados, múltiples niveles, escaleras interminables, aspiraciones y fracasos, piedra y madera, mármoles estupendos y yesos descascarados, estatuas nobles, decadencia innoble. Como obra impar, eclipsaba incluso al palacio de los Chabrizzi.

No había ser viviente que conservara recuerdos de la riqueza de la familia Mantegan. Mi cuñado era el último descendiente directo, ya que Julius y los demás eran primos lejanos e igualmente pobres.

Se murmuraba que Volpato había envenenado a sus hermanos mayores, Claudio y Saprsta, para echar mano a lo que quedaba de la fortuna familiar; a Claudio untándole con un ácido corrosivo la silla de su corcel, para que el licor mortífero le subiera desde el ano al corazón; a Saprsta pintando con pigmento tóxico una estatua de Minerva que ella besaba en los momentos de devoción, de modo que murió pudriéndose de los labios hacia adentro.

Si la historia era verdadera o falsa, Volpato jamás lo reveló. De él se contaban oscuras leyendas, pero el trato que le daba a mi hermana era tolerable, y tenía la gentileza de pasar fuera largos períodos, buscando fortuna entre los yermos del Norte.

Entretanto, el castillo erigido sobre las márgenes del Toi se desmoronaba, y Katarina no tenía descendencia. Pero yo amaba el castillo, y me encantaba que mi querida hermana se hubiera casado tan bien; por el momento, era la única De Chirolo que había accedido a los círculos cortesanos.

El camino hacia las habitaciones de Nicolás Fatember pasaba por una galería en la que Volpato exhibía sus últimos tesoros. Los tales tesoros eran pocos, y las ratas se escurrían entre ellos en la penumbra. Entre muchas chafalonías, había algunos hermosos platos de terracota, esmaltados en azul, traídos de las tierras del Orinoco; marfiles de elefante velludo, tallados durante la última civilización antropoide para la casa real de Itssobeshiquetzilaha; pergaminos rescatados por un antepasado de los Mantegan de la gran biblioteca de Alejandría (entre ellos dos escritos por Tolomeo Soter, el fundador de la biblioteca) y retratos en seda de las siete Pléyades alejandrinas, del mismo origen, un estuche repleto de ornamentos cartagineses; joyas de los maravillosos orfebres de Atlantis, un orbe del que se decía que había pertenecido a Birsha, el rey de Gomorra, con la corona del rey Bera de Sodoma; una imagen decorada de un sacerdote con una linterna, de la corte de Caerleon-on-Usk; los estribos del semental favorito de aquel gran cazador que fue el persa Bahram,

gobernador de Media; tapices de Zeta, Ravsa y las cortes de los primeros Nemanija, junto a túnicas cortadas para Milutin; una lira, un cáliz y otros objetos del período chankriano; una bonita mampara de roble tallado, con figuras de niños y animales, y de la que se decía que la habían traído de la distante Lyonesse, antes de que se hundiera bajo las olas; una uña del pulgar del fundador, Desport, conservada en un relicario de plata cincelada, y algunos otros artículos de cierto interés. Todo lo que era de auténtico valor se había vendido hacía mucho tiempo, y la custodia había sido saqueada, para proveer a la familia de carne y vino.

Mientras pasaba por entre las reliquias me detuve al azar a abrir un cofre reforzado con bandas de hierro. Mis ojos se posaron sobre unos libros encuadernados en vitela, entre ellos uno de cubierta más lujosa, guardado en un estuche bordado y tachonado con rubíes y topacios.

Lo llevé a la luz, lo abrí, y me encontré con que no tenía portada. Era una colección de poemas manuscritos, quizá encuadernada por el propio poeta. Los versos parecían increíblemente aburridos, con odas a la Estabilidad o a la Caza que se arrastraban penosamente luego de unos cuantos apostrofes a la Sífilis y la Prosodia. De pronto, mientras pasaba las páginas, me llamó la atención un poema más corto, escrito en tercetos.

El poema tenía cuatro estrofas... ¡y las dos primeras eran idénticas a las que adornaban la ventana de mi dormitorio! El título del poema se refería a un animal emblemático representado sobre la arcada principal del castillo: «Habla el perro guardián tallado en piedra». Quienquiera que fuese el que había transcrito en la ventana la primera mitad del poema había tenido la buena ocurrencia de atribuírsela al cristal, antes que al perro. Leí los versos finales.

*Y aunque las cosas celestiales vuelan
dulcemente, los hombres son esclavos
de aquello que desean.*

*Lo que la mente un tiempo ha condenado
cae en las tumbas de tu libertad:
después de liberarte, te encadena.*

Cuando la interpelaron, ¡ay!, la Prosodia no había respondido. Sin embargo, el sentimiento que esas líneas expresaban tal vez fuera cierto. Por lo general, me siento de acuerdo con la verdad moralizante en los poemas. Poco puede decirse que sea una mentira lisa y llana, siempre que rime. Arranqué con cuidado la página, me la guardé en el jubón, y tiré el libro dentro del cofre, entre las demás antigüedades.

Más allá de la galería había una sala de guardia circular, con una escalera de caracol que llevaba a las murallas. La sala de guardia había sido en su momento un edificio separado; ahora estaba dentro del castillo, que como si fuera algo orgánico había emitido pasadizos y alas y patios adicionales, siglo tras siglo, alimentándose de

casas y otras estructuras. Sin embargo, la sala de guardia era aún de algún modo exterior a la casa. Una pareja de cabriolos revoloteaba desesperadamente en el interior, tras haberse aventurado a entrar por las troneras. En el suelo, a mis pies, había unas hilachas de Poseidón, que los pájaros aterrorizados habían dejado caer.

El carácter del castillo volvía a cambiar después de la sala de guardia. Allí estaban los viejos establos, en los que ahora habitaba la familia del artista residente en Mantegan. Nicolás Fatember tenía su estudio en lo que había sido el desván, en tanto que sus hijos alborotaban abajo, en las habitaciones empedradas donde antes se guardaban los arneses.

Lo llamé. Pasado un momento, la cabeza de Fatember apareció en la abertura. Me saludó con la mano y empezó a bajar las escaleras. Se puso a hablar antes de haber llegado abajo.

—Vaya, Joven Perian, si ha pasado casi un año... hace mucho tiempo que no te vemos en Mantegan. Pongo a Dios por testigo de que es un lugar inhóspito... solitario, sombrío, helado, arruinado... ¡y repleto de ratas hambrientas! ¿Qué te trae por aquí ahora? No el placer, seguramente.

Le expliqué que había estado enfermo y que partiría a la mañana siguiente. Mi natural modestia me impidió hablarle del dientes-de-diablo.

Fatember me apoyó pesadamente una mano en el hombro, mientras que con la otra se rascaba la axila. Era un hombre voluminoso, de rostro sombrío, con una barba que le caía en rizos como los hongos que cuelgan de un árbol seco. Solo en los ojos tenía algo que se resistía al deterioro.

—Ah, pues Mantegan es un agujero muy adecuado para enfermarse, te lo aseguro. Y, sin embargo, aquí jamás llegará la peste. A la peste le gusta lo jugoso, lo succulento, y de eso no hay nada en Mantegan... hasta las cucarachas lo evitan; demasiadas corrientes de aire. Gripe sí, de eso sobra, pero mejor la gripe que la peste.

Lo repitió con cierto placer, como quien roe un hueso, mientras miraba tristemente a sus muchos hijos, dedicados ahora a vapulear a un viejo galgo que tenían acorralado. No se podía decir que hieran regordetes, y llevaban camisas rotas y remendadas; los Huesos se les notaban tanto como al perro.

Aunque Fatember era tan vigoroso como cuadra a un artista que se pasa las horas disecando hombres, caballos y animales ancestrales, los hombros anchos se le encorvaban un poco más año tras año, arrastrando una masa de pelo gris. La edad y la amargura se habían sumado al aspecto ruinoso de la última vez que nos viéramos; sin embargo, los sorprendentes ojos negros seguían siendo poderosos, reforzados por la gran línea negra de las cejas. No había hombre a quien yo respetara más; si eso era el fracaso entonces yo admiraba el fracaso.

—Vine a ver qué tal andaban los frescos, Nicolás.

—Hoy mismo estarán terminados. No, están tan incompletos como antes de la penúltima Clarinala, cuando tú y los comediantes actuasteis en el salón. Dios no ha de permitir que yo represente la felicidad de los príncipes mientras mi familia se

muere de hambre... mis condenados principios se entrometen en mis pinceladas, sabes. No hay remedio. No puedo seguir trabajando si no me pagan, y aunque no quiero quejarme de tu cuñado en tus narices, el señor Volpato haría mejor en poner orden en sus tierras que en incluirme en esos planes de autobombo. Todo vuelve siempre a la tierra. Bien empleada, tu vida está cumplida; mal empleada, de nada te sirve. Claro que a nosotros, los desdichados que jamás tuvimos un fríjol, nos es fácil darnos cuenta de cosas tan fundamentales. Si a un hombre le das una dote de una docena de granjas, le costará más llegar a la verdad. Yo estoy tan apurado que hasta he tenido que despedir al muchacho que me coloreaba los délos.

Mientras me endilgaba este discurso, Fatember me hizo pasar por una puerta lateral y por un patio donde no llegaba el sol. Aunque se contaba entre los más grandes pintores de la época, había malgastado allí diez años; es más, parecía que se hubiera instalado allí para siempre, a trabajar o no para siempre con los frescos de Mantegan, a experimentar para siempre con una docena de otras actividades. El genio de Fatember pertenecía a esa variedad truculenta que genera sus propios impedimentos.

—Si me caso bien, Nicolás, yo manejaré el dinero.

—Ese «si» que dices es una de las grandes armas destructivas del Tiempo. No hables como Volpato... Y tampoco te cases bien. Ningún hombre necesita que lo envidien. Yo, por lo menos, me ahorro eso.

Entramos en la sala de banquetes, abovedada, y con un espléndido ventanal de rejas, de montantes tallados, que daba sobre la bulliciosa corriente del Toi. Los frescos inacabados de Fatember y los claroscuros estaban orientados según esa ventana.

El tema de esos famosos frescos era «las Actividades del Hombre bajo la Miseria del Mal y el Valor del Bien». Solo estaban completas una o dos escenas pastorales y una cacería de ancestros; en cuanto al resto, varias figuras o detalles aislados del fondo se destacaban sobre una pared desnuda, detrás del andamio. Sobre una mesa sostenida por caballetes había hojas de papel, cubiertas casi todas con los atrevidos bocetos de Fatember. La perfección estaba bosquejada, pero aún había que acabarla.

En cuanto al gran hombre, permaneció inmóvil, apoyando torpemente una mano sobre mi hombro más débil y mirando la habitación como si jamás hubiera entrado en ella. Después se apartó y fue pesadamente hacia la ventana, trepó al estrado que había delante, y desde allí se volvió a mirarme con el ceño fruncido. En el silencio del gran salón, mientras yo esperaba, una rata parda saltó de la mesa y se escabulló en un rincón oscuro.

—Y el Tiempo es hábil también en otras torturas —continuó Fatember—. Con los ojos de la mente veo un pigmento. Es tan real que casi podría extraérmelo de la pupila. Me paso toda una semana trabajando para conseguirlo, y no solo no es nunca como me lo imaginaba, sino que el tono que tenía en la mente se ha perdido, se ha borrado.

—Nada es exactamente como uno se lo imagina, Nicolás.

Fatember golpeó el suelo con el pie, con tanto vigor que el polvo se levantó de las tablas.

—¡No me respondas si no tienes mejor respuesta! ¿Por qué no poder materializar una visión? ¿Por qué no? ¿Por qué nos son concedidas visiones, sino porque pueden materializarse?

—Es posible que las visiones sean su propia materialización. Quizá ellas mismas sean realidad. Yo acabo de pasar por una experiencia...

—Tonterías. ¿Qué sabes tú? La visión que tengo para esas paredes nunca deja de ser magnificante. Sé que tú y Volpato y tu hermana, y media condenada Malacia, nunca podréis comprender por qué no produzco... por qué no rindo como un prado, por qué no me unzo al yugo de mi genio y me pongo a tirar hasta que todo se complete, hasta que mi visión sea cierta. Bueno, para empezar, si soy un prado, soy un suelo ácido, agotado, jamás abonado. Y si soy un buey, he estado pastando fuera demasiado tiempo, y ya no me interesa sentir el yugo sobre los hombros. ¡Pero si soy un tonto, es diferente! Quizá prefiera dejar la visión en toda su gloria, allí donde no se deteriora dentro de este gran budín de madera que tengo por cabeza —se la golpeó—, donde las ratas y los comerciantes no puedan alcanzarla. ¿Eh? Mejor que echarla fuera, sobre yeso, y quedarme sin nada que dé calor a mis últimos años. Visiones como estas no se dan más que una vez en la vida, Perian, entiéndelo.

Se paseaba de un lado a otro, coléricamente complacido por tener público.

—¿Es impertinente sugerir que todos seríamos mejores si pudiéramos compartir esa visión?

—¿Mejores? ¿Mejores? ¿Mejora un hombre moralmente con una comida de ocho platos? El arte no te *mejora* como una sangría. Todos los grandes artistas han sido unos villanos, sí, lo mismo que los grandes patrones del arte, excepto unas pocas excepciones santurronas. No, tú puedes *querer* mi visión, puedes creer que mereces mi visión, pero la verdad es que a mí solo me importa lo que queremos yo y Dios a la hora de pintar.

Se paseaba por el salón, y lo que decía y el golpeteo de las sandalias sobre las baldosas resonaban en ecos. Pensando en la visión se exaltaba. Parecía que se materializara en el aire a medida que él hablaba de lo que llevaría a cabo, pese al mundo.

Después cayó en un sombrío silencio; se rascaba la axila y se mordisqueaba la barba sobre el labio.

—Nuevos horizontes... Nuevas perspectivas sobre el fracaso... —mascullaba.

Me quedé mirando la magnífica escena de la boda. Estaba completa en boceto, y había sido bosquejada sobre una pared, con las zonas básicas de color. Conmemoraba el matrimonio de un antepasado de los Mantegan con Beatrice de Bergonia.

Beatrice era un figura esbelta que se reclinaba en una carroza en forma de cisne mientras tendía una mano al joven y apuesto esposo. Ella estaba más terminada que el

resto de la composición, que era solo unas formas vagas. La luz brillaba sobre ella con una serena intimidad, y con no menos lucidez sobre los estandartes y la gente, a la distancia. La catedral, con sus galerías góticas, y más allá los llanos y montes estaban audazmente dibujados sobre tenues líneas auxiliares, prueba del dominio de la perspectiva que tenía Fatember. Vi que si la escena llegaba a completarse, representaría el ideal de todo matrimonio.

El artista le dedicó un encogimiento de hombros y me hacia un panel que estaba casi terminado. El panel era estrecho y estaba hábilmente encuadrado entre el vano de una puerta y la ventana del mirador; representaba unos soldados, con unas tiendas al fondo. Estaban disparando sobre clarinalas que volaban contra un cielo grisáceo. Un muchacho campesino los observaba, tocado con un gran yelmo y tambaleándose bajo el peso de un escudo. En el fondo se elevaba una ciudad fantástica, brillante bajo el sol pintado.

—El niño campesino es una pequeña obra maestra de comicidad —dije.

—El niño soy yo. Ansioso de ser soldado, destinado a no pelear jamás.

—No se ponga tan sombrío, Nicolás, ¡aunque lo disfrute! El virtuosismo de este único panel es...

Fatember se volvió coléricamente hacia mí.

—¡No me ofendas hablando de virtuosismos —personales! Eso puede estar bastante bien para un escenario, donde solo necesitas deslumbrar al auditorio durante una hora. Entre las disciplinas del arte no cabe el virtuosismo. Un virtuoso puede provocar la muerte del arte. A partir de Albrecht la tradición se ha perdido a causa de los exhibicionistas, que matan la necesaria constancia del progreso... Toma, tienes razón, estoy demasiado sombrío; Malacia aspira al *status quo*, no al progreso.

—¿Conoce usted a Otto Bengtsohn? Él cree que Malacia tiene que progresar.

Me miró con furia por debajo de las desaliñadas cejas.

—Soy un solitario. No puedo ayudar a Bengtsohn, ni él a mí. Sin embargo, respeto sus ideas. Las matarán, como matarán las mías... No, no, Perian, sabes bien que nunca me quejo de mi condenada suerte, pero la verdad es que no puedo hacer nada, ¡nada! Afuera, más allá de estas paredes de moho y pedos de ratas, está el mundo grande y ardiente de los triunfos y las nobles aspiraciones, mientras yo estoy atascado aquí, inmóvil. ¡Solo por el *arte*, solo mediante la pintura podrás dominar el mundo y sus secretos! Ver no es suficiente; no vemos hasta que no hemos *copiado*, hasta que no hemos transcrito fielmente todo... *todo*... especialmente la luz divina en toda su diversidad, la luz sin la cual nada hay.

—Si concluyera usted el trabajo, tendría algo más que una transcripción...

—No me lisonjees, Perian, o te enviare a paseo como hago con los otros. Tú sí que lisonjeas; es un mal hábito y me enferma. Aceptaré dinero. Minerva sabe que aceptaré dinero, pero no elogios. Solo Dios es digno de elogio. Dios y el Diablo. No hay nunca mérito si Dios no lo da. Mira los rizados del soldado, los colores en la mejilla del joven campesino, el plumaje del pájaro que aletea moribundo sobre el césped...

¿los he hecho exactos? No, ¡qué va! ¡Son *imitaciones*! Tú lo sabes... no caes en el engaño de creer que no hay pared allí, ¿verdad?

»Una pared es una pared, y toda mi ambición solo puede convertirla en menos que una pared. Tú buscas movilidad y luz... ¡yo te doy polvo y estatuaria! Es una blasfemia... ¡la vida ofrecida a la muerte! En el fondo está la vanidad. ¿Te asombras de que me retrase, si aborrezco así la vanidad?

Estaba completamente inmóvil, fijando la mirada con repugnancia en la ciudad fantástica.

Por último, se volvió y dijo, como si pasara a otro tema:

—Solo Dios es digno de elogio. Él otorga todas las cosas, y muchos dones que no somos capaces de aceptar. Huimos, gritando furiosamente, de la generosidad de Dios. Malacia ha entrado en una nueva era, joven Perian; el hombre que tú mencionas, el hombre venido del Norte trayendo ideas revolucionarias, es una señal. Puedo sentir la nueva era a mi alrededor, encerrado como estoy en esta enorme madriguera de ratas. Ahora, al fin, por primera vez en cien mil años, los hombres abren los ojos y miran alrededor. Por primera vez construyen máquinas que son auxilio de los músculos y consultan bibliotecas que son auxilio de los magros cerebros... no aquí, tal vez, sino en otras partes, sí, en otras partes. Y ¿qué encuentran? Vaya, ¡la vasta continuidad del mundo, recibida de Dios!

Tras hacer una pausa como para digerir sus propias palabras, Fatember cambió otra vez de tema, en el momento mismo en que yo había resuelto hablarle de mi experiencia en el bosque.

—Durante años... durante toda mi vida, me he esclavizado aprendiendo, copiando, transcribiendo. No me digas que estoy ocioso... Sin embargo, no puedo compararme con un solo rayo de luz. Ven, amigo mío, ¡acompañame! Un momento. Te enseñaré cuán favorecido sale un segundo de la obra de Dios comparado con un siglo de la mía.

Impulsivamente, me agarró de la chaquetilla y me sacó a rastras de la sala de banquetes, dejando que la puerta se cerrara de golpe. Perseguidos por los ecos, volvimos a atravesar presurosamente el patio.

—¿Por qué he de decorar este basurero? Dejemos que lo muerto esté muerto para siempre...

Me tomó del brazo para conducirme —o mejor, propulsarme— de nuevo hacia el establo donde se alojaba. Los niños corrieron de un lado a otro, llamándolo, al verlo entrar. Fatember los hizo a un lado. Trepó la escalera que llevaba al desván, empujándome por delante de él. Los niños lo llamaban alegremente para que jugara con ellos; él les gritó que se callaran.

El desván servía como espacioso taller. Fatember había separado un extremo con un tabique de tablas. El resto estaba atestado de mesas y materiales, infinitos botes y pinceles de todos los tamaños, pilas de papeles en desorden, instrumentos variadísimos, figuras geométricas y una multitud de objetos que proclamaban las

preocupaciones intelectuales de Fatember: una pata de ante, un colmillo de cornaroto, cráneos de garratiros y de perros, pilas de huesos, un sombrero de corteza trenzada, un coco, pinas, caracolas, ramas de coral, insectos muertos, secciones de armadura que parecían cuerpos desmembrados, y trozos de roca, junto a libros sobre fortificaciones y otros temas.

Fatember dejó también de lado a esos hijos inanimados. Apartó bruscamente una cortina que había al fondo del taller y con un ademán me invitó a entrar, gritando:

—¡Aquí puedes meterte en los bolsillos de los pantalones de Dios y contemplar el universo! ¡Mira lo que puede pintar la luz en manos de un auténtico Maestro!

Estábamos en un rincón oscuro y sofocante. En el centro había una mesa y sobre ella una imagen sorprendente, pintada en diversos colores; el resplandor era tal que parecía iluminar la habitación. De un vistazo supe que Fatember había dado con alguna técnica milagrosa, muy superior al proceso de mercurización de Bengtsohn, y que lo ponía tan por encima de los otros artistas como lo están los hombres de los animales.

Algo se movió en la imagen.

Con reverencia, me acerqué. Fue una decepción ver que se trataba de una vulgar cámara oscura. Sobre nosotros estaba la pequeña abertura con una lente por donde entraba la luz desde una torrecilla en el tejado.

Con fruición, Fatember se frotó las manos.

—¿Es capaz nuestro arte de imitar una imagen tan perfecta? —exclamó—. ¡Y todo lo hace el paso de un único, desdeñable rayo de luz! ¿Por qué un hombre ha de competir... qué *mueve* a un hombre a competir con la Naturaleza misma? ¡Qué esclavo soy de mi visión absurda!

Mientras él se complacía en quejarse, observaba yo la escena sobre la mesa. Desde la perspectiva de los tejados, se veía un tramo de camino más allá del castillo, donde el Toi corría entre márgenes polvorientas. El camino se dividía al subir por la colina; una senda conducía a un antiguo cementerio, la otra subía serpenteando hasta la puerta del castillo. Junto al río, descansando sobre los guijarros, había unas gentes tan polvorientas como el camino mismo, con unas mulas atadas cerca. Se podía ver, muy claramente, a un hombre mayor que se enjugaba la calva con un pañuelo, a una viuda vestida toda de negro que se abanicaba la cara con un sombrero, y a otros más. Los identifiqué como un grupo de penitentes, empeñados en una peregrinación y en complicarse ellos mismos la vida. Cada minúsculo detalle era perfecto.

—Te das cuenta de que se los ve disminuidos, amigo mío —dijo Fatember—. Los vemos como a través del ojo de Dios... o del Diablo, que tal vez sea más sagaz que el de Dios. Creemos que son reales, pero en verdad solo estamos mirando unas marcas sobre una mesa, ¡impresiones de la luz que no dejan rastro alguno! Mira, ahí viene mi mujer, trepando laboriosamente por la colina... y sin embargo no es mi mujer, no es más que una marca pequeña que yo identifico con mi mujer. ¿Qué relación tiene con ella?

—No sabe hasta qué punto las observaciones de usted me alarman, Nicolás, luego de mis experiencias recientes.

Sin hacerme caso, señaló la mesa.

—Ella ha sido copiada por un maestro pintor que no usa más que luz. Luz aquí, carne allá. La realidad allá, lo ideal aquí.

—¿Por qué cree que la realidad está allá abajo?

—Conozco a mi mujer cuando la veo.

Yo observaba la figura de la mujer que mientras subía hacia la puerta del castillo atravesaba uno o dos centímetros sobre la mesa.

—¿Si bajáramos a saludarla?

—Nada tiene que decir. Es probable que tampoco tenga qué comer, la pobre.

Para librarse de ella, dio un paso atrás e hizo girar una manivela, moviendo la lente. La mujer que subía con lentitud y los penitentes desaparecieron del todo. En el círculo encantado aparecieron tejados y gabletes, y después un patio interior.

La perspectiva abrupta, el pasmoso brillo de la escena prestaban a los edificios un aire tan novedoso que exhalé un grito de sorpresa al reconocerlos.

Minúsculas avcillas revoloteaban a través de la imagen de la mesa. Eran imágenes de los mismos cabriolos que mi hermana y yo habíamos estado mirando una hora antes. Podía incluso ver la bruma de pelusas, extendidas como una gasa que se movía con el aire caliente del patio. ¡Sí, ahí estaba, y sobre el alféizar el propio Poseidón, mirando a esas criaturas que aprovechaban el pelaje abandonado! Aunque toda la ventana, con su carpintería reseca, era más pequeña que la mitad de mi uña, todos los detalles, tanto de ella como del gato, se veían a la perfección.

Con una rapidez pasmosa, la escena quedó oscurecida por un pájaro que se elevó, como si viniera desde las profundidades de la mesa, hasta cubrirla por completo. Sobre nuestras cabezas se oyó un aleteo, y un cabriolo descendió entre Fatember y yo.

—¡Malditas criaturas, roedores con alas! —dijo Fatember, mientras se movía torpemente y algunos golpes destinados al pájaro caían sobre mí—. No es la primera vez que se meten aquí y me lo ensucian todo. ¡Sal de delante mientras lo mato!

Fatember atacó ferozmente y yo di un paso atrás.

—Nicolás —le dije—, necesito confiar en usted. He pasado por la experiencia que más me ha transformado en la vida. Estaba en el bosque...

—¡Ya te alcanzaré, infiernos!

Como un rayo pasó junto a mí, esgrimiendo una escuadra con la que asestó unos golpes feroces al pájaro aterrorizado. De un salto, me aparté.

—Nicolás, en el bosque me aconteció algo que me ha perturbado profundamente.

—¡Como este condenado pájaro! —Consiguió arrinconarlo, pero el ave volvió a escurrírsele y pasó junto a mi cabeza como una flecha—. ¡No, alimaña, ya verás!

—Para no alargarlo, Nicolás, se trató de una visión, y en ella supe que jamás entenderemos la realidad. Nuestros poderes de percepción son limitados, quizá por

fortuna.

—No importa entender... *¡domina!* —gritó, mientras descargaba sobre una pared un golpe tan salvaje que se le rompió la escuadra. Entonces atacó al pájaro a puñetazos—. No hay sitio para ti aquí... ¡esto es un santuario del arte, mierda con plumas!

—Usted consagra su vida a transcribir aquello que cree real. Me temo que lo que consideramos real es ya una transcripción, algo bosquejado por Poderes que nos trascienden como nosotros trascendemos a ese desdichado pájaro. Que hay momentos de *pentimento*, en que una imagen aflora sobre la que ha sido pintada encima. Que el arte y la vida, los helechos y la ficción, son transcripciones ligadas entre sí.

—¡He aquí una vida que he de liquidar! ¡Esta vez casi le he dado!

—Que todas las artes son un intento de desvanecer... una alucinación impuesta que llamamos...

—¡Ya haré yo que se desvanezca! —A tropezones, pasó junto a mí—. ¡Mataré a este maldito bicho antes de que me arruine! Oh, qué maldición, ahora ves lo que he de aguantar. Apártate, Perian, ¡por amor de Satán, hombre!

Otra vez se lanzó con furia a golpear al pájaro con una tabla y poco faltó para que me diera a mí. Estaba fuera de sí, arrebatado de cólera, maldiciendo al cabriolo que lloriqueaba aterrado. Me incliné para esquivar el brazo de Fatember y busqué refugio bajo la escalera.

En la parte destinada a vivienda, los harapientos niños de Fatember vieron que la madre entraba por la puerta y lloriquearon de placer. Se había materializado casi al mismo tiempo que el cabriolo. Asediada por los cuerpecillos, se recostó contra la puerta para recuperar el aliento, y las grandes alas plegadas susurraron contra la carpintería. Me saludó débilmente y se sentó a descansar, cosa que los niños aprovecharon para trepar sobre ella.

Yo ya la conocía. Era una mujer robusta, aunque no carente de gracia. Tenía el rostro marchito y había perdido mucho de la belleza que tuviera antes, pero algo conservaba aún, especialmente alrededor de la boca. Entre los hombres la llamaban Caridad.

Las leyes que regían a los seres alados eran estrictas. Pero, de niña y de muchacha, Caridad había sido tan encantadora que se le concedió el raro privilegio de anidar en lo alto del campanil de San Marco y actuar en presencia del Obispo Electo en los días de fiesta. Yo recordaba que de niño le había pedido a mi madre que me la señalase, mientras Caridad volaba sobre el Ruedo junto con sus hermanas; en verdad un espectáculo encantador, aunque blanco de bromas lascivas entre los niños, porque las gentes aladas desdeñaban vestirse.

Ahora Caridad mantenía plegadas las alas pardas y blancas. Había sido modelo de Fatember, quien la había perseguido para que se casara con él; cuando ella al fin cedió, ya no volvió a volar. Y ahora era sin duda demasiado vieja para practicar el arte.

Pasó un rato y Caridad se puso de pie y me tendió la mano en señal de bienvenida. Los niños le tironeaban tan violentamente la ropa que se volvió a sentar antes de servirme un vaso de vino tinto. Se lo acepté con placer; Nicolás había estado demasiado preocupado para ofrecérmelo. Era de una vendimia áspera y amarga, muy posiblemente de Heyst.

—Teníamos la esperanza de que viniera a vernos, joven Perian. A Nicolás le gusta la compañía de usted... y la de muy pocas personas más, si puedo decirlo. La bondadosa Katarina me dijo que usted se había recuperado.

—Jamás dejaría de visitar a usted y a Nicolás cuando vengo a Mantegan. Tengo una admiración sin límites por su obra.

—¿Cómo encuentra a Nicolás?

—¡Cómo siempre rebosante de genio y de ideas!

—¿Y tan chiflado? ¿Y tan desesperado?

—Melancólico, tal vez...

—¿Y tan incapaz de pintar un metro cuadrado de pared?

Alzó un par de niños, fue hacia el barril de agua y metió en él un cucharón. Los niños tenían sed y ella les dio de beber, por turno, primero a los varones, después a las niñas. Por encima del clamor de los chiquillos, dijo:

—Nicolás es demasiado ambicioso, y ya ve usted los resultados. Pobreza, hambre, suciedad... He salido a lavar para una familia adinerada, y así poder comprar un poco de pan. Cómo nos las arreglaremos cuando llegue el invierno, no lo sé...

—Las necesidades materiales no preocupan mucho a los genios.

—Él piensa que será famoso dentro de doscientos años —la mujer levantó las manos al cielo, con un susurro de las alas—. ¡Doscientos años! ¿De qué les servirá eso a sus pobres hijos? No lo sé. Vamos, tengo que encontrarles algo de comer. No debería quejarme, joven Perry; al menos tenemos un techo sobre nosotros.

—Me alegro de que así sea.

Desde el desván llegó un rugido de triunfo; el destino del cabriolo se había cumplido.

—Hay un mundo de diferencia entre ser artista y ser la mujer de un artista.

Mientras me recostaba contra la pared a beber mi vino, observé cómo trabajaba y a la vez se las arreglaba para entretener a los niños. Me pregunté si recordaría las vistas aéreas de Malacia que había disfrutado cuando niña... ¡qué fascinantes tenían que haberle parecido las calles antes de tener que caminar por ellas! Aunque sintiera pena por esta mujer, me enfermaba oír la criticar a Fatember.

Parecía obvio que Fatember se había olvidado de mí. Oí que se paseaba por el desván, farfullando entre dientes.

Los niños harapientos saltaban a mi alrededor, pidiéndome sorbos de vino. Aunque unos pocos habían heredado vestigios de alas, ninguno podía volar.

Devolví el vaso vado a Caridad, y le dije:

—Ahora he de irme. Diga a Nicolás que espero volver pronto. Y pediré a

Katarina que convenza a Volpato de...

Restregué el pulgar y el índice.

Ella sacudió una mano como quitando importancia al asunto; el ademán me recordó a Fatember.

—Mejor olvidarlo, diría yo. Nuestra mala suerte podría ser peor. Tal vez usted no lo sepa, pero Volpato ha amenazado echarnos, con frescos o sin ellos, si alguna vez se lo vuelve a importunar a propósito del dinero.

—Como usted quiera.

—No es lo que yo quiera; no hay alternativa.

Lo dijo con una firmeza que también hacía pensar en Nicolás.

—Una vez que estén terminados los frescos, le sería fácil conseguir otros encargos.

Caridad sacudió lentamente la cabeza, asintiendo.

Fui hacia la puerta. Ella se arrancó del ala una pluma larga y gris, se inclinó y se la dio al bebé más pequeño, para que jugara. Yo crucé la puerta antes de que la mujer volviera a enderezarse.

La tarde avanzaba hacia la noche. Las sombras iban trepando por los lados del patio, el frío regresaba de la ciudad, donde a lo lejos repicaban algunas campanas. Cuando me encaminé a los aposentos de Katarina, los cabrioles ya no estaban en el cielo. Muy alto sobre mi cabeza, mi ventana reflejaba el ojo del sol, pero Poseidón se había ido. Todo estaba en calma. Los pelos del gato habían descendido finalmente hasta el suelo; un puñado rodaba entre el polvo de las baldosas, bajo mis pies. Ahora, nada más que el claroscuro llenaba el aire adormilado.

Otra vez me encontraba bien; mi temporada de tranquilidad había concluido. Al día siguiente me iría del castillo, hacia lo que Fatember llamaba el mundo grande y ardiente.

Copas de boda y huéspedes desnudos

Cuando el gran Desport fundó nuestra ciudad-Estado, decretó que sería un lugar de felicidad. En gran parte, ese decreto se ha mantenido a través de los siglos. Como dijo el filósofo, todo barco que se hace a la mar ha de tener quilla; la felicidad también tiene un lado oscuro, sumergido, que pugna contra las corrientes oceánicas y engendra cosas nefastas que podrían destruirla.

Pese a todo, en Malacia la felicidad se perseguía con empeño y muchos de los más entusiastas se reunieron para asegurar que la boda de Smarana de Lambant con Traytor Orini de Vamonal no fuera menos que un acontecimiento jubiloso. Se les concedieron tres días para cumplir a fondo con este programa, después del cual se esperaba cordialmente que todos los participantes hubieran muerto hartos de placeres.

El primer día de las celebraciones, durante la mañana, Pozzi Kemperer dispuso un ensayo general de la comedia de *Fabio y Albrizzi*, para comprobar si los actores y los trajes estaban perfectos. Actuamos con entusiasmo. La Singla hizo una heroína encantadora, toda ella un milagro de seducción mímica. Como el exceso estaba a la orden del día, Kemperer había traído al hombre flaco con las dos panteras, y el efecto no resultó demasiado deplorable.

En cuanto a mi traje, sacado del cuadro en el pabellón de Renardo, era magnífico. Cómo podría alguna vez pagar al sastre era una cuestión que tendría que diferir el mayor tiempo posible. El hombre había encargado fuera el trabajo del chaleco, y los dos delicados paisajes bordados habían sido obra de los habilidosos Zlatorog. Llevaba además una corbata blanca, nueva, ajustada a la garganta, y elegantes calzas con cintas en las rodillas, que destacaban estupendamente el torneado de mis piernas. Pero aquella chaqueta verde... ¡era una obra maestra!

Había sido cortada larga, con la cintura entallada y amplios bolsillos, con faldones inmensos, lo mismo que en el cuadro. Los botones eran de plata, tal como los había encargado, y los puños anchos y ornamentados con galones de plata. Tan hermosa me parecía que decidí usarla durante todos los festejos de la boda. Era demasiado elegante para reservársela solamente a Albrizzi.

Tras el ensayo, cuando nadie estaba mirando, la divina Singla vino corriendo hacia mí y me besó en la boca.

—Eres un lindo muchacho, Albrizzi, y te he echado de menos. Nos han dicho que recibiste una herida terrible del dientes-de-diablo. Esta noche, cuando se dance con júbilo y Pozzi esté achispado, tú y yo nos escabulliremos a alguna parte. Jugaremos al médico y te examinaré para ver cuáles de tus partes siguen funcionando bien.

—Queridísima Singla, pensé a menudo en ti mientras estaba moribundo en Mantegan. ¿Te has recuperado de la pérdida de tu galante capitán John, de la Caballería Pesada de Tuscadia?

La Singla se pasó elegantemente una mano por delante de la cara.

—Qué hombre era aquel... Pero de nada sirve llorar por las injusticias del mundo,

pues estaríamos todo el tiempo llorando. Tú y yo restañaremos esta noche nuestras tristezas.

Vacilé.

—Jamás me han hecho mejor oferta. Pero ahora soy más prudente; he adquirido sabiduría y todavía no me he acostumbrado... Estoy prometido con Armida Hoytola y he de ser fiel. Como dice la canción: «Mis días de galanteo han concluido».

La Singla apretó contra mí los dulces pechos y las caderas.

—¡Mi chiflado tesoro... un héroe realmente, a tu manera, pero loco, loco! Ensaya ese papel la semana próxima.

La besé en el cuello.

—No me tientes. Mi horóscopo me lo advierte, Noble Zaraza me lo advierte, Armida me lo advierte... Me esperan malos tiempos si no me cuido.

—Oh, mi atrevido capitán tenía un horóscopo tan aterrador... De no haber sido así, seguramente me habría fugado con él a Tuscadia. ¡Y las cosas que le habían sucedido! Sabes, una vez estuvo tan próximo a la muerte... una bala de cañón turca le mató el caballo mientras él lo montaba. Me dijo que la bala iba con tal lentitud que la vio salir por el otro lado mientras el caballo se caía, y que parecía exactamente una sangüesa gigante. A pesar de todo, él resultó ileso, amor mío.

—Los soldados son unos temibles mentirosos, dulce e inocente Singla.

Ella volvió al presente.

—No me importa lo que él haga —dijo—, aquí, para algunos, es noche de bodas. Tú eres un cerdo, pero hay cierto vínculo entre nosotros. Yo te entiendo. Escucha el mensaje de la música, si mi voz no alcanza a persuadirte.

Hacia un rato que se oía tocar música. Eran dulces las voces que cantaban, en particular las de tres jóvenes que ludan unas túnicas flotantes, al estilo de la Atenas de Pericles. Entonaban un canto nupcial, encargado para la ocasión, y que se inspiraba en un tema de Píndaro:

*Una lira de oro,
el tesoro de Apolo más amado,
invita al pie ligero
al placer deseado,
y la alegría ha comenzado.*

*Un preludio en las cuerdas centellea;
como en la edad primera
los dos enamorados
dos vidas han juntado.*

*Oh, el clima de una boda es la armonía;
el audaz y constante
rinde todo deseo*

a unos ojos dichosos y brillantes.

Y entre cada estrofa entonaban un estribillo que se había adueñado ya de los invitados a la boda.

*La vida toda es breve música,
danzad y amad sobre la hierba;
no admitáis en las fiestas
discordantes sospechas.*

La Singla y yo nos desenmarañamos al oír pasos fuera de la habitación, pero solo era De Lambant.

—Guy, apenas he cambiado una frase contigo, aparte las palabras del autor que nos dijimos en la obra. Tu traje es espléndido. ¿Te gusta el mío?

Se puso delante de mí, en pose, con una mano haciéndose sombra en los ojos.

—En verdad es bonito. De Chirolo, y sin embargo, sostengo que te hace gordo. ¿Estás recuperado por completo de tus heridas, entonces?

—Sí, sí, eso ha quedado atrás. Todos los huesos curados. Pero ¡me miras como si fuera un cadáver, mi querido amigo!

—No, no es nada. Pensaba si no has perdido algo de pelo con la impresión.

—Creo que no me equivoco al decir que el espectáculo de ese dientes-de-diablo me paralizó menos que a cualquiera de los presentes.

Guy me tomó entonces del brazo, amable como siempre, mientras decía:

—Oh, estuviste terriblemente valiente. De Chirolo, y estoy seguro de que jamás permitirás que lo olvidemos, pero yo tenía que proteger a Armida. Si ella hubiera subido al coche de posta como tú le dijiste, ahora estaría muerta. Es indudable.

—No me fastidies, Guy. Por lo demás, he entendido muy bien qué estabais haciendo en el bosque.

Torció la cara en una mueca fatua al tiempo que se volvía hacia La Singla. Ella seguía de pie junto a nosotros, mirándonos con una expresión que no pude descifrar.

—Ese tal De Chirolo es un sujeto terrible. Singla, querida, aunque tenga auténticas virtudes. Ya se te explicó todo, Perian, y es indigno de ti que estés celoso. Todavía recuerdo con afecto, admiración y alguno que otro hipo tu declaración de que los celos denigran y de que entre amigos el amor se ha de dar y recibir con libertad.

Que me citaran para contradecirme se semejaba bastante a ver a otro hombre vestido con mis mejores prendas.

—Sí, tuve esa idea, junto con otras ideas. Te reirías si te dijera que estaba luchando con profundos procesos... —lo miré, miré a La Singla y volví a empezar—: Dije que los celos eran denigrantes, sí. Eso lo sufrimos todos. Armida es posesiva, y tú también, creo. ¿No es cierto?

Se rio.

—Qué pobre respuesta a mi cita de tus nobles sentimientos. Esos días que pasaste solo en cama te han perjudicado. Vamos, te invito a beber.

A mi pesar, sentí que la cólera me dominaba.

—Guy, si crees sinceramente que entre amigos el amor se ha de dar y recibir libremente, entonces eso han de practicarlo todas las partes, o ninguna. Aunque no pueda vivir a la altura de mis ideales no dejes e tenerlos. En cambio, tú andas siempre en burlas y chirigotas.

En una parodia de desesperación. De Lambant se volvió hacia La Singla.

—Tiene el monopolio de la sabiduría. ¿Cómo podemos oponernos?

Con la sana sensatez que le era natural, La Singla nos unió en un abrazo entonando a la vez:

—«Oh, el clima de una boda es la armonía». ¡Qué terrible que hoy, tan luego, haya desarmonía entre vosotros! Recuerda que son las bodas de tu hermana, querido Guy. La tensión os está haciendo daño. Id a beber algo y a divertirlos.

De Lambant mostró una de sus sonrisas más deslumbrantes, que me incluyó a mí, a La Singla y a otros dos actores que acababan de entrar.

—Terrible, por cierto. Ven, Perry, amigo mío, que te mostraré los regalos de boda de mi hermana.

Aunque me alegrase que la rencilla hubiese terminado, no me sentía tranquilo, pues esa tonta frase sobre la libertad de dar y recibir amor yo se la había dicho solo a Armida. ¿Se la habría citado ella a De Lambant, váyase a saber en qué satíricas circunstancias?

—Guy, no te ofendas, pero tú conoces mis sentimientos y sabes que quiero mucho a Armida...

—Sin duda —dijo, mientras íbamos por un pasillo embaldosado donde se amontonaban muchas personas, todas deliciosamente vestidas y perfumadas—. Os envidio más de lo que puedo decir. Haréis una pareja maravillosa, estoy seguro. Armida es una estupenda muchacha y yo mismo estoy medio enamorado de ella.

¿Sería inocencia o desfachatez? El miedo me encogió el corazón, pero me obligué a hablar en tono ligero, lo más próximo a una acusación directa que me atreví a decir.

—Guy, me encanta ver a Armida feliz de cualquier manera, pero en este caso, espero que respetes mis sentimientos. La amistad tiene ciertas obligaciones sagradas. Tanto ella como yo valoramos tu amistad, y tú sabes que confío en que por tu parte, esa amistad sea recíproca.

De nuevo la deslumbrante sonrisa, aunque los sombríos ojos castaños se posaron sobre la multitud.

—No digas más. Respeto realmente tu buen corazón y te agradezco mil veces que seas tan confiado. Créeme, yo también pienso en la felicidad de Armida. Ahora, entremos aquí.

Entramos en una habitación que bullía de invitados, afables todos hasta la locura, y que hablaban a gritos. De Lambant, como hijo estimado de la familia, recibía

saludos desde todos lados, y no tardé en perderlo en brazos de una tía afectuosa pero imponente, que no lo había visto desde hacía más de un mes y que ahora lo estrechaba entre sus pechos como si él pudiera salvarle la vida. Lo dejé con cierto alivio y fui a mirar la exhibición de los regalos de boda.

Ahí estaban las preciosas copas de Bledlore. Recordé aquel día despreocupado, cuando Guy y yo fuimos a encargarnos, cuando encontramos a las chicas en la feria. Sí, despreocupado; entonces me había sentido despreocupado. Pasé junto a las copas casi sin mirarlas.

¿No estaba cometiendo una injusticia con Guy y con Armida? ¿Sería él tan inocente como para no haber entendido por completo lo que yo quería decirle? Si Armida había repetido a Guy mi frase sobre la «libertad de dar y recibir amor», que era una noble frase, de ningún modo tomada de alguna antigua comedia, digna de ser repetida a numerosos amigos, como quizá ella lo hubiera hecho, seguramente él no la habría usado como pretexto para algún abuso. Mientras contemplaba distraídamente los montones de objetos hermosos e inútiles, saludando de vez en cuando a gente que me saludaba, tenía cada vez más dudas. Al recordar lo que había dicho Guy, todo me parecía destinado a intranquilizarme. Nos envidiaba, a Armida y a mí, más de lo que podía decir. Bueno, la envidia era una emoción desagradable, que ponía a un hombre en contra de sus amigos. ¿Estaña Guy tan en contra de mí que trataba de seducirla para apartarla de mi lado?

De nuevo, mientras me representaba mentalmente cuadros aborrecibles —ella exhalando gemidos de placer con un inmundo De Lambant—, me sentí furioso conmigo mismo. Yo amaba a Armida y confiaba en De Lambant como amigo: era injusto tener sospechas tan bajas. Lo que eso probaba era mi ineptitud, no la de ellos. Hice una profunda inspiración y resolví una vez más que tenía que ser más generoso, y menos celoso.

Pero el placer se me había arruinado. Tenía el estómago revuelto.

Fui adonde pudiera estar solo, oprimirme las sienes, verterme agua fría y perfumada sobre la cabeza. Encerrado con llave en un cuarto de baño pequeño y fresco, donde jugueteaba una fuente, oí risas en las inmediaciones. Eran risas de mentirosos, de hipócritas, de enemigos secretos, de gentes que se limitarían a reír si conocieran mi dilema, gentes que invitarían a sus habitaciones a Guy y Armida para sacar partido de la situación.

Seguían tocando la canción de Píndaro:

Rinde todo deseo

a unos ojos dichosos y brillantes.

Volví a empaparme la cara, diciéndome que estaba loco, que lo que me hacía sufrir no eran los celos, sino la culpa, que estaba sintiendo lo que había sentido Armida cuando descubrió mis deslices. Hasta ese momento, no la había

comprendido.

Salí precipitadamente, resuelto a encontrarla, a suplicarle perdón, a tomarla entre mis brazos, a demostrarle que ahora yo necesitaba de veras que ella fuera feliz. Los amigos me llamaban. Yo saludaba y seguía caminando, ansioso por parecer normal, pero demasiado perturbado para conseguirlo. Un borracho con los ojos inyectados en sangre me llevó por delante, mascullando incoherencias. Mientras yo lo apartaba de un empujón, vi que era el padre de De Lambant. No dio señales de reconocirme.

Los De Lambant, considerando que la casa de ellos no era bastante magnificente para la boda, habían ocupado una residencia más elegante, propiedad de unos parientes adinerados. Un largo corredor flanqueado de estatuas dividía la casa en salas de recepción a un lado, y apartamentos al otro. Había además un patio de estilo bizantino, un gran salón de baños, y un peristilo, donde las fuentes jugueteaban contra un fondo de columnatas. Allí, bajo el cielo abierto, se celebraría la boda, y luego seguirían la comedia, los acróbatas, y la obra de Mendicula.

Al fin encontré a Armida, sentada con sus padres en una de las salas de recepción más pequeñas, entre un grupo de amigos que yo no conocía. El joven duque de Renardo no se encontraba allí; yo ya sabía que no lo habían invitado.

Esa era la primera vez que volvía a ver al padre desde la cacería de ancestros. Con algunas palabras altisonantes, elogió mi suerte en la matanza, mientras se servía una pulgarada de rapé.

Al mirar a Armida, dignamente sentada junto a él como la Belleza en persona, con un brazo apoyado sobre el tapizado del sillón, me enardecí y le hablé a Andrus Hoytola en un tono resonante.

—Señor, le agradezco esos cumplidos. Salí de caza con el propósito de matar un ancestro y lo maté, aunque a punto estuve de morir. Pero bien, nada se obtiene sin riesgo.

—Uno no puede dudar de esa verdad —dijo, mientras me echaba una mirada de desconfianza—. La vida es siempre un riesgo, y no solo en los bosques de Juracia.

—Me han dicho que mientras me recuperaba de mis heridas, señor —continué—, circuló por Malacia la historia de mi dientes-de-diablo, lo que me convirtió en una especie de héroe popular. No soy un guerrero. Lo que hice solo fue posible porque su bella hija Armida corría peligro de muerte. Si se me permite la audacia de decirlo, señor, creo que he prestado algún servicio a la ilustre familia de usted.

—Muy cierto es, señor De Chirolo —dijo la madre de Armida, pero un gesto del marido la hizo callar. En cuanto a Armida, siempre tan sensible, enrojeció y palideció cuando se dio cuenta de lo que yo estaba a punto de pedir.

—Usted ha prestado algún... servicio —dijo Hoytola, mientras se rascaba la mandíbula de tal manera que la cara se le alargaba. El alargamiento hacía que las palabras le salieran con lentitud—. No crea que uno es desagradecido. Antes del... eh, incidente del bosque, estuvo lo del globo hidrogenado. Aunque...

Tuve el desenfado de interrumpirlo.

—Y, señor, ¿qué hay de nuestra obra, *El príncipe Mendicula*? El milagro mercurizado de Otto Bengtsohn, en el que su hija y yo hacemos una aparición tan efectiva. La obra que se verá por primera vez aquí, esta noche. No olvide, señor, lo mucho que trabajé en ese plan favorito de usted.

La voz me falló. Supe que me había aventurado en terreno peligroso por la manera en que tanto Hoytola como su mujer se pusieron rígidos, mientras los invitados empezaban a retirarse en silencio. Advertí que dos sirvientes que estaban detrás de las sillas de brocado y respaldo recto que ocupaban los Hoytola parecieron volverse más feos al oír mencionar el nombre de Bengtsohn y la mercurización; en cuanto al propio Hoytola, que siempre tenía aspecto de hombre con algo maloliente bajo la nariz, de pronto se le hacía difícil respirar.

—Uno ha de informar a usted que esa empresa ha sido cancelada. El... eh, instrumento ha sido destruido.

—Destruído...

—Eso dije. Una palabra más, señor, y luego puede irse. Ese hombre de quien usted hablaba, ha regresado a la ciudad septentrional de donde venía. No se necesita hablar más de él.

Aunque con un nudo en la garganta, conseguí decir, sin poder mirar a Armida:

—Pero... ¡nuestra obra, las placas! Eran para pasarlas aquí... jamás las vimos... nunca...

—¡Silencio, señor! Se le ha pagado, y es suficiente. Usted estuvo contratado, nada más. Lo mismo que para el globo. Las placas de esa persona están todas destruidas. Nadie las verá. Es un progresista comprobado. Mi galería nada, absolutamente nada tendrá que ver con el asunto. Ni con usted, esté seguro, si llega a decir una palabra más.

Yo estaba temblando.

—Señor, no consigo entenderlo. Terminamos la obra, por más absurda que fuese. Era una novedad. Mis esperanzas... lo mismo que las de Bengtsohn, y las de usted también, creía yo...

—¡Suficiente, he dicho! Calle o habrá problemas. Si la familia Hoytola está en deuda con usted por haber salvado la vida de nuestra hija, entonces uno se ocupará de que se le pague en cequíes. Por lo demás, manténgase apartado de nosotros, joven, o llegará a lamentarlo.

La madre de Armida se inclinó hacia delante para decir:

—Si ha sentido usted algún apego sentimental por nuestra...

Hoytola dio un golpe en el brazo del sillón.

—Si ha sentido usted algún apego sentimental por quien sea, olvídalo. Lléveselo a su teatro y entiérrelo antes de que alguien lo entierre a usted.

Tenía los labios pálidos. Se levantó.

—Servidor, señor —dije, y me retiré. Si solo fuera un dientes-de-diablo, me decía para mis adentros, y yo tuviera el arpón...

Lo que despertó en mí el impulso de matarlo fue la expresión herida que vi en el rostro de Armida al retirarme. Tenía los nudillos tan blancos como la cara, mientras se aferraba a la silla.

Volví al fresco cuarto de baño para echarme más agua sobre la cabeza. A través de una cascada en miniatura, me vi matando a Andrus Hoytola. La visión estaba allí en todo su terrorífico poder, tan clara como la que había tenido de los magos en el altar del bosque. Aborrecía al hombre y todo lo que él representaba; descubrí que siempre había sido así, desde que hablara conmigo en los establos. Al sumergir la cara en el agua, tuve la sensación de un saludable impacto en mi muñeca mientras la espada se introducía entre las costillas de Hoytola y la sangre le manchaba las ropas impecables. Mostró los dientes como una mula desbocada, y abandonando su preciosa dignidad, cayó al suelo a mis pies.

Cuando se me pasó el impulso asesino y tuve menos ganas de vomitar, empecé a preocuparme por Armida. Me sequé la cara y me encaminé a uno de los salones donde bailaban jóvenes parejas, amigos de Smarana. Los sirvientes les llevaban zumos de fruta. Instalado detrás de unos ramos de flores, intenté recuperar la compostura.

Guy entró en el satén con una muchacha y me vio. Le pidió permiso y se acercó a mí.

—Perry, viejo, qué andrajoso se te ve. ¿No te fijaste en esa muchacha? ¿Has reñido con Armida?

—Guy, tomaduras de pelo no, por favor. —Hice que se sentara a mi lado—. He estado hablando con Hoytola. Han hecho trizas la obra de Mendicula. Todas las placas están rotas. Hoytola rompió las imágenes de Armida. Todo nuestro arte, destruido.

—¿Ha sido obra de los críticos?

—Hoytola solo dijo que Otto se ha ido de Malacia.

—Pero ¿por qué?

—Cómo odio a ese hombre... Otto y Flora han de haber tenido buenas razones para irse; las razones de siempre. El edicto del Consejo Supremo contra el cambio. Si el Consejo previo, como lo preveía el propio Otto, aplicaciones peligrosas del principio de la mercurización, habrán presionado a Hoytola. Le permitieron el globo porque se trataba de una emergencia; razón de más para no apartarse por segunda vez del edicto. La mercurización era algo demasiado novedoso, y se opusieron. Hoytola, para salvar el pellejo, ha dado por terminada la empresa, y Otto, que es progresista jurado, ha huido.

—¿Qué ha sucedido con el zahnoscopio?

—También lo han hecho pedazos. Hoytola ha de haber descubierto que Otto era progresista. Apuesto a que sacrificó al viejo para asegurarse su propia situación frente al Consejo...

De Lambant sacudió la cabeza.

—Todo muy tortuoso, si es cierto. Perian, por debajo del civilizado aunque venéreo barniz de tu vida fluye una corriente muy oscura y peligrosa. Mantente apartado de los equivocados y tercos como Otto, si te importa la seguridad.

Estas palabras de amistoso consejo me reconfortaron. Le eché un brazo sobre los hombros.

—Comienzo a pensar que los Otto de este mundo lo entienden bien.

Tal como Guy había dicho, en mí había una corriente peligrosa. Tan pronto como él dejó de preocuparme, empecé a pensar en Otto. ¿Qué le había ocurrido realmente? Después de las celebraciones nupciales iría en busca de Bonihatch, para descubrir la verdad.

El rostro de Bonihatch se apareció ante mí, con las patillas de olor rancio y todo. Yo no lo había tratado bien cuando él se puso a perseguir a Leticia; pero no era más que un aprendiz presuntuoso, y ya haríamos las paces.

La cuestión principal era Armida. Ella no me había seguido, quizá porque no podía escapar de su padre, que estaba haciéndole más daño que a mí. Ella era solo un peón en una partida fría y complicada.

Bueno, yo había leído el cuento de hadas y me lo había creído. Cuando el joven, guapo pero pobre, salvaba la vida de la hermosa hija del rey, se la daban en matrimonio, para regocijo de todos en el reino. ¿Por qué no se cumplía la fábula, especialmente si yo no era tan pobre, y Hoytola un simple comerciante fraudulento, mucho menos digno que mi propio padre?

Al levantarme, cuando Guy se hubo marchado, vi que Caylus había abandonado las muletas y estaba bailando con una muchacha vivaz, de cutis moreno. Yo no tenía el menor deseo de ser jovial. Un sirviente se me acercó a ofrecerme un vaso de vino. Mejor estar borracho que sobrio. En concordancia con el tono festivo de la ocasión, los criados llevaban máscaras, algunas horrendas, algunas cómicas, algunas bonitas. Quien me ofrecía el vaso era una orquídea multicolor.

No tardé en retornar al ruido, por lo menos hasta donde las apariencias lo permitían. La Singla y Pozzi me llamaron. Él estaba furibundo porque el duque de Ragusa no venía y por lo tanto no podría ver la obra.

—¡El viejo idiota dice haber oído que Malacia está madura para la revolución! ¡Sin duda cree también que la luna es una tarta de bosta! —dijo Pozzi—. ¡Las cruces que llevamos los artistas, De Chirolo!

Al caer la noche, los festejos estaban en su apogeo. Yo estaba personificando mi antiguo papel de despreocupado; siempre habría un día más, y ya sabría entonces cómo salir de los problemas de hoy.

Un sirviente insistió en traerme más vino, aunque yo no había vaciado la copa. Traté de apartarme, pero me tenía atrapado detrás de una columna del patio. La máscara era una flor refinadísima, y los ojos brillaban en el centro.

—No soy un crisantemo, De Chirolo, como puedes imaginarte en tu ebriedad —

me dijo—. Quizá reconozcas mi voz.

—Vete antes de que te denuncie.

—No te sientas tu tan seguro.

Los bailarines no podían vemos. El sirviente se levantó un momento la máscara-flor, y me encontré con la cara de Bonihatch.

—¿Qué estás haciendo? El príncipe Mendicula era un papel más adecuado para ti que esta pantomima floral.

—A ti te asombra. Nosotros los trabajadores tenemos que aceptar lo que viene. En cuanto a esta multitud decadente... perecerán todos cuando los progresistas ganen la batalla.

—Bonihatch, eso no importa. Créeme que me alegra verte. Ha habido diferencias entre nosotros...

—A decir verdad, te debo una tunda, De Chirolo, pero soy capaz de anteponer el partido a las cosas personales. Solo el Fundador sabe por qué, pero tú eres una especie de héroe popular y te necesitamos. Me encomendaron que te hablase. Pronto habrá una reunión a la que queremos que asistas.

—Escucha. Andrus Hoytola está aquí...

—El Consejo ha arrestado a Otto. Es posible que ya esté muerto. Por suerte, su mujer había salido con un familiar cuando fueron a buscarlo, y me advirtió lo que pasaba. Ella está oculta, lo mismo que yo.

Nos habíamos ido a un rincón oscuro y los ojos se le movían constantemente bajo la máscara-flor.

—Vamos a hablar afuera. Me dijeron que Otto se había ido a Tolkhorm.

—No tengo tiempo. No te fíes de los Hoytola. ¿No lo entiendes? El Consejo mandó buscar a Otto en mitad de la noche. Hicieron pedazos todo el equipo, las placas, el zahnoscopio, todo... Hoytola lo traicionó. Quién sabe si no habrá muerto o lo estarán torturando en esas inmundas mazmorras. Tú tienes valor, por lo menos. Piensa de qué lado estás.

—Cuando... Estoy muy confundido...

—Ven a la reunión. Te aclararemos la cabeza. Mañana a la noche, tarde, después de vuestra representación. Quítate esa ropa maricona antes de venir. Alguien se pondrá en contacto contigo mañana y te dirá dónde será la reunión.

—Me estás pidiendo que renuncie a todo aquello por lo cual me esfuerzo, Bonihatch...

Los ojos le brillaron por entre los pétalos.

—Tú no te esfuerzas por nada que valga la pena. Hasta mañana.

Desapareció.

Una alianza con Bonihatch y los sucios aprendices... La sola idea me hacía desear haber aceptado el vino. Pero en él había un fervor que me impresionaba.

—Vaya, ¡parece que andas sin rumbo, mi heroico amigo! —exclamó una voz familiar mientras yo daba la vuelta a la columnata. Un brazo se enganchó con el mío:

ahí estaban el rostro sonriente de Caylus y las facciones pronunciadas de su querida. A Caylus le gustaban muy pintorescas.

—De Chirolo... el héroe del momento, el matador del dragón, y anda con aspecto de extraviado, como si la vida no fuera buena para los vivos. Esta es la bella Teresa Orini de Vamonal, que se moría por conocerte.

Teresa se instaló con aire seductor delante de mí y me dio a sostener un dedo cubierto de sortijas.

—Caylus me ha hablado tanto de ti...

—¡Tonto de mí, que así arruino mis propias oportunidades!

—Y me ha dicho que eres tan valiente en la cama como en el combate.

Relampagueo de dientes.

—Esta chica es absolutamente licenciosa. De Chirolo, ¡licenciosa! Te harías sacerdote si oyeras los secretos libidinosos que me ha susurrado.

Ella batió las manos delgadas y se me acercó más.

—Caylus exagera. En una hora me ha corrompido, De Chirolo, y tendrías que venir con nosotros para protegerme de alguna manera.

Los dos reían. La conversación era rápida, burlona, mientras ambos se echaban miradas traviesas. Era imposible no comparar tanto entusiasmo.

—¡Perian no es protección para una joven, Teresa! Es el perfecto libertino, absolutamente perfecto. Permíteme que te diga lo que hizo...

Unió ambas manos para susurrarle algo al oído, junto a las oscuras trenzas. Los ojos de Teresa danzaban; estalló en risas y me tomó del brazo.

—¿Cómo sobreviviré a una noche entre dos calaveras de tal calibre?

—De Chirolo y yo te daremos inmediatamente los detalles del caso —respondió Caylus, haciéndome un guiño—. Venid, vamos a donde podamos sentarnos a comer y empinar el codo, y este heroico amigo mío nos contará toda la historia de cómo mató al dragón cuya verga guarda bajo la almohada para que le dé suerte y potencia.

—En este momento no puedo acompañaros —dije, pero de todas maneras seguí con ellos, dejando de lado mis inquietudes.

¡Querido Caylus! Tú eras un buen amigo, de los buenos tiempos. Yo deseaba complacerte... y me complacía también complacer a Teresa Orini. Pero un rostro de reptil me observaba desde un altar en el bosque, donde el fuego ardía lentamente, y el rostro me decía:

—Tus errores se repiten y se repiten como una ficción interminable...

La voz me secaba los jugos del corazón. El cáncer del conocimiento se había asentado en mí; tenía que descubrir qué sucedía con Armida y con Otto (¡qué extraño, vincular nombres tan dispares!), aunque me costara demasiado.

Me aparté furtivamente de mis amigos de vida alegre. En ese momento, el áspero y prosaico Bonihatch habría sido compañía más de mi gusto.

Los candelabros fueron encendidos, y unos cirios altos apagaron la luz del día que

se reflejaba todavía en el estanque.

Al son de la música entraron criados con máscaras de jabalíes, trayendo braseros llameantes para protegernos del frío otoñal. Muchos pasarían la noche al aire libre. Un resplandor rubicundo iluminaba los rostros de quienes eran amantes y de quienes lo serían al amanecer. Me aparté, pero entre los invitados a la boda tenía otro buen amigo: Portinari, cuyo padre había sido proveedor de la fiesta. Me llamó desde una arcada de mármol y se acercó a palmearme la espalda.

—¡Perian, mi querido héroe! Directamente desde el cementerio, con cara de tumba. ¿Tienes algún problema?

—No, no, Gustavo, estoy perfectamente. Tal vez un poco de demasiado vino.

—Algo peor que vino, sospecho. No, no me lo expliques, déjame solo que te diga... Perian, amigo, es posible que no nos conozcamos íntimamente...

Procuré apartarme de él.

—Es verdad. Es un mal universal. Pero no estoy de ánimo para una conversación así. Perdóname.

—Antes que te vayas, Perian... Puede que parezca un entrometido, pero sé por casualidad que Kemperer y La Singla están en una reunión con Andrus Hoytola y su mujer, a propósito de los festejos de mañana. Armida está sola por esta vez, esperando una cita secreta, puesto que ha despedido a Yolaria. Si quieres venir conmigo... Me doy cuenta de que esto no me concierne, a no ser por lo que toca a la amistad, pero... si quieres venir, te llevaré en seguida junto a ella.

Le di una palmada en el hombro.

—Eres bondadoso, Gustavo. No me siento bien. Y realmente, necesito hablar con Armida.

Atravesamos los salones atestados de gente y me condujo escaleras arriba, sin dejar de disculparse. La planta alta se extendía nada más que sobre parte de la casa, y servía principalmente como pretexto para un balcón que rodeaba los cuatro lados del peristilo y daba sobre ese placentero lugar.

—Lamento interferir, amigo mío —seguía diciendo Portinari.

Me llevó hasta una puerta cerrada por un cortinaje y allí me dejó. Entré inmediatamente.

—¿Guy? —preguntó una voz. Era Armida. La habitación contenía un sofá, un escritorio, dos sillas y poco más. Daba sobre el peristilo. Armida estaba en la penumbra, apenas visible. La única luz era un resplandor rojizo reflejado en el suelo.

—No es Guy. Soy yo, Perian, tu prometido —dije, mientras me acercaba a ella.

—Oh, Perian, me alegra poder hablar contigo. Esa escena terriblemente aburrida de la tarde...

—Fue humillante, para ti y para mí. Pero tú no me buscaste después.

—Mi padre estuvo áspero contigo, pero es que le pareciste presuntuoso. Trataba de ser justo, a su manera.

—¿A ti te parecí presuntuoso?

—Perian, el mundo en que tú te mueves es tan extraordinario. Tiene códigos diferentes, a los que una ha de ajustarse.

Se había puesto de pie, y estaba tiesa, lejos de mí.

—He soportado todos tus rechazos y titubeos. Tú dejaste que tu padre me amenazara. Y yo estoy aquí, y todos mis sentidos me dicen que tú *no* me quieres, no quieres tocarme ni hablar conmigo.

—Ciertas reglas de la sociedad han de ser observadas. Hablaremos alguna otra vez. Por favor, no me fastidies.

—¿Qué quieres decir con eso? Armida, niña querida... está bien, no te tocaré, pero mírame y dime que recuerdas que aún estamos comprometidos.

Soltó una risa forzada.

—Eso era una pequeña broma secreta entre nosotros, y creo que tú estabas dispuesto a revelársela a mi padre.

—¿Qué lenguaje es ese? ¿Te imaginas que no entiendo lo que dices? Armida, ¡qué cambio lamentable ha habido entre nosotros!

—No, no ha habido ningún cambio, y no soy yo quien está en favor del cambio. Yo soy la misma; eres tú quien se ha vuelto diferente.

—Estoy ansioso, no es más que eso; y tú me pones ansioso. Si no tengo razón para la ansiedad, te ruego que me lo digas y todo estará bien otra vez, y seré otra vez tuyo en cuerpo y alma. Dime que tu padre no me odia.

—¿Por qué te pones tan dramático? Siempre estás actuando, siempre sufriendo. Te confieso que prefiero a la gente más superficial. ¿Qué te pasa? ¿Tiene algo que ver con Guy?

—¿Con Guy? Si estoy hablando de tu padre. ¿Por qué traes a colación el nombre de Guy? ¿Qué es él para ti?

Armida seguía de pie, rígida, casi como si se apartase de mí.

—No tengo intención de dejar a Guy, si es eso lo que insinúas.

—Yo no insinúo nada, pero no niego tu derecho a desaprobar ciertas amistades mías... eso lo admitirás.

—Estoy disfrutando demasiado para pensar en retirarme.

La garganta se me secó. Sentí que me ahogaba; todos mis temores volvieron a asaltarme. Oí mi voz, remota y polvorienta:

—¿Lo que estás diciéndome es que tú y Guy hacéis el amor?

No vaciló más que un momento.

—¡Si tú sabes que es así, tonto! ¿Qué otra cosa te parece que estamos haciendo? ¿Hablar de botánica?

Lo único que pude decir fue:

—Pero él es mi amigo... dice que es mi mejor amigo... ¿Y tú me das esta noticia horrible sin disculparte? No podíais hacerlo, ninguno de vosotros...

Mis palabras se perdieron en las arenas del desierto, y con ellas mi sangre.

Armida seguía de pie, mirándome con orgulloso desafío.

—¿Qué derecho tienes a reprochármelo? Tú sabías muy bien lo que hacíamos... tú lo estimulaste. ¿Por qué he de disculparme ahora? «Libremente dar amor y recibirlo...» ¿no fue algo así tu bella frase? Le dijiste a Guy que lo aprobabas... hoy volviste a decírselo. Querías que yo lo amara, deseabas que todo fuera sincero, y lo ha sido. Tú querías que yo lo amara...

Ahora ella me enfrentaba, con ojos llameantes.

—Armida... Amor, sí, amor, pero no fornicación. Lo dije, lo admito. Te estimulé a que fueras amiga de mi amigo, pero solo para que no te sintieras culpable...

—¡Culpable! —Se rio, tomándolo a broma—. Yo no me siento culpable, ni Guy tampoco. ¿Te imaginaste que íbamos al bosque a hablar de silvicultura? Lo que hicimos fue natural, y no era más que lo que *tú* hacías todo el tiempo con esas perras.

—Pero yo había renunciado a los galanteos. Tú me lo pediste. Te lo dije, tú lo sabes bien, *terminé* con eso cuando descubrí cuánto te hería. Me di cuenta de que eso no podía ser parte de nuestro amor. Y ahora tú... tú... tú me engañas tan cruelmente, tú a quien... —me llevé las manos a la garganta, me ahogaba—. Además, ¡tú despreciabas a Guy! ¡Recuerda cómo una tarde demoliste sus tontos argumentos, con qué desdén!

—Ahora te quejas, cuando a ti no te conviene, ¿eh? No puedo dejar de despreciar a un hombre así. Antes te apreciaba, te consideraba un hombre generoso y noble pues entendías mis sentimientos por Guy...

—¡Generoso! ¡Noble! Estaría *loco* si... si te prestara, si diera a todos mis amigos una tajada de ti como si fueras un pastel de bodas... Guy era mi *amigo*... él también me ha traicionado.

—Otra vez te estás poniendo dramático. Si crees que dejaré este asunto sólo porque tú lo deseas, estás muy equivocado.

Tanteó furiosamente en un bolsillo del vestido y sacó un trozo de papel arrugado, que alisó con un ademán de escarnio antes de arrojármelo a la cara.

—Me imagino que negarás haberlo escrito.

Lo miré. Incluso esa luz vacilante me permitió ver que era el frívolo poema que había escrito una vez:

*De todas las muchachas que he montado,
tuya es la música de más fogoso movimiento,
y mientras la discordia no atrase la alegría,
permite que yo toque tu instrumento.*

—Eso ocurrió hace siglos. Ha terminado. ¡Bedalar me ha traicionado también!

—Tus razones tendrás para pensar siempre en traición. Lo encontré en las habitaciones de ella y me lo guardé. Te has acostado con todas y cada una de mis amigas, y te atreves a culparme por un solo asuntito con Guy. Bueno, pues no lo dejaré por ti.

—Pero, ¡Guy! Hacerlo con él es tan deshonesto como si en el mundo no hubiera más que engaño.

—Oh, ¡qué palabras dices, como si fueras por lo menos un duque! Yo sé que me es infiel, pero de él no tengo celos como de ti. Simplemente, lo pasamos bien. No quiero decir más, porque lo lamentarías.

Pareció querer salir de la habitación, pero la detuve. Se apartó de mi contacto.

—Armida, ahora tú te pones dramática. No te culparé, claro está, pues admito libremente mis propios galanteos. Me estoy reformando, aunque sin tu estímulo. Pero tú has de ver la diferencia entre nuestras recíprocas actitudes...

—Una ley para ti y otra para mí... se trata de eso, ¿no?

Apreté la mandíbula; a cada momento me sentía más atrapado.

—No, no precisamente. Pero tenemos obligaciones mutuas, está nuestro compromiso, y yo te salvé la vida...

—Ah, ¡ya sabía que me saldrías con eso!

—Tenemos obligaciones mutuas, mi querida Armida. Yo me he desviado, lo he admitido, me arrepiento...

—Te han descubierto, querrás decir.

—Muy bien, entonces, me han descubierto. Y yo he lamentado haberte herido, y he resuelto corregirme y jamás he dicho otra cosa sino que te amaba profundamente...

Me señaló con la mano extendida.

—Oh, es que eres un varón tan virtuoso. ¡Mírate esa estúpida cara!

—La tuya rebosa despecho. Te repito que cuando descubriste esos episodios lamenté mi desconsideración y procuré consolarte. Ahora te denuncia tu propia lengua descuidada. ¿Lo lamentas, intentas consolarme, compadeces mi sufrimiento?

Volvió a reírse y se oyeron risas abajo, en el patio, donde Pete el Pintado y sus *fantoccini* habían comenzado a actuar.

—¡Compasión! Tendrías que haber pensado en esa gran palabra cuando me engañabas con Bedalar. Ahora estás asustado porque has descubierto lo que hay entre Guy y yo, y entonces...

—Ah, «descubierto», ¿no? —Volví a avanzar hacia ella—. Entonces lo *hacíais* en secreto, mientras yo estaba postrado, recuperándome de mis heridas. Tú sabías muy bien que yo nunca quise esa clase de amistad entre vosotros... ¡ningún hombre es tan estúpido! Sabías que ni por un momento yo sería capaz de decir a Guy: «Adelante, sedúcela, deprávala, inúndala con tu semen inmundo».

Me dio una bofetada.

—¡Rata de albañal! Tú nos alentaste en todo sentido, y ahora, de repente, estás celoso.

—Como te ves descubierta en una mentira, ¡vuelves a mentir! En cuanto a ser celoso, ¿lo soy más que tú o que Guy? ¿No estáis los dos cegados por la posesividad y los celos? Yo he tratado de aborrecer mis propios celos. ¿No hubierais podido

vosotros contener vuestra lujuria en nombre del honor?

Armida se volvió a mirar hacia el patio de abajo, donde estaban los invitados.

—Ahora vas a rearme los discursos de tu condenado general Gerald. La obra fue destruida, ¿recuerdas? Ya hemos tenido la Deshonra y la Compasión. Ahora vienes con el Honor... una se pregunta de qué refinada virtud te jactarás luego.

—Yo tenía honor, Armida, tenía honor —dije, acercándome más y pensando por qué era necesario que yo me defendiese cuando el agravio era de ella—. Tú me has deshonrado al representar hasta el final el papel de Patricia. Olvídate de la obra. Lo que te pregunto es si no te duele verme el corazón herido. No, te regocijas como una arpía y te deleitas en tu celo. ¿Qué haremos ahora?

—Resuélvelo tú mismo.

—Vuelvo a preguntarte: ¿no te importa que me hayas herido el corazón?

—Ya te lo dije. De lo que gozo ahora es de la compañía de Guy.

Me examinó con los labios tensos, la nariz alzada. El perfume de pachulí llegó hasta mí dándome náuseas. Estaba demasiado avergonzado para seguir discutiendo. Todavía me costaba creer que mis temores reprimidos se hubieran hecho reales. Tampoco, ni siquiera entonces, fui capaz de odiarla; ella se había aprovechado de mí, pero yo, tontamente, la había animado. Derrotado, me volví para irme.

Allí estaba Guy. Me di cuenta de que la cita secreta de Armida había sido con él; el nombre que pronunciara primero había sido el de Guy. De alguna manera, Portinari lo había descubierto. Guy había alcanzado a oír nuestra disputa y estaba asustado.

Temblaba. Tenía la cara de color ceniza, y los ojos parecían jalea de grosellas negras. Lo desprecié.

—Perian, ha habido alguna terrible equivocación —dijo—. Un malentendido. Tú y Armida tenéis una relación maravillosa; os envidio más de lo que puedo decir. Estaba seguro de que tú sabías lo nuestro; hoy mismo me has diado diciendo que valorabas lo que yo hacía por Armida, ayudándola de veras, y que querías verla feliz conmigo. —Extendió la mano—. Se ha cumplido tu deseo. No he hecho más que hacerte un favor, mi querido amigo.

—¡Mentiroso, víbora! Deformaste mis palabras al servido de tus propios fines. ¿Quién entregaría la mujer amada a otro hombre? —De un golpe, le rechacé la mano.

—Soy tu mejor amigo; lo hice por ti, para que Armida estuviera a salvo de tus rivales, como me pediste. Y ahora te vuelves contra mí.

—¡Por mí, villano! ¡Mi rival eres tú!

Me sonrió débilmente, mientras gesticulaba. Armida se puso detrás de él y le sujetó el brazo.

—En asuntos de amor no hay competencia —dijo Guy, con afectación—. Todos somos diferentes, todos tenemos cualidades diferentes que ofrecer. Tú lo sabes por tu propia experiencia, que no es desdeñable y que según he oído incluye a Bedalar. Yo solo actué porque te amo a *ti*, tanto como a Armida.

Estuvo a punto de dejarme sin habla.

—Te atreves a decírmelo en la cara; ensucias doblemente la palabra amor.

—Vamos, viejo, que hables tú de amor. Te conozco y sé cómo eres. Por completo decadente. ¿No has estado acostándote con todas las amigas de Armida? Lo nuestro es diferente... yo la respeto muchísimo.

—Por cierto que sí —dijo ella.

Inútil hablar de la mezcla de odio y amistad que Guy irradiaba. La cara la tenía aún cenicienta; la de ella se había vuelto carmesí. De vez en cuando, como un estribillo, Guy repetía:

—Creo que no tengo por qué justificarme— y lo que seguía era una larga justificación. Con cierto humor, me volví hacia Armida.

—Oye cómo habla. ¿No adviertes qué ruido hace? ¿Es que puedes amar a un hombre así?

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, pero habla tan bien... todo lo que dice es verdadero y noble.

Ahora le tocó a De Lambant reírse. Un ruido tembloroso.

—Mejor será que te vayas a repensar tu vida. De Chirolo, en bien de todos nosotros. Entretanto, recuerda que sigo siendo tu amigo. Pronto estaremos en Truna riéndonos de este incidente.

—¿Es eso todo lo que ella significa para ti?

—Deja de defender una norma para ti y otra para el resto de la humanidad.

—Perro, la deshonras y la engañas... a ella y a mí.

En ese momento encontré el fuego que ardía en el centro de mis entrañas heladas y me arrojé sobre De Lambant. Le asesté rápidamente dos golpes en la cara, y cuando él me paró, volví a golpearlo. El chillido de Armida no fue otra cosa que un acompañamiento y un acicate. En una ocasión caí, al recibir un golpe en el pecho. Volví a levantarme y nos trabamos en una lucha cuerpo a cuerpo. Tambaleantes, llegamos hasta la barandilla del balcón, y allí, lentamente, le incliné la cabeza hacia atrás, determinado a echarlo abajo si era posible, hasta que aparecieron manos que nos sujetaron, que me apartaron.

De Lambant tenía la cara oscurecida, manchada de sangre y de furia. Alcancé a vérsela fugazmente mientras los invitados me sacaban a rastras de la habitación. Me arrojaron escaleras abajo.

Al pie de las escaleras me esperaban otros sirvientes, que me llevaron a patadas hasta la entrada, me hicieron atravesar un patio y me arrojaron a la calle. La puerta se cerró de un golpe detrás de mí, y me encontré caído a cuatro patas y gruñendo.

Casi en seguida, otras manos se apoderaron de mí. El bullicio de los festejos de los De Lambant, los comentarios de los criados de que allí dentro se estaban consumiendo inmensas cantidades de comida, habían atraído a las puertas a una muchedumbre de mendigos. Estaban a la espera de lo que pudieran conseguir, y lo primero que consiguieron fui yo. Me atraparon y me desplumaron.

Unas manos sucias buscaron en mis bolsillos y me destrozaron la chaqueta nueva.

Me robaron mis pocas monedas. Después me despojaron de mis gatas. Por ellas sacarían buen precio en la feria.

Los mendigos se apartaron y me miraron mientras yo yacía aturdido, sin moverme. De pronto, como si hubieran recibido una señal, todos se volvieron y huyeron, corriendo o cojeando calle abajo, hasta perderse en la oscuridad.

Durante un rato permanecí en el arroyo, con la cabeza entre las manos. Tambaleándome, fui a vomitar contra una pared y caí otra vez de rodillas. Al fin logré recobrar-me, y me encaminé a La Estrella.

Bueno, me decía, había representado al general. Ahora he representado al príncipe. Por lo menos, él tuvo la suerte de morir. Vivir es un asunto sórdido, hay que admitirlo. El conocimiento mata.

Un rato más tarde, hacia la medianoche o hacia la mañana, me encontré junto a un puente y me incliné sobre el parapeto a mirar el agua oscura. Dentro de mí sentía moverse un escalofrío tan negro como las aguas. Si yo me uniese a esa agua móvil, entonces todo sería uno.

Lo que me devolvió a mis senados fue un ruido chirriante, intermitente: un chirrido sordo y sombrío que se repetía con frecuencia; cesaba, y volvía a empezar. Un hedor me llegó a las narices. Como todas las noches, los gongofermos de Malacia estaban vaciando las letrinas.

Las voces de mis recientes torturadores volvieron para decirme que incluso morir sería un gesto sacado de las tablas, sin la tajante verdad de algo real. Sin embargo, sentía que no podía continuar; no era tanto que Armida hubiera estado con un hombre —y concediéndole, inferí, más de lo que me había concedido nunca—, sino que hubiera estado con el hombre que decía ser mi mejor amigo. Ella nos había convertido en enemigos.

De modo similar, no era tanto que De Lambant hubiera estado con ella, ni siquiera que hubiese traicionado un sobreentendido básico entre amigos. El agravio empeoraba, empeoraba diez, cien veces, por lo que ambas partes pretendían decirme: que el engaño no era tal. ¿Qué podía haber de más cruel?

El sordo chirrido se acercaba, como si toda la calle se levantara para caminar a lo largo de ella misma. No tardó en aparecer el carro nocturno, con su linterna solitaria, y se acercó por el puente chirriando y traqueteando. Me quedé tendido sobre el parapeto. Los gongofermos, con la cabeza envuelta en arpillera y ramilletes de flores apretados contra las narices para defenderse del hedor, no llegaron a verme.

Y luego aquel vergonzoso episodio con Bedalar. Pero en ese entonces yo había estado como loco, era un héroe... aparte que De Lambant no tomaba a Armida con la misma seriedad que yo. No obstante, a los ojos de Armida yo había hecho mal, y había tenido que arrepentirme. Ahora me hacían sufrir de nuevo, como si el arrepentimiento no fuera nada, y la causa era una pareja que se jactaba de cometer una y otra vez el mismo pecado. Si una vez era pecado, ¿en virtud de qué aritmética

dejaba de serlo si lo habían repetido diez veces, o las que fueran?

Sin poder contenerme, intenté enumerar las veces que podrían haber estado juntos, haciéndolo. ¿Con que frecuencia les habría hablado yo en términos amistosos poco después de que ellos hubieran estado abrazándose desnudos? ¿Cuántas veces yo me había sentido culpable por alimentar sospechas indignas?

Del otro lado del puente, el carro nocturno se detuvo. En un viejo recipiente encendieron un fuego. Un humo rancio flotó hasta donde yo estaba tendido, mirando el agua oscura.

Aunque deseara vomitar hasta la última parte de Armida —y de ese varón despreciable—, a ella todavía la amaba. ¿Cómo podía rechazarla, porque ella fuese superficial y limitada si yo también lo había sido? Y no solo yo, sino casi todos los que yo conocía, según mi mente aturdida pasaba revista a otras relaciones. Hasta que di con mi hermana, la querida y frustrada muchacha, encerrada de por vida en un castillo ruinoso. La maldición era universal.

Mis pensamientos eran como ráfagas en una habitación a oscuras; a través de la habitación resonaban las frases que ellos habían dicho, que me avergonzaban, que los avergonzaban. Si por lo menos Armida hubiera mostrado un ápice de contrición...

No, yo no podía seguir viviendo en ese deshonor. Había intentado llevar una vida más generosa, donde el amor que se da y se recibe libremente no fuera tema de escarnio, ni alimento para las furias. No podía seguir viviendo, no. Me había sido concedido el don que prometieran los magos: el conocimiento que envejece.

El humo seguía llegando hasta mí. El sordo chirrido volvió a empezar cuando la tropa de gongofermos fue hacia el muelle.

Helado, trepé al parapeto dispuesto a arrojarme a la corriente. No sabía donde estaba. El agua cenagosa parecía venir de la colina del Fundador, desde el oscuro, enorme edificio de los Obispos Electos. Ahora, esos obispos negros e indiferentes tendrían que apiadarse de mi alma.

Algo venía flotando en el agua. A la luz de un farol que iluminaba débilmente una bocacalle próxima, alcancé a distinguir una cosa que me pareció una rama, aunque tenía la forma de una pierna de hombre. Hice una pausa. La cosa se alejó con la lenta corriente.

De nuevo junté fuerzas. Por debajo de las aguas oscuras venía flotando otro objeto. Subió a la superficie, volviéndose mientras se acercaba, envuelto en una mata de algas. Muy a mi pesar, me quedé allí en cuclillas, petrificado. Era una cabeza humana. Las algas eran el pelo.

La carne era pálida. La boca estaba abierta para los peces. No había en ella ninguna expresión de dolor, solo el vacío al que yo aspiraba. Mientras subía, sin dejar de girar, los labios fruncidos asomaron un momento a la superficie.

Otto Bengtsohn me miró, sin palabras, pero gritando aún por esa amputación final. La cabeza, notando solitaria, continuó girando. El pelo como algas apareció otra vez. Un remolino se llevó a las sombras la horrorosa aparición, hasta que se

perdió en la oscuridad.

Me quedé agazapado en el parapeto. En alguna parte llamó un búho, y le contestaron.

Una voz habló, compasiva:

—Oh, Perian, mi amor, ¿estás aquí!

Los brazos de ella me rodearon. Yo no podía dejar de mirar el agua. No quería estar con nadie.

—Oh, Perry, cuando oí que te habían echado fuera, salí a buscarte. Pobre querubín, ¿qué estás haciendo? No te quedes aquí. Déjame que te acompañe a casa.

Lentamente miré a mi alrededor, indiferente a cualquier consuelo, aun el de La Singla. Pero ella seguía abrazándome y apoyó una mejilla contra la mía, murmurando que yo estaba helado, susurrando que me llevaría a casa.

—¿Dónde estoy?

—Vamos, estás en La Estrella y apenas a un par de calles de tu habitación. Allá te espera un lecho más tibio que la pequeña Agua de Rosas.

—Me han traicionado mi amante y mi amigo, y no lo puedo soportar. Tengo el corazón muerto por dentro, y lo demás también ha de morir.

Me pasó el brazo por el cuello, tiernamente, me besó en la sien y soltó una risita.

—No sabía que fueras tan poco mundano. Perian. Vamos, si esos inconvenientes ocurren todo el tiempo; son la materia misma de la vida. Tú sabes lo que yo he sufrido.

—No lo sé, no sé si la vida es realmente tan maldita. Precisamente porque soy mundano estoy herido. La manera apropiada y mundana de enfrentar una situación así, cuando a uno lo descubren... oh, ¿para qué hablar?

—Dímelo. Sácatelo de dentro.

—La mujer llora un poco y dice que no fue con mala intención, y el amigo se disculpa por ser tan cerdo, pero claro, se dejó llevar por la belleza de la dama, etcétera, y entonces los dos juran que el error no se repetirá... por lo menos dentro del próximo mes... Es lo que corresponde. Pero esos dos chapuceros del amor, Armida y esa serpiente que es De Lambant... mira, desde el momento en que el engaño quedó al descubierto, se pusieron realmente insolentes. Se deshonran... Oh, qué humillación, podría llorar un océano de lágrimas.

La Singla se movía a mi alrededor como un leve aleteo.

—Es porque te sientes herido. Ellos no son fríos y superficiales porque tú seas cálido y estés lleno de amor... sí, no te des aires, mi tesoro. Ven, que vas a helarte de frío. No es sido...

Me apoyé en ella para incorporarme y miré en torno.

Un gallo estaba cantando; en el cielo oriental una luz pálida se extendía sobre los tejados deformes. Reconocí el sido. Había estado allí antes, no hacia mucho tiempo, a la misma hora imprecisa, entre los almacenes y las bocacalles hediondas... sí, y con aquel falso amigo mío. De Lambant.

—Llévame a casa —dije.

Ella me llevó a través de las callejas vetustas. Por el camino yo iba pensando: si quiere que me acueste con ella, no puedo, ya no soy nada. Tendría que haberme arrojado detrás del pobre Otto.

La Singla era una mujer juiciosa. Me habló durante casi todo el camino, diciendo que Pozzi se había encontrado con una antigua novia entre el contingente de Vamonal, y no los echaría de menos. Y me explicó una y otra vez que la gente hacía el amor con quienes en realidad no tendrían que hacerlo, que sin embargo el mundo seguía andando, porque amor era un juego y nada más.

—Con las emociones no se juega.

—Querido. Perry, tú sabías que Guy estaba haciéndole el amor a Armida, no podías ignorarlo, mientras tú te recuperabas en el castillo, y aun antes. Es así como se conduce la gente. Así te habrías conducido tú.

—Si sabía que me estaban engañando, entonces mi voluntad de confiar era tal que decidí ignorarlo. ¿No tendríamos que avergonzarnos de nuestra naturaleza, y de ceder a ella? Es todo tan... uf, ¡tan poco honorable!

La Singla se rio.

—Tú hablas demasiado de honor; Armida ha de estar harta de esa hipocresía en su propia casa. Quizá por eso haya preferido a un bribón.

—No te pongas tú también contra mí. Yo me culpo, no lo dudes, pero culpo infinitamente más a De Lambant.

—No vayas contra tu propia naturaleza, amor. Yo me conozco demasiado bien para pensar en cambiar, de modo que me divierto, y acepto con alegría las penas inevitables.

—¡Ahora tú te pones virtuosa!

—Y tú eres como yo, un actor nato. Nos parecemos mucho, querido Perian. Eres casi un hermano para mí... aunque me han encantado nuestros momentos de pasión incestuosa.

—Pues te digo que yo quiero cambiar. Tú eres sincera, te conoces a ti misma. Pero esos otros ignoran su propia naturaleza, y se burlan de la mía. ¡Qué razón tenía el pobre Otto Bengtsohn! Malacia es decadente, ¡y es hora de que cambie! Yo cambiaré, mi bonita Singla, ¡sí que lo haré!

—Bien, bien, pero primero duerme. Ya estamos a tu puerta.

Subimos las escaleras, tanteando en la oscuridad, entre olores familiares.

Arriba, un rayo de luz salía por debajo de la puerta. Tuve miedo otra vez. Todos los hombres eran mis enemigos. ¿Ese astuto De Lambant habría enviado un par de matones para golpearme, como había hecho Kemperer? Por cierto, yo había pensado ahogarme en el río media hora antes, pero una paliza era diferente.

¿O podría ser Armida, arrepentida de pronto, dispuesta a huir conmigo a otra ciudad? Sin razón, recordé lo que ella había dicho, desnuda en la capilla de los Chabrizzi: «Quisiera ser una criatura salvaje».

—¿Quién hay? —preguntó La Singla.

Una voz respondió desde adentro:

—Amigos. Amigos de De Chirolo.

—Yo no tengo amigos —dije.

—¿Quién? —La Singla también estaba angustiada—. ¿Quiénes sois?

La puerta se abrió. Apareció una muchacha que traía una luz y que nos miró con aprensión. Era Leticia Zlatorog.

La Singla y yo entramos. Me arrojé sobre la cama, sin hablar.

Bonihatch estaba allí con Leticia. Llevaba aún en la mano la máscara-flor. Me miró atentamente, sacudiendo la cabeza.

La Singla tomó la iniciativa; me quitó las botas y me desvistió, al mismo tiempo que procuraba que los visitantes se fueran.

Aunque disculpándose, Bonihatch explicó con firmeza que él y Leticia habían estado sirviendo en los festejos de la boda para ganar algún dinero, y que ya nada los retenía. Habían venido a visitarme después de haber visto parte de la pelea y mi expulsión. Esperaban que ahora yo entendiese quiénes eran mis verdaderos amigos y quiénes mis enemigos, y que me recibirían encantados. Todo eso lo oí en una especie de estupor. Lo único que deseaba era que me dejaran solo, y sin embargo también lo temía, pues sabía que inmediatamente se iniciaría dentro de mí el monólogo interior de la desgracia.

—Yo no tengo amigos, Bonihatch. Y tú eres solo un oportunista, como yo.

—Deja de compadecerte de ti mismo.

—Marchaos —les dije—. No quiero reñir con vosotros, pero ahora sé que Bengtsohn está muerto. La policía estatal os detendrá también.

Les conté lo que había visto.

—¿Comprendes por qué lo mataron? —me preguntó Leticia.

—No lo preocupes, está agotado —dijo La Singla.

—Tú también tienes que comprenderlo —Leticia se volvió hacia ella—. Bengtsohn era tan astuto que casi consiguió convencer a Hoytola. Juntos podrían haber traído cambios a Malacia. Hasta el globo hidrogenado era un cambio, que el Consejo toleró solo porque los turcos estaban a nuestras puertas. El zahnoscopio aéreo fue otra idea subversiva que nos habría ayudado muchísimo. Hasta la comedia de *El príncipe Mendicula...* no solo porque la aceptación de esa pieza hubiera podido abrir las puertas a obras de significado social más convincente. *Mendicula* como tal tenía un prólogo, que Bengtsohn iba a recitar mañana en la fiesta, y que explicaba la corrupción de los aristócratas y los ricos, y la degradación de los pobres.

—Para salvar su propio y repugnante pellejo, Hoytola mismo lo entrego a las autoridades. Lo denunció, sin más ni más —dijo Bonihatch—. Es posible que el comité revolucionario decida hacer un escarmiento con Hoytola. ¿Te opondrías tú a eso, De Chirolo?

—Esta noche no puedo pensar. Cambiar Malacia es imposible. Yo me limitaré a

trabajar sobre mí mismo.

La Singla estaba en el cubículo de mi cocina, preparando café, pero asomó su bonita cabeza para gritar:

—La maldición original del mago fue que Malacia jamás cambiaría.

—A la mayoría de la gente eso de que no haya cambios le parece una bendición —dijo Leticia—. Solo las clases pobres y desesperadas desean el cambio.

Advertí que Leticia hablaba de un modo impersonal, desprendido, como si no tuviera a nadie en cuenta, ni siquiera a Bonihatch.

—Mero disparate —exclamó Bonihatch—. No hubo tal maldición original. Todas las leyendas sobre los orígenes de Malacia, con esas tonterías de que los hombres descienden de las bestias, son un montón de necedades, pensadas para nublar las mentes, para que todos sean más fáciles de gobernar. Bengtsohn me explicó muchas veces lo ilustrados que eran en Tolkhorm. Allí no prestan atención a los siglos de cháchara que te enseñan aquí desde que naces. Hay que cambiarlo todo, quemarlo.

En mi estado de aturdimiento, yo escuchaba a uno y a otro. Leticia estaba hablando seriamente con La Singla, como quien repite una lección.

—Claro que la gente preferirá siempre que no haya cambios, generación tras generación. Si nada cambia, hay paz. La guerra es el instrumento de cambio común en el resto del mundo. Mi tío me contó que por eso los turcos nunca pueden conquistar Malacia, porque la maldición, o la fe en ella, mantiene a distancia segura la guerra y el cambio. Es algo que la mayoría entiende emocionalmente.

—Yo no soy más que una actriz. Nada de eso es cosa mía. Quiero ver a Perry dormido. Y si vosotros necesitáis guerras, yo no.

Bonihatch intervino, arrojando al suelo la máscara-flor, y se puso a aleccionar a La Singla con tono firme.

—Oye, la guerra es una constante humana. Existe en Malacia, pero a escala doméstica. Tú acabas de traer a casa a una de sus víctimas. Aquí bien puede no haber cañones ni cargas armadas, como no hay en realidad violaciones y matanzas en la plaza de San Marcos; pero el estado de guerra insidioso de la sociedad es tal que en todas las familias hay pugnas, enemistades, desconfianza, traición, espías que se mueven embozados entre las piernas abiertas de las mujeres.

Algo semejante a la risa me subió de la garganta. Armida, la enemiga de clase de Bonihatch, había hecho una vez una observación muy semejante. La Singla lo desechó todo con un ademán.

—Yo sé mucho más que tú de piernas abiertas, muchacho. Aquí hay caté. Tú estás tan mal como Perian. ¡Aprende a reírte de la vida, como le digo a él, y no pensar en cosas tan horribles! —Y entró ruidosamente en la habitación, trayendo unos humeantes jarros de cerámica.

Cuando se arrodilló junto a mí, le acepté agradecido el café y le acaricié la mejilla regordeta.

—Así me gusta más. Solo lo que uno piensa del amor hace daño, no el amor

mismo. La rebelión hace daño a todos —dijo.

—Hará más daño a los ricos y a los privilegiados —dijo Bonihatch—. Ya nos ocuparemos de eso.

La bebida caliente ayudó un poco a que me reanimara. Recuperé la voz.

—La arrogancia de los ricos es lo que odio —dije—. ¿Cómo iba a ser el prelude de Bengtsohn a la mercurización de Mendicula?

—Como dijiste tú mismo, siempre fuiste arrogante con el viejo. Leticia y yo lo amábamos. La moraleja de la obra es evidente, pero Otto la habría destacado un poco más en el prelude. Hombres como Mendicula y el general Gerald están tan acostumbrados a no hacer caso de los sentimientos de los demás, los de abajo, que los suyos propios se reducen a nada. Incluso cuando se trata de amor, es un amor deformado por la avidez de poder. El amor se convierte en una palanca social, otra manera de obtener alguna ventaja.

—Y las mujeres se convierten en simples peones, que cualquiera puede usar, que se ganan y se pierden como fortunas —dijo Leticia—. Tú trataste de explotarme, Perian, ¿o te has olvidado?

—Santos huesos —respondí agarrándome la cabeza—, ahora me atacas también a mí. Pues tú también parecías bastante dispuesta a explotarme. Últimamente he descubierto lo equivocados que están todos. Las mujeres no son peones. Hacen tanto daño como los hombres, ¿o no?

—Si estás pensando en Armida —me respondió secamente Leticia—, ella es un peón de la clase adinerada, y no tiene remedio, explota porque la explotan. Si te ha puesto en ridículo, es porque en esa sociedad hipócrita jamás sabrá qué siente en realidad.

—Basta de esta charla —dijo La Singla—. Armida es una joven agradable, y no es mala actriz.

—Tú siempre estuviste celosa de ella. Leticia —dije.

—Te convirtió en un perro de trineo para los ricos —me contestó, tajante.

—Dejad solo al pobre Perian, que ha sufrido una buena sacudida —les dijo La Singla.

—Te daré algo de bibliografía, De Chirolo —dijo Bonihatch—. Somos más fuertes de lo que crees.

—Por el amor de Dios, vete, Bonihatch. No aguanto una palabra más. Mañana iré a verte. Dejadme ahora los dos. Lo único que necesito es recuperarme.

Por fin, se fueron. Me tendí en la cama y La Singla se tendió a mi lado.

—Te meterás en líos —me dijo con seriedad, mirándome. Después se echó a reír. Descubrí que yo también podía reírme.

—Siempre estoy metido en líos.

—Esos dos son tan locos como tú, de diferente manera. No puedes verlos mañana. Tenemos que representar *Albrizzi*.

—Singla, mi rui señor, hay algo de cierto en la descripción que ellos hacen de la

sociedad. Tengo que admitir que hubo un elemento social en mi episodio con Armida, por mucho que la ame. ¿Estoy tan corrompido? ¿Es por eso que sufro?

—Mira, es hora de que durmamos. En pocos minutos, el sol se asomará sobre una nueva Malacia. A ti te falta aún distinguir entre la vida y el arte, eso es todo... sí, y entre el arte y el artificio. Yo soy un año entero mayor que tú, y lo sé.

—¡Lo cual no te impide hacer bastante la tonta!

Le puse el brazo sobre el hombro y, sin pensarlo, pasé una pierna sobre las de ella. La besé en la mejilla y dije:

—Iré a ver a Bonihatch, estoy decidido. Necesito una vida más amplia. Entretanto, cástate conmigo, mi bonita Singla.

—¡Entonces sí que tendrías problemas!

—No estoy acostumbrado a verte en el papel de ángel oficiante.

—Basta de bromas. Yo también necesito consuelo, y esto me consuela.

Apoyó la cabeza en la almohada, junto a mí, cerró los ojos. Me pasé un rato inspeccionando aquellas facciones impecables, tan próximas. La luz de mi vela, diluida ya en las sombras grises que se insinuaban por el ventanuco, edificaba en el rostro de La Singla un pequeño paisaje encantado con las curvas de las cejas, Los párpados, la mejilla, el mentón. Le pasé un brazo por encima y me quedé dormido.



BRIAN W. ALDISS, Nació en Norfolk (Inglaterra) en 1925. Tras combatir en la segunda guerra mundial y viajar por toda Asia, trabajó como librero en Oxford. En 1954 ganó su primer premio literario, concedido por *The Observer*. Dirigió la revista de ciencia ficción *Sf Horizons*, que fundó junto con Harry Harrison en 1966, asimismo, fue director literario de *The Oxford Mail* y corresponsal de *The Guardian*. En 1978 se hizo cargo del área de ciencia ficción de Penguin Books y pasó a presidir la British Science Fiction Association.

Escritor, crítico y destacado antólogo, es autor de, entre otras obras, *Frankenstein desencadenado*, *El tapiz de Malacia*, *Invernáculo*, *El momento del eclipse*, *Informe sobre probabilidad A*, la trilogía de Heliconia (*Heliconia Primavera*, *Heliconia Verano*, y *Heliconia Invierno*), así como de algunos poemas y un libro de viajes. Entre los múltiples premios que ha recibido, cabe destacar el Nebula (1956 y 1965), el de la British Science Fiction Association (1971, 1973, 1982 y 1985), el Hugo (1962, por *Invernáculo*) y el John W. Campbell Memorial por *Heliconia Primavera* (1982). Se le considera uno de los mayores exponentes de la corriente literaria de la New Wave, y ha sido revalorizado últimamente gracias a la adaptación cinematográfica de su obra por parte de Spielberg con *Inteligencia artificial*. En 2005 fue ordenado Caballero del Imperio Británico.

Aldiss es un escritor preocupado por la condición humana, de modo que su obra roza lo biográfico, repleta de sensaciones e imágenes evocadoras de la juventud y plagada de inquietudes respecto a la percepción de la realidad y a la ambigüedad de nuestro mundo, que aún lo terrible y lo fascinante, lo bello y lo repulsivo.